LOS ASESINATOS DEL LAGO SOLITARIO



WES MARKIN

Los Crímenes de Yorkshire LIBRO 2

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Crímenes de Yorkshire

Libro 2

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Para H y B

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva Llorosa

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

lectuepublibre2.com

1

¡Maldita sea!

Ahora que era un anciano, para Frank Dowson era una pesadilla saltar la valla de Breary Flat Lane con sus aparejos de pesca. Aun así, lo consiguió, porque nada, absolutamente nada, se interpondría jamás entre él y una caña en el agua.

Por costumbre, echó unas miradas rápidas a su alrededor en busca de observadores antes y después de saltar. No es que nadie le hubiera detenido. Sí, el lago y los terrenos que lo rodeaban más allá de esa valla eran propiedad privada, pero a ver quién se lo decía a los jóvenes de la zona que fumaban marihuana y tenían sexo allí, o a los incontables pescadores que saqueaban esas aguas.

Frank siempre había sido *uno más del montón*. ¿Quién quiere destacar? La vida era mucho más sencilla si pasabas desapercibido.

Tras escalar la valla, respiró hondo y sonrió. Le encantaba el olor del lago. ¡Como si fuera a perderse estas oportunidades que tenía tan cerca solo porque alguien fuera el dueño del terreno! *De eso nada*. Llevaba pagando el IBI de Knaresborough casi toda su puñetera vida, ¡y ningún terrateniente rico iba a privarlo de este lugar!

Una vez al otro lado de la valla, echó un vistazo a su Rolex —un regalo de bodas de su difunta esposa— y vio que eran las cinco y media. Se acercaba agosto, así que el sol ya había salido. En sus

años mozos, habría estado allí mucho antes. Sin embargo, abrirse paso por la maleza hasta el lago con los vadeadores, mientras sujetaba los aparejos y el cebo, además de los bocadillos y el café, no era moco de pavo; intentarlo a oscuras a estas alturas, a su ridícula edad, habría sido la receta perfecta para una visita a Urgencias, una larga estancia en el hospital y una recuperación interminable. De todos modos, llegar más tarde ya no suponía un gran problema para Frank.

La jubilación, ¿eh? La tierra prometida. ¡Sin la presión del reloj!

¡Excepto cuando el sol pegaba con fuerza!

Si empezaba a achicharrarlo como la semana anterior, se vería obligado a recoger los bártulos antes de tiempo. Levantó la vista rápidamente hacia el cielo. Parecía cubierto, lo que le dio algo de esperanza. Aunque la humedad también podía acabar siendo un problema.

Avanzó hacia la izquierda a través de una arboleda, alejándose a propósito de la zona más concurrida del lago hacia el lado más tranquilo. Finalmente, se detuvo a sopesar la situación. Era muy tentador adentrarse aún más en la soledad. Lejos de los muchos otros pescadores que seguramente saltarían la valla en las próximas horas.

Suspiró. *No*. Tenía que seguir siendo *uno más del montón*. Aventurarse podría poner en peligro su tranquila vida.

Porque, más adelante, perdida entre los árboles y la maleza, estaba la cabaña de Harvey Henfrey.

Y nadie se acercaba por allí.

Harvey Henfrey tenía derecho a estar en ese terreno, debido a un acuerdo con el propietario; cómo lo consiguió era un completo misterio.

Veréis, Harvey era peculiar.

Un hombre de poco más de cincuenta años no tenía por qué vivir allí como un ermitaño, sin las comodidades que muchos daban por sentadas, y aventurarse en el pueblo solo esporádicamente para comprar provisiones.

Era sencillamente extraño. ¡Desde luego, Harvey no era *uno más del montón*!

Sin embargo, aunque Frank nunca había conocido a Harvey en persona, sabía de buena tinta que el ermitaño era bastante afable. Un hombre al que no le gustaba entablar conversación, pero que no ignoraba las formalidades sociales.

Pero acercarse demasiado a la propiedad de Harvey para pescar no estaba bien visto. El hombre quería estar solo. Había que dejarlo en paz.

Aunque unos pasos más no harían daño, ¿verdad?

Un número récord de metros más tarde, sonrió con suficiencia ante su espíritu aventurero y luego se giró para mirar la masa de agua.

Debido al día nublado, no brillaba como solía hacerlo bajo el sol de la madrugada, pero, Dios, sintió ese familiar subidón por las venas.

Algunos esquiaban, otros buceaban, algunos incluso saltaban de aviones…

Frank Dowson pescaba.

Y no conocía nada que pudiera hacerle sentir la misma emoción.

Ansioso por empezar, avivó el paso ligeramente, todo lo que sus rodillas artríticas le permitían. Pasó junto a dos árboles y…

Se detuvo en seco, mientras una frialdad se extendía por su pecho.

Había alguien sentado al otro lado del árbol que tenía justo delante.

No sentado con la espalda contra un árbol, como era costumbre, sino más bien de cara a él, *apoyado* contra él. El árbol era joven y el tronco relativamente delgado, por lo que el individuo, que llevaba un vestido, tenía una pierna estirada a cada lado.

El rostro de la persona estaba pegado al otro lado del tronco y, por lo tanto, oculto a la vista.

—¿Hola?

Nada.

—¿Hola?

La frialdad en el pecho de Frank se intensificó, y temió por su corazón, que probablemente aún estaba resentido por el triple bypass del año pasado. Miró a su alrededor, boqueando en busca de

aire, buscando un árbol en el que apoyarse, pero el más cercano era el que podría tener un cuerpo detrás.

Temiendo un ataque de pánico, o peor aún, un fallo cardíaco, se concentró en respirar lenta y profundamente, y cuando estuvo seguro de que ya no iba a desplomarse, se dijo: «Espabila, hombre».

Dio dos grandes zancadas y miró a la persona apoyada en el árbol.

—Virgen santísima.

La joven tenía la mejilla derecha presionada contra la corteza, por lo que Frank pudo ver sus ojos, abiertos y sin vida.

Tia Meadows.

Gimió, imaginando su rostro resplandeciente detrás de la barra mientras le servía una pinta en el White Bull hacía tres noches.

Su melena corta y negra no conseguía ocultar la oscura herida de su frente, que había sangrado por toda su cara. La mayor parte de la sangre ya estaba seca, y la herida parecía estar coagulándose.

¡Dios santo! ¿Cuántos años tienes, chica? ¿Veinte?

A Frank se le cayeron los aparejos de pesca, el cebo, el café y los bocadillos, y se llevó una mano a la boca.

Casi sin pensar, dijo: —¿Tia? —Una vez que el nombre abandonó sus labios, no tuvo ni idea de por qué se había molestado. Estaba muerta. Tan claramente muerta.

Y entonces, un pensamiento le dio un mazazo: *¡Es la hija de Si Meadows! ¡Del mismísimo Si Meadows!*

Se llevó la mano al bolsillo para coger el móvil, pero cuando palpó el frío material del vadeador, recordó que no lo había traído. —Mierda —dijo entre dientes. Se dejaba el móvil a propósito cuando iba a pescar. Al fin y al cabo, buscaba la soledad. La paz. El silencio…

…como Harvey Henfrey…

¿Podría tener teléfono el ermitaño?

Miró hacia el lago, grabando en su mente la imagen de un viejo árbol inclinado, cuyas ramas colgaban sobre la superficie del agua. Saber la parte del lago con la que el cuerpo de Tia estaba alineado ayudaría a Frank a localizarla de nuevo.

—Espera aquí —le dijo al cuerpo de Tia, sabiendo que era una petición inútil, pero sintiéndose extrañamente obligado a hacerlo.

Intentó echar a correr.

Enseguida se quedó sin aliento, con un dolor que se le extendía por el pecho.

¡Viejo necio! Matarte ahora no le va a servir de nada a nadie.

Tras recuperar el aliento, reanudó la marcha a paso ligero.

La casa de piedra de Harvey Henfrey era sorprendentemente básica. Cinco metros por cinco metros, como mucho; era más pequeña que el garaje doble de Frank. Frank no se imaginaba pasando allí las vacaciones un fin de semana, y mucho menos viviendo en ella.

Se detuvo y pensó: *¿Por qué iba alguien a someterse a esto?*

Sacudió la cabeza, amonestándose de nuevo. No era momento de preguntarse qué había pasado en la vida de Harvey para llevarle a un aislamiento tan drástico; ¡había una chica muerta en el bosque!

Tia Meadows.

La puerta de la casa estaba a ras de suelo. Miró a las ventanas del frente para ver si el ocupante estaba mirando, pero las cortinas estaban echadas y así permanecieron.

Frank se acercó a la puerta y llamó.

En un recinto tan pequeño, era seguro que los golpes no pasarían desapercibidos. Además, no debería tardar nada en llegar a la puerta.

Llamó de nuevo, esta vez hablando. —Harvey… Lo siento… Necesito tu ayuda.

Seguía sin haber respuesta.

Mierda. ¿Y ahora qué?

Podía bajar al lago y buscar a algún madrugador con teléfono móvil, o podía volver a Breary Flat Lane en busca de algún transeúnte.

Miró a su izquierda, hacia una pequeña mesa de plástico con una silla y una taza vacía. Vio algo debajo de la mesa, algo que debía de haberse caído. Se arrodilló, haciendo una mueca de dolor cuando sus rodillas artríticas se quejaron. Buscó bajo la mesa, cogió un bolso de mujer negro y se levantó de nuevo.

Miró el bolso que tenía en la mano. Si Harvey tenía pareja, para él era una novedad.

¿Una prostituta, tal vez? Rodó los ojos. *¿En Knaresborough?* Además, si fuera una prostituta, probablemente sería lo bastante espabilada como para guardar el bolso a buen recaudo, no para airear sus posesiones ahí fuera.

Curioso, abrió el bolso y vio multitud de tarjetas metidas en los compartimentos.

Sacó al azar una tarjeta azul.

Una tarjeta de débito Visa de Barclays.

No podía ser.

La frialdad en su pecho volvió a estallar.

No… No…

Recorrió con los dedos las letras en relieve que deletreaban *Tia Anne Meadows*.

Entonces, al ver el carné de conducir, lo sacó con el pulgar y miró el retrato de Tia.

Radiante. Sana. Joven.

Viva.

Oyó el chasquido de una cerradura en la puerta de la casa.

El bolso, el carné de conducir y la tarjeta del banco se le resbalaron de las manos. Retrocedió.

¿Cómo he acabado yo aquí, un hombre del montón, un hombre sencillo?

Se llevó una mano al pecho. La puerta se abrió de golpe. Dentro estaba oscuro. Las demás cortinas también debían de estar echadas.

Frank no podía oír nada por encima del sonido de su propio corazón y su propia respiración, pero podía ver a Harvey en la penumbra.

Una voz cascada. —No deberías estar aquí.

—Yo… yo… —*¿Qué digo? ¿Qué hago?*

—Dime qué pasa —dijo Harvey, saliendo. Estaba pálido, sin afeitar y con el pelo blanco y grasiento hecho un desastre.

—Yo… hay una… —Frank se percató de que Harvey llevaba un cuchillo en la mano derecha, apretado contra el muslo.

Frank siguió la mirada de Harvey mientras esta se posaba en el bolso y las tarjetas que había en el suelo. Luego, los ojos de Harvey se levantaron lentamente hasta Frank.

Harvey dio un paso hacia él.

2

La inspectora jefa Emma Gardner encontró a su hermano abajo, desayunando a una hora intempestiva.

Con la vista clavada en el cuenco, Jack Moss removía sus gachas de avena con una cuchara. —¿Perdona, hermanita, te he despertado?

Gardner se detuvo en el umbral de la cocina. —¿Crees que estaría aquí a las cuatro de la mañana si no?

Jack siguió removiendo las gachas. Todavía no había levantado la vista. —Pensaba que no estaba haciendo ruido.

—Tengo instinto de poli, ¿recuerdas? Es mejor que el sentido arácnido. Alguien respira dos pisos más abajo y me despierto con el corazón latiéndome como un tambor.

Jack dejó el mango de la cuchara en el borde del cuenco y por fin levantó la vista. —No suena muy agradable.

—Me ha sacado de más de un apuro. —Se tocó la cicatriz del pecho, donde el cuchillo le había perforado el pulmón tantos años atrás. *«Aunque quizá no de todos»*, pensó.

Él se apartó el pelo largo de detrás de las orejas y la observó un momento. —¿Crees que soy uno de esos *apuros*?

«¿Un sociópata en el límite que me fracturó el cráneo de niña y cumplió condena por atropellar a alguien con el coche?». —No, claro que no.

Él se rascó la perilla. —Entonces, ya has visto lo suficiente como para saber que soy diferente..., que he cambiado.

«A los sociópatas se les da muy bien ocultar quiénes son en realidad». —Estoy en ello.

Apartó la silla de enfrente de él y se sentó. —No quiero seguir teniendo esta conversación. Ahora mismo, mi preocupación, *nuestra* preocupación, es esa niña de siete años.

Jack asintió. —Rose te quiere. Su tía Emma.

—No sigas, Jack. —Gardner negó con la cabeza—. No sigas. Puede que seas mi hermano, pero no he llegado a donde estoy en mi carrera por ser una blanda. Ahórrate la manipulación.

—Es verdad, Rose me dijo...

—*Basta* —dijo Gardner, levantando un dedo. *«Porque no quiero encariñarme»*.

Miró a su hermano a los ojos. Y la vio de nuevo. La misma mirada que había visto cuando ella tenía diez años, y él ocho, y estaban solos en el Laberinto de Espejos de Malcolm, justo antes de que él blandiera aquella piedra y le fracturara el cráneo. Simplemente porque ella le había llamado «bicho raro» momentos antes.

Aquella mirada familiar le provocó un sudor frío en la espalda, pero no quería mostrar debilidad. —Rose es mi sobrina. —Era cierto. Gardner había hecho las comprobaciones necesarias. Jack Moss constaba como su padre en el certificado de nacimiento—. Y has dejado claro que vas a formar parte de su vida. Yo estoy ayudando. Nada más. Es lo que mamá y papá habrían querido.

—¿Crees que soy malo para mi hija, hermanita?

«Tienes un trastorno de la personalidad, Jack. No eres de fiar». —No lo sé... Espero que no.

—Su madre es drogadicta. ¿No soy yo la mejor opción?

Miró fijamente a Jack, intentando descifrarlo. Pero, como siempre, no lo consiguió. Él nunca dejaba traslucir nada.

Suspiró y bajó la vista hacia la mesa. Su implicación en la situación de su hermano era una completa locura. Si los asistentes sociales hubieran optado por poner a Rose bajo tutela, Jack no estaría en su casa y ella estaría centrada únicamente en recomponer

su propia vida; que, por cierto, también era un completo desastre. Pero los asistentes sociales se estaban esforzando por mantener a Rose con su madre, Freya, que ahora estaba en rehabilitación. *Al parecer.* Las autoridades se habían enfadado hacía varios meses porque Freya había permitido que Rose viajara a Knaresborough para pasar el fin de semana con Jack, pero lo habían superado y ahora habían intensificado su apoyo para educar a Freya en la toma de decisiones correctas. Estaban en proceso de intentar integrar a Jack en la vida de Rose de una manera más comedida.

Gardner sabía que los asistentes sociales solo intentaban hacer lo correcto, pero ¿cómo podía librarse de la persistente sensación de que todo aquello estaba abocado al fracaso?

Y si fracasaba, ¿qué pasaría entonces? ¿Sería una opción acoger a Rose ella misma? ¿Estaba realmente en condiciones de hacerlo con un matrimonio que se desmoronaba y una hija propia de la que preocuparse?

—Ser padre me ha cambiado —dijo Jack. Juntó las palmas de las manos como si estuviera rezando—. Solo quiero hacer lo correcto por Rose. Nada más.

—Encarrila tu vida, Jack. Consigue un trabajo. Demuestra que puedes formar parte de la sociedad. Entonces, todo el mundo te creerá, no solo yo.

Jack asintió. —¿Y entonces podré comer gachas de avena en mitad de la noche sin despertarte?

Ella esbozó una sonrisa. —Paso a paso. Ahora, voy a volver a la cama.

Jack deslizó un sobre por la mesa.

Ella enarcó una ceja. ¿De verdad? ¿Se había acordado Jack de su cumpleaños?

—Creo que mi sentido arácnido es más fuerte que el tuyo —dijo Jack—. Me he despertado porque alguien ha echado esto por debajo de la puerta hace unos treinta minutos.

Gardner cogió el sobre. Le dio la vuelta y leyó su nombre y dirección. Estaban escritos con pulcritud con una pluma estilográfica. No tenía sello.

Lo abrió.

Era una tarjeta con el dibujo de una tostada. En la parte superior ponía:

Un brindis de cumpleaños para ti.

A pesar del humor, a Gardner no le hizo ninguna gracia. ¿Quién en su sano juicio echaba una tarjeta por debajo de la puerta a las tres y media de la madrugada?

La abrió.

Parecía que no pensaban decirlo.

La tarjeta decía:

Feliz cumpleaños, Emma.

Miró el reverso de la tarjeta, y allí tampoco había nada.

¿Pero qué...?

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó Jack.

Gardner asintió.

—Felicidades.

—Por favor —dijo Gardner, fulminándolo con la mirada—. No tiene ninguna importancia.

—Lo que tú digas, jefa.

Tras volver a la cama, dio vueltas durante varias horas, preguntándose quién demonios le había enviado una felicitación de cumpleaños a las tres y media. ¿Quién hace algo así? Desde luego, nunca antes le había pasado. Las únicas personas que conocía por la zona eran las de su equipo, y la idea de recibir una de ellos era, francamente, de lo más extraña. Sobre todo porque no le había dicho a nadie que era su cumpleaños.

A primera hora de la mañana, tras el amanecer, su teléfono móvil interrumpió el torbellino de sus pensamientos.

Leyó el nombre en la pantalla y, con un subidón de adrenalina, contestó:

—¿Señora Comisario Jefe?

—Emma —dijo la Comisario Jefe Rebecca Marsh—. Me temo que no son buenas noticias.

Bueno, no pensaba que llamara para felicitarme el cumpleaños...

3

El inspector Paul Riddick llevaba más de una hora despierto, pero no había movido ni un músculo por dos razones.

La primera era totalmente desinteresada. No quería molestar a Paula Bolton. La enfermera con la que salía había aguantado un turno infernal en el Hospital General de Harrogate el día anterior, y eso se quedaba en nada comparado con lo que le tenían preparado para hoy.

El sector público, ¿eh?

La segunda razón para no moverse, sin embargo, era puramente egoísta. Había sido una noche húmeda y hacía tiempo que habían apartado las sábanas. En consecuencia, llevaba casi una hora contemplando su cuerpo desnudo.

¿Acaso no era un regalo del cielo?

Pero, por desgracia, era hora de moverse. Se deslizó con cuidado fuera de la cama, se acercó de puntillas a la puerta y descolgó la bata del gancho. No pudo resistirse a echar un último vistazo; ahora ella estaba despierta.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza, cerró los ojos y se estiró. Él le recorrió el cuerpo con la mirada otra vez y luego miró el despertador. ¿Quizá podía llegar un poco tarde al trabajo?

—No hay mejor forma de pedir perdón que con el desayuno en la cama —dijo Paula, juguetona.

—¿Tostadas?

—¡Qué ambicioso! ¿Es todo lo que hay?

—Sí…, si no está caducado.

Paula enarcó una ceja. —¿Qué pasó con aquello de *«este fin de semana voy a hacer la compra»*?

—Cuando lo dije, iba a ir…, pero al final no fui. Tampoco tengo mantequilla. Lo siento.

Paula se rio. —¿Cómo demonios sobrevives?

—Malamente —dijo Riddick—. Por eso siempre nos quedamos en tu casa.

—Unas tostadas secas y un café me valdrán.

—Genial —dijo él, atándose el cinturón de la bata—. Aunque no prometo que haya leche para el café.

—¿Un vaso de agua?

—¿Un vaso? —dijo Riddick, sonriendo con suficiencia.

Mientras bajaba las escaleras, la oyó gritar:

—¡Ya van tres semanas seguidas que prometes ir a hacer la compra!

Riddick entró en la cocina. Miró la mesa. Por un momento, pensó en su mujer, Rachel, sentada allí. Había fallecido hacía más de dos años, pero él no había dejado de comunicarse con ella en esa misma mesa hasta hacía solo tres meses.

A ver quién entendía eso. El duelo tiene caminos misteriosos.

Llenó el hervidor, lo encendió y luego examinó el pan. Estaba caducado de un par de días, pero una rápida inspección de cuatro rebanadas distintas bajo una bombilla no reveló moho, así que las metió en la tostadora.

Abrió el bote de café instantáneo y golpeó el bloque solidificado de gránulos con una cucharilla hasta que hubo desprendido lo suficiente como para al menos teñir una taza de agua caliente. Luego, llenó un vaso del grifo para Paula.

Sonrió.

A pesar del desastre de desayuno, se dio cuenta de que estaba sintiendo algo que no había sentido en mucho tiempo. Satisfacción. ¿Se atrevería a decir que una pequeña dosis de felicidad?

Echó un vistazo por encima del hombro hacia la mesa. Por primera vez en tres meses, el corazón no se le encogió por completo ante la ausencia de Rachel y los gemelos. Todavía sentía culpa, sí, pero de verdad sentía que estaba recuperando una pizca de control.

Subió el desayuno en una bandeja. Paula había rescatado las sábanas del suelo y se había cubierto.

—Vaya, qué decepción —dijo Riddick, señalándola con la cabeza.

Ella se estiró, le cogió la bandeja y la colocó en el centro de la cama. —Como el desayuno —dijo con un guiño—. Esto podría convencerte para que por fin dejes la comida para llevar y vayas al…

El teléfono móvil de Riddick sonó en su mesilla de noche. Se acercó para ver quién era.

—Joder —dijo Riddick.

—¿Qué pasa? —preguntó Paula, alzando las cejas.

—Alguien que intenta arruinarme el desayuno.

—¿Es eso siquiera posible?

—Oh, claro que es posible —dijo Riddick, contestando la llamada —. Buenos días, señora.

4

Gardner estaba de pie junto al cordón policial azul y blanco que habían pegado a la valla. Breary Flat Lane no era la calle más ancha, pero la furgoneta negra de incidentes graves y varios coches patrulla habían conseguido meterse para formar una larga fila y bloquear el paso a los paseadores de perros y a los corredores.

Gardner miró a izquierda y derecha. Aún no había ni rastro de la prensa. ¡Gracias al cielo! Había muchas razones para detestarlos, pero ninguna tanto como el hecho de que en el último caso habían divulgado información al público sin su permiso. Peor aún, la información se la había filtrado alguien de su propio equipo. Cómo deseaba saber quién había sido, pero, hasta el momento, todos los intentos de identificarlo habían fracasado.

Ray Barnett la había registrado al llegar. El alto sargento detective negro también le había proporcionado un mono blanco.

Mientras se ponía el mono, Paul Riddick se acercó a ella caminando junto a los vehículos. No tenía muy buen aspecto. Intentó que no se le notara la sospecha en la mirada.

—¿Qué? —siseó él, indicando que no había logrado ser discreta.

—Nada.

Riddick miró a su alrededor, comprobando que nadie los escuchaba. —Que no me haya afeitado ni me haya puesto un pegote de cera en el pelo no significa que me haya estado emborrachando toda la noche.

—Huelo a perfume.

—Pillado —dijo Riddick—. He vuelto a las andadas y me he bebido un perfume francés del setenta por ciento. Pegaba fuerte.

—Yo no he dicho que estuvieras bebiendo.

—No ha hecho falta. Lo tienes escrito en la cara, jefa.

—Pues nada, fusílame por preocuparme por ti. En fin, ¿quién es esa mujer misteriosa?

Riddick le hizo un gesto para que se acercara. —Es…

Ella se inclinó para escuchar.

—La señorita *no te metas donde no te llaman*.

Se echó hacia atrás y negó con la cabeza. —Lleváis saliendo un mes. ¿Por qué no puedes decírmelo y ya? Eres un crío, Paul.

—Ni siquiera la conocerías.

—Esa no es la cuestión. De todos modos, ¿podría conocerla?

—Me parece que no —rio Riddick—. Le he dicho que vengo sin mochila. Una especie de hermana mayor postiza revisándome los armarios en busca de botellas de vodka cada vez que viene de visita sería considerado una mochila por muchos.

—¡Mayor! Solo por un puñetero año…

La Comisario Jefe Rebecca «Harsh» Marsh tosió. Estaba al otro lado de la valla, con su mono blanco. Debía de haber oído parte de la conversación.

—Señora —dijo Gardner, mientras la sangre se le subía a las mejillas.

—Bonito perfume, inspector Riddick —dijo Marsh, con una sonrisita burlona.

Riddick apartó la mirada y negó con la cabeza.

—Sin embargo, por muy interesante que sea su vida amorosa, Paul, ¿pueden seguir con sus rencillas más tarde? Tenemos asuntos bastante urgentes que atender al otro lado de esta valla. —Dijo esto último mirando directamente a Gardner.

Hasta ese momento, a Gardner el apodo de Marsh, «Dr. Frank-N-Furter», le había parecido bastante injusto. Sí, llevaba maquillaje oscuro y tenía un aspecto bastante masculino, pero ahí acababan las similitudes con el científico loco de *The Rocky Horror Picture Show*.

Sin embargo, en ese preciso instante, Gardner vio el parecido en todo su esplendor. Irritada, Marsh parecía desquiciada.

—Por supuesto, señora —dijo Gardner.

—El cuerpo… —Marsh miró a Riddick—. Es Tia Meadows.

—¿De verdad? —dijo Riddick, abriendo los ojos como platos—. Joder.

Gardner, que había sido trasladada temporalmente desde Wiltshire hacía poco, no tenía ni idea de quién era.

—Qué terrible —dijo Riddick.

—Eso es quedarse corto —dijo Marsh—. Tiene veinte años. —Miró a Gardner otra vez—. ¿Sabe?, desde que usted llegó a Knaresborough hace varios meses, la Unidad de crímenes mayores no ha tenido tanto trabajo en su vida.

Gardner estuvo a punto de disculparse, pero se dio cuenta a tiempo de que no debía entrar al trapo.

—Tia Meadows —repitió Riddick, negando con la cabeza.

Marsh suspiró. —Sí. Parece que nuestros crímenes son cada día más graves.

—¿Alguien quiere ponerme al día sobre quién es esta chica? —dijo Gardner, sintiendo una punzada de irritación—. Al fin y al cabo, soy la directora de investigación.

Después de que pusieran al día a Gardner sobre quién era Tia Meadows, saltaron la valla y empezaron a avanzar con dificultad hacia la escena del crimen. Marsh aprovechó para explicar con más detalle la secuencia de los hechos, empezando por el descubrimiento del cuerpo por parte de Frank Dowson. Por el camino, los árboles, y el número de miembros del personal de la Científica vestidos de blanco, se hicieron más densos a su alrededor.

A la derecha, Gardner pudo ver una gran masa de agua.

—Terreno privado —le dijo Riddick mientras caminaban—. Siempre resulta extraño pensar que alguien pueda ser dueño de un lago tan grande.

—Parece de fácil acceso para ser un terreno privado —dijo Gardner—. Solo hay que saltar una valla podrida.

—Sí —dijo Marsh—. Y se salta con frecuencia. No hay nada que disuada a los pescadores, contra viento y marea. Creo que el dueño se rindió hace mucho tiempo.

Una mujer alta, vestida con un mono blanco, se interpuso en su camino. Gardner la reconoció como la jefa del personal de la Científica, Fiona Lane. Miró a Gardner y luego a Riddick. —A medida que se acerquen, por favor, hagan lo posible por no salirse de las placas protectoras.

Gardner asintió. Le pareció condescendiente, pero supuso que era mejor que la jefa de la Científica fuera excesivamente pedante a que fuera una incompetente; Gardner lo había presenciado más de una vez en su carrera.

Unos pasos más allá, Gardner vio a los oficiales de la escena del crimen reunidos a la derecha, cerca de donde debía de estar el cadáver. Gardner estaba a punto de girar cuando Marsh señaló hacia delante.

Gardner se detuvo para averiguar por qué.

—Esa es la dirección en la que corrió Frank Dowson tras encontrar el cuerpo. Directo a la cabaña de Harvey Henfrey —dijo Marsh.

—No veo la cabaña —dijo Gardner.

—Todavía está a cierta distancia de aquí y detrás de los árboles —dijo Marsh—. A Harvey Henfrey le gusta mantenerse lo más alejado posible de la civilización.

—Un recluso... Interesante... ¿Cómo es él? —preguntó Gardner.

—Pues no es mal tipo, la verdad —respondió Riddick.

Marsh se giró y miró fijamente a Riddick. Señaló en dirección al cadáver. —Si hizo *eso*, es un mal tipo.

—Por supuesto —dijo Riddick—. ¡Solo es un decir! Sabe, después de que la prensa me pusiera a los pies de los caballos, me topé con él en una tienda. Fue la única persona que no me miró con desprecio y me dio la espalda en aquel entonces.

—Tienen algo en común —dijo Marsh—. A ninguno de los dos se le da bien la gente.

Riddick desvió la mirada.

Gardner también se sintió incómoda. Marsh no estaba del mejor humor. Intervino antes de que la conversación se acalorara más. —Bueno, Harvey está detenido. Si es el responsable, lo sabremos muy pronto.

Tanto Marsh como Riddick asintieron, pero Gardner pudo ver la rabia en el rostro de Riddick por los comentarios excesivamente duros.

Marsh suspiró. —Se está llenando de gente por allí y el doctor Hugo Sands está en medio de todo. Según mis cálculos, perderá los estribos en los próximos cinco minutos, así que me quedaré aquí. Ya he visto a Tia. No es una imagen agradable, me temo. Nada agradable.

—De acuerdo, señora —dijo Gardner—. Echaremos un vistazo.

—Cuando hayáis terminado allí, volved aquí. Los dos. Os llevaré a ver a Frank Dowson... Eso tampoco es agradable, me temo. Pobre hombre.

GARDNER NO ESPERABA VER ALLÍ al sargento detective Phil Rice. Siendo bajo y completamente calvo, puede que Rice no diera la talla, pero le gustaba verse a sí mismo como un bárbaro del norte. Tenía una extraña habilidad para ofender a todo el mundo, e incluso aquellos que se reían de sus controvertidas actitudes y chistes solo lo hacían para evitar ser su próximo objetivo. A pesar de esto, había demostrado ser muy eficiente en la última investigación de Gardner y había dejado claro que, en general, lo impulsaban la verdad y la justicia.

Rice miró alternativamente a Gardner y Riddick, asintió en dirección a Tia y dijo:

—Le da un nuevo significado al término *abrazaárboles*, ¿no?

Gardner negó con la cabeza, suspirando para sus adentros. —No esperaba verle, Phil.

Rice señaló hacia donde Marsh seguía de pie. —La comisaria jefa me quería cerca en este caso, jefa. Describió mi actuación en la Operación Edén como impecable.

Riddick bufó. —¿Que ayudaste? Seguro. ¿Impecable? ¿En serio? A ver, esta vez no estalló ninguna pelea en tu presencia, lo que es una mejora, ¡pero impecable? ¡Venga ya!

Rice lo fulminó con la mirada. —Ve y pregúntaselo a la comisaria jefa. En fin, ¿qué te pasa? ¿Todavía estás cabreado porque te eché en cara que investigaras el suicidio de los Winter?

—No, no estaba cabreado —dijo Riddick—. Simplemente no me caes bien. Son dos temas completamente distintos.

—¿Les importa? —dijo el doctor Hugo Sands, alzando la vista hacia Rice y luego hacia Riddick—. ¡Tengan un poco de decoro!

Gardner miró con dureza a Riddick. —Tiene razón. —Miró a Rice —. Y, Phil... puede que tenga el respaldo de la comisaria jefa, pero yo soy la directora de investigación. Acepto que se lució en la Operación Edén, pero no voy a consentir conflictos bajo mi mando. ¿Entendido?

Phil asintió. —Sí, jefa.

—Pues pongámonos manos a la obra —dijo Gardner, arrodillándose y mirando los ojos abiertos y ausentes de Tia. Tenía la cabeza deformada y un amasijo de sangre en la frente y las mejillas.

—¿Murió por esta herida en la cabeza? —preguntó Gardner.

Al doctor Hugo Sands nunca se le daban bien las preguntas. Solía mirar fijamente a quien preguntaba durante un buen rato antes de responder, incluso si la respuesta era monosilábica, haciendo que se preguntaran si acababan de decir la mayor estupidez del mundo.

Gardner sabía que debía apreciar la cuidadosa consideración con la que sopesaba sus respuestas, ya que le proporcionaba información válida con la que trabajar, pero a veces ansiaba algo, aunque solo fuera una conjetura; sin embargo, él nunca estaba dispuesto a ofrecerla.

—No puedo confirmarlo hasta que esté en mi mesa... —dijo finalmente Sands—. Sin embargo, fue colocada en esta posición post mortem.

—Eso podría habértelo dicho yo —dijo Rice—. ¿Quién se muere abrazado a un árbol?

Gardner lo fulminó con la mirada.

—Perdón —dijo Rice y bajó la vista.

—Entonces, ¿cuándo murió? —preguntó Gardner.

Sands se tomó su tiempo. —Le he levantado la parte delantera de la camisa. La sangre se ha acumulado en el estómago, donde debió de estar tumbada boca abajo. De eso deben de hacer al menos seis horas, ya que la sangre se ha vuelto azulada. La carne todavía se vuelve blanca al presionarla, así que no ha llegado a mi punto de corte de las doce horas. Diría que murió entre las ocho de anoche y las dos de la madrugada.

—Gracias —dijo Gardner.

—Con suerte, podré concretarlo un poco más para usted cuando la tenga de vuelta en la mesa, pero siempre hay tantas variables.

Sands le sonrió a Gardner. Resultaba espeluznante que le sonriera en la misma frase en la que decía que iba a descuartizar a la víctima y examinar minuciosamente los trozos. Pero así era Sands. Era diferente. Y, para ser justos, probablemente bastante eficaz por serlo.

Miró a Riddick. —Me dijiste antes que Tia es muy conocida por su padre, Si Meadows. ¿Puedes darme más detalles sobre eso?

—Claro —dijo Riddick—. Tiene el monopolio de la mayoría de las obras que se hacen en Knaresborough. De todas, según algunos. Da igual qué empresa local uses, el dinero acaba volviendo a Meadows.

—Después de años de mano dura con la competencia —dijo Rice —, Meadows ya no tiene competencia. —Miró a Tia—. Lo que hace que todo esto sea aún más inesperado.

—Todos los asesinatos son inesperados —dijo Gardner.

—No de esta forma, jefa —dijo Rice—. Quienquiera que haya hecho esto se ha puesto a merced de Si Meadows, y créame, no es un lugar en el que uno quiera estar.

—Así que ¿Si Meadows es el Padrino? —preguntó Gardner, poniendo los ojos en blanco.

—Si trabajas en el gremio… —Riddick se encogió de hombros—, supongo que, básicamente, lo es.

Gardner suspiró. —¿Y Tia es la niña de sus ojos?

—Sí —dijo Riddick.

—Entonces, ¿otro follón de cojones en Knaresborough? —preguntó Gardner.

—Uno de los grandes, sí —dijo Rice.

—Genial.

Otro caso entretejido en la urdimbre de una comunidad muy cerrada. Gardner suspiró para sus adentros. En investigaciones como esta, los ánimos siempre se caldeaban. Sospechaba que se avecinaban tiempos difíciles. —Bueno, al menos tenemos otro punto de partida aparte del viejo ermitaño, Harvey.

—Tia también generaba su propia controversia —dijo Rice—. Era camarera en el White Bull, el pub más escandaloso de Knaresborough. De hecho, por lo visto, estuvo trabajando allí anoche. —Miró a Sands—. Así que podemos acotar su margen de tiempo cuando averigüemos a qué hora terminó su turno. De alguna manera, entre el final de su turno y ahora, acabó aquí. A decir de todos, era un poco golfa.

—Joder —gruñó Riddick—. Espero que lo que acabas de decir no llegue nunca a oídos de su padre.

—Soy policía, no es tan estúpido como para…

—Su hija está muerta, Phil. ¿Crees que le va a importar una mierda tu placa de pacotilla?

Rice se encogió de hombros.

—Y otra cosa, no quiero volver a oírte esa expresión, Phil —dijo Gardner—. Menospreciar a las víctimas ya te ha metido en problemas antes. Cortémoslo de raíz esta vez. De todos modos, ¿a quién le has oído eso?

—Solo a unos colegas míos que beben en el Bull. Por lo visto, siempre estaba flirteando con los tíos. No llevaba suficiente ropa. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Te refieres a un comportamiento perfectamente aceptable en el siglo XXI? —preguntó Riddick.

—¡No si fuera mi hija! En fin, ¿por qué está todo tan políticamente correcto últimamente?

—Porque, Phil —dijo Gardner, bajando la vista hacia los ojos sin vida de la chica—, ser la hija del Padrino, camarera o promiscua… nada de eso define realmente a nadie. Lo único que importa es cómo y por qué esta corta vida ha sido truncada. —Miró a Rice con el ceño fruncido—. ¿El pub más escandaloso de Knaresborough? ¿Knaresborough se vuelve escandaloso?

—Sí —dijo Rice—. Por culpa de los gitanos. Estamos inundados de ellos por esta época del año.

—Querrá decir feriantes, ¿no? —dijo Gardner con una ceja arqueada.

—De hecho —dijo Rice, señalando al otro lado del lago—, están en el campo de rugby de allí. A tiro de piedra de aquí. Así que quizá queramos marcarlos como sospechosos.

—¿O como posibles testigos? —Gardner suspiró, poniéndose en pie—. Nada como un poco de discriminación de finales de verano para ponernos de lleno en el punto de mira de los medios, Phil. ¿Podemos tener más del detective impecable, por favor, y menos del palurdo del norte?

Rice lo fulminó con la mirada.

Riddick le susurró al oído: —Jefa, los palurdos no son solo del norte.

Ella le dedicó una sonrisa. —Tomado nota. Vamos a ver la choza de Harvey. —Se volvió hacia Rice—. Y *tú*, busca la palabra «impecable» en el móvil, y consideraré mantenerte en el equipo.

Mientras volvían en dirección a Marsh, Riddick dijo: —Impecable, mis cojones. Yo creo que se está tirando al Dr. Frank-N-Furter. ¿Por qué si no iba a ascender a ese capullo?

Gardner pensó en Marsh, y pensó en Rice. Aquella sí que era una combinación peculiar que le revolvía el estómago.

—¿Harvey Henfrey vive ahí dentro? —preguntó Gardner, señalando la choza.

—Sí —respondió Marsh—. Dicen que el minimalismo está de moda últimamente. Gente que rechaza el materialismo y vive casi sin nada.

—A mí me suena a cualquier hombre de Yorkshire —dijo Riddick.

Gardner se dio cuenta de que Marsh sonreía. ¿Se estaba disipando la tensión de antes entre ellas?

—Esto va más allá del minimalismo —dijo Gardner—. Una diminuta choza de piedra. ¿Cómo se llama el siguiente paso?

—¿No tener ni dónde caerse muerto? —aventuró Riddick.

—Tiene sentido —dijo Marsh.

—Debe de encantarle la naturaleza. —Gardner miró a su alrededor, a la hierba y la maleza descuidadas, y a los árboles que se cernían sobre la desvencijada choza—. Piensa en los putos insectos. Además, ¿no pasa frío en invierno?

—Tiene un pequeño generador para la electricidad y una bombona de gas en la parte de atrás —dijo Marsh—. No se deje engañar. Aún tiene algunas comodidades.

—Cincuenta años parece un poco pronto para retirarse por completo de la sociedad —dijo Gardner.

—¿Usted cree? —dijo Riddick—. Yo sé que he tenido ganas de hacerlo unas cuantas veces.

Un oficial de la escena del crimen vestido de blanco salió por la puerta de la choza, sosteniendo una bolsa. Se detuvo para hablar con Tony Reid, el oficial de pruebas, que anotó la evidencia en el libro.

—¿Quién está con Harvey Henfrey ahora mismo? —preguntó Gardner.

—Lucy.

Gardner asintió. *Bien*. La agente detective O'Brien la había impresionado en su último caso.

—Después de que lo detuvieran —dijo Marsh—, se lo llevaron a la comisaría de Knaresborough. Pueden pasar por allí de camino al Cuartel General.

—¿Cómo fue la detención de Harvey? —preguntó Gardner.

—Tranquila en su mayor parte. Sí que le preguntó a Lucy si ella mataría a alguien y dejaría el cuerpo en su propio jardín trasero.

Riddick resopló. —Una pregunta justa.

—El bolso de Tia Meadows estaba fuera de su choza. —Marsh señaló una pequeña mesa—. Debajo de eso.

—Lo que sugiere que pudo haber sido asesinada aquí —dijo Riddick—, antes de ser arrastrada y expuesta en ese árbol. El doctor Sands calculó que la chica estuvo boca abajo inicialmente.

—Podríamos estar ante un caso cantado.

—Quizá —dijo Gardner—. Aunque todo parece un poco conveniente, ¿no cree? Harvey se toma la molestia de mover el cuerpo, pero deja el bolso en la puerta de su casa. Solo le ha faltado ponerle un lazo. No es racional.

—Mire dónde vive. —Marsh negó con la cabeza—. ¿Es esto racional? Si su ADN está en ese bolso, tendrá suficiente para la Fiscalía. Le daré prioridad.

—Si es una encerrona —dijo Riddick—, ¿no sería fácil encontrar el arma del crimen?

—Pues ni rastro de ella todavía. Han registrado la cabaña de arriba abajo.

Gardner se alejó de Riddick y Marsh y observó la solitaria cabaña un instante. *¿Por qué estás aquí, Harvey, completamente solo? ¿Qué te ha pasado?*

Se volvió hacia sus compañeros. —¿Entonces, ha dicho antes que la cosa no ha sido agradable con Frank Dowson, señora?

—Oh, sí. Sígame.

Frank Dowson estaba sentado en un árbol caído detrás de la cabaña, con la vista perdida en el lago. Aparentaba sus setenta años y unos cuantos más.

Una joven agente uniformada lo había estado consolando y se levantó al ver acercarse a Gardner y a Riddick.

Negó con la cabeza para indicar que no se encontraba muy bien y luego los dejó.

—¿Señor Dowson? —le dijo Gardner, sentándose a su lado en el tronco caído.

—Habría sido un día estupendo para pescar —dijo Frank, señalando el lago con la cabeza—. La semana pasada hizo un sol de justicia y a principios de esta seguía haciendo un calor horrible. Hoy está perfecto para ello.

—Siento mucho por lo que ha pasado, señor Dowson. Soy la inspectora jefa Gardner y este es el inspector Riddick. ¿Le importa si le hacemos unas cuantas preguntas?

—Frank, por favor. ¿Cree que podrían recuperar mi equipo de donde lo dejé caer, al lado de esa pobre chica? ¡Le aseguro que con mi pensión no podré reemplazarlo de la noche a la mañana!

—Veremos qué podemos hacer —dijo Gardner, a pesar de saber que recuperar su caña de una escena del crimen activa sería problemático—. Frank, ¿puede contarme brevemente lo que ha sucedido?

—*¿Otra vez?* ¿Es que ustedes no se comunican?

Gardner sonrió. —Sí que lo hacemos..., pero la información de segunda mano nunca es tan buena. Además, soy la directora de investigación de este caso. Usted, Frank, es la persona más importante en este momento.

—¿Y eso por qué? ¡Si ya han pillado a ese cabrón! —Suspiró—. Está bien, si no hay más remedio.

—Gracias, Frank. —Gardner sacó una libreta y preparó el bolígrafo.

Frank describió su paseo hasta el lago al amanecer y su descubrimiento de Tia Meadows. Sacudió la cabeza—. Sinceramente, creí que me iba a dar un patatús. ¡Y eso que hace poco me pusieron un marcapasos!

—¿Lo han examinado los sanitarios? —preguntó Gardner.

—Sí..., quieren hacerme un chequeo más a fondo en el hospital, solo para asegurarse, pero no creen que corra ningún peligro inmediato.

—Me alegro de oírlo, Frank —dijo Gardner.

—¡Qué monstruo! —Frank negó con la cabeza—. Esa chica siempre tenía una sonrisa para todo el mundo... Una chica de las

buenas. De las que te cederían su asiento en el autobús. Sí, era una de esas. Le aseguro que ya no las hacen como antes. —Bajó la cabeza.

Gardner le concedió un momento para reflexionar antes de decir: —Frank... No sabía que la conocía. Siento su pérdida.

Él le restó importancia con un gesto. —No pasa nada, hija.

Gardner odiaba que la llamaran *hija*, pero cuando se trataba de testigos, especialmente de los que se habían criado en una época completamente distinta, reprimía cualquier reacción y mantenía la paciencia.

—Me sirvió muchas veces en el White Bull, pero, a decir verdad, conozco más a su padre que a ella. Si es un hombre fuerte, pero de esta no se va a recuperar. A ver, ¿quién *podría* recuperarse de algo así? Era una chica tan dulce y encantadora.

—¿De qué conoce a Si Meadows? —preguntó Riddick.

—Bebe en el White Bull. No éramos íntimos ni nada por el estilo, pero sabía jugar al billar. Y a mí me gusta el billar.

—¿Qué pasó después de que la encontrara? —inquirió Gardner.

Frank le explicó que no tenía móvil, así que pensó que Harvey Henfrey sería su mejor opción para pedir ayuda. —Y entonces encontré el monedero.

—Entonces, ¿usted tocó el monedero y el permiso de conducir? —preguntó Gardner.

Frank asintió. —Ya he explicado todo esto.

—Solo para confirmar —dijo Gardner mientras tomaba notas—. Seguramente encontraremos su ADN en ellos.

—Soy un perro viejo. No sé mucho de todo eso —dijo Frank—. Pero, después de ver ese monedero, y de que Harvey, ese monstruo, saliera a la puerta, yo... —Hizo una pausa y bajó la mirada, como avergonzado.

—¿Corrió? —preguntó Riddick.

—¡Pues claro! —siseó Frank. Se giró para clavar su mirada penetrante en Riddick—. ¡Tenía un cuchillo en la mano y yo acababa de ver lo que le había hecho a esa pobre chica!

—¿Adónde corrió, Frank? —preguntó Gardner.

—Salté esa valla y corrí por todo Breary Flat Lane hasta que llegué a casa de Quinn.

—¿Quinn?

—Greg Quinn. Un viejo amigo. Me dejó usar su móvil para llamarlos a ustedes.

—Ya veo.

—Y después, ya saben el resto. Los llevé hasta esa pobre muchacha.

Gardner asintió, sin dejar de tomar notas.

—Y también los vi arrestar a ese cabrón. —Señaló a Gardner con un dedo—. No se vaya a creer ninguna de sus gilipolleces, hija. Se lo vi en los ojos cuando me abrió la puerta. Fue él, seguro. Ese hombre no está bien de la cabeza.

—¿Qué contacto había tenido usted con Harvey antes de hoy, Frank? —preguntó Riddick.

—El mismo que cualquier otro, chaval. Viene al pueblo de vez en cuando. Parece bastante educado, pero no le interesa la conversación. —Entrecerró los ojos—. Ahora ya sabemos exactamente lo que le interesa, ¿verdad? Maldito psicópata.

Gardner tomó nota de algunos detalles más sobre la vida personal de Frank, pero fue algo bastante breve. No tenía hijos y era viudo. Vivía con una modesta pensión, pasando sus últimos años encorvado junto a los lagos. Parecía tener buenas palabras para casi todo el mundo de quien hablaba, excepto para Harvey, por supuesto.

—Un mal bicho. Siempre lo he sabido y siempre lo he dicho. Un mal bicho de manual.

Dejaron a Frank meditando sobre una expedición de pesca que nunca fue y sobre una vida que ya no existía, y regresaron junto a Marsh, frente a la cabaña.

—Voy a echar un vistazo dentro —dijo Gardner.

Saludó con un gesto de cabeza a Tony Reid, que estaba de rodillas, retirando fibras del marco de la puerta con unas pinzas, y después se asomó a la cabaña.

Al fondo había una pequeña cocina con un equipamiento tan arcaico que podría tener algún valor para un coleccionista excéntrico. Recordó la bombona de gas que había detrás. Se preguntó si Harvey Henfrey tendría un detector de monóxido de carbono; había visto instalaciones letales en su carrera, pero nunca nada tan extremo.

Delante de la cocina había un montoncito de cojines viejos junto a una sábana doblada que, supuso, servía de cama improvisada por la noche.

Ni televisión. Ni radio. Ni sofá.

Gardner había visto narcopisos y casas okupas más habitables que aquello.

Solo había una cosa digna de mención. Una gran estantería que cubría media pared y debía de medir unos dos metros y medio de largo. Llegaba hasta el techo y estaba abarrotada de libros.

—Así que a Harvey le gusta leer.

Tony Reid, arrodillado a su lado, levantó la vista.

—Y todos de novela negra. ¿Qué te parece?

—Sí, ¿qué me va a parecer? —dijo Gardner.

Uno pensaría que, con tanto que lees sobre crímenes —pensó—, *habrías sido más creativo a la hora de deshacerte del cuerpo.*

MARSH RECIBIÓ UNA LLAMADA, por lo que Riddick y Gardner volvieron solos por el bosque hacia la escena del crimen.

Más adelante, los oficiales de la escena del crimen seguían recogiendo pruebas bajo la atenta mirada de Fiona Lane; Sands continuaba inclinado sobre el cadáver; y Rice aún revoloteaba alrededor como una mosca en la mierda, encantado con su recién adquirida importancia.

—El señor Impecable… Impecable a la hora de ser un completo gilipollas —dijo Riddick.

Gardner no pudo reprimir una risita, pero luego respiró hondo y dijo:

—Está bien, Paul, pero ya basta; vamos a calmarnos. Sé que no te gusta, y sé que no se cubre de gloria precisamente con sus ideas de la Edad de Piedra, pero ha demostrado ser competente.

—Detrás de un escritorio, puede. Lejos de otros seres humanos.

—Sí, es verdad…

—Y mira, no está detrás de un escritorio.

—También es verdad. Sí…, ya lo veo…, pero ten paciencia. No tardará en volver a estarlo.

—¡Paciencia! Esperemos que no la cague con la investigación antes de que eso ocurra. Y que sepas que, diga lo que diga la Harsh Marsh, al menos yo sé cómo tratar a la gente.

—Lo sé. La comisaria jefa solo estaba desahogándose. Ya sabes cómo se pone.

—He de admitir que hubo un tiempo en que me esforzaba por ser inaccesible y odioso —Riddick señaló a Rice con la cabeza—. Pero en su caso, es un talento natural.

—Déjalo ya.

Oyeron gritos.

—¿Dónde está? ¿Dónde demonios está?

Gardner miró en dirección a un hombre bajo, corpulento y con la cabeza rapada.

—Mierda —dijo Riddick—. Es Si Meadows.

El padre de la víctima.

—¿Cómo? O sea, si ni siquiera ha llegado la prensa…, ¿cómo lo sabe?

—¡Quítame las putas manos de encima! —dijo Si, apartando a Barnett de un empujón, lo que no era moco de pavo teniendo en cuenta el imponente tamaño del sargento detective.

Gardner se adelantó y se interpuso entre Si y el camino hacia su hija. Todavía estaba a cierta distancia de Tia. Gardner esperaba que aún no la hubiera visto. Miró hacia atrás. Sands ya estaba de pie, junto a Rice, bloqueando la visión lo mejor que podían. Incluso si Si

hubiera podido ver a través de aquella muralla humana, solo habría alcanzado a verle las piernas; la cara estaba al otro lado del tronco.

Gardner era aproximadamente del mismo tamaño que Si. Aquello no le infundía ninguna confianza. El hombre era ancho, tenía el rostro curtido y una expresión dura.

—¿Es ella? ¿Es Tia? —la voz de Si era grave y potente. Las palabras vibraron en el aire alrededor de Gardner y le hirieron los tímpanos.

—Señor Meadows, necesito…

—¡Responda a la maldita pregunta, mujer! —apretó un puño—. ¿Es mi hija?

—¿Por qué está aquí, señor Meadows? ¿Quién le ha dicho…?

—Me ha llamado Quinn. Me ha dicho que el viejo Frank había encontrado a mi hija. Se equivocan. Dígame que se equivocan de cabo a rabo.

Gardner recordó la mención de Frank a Greg Quinn, el hombre que vivía al final de Breary Flat Lane y que le había dejado llamar para informar del hallazgo del cuerpo.

Gardner vio que Barnett se acercaba por detrás de Si. Si se abalanzaba sobre ella, Barnett podría reducirlo. Aquello le dio cierto alivio y la confianza para dirigirse al padre afligido.

—Lo siento, señor Meadows. De veras que lo siento…

—Ni se le ocurra —Si la señaló con el dedo, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ni se le *ocurra*!

Gardner lo miró a los ojos.

—Lo siento. Hay un cadáver. Varias personas la han reconocido como Tia.

Él se estremeció. Fue como si Gardner le hubiera dado una bofetada que lo hubiera dejado sin habla.

—Lo siento muchísimo. De verdad que sí, señor Meadows. Puede que llegue el momento de una identificación formal, pero no ahora. Por experiencia, nunca sale bien si no se deja pasar algo de tiempo…

—¿Mi pequeña? —Si frunció el ceño.

—Señor Meadows, permítanos ayudarle. Es mejor que nos deje encargarnos de esto por ahora.

Si giró la cabeza de un lado a otro. Parecía confuso, como si Gardner estuviera hablando un idioma que no podía entender.

—¿Mi pequeña?

Gardner le puso una mano en el hombro. Él se miró la mano. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Barnett, que seguía acechando detrás de Si, cruzó una mirada con ella. Su expresión parecía sugerir que sentía lo mismo que ella en ese momento. El pánico había pasado. Si se había vuelto más maleable…

De repente, Gardner salió despedida hacia un lado y sintió que las piernas le fallaban. Aterrizó de culo y se golpeó la nuca contra un árbol.

—¡Tia…! Dios, no… ¡Tia!

Frotándose la nuca, Gardner alzó la vista hacia Si. Se había adelantado hacia el cuerpo de su hija. Sands se había escabullido y Rice había retrocedido varios pasos. Barnett seguía a Si. También se dio cuenta de que Riddick esperaba entre bastidores.

—Mi pequeña… —las palabras de Si eran ahora susurros rotos, casi como los sonidos de un animal moribundo—. ¿Qué te han hecho? —apoyó una mano en el árbol y se inclinó sobre su hija—. ¿Qué te han hecho?

—Señor Meadows —dijo Gardner desde el suelo—. No debe tocarla.

Si alargó la mano para tocarle la cara a Tia. Gardner le hizo una seña a Barnett.

Barnett lo agarró por los brazos y tiró de él hacia atrás. Rice acudió a ayudar.

—¡Soltadme! —La voz de Meadows volvía a estar cargada de ira. Gritó improperios.

Barnett y Rice lo sujetaron por los brazos, uno cada uno, y forcejearon para alejar a Si del cadáver. Tenían los rostros tensos.

—¡Os mataré a todos! ¡Soltadme!

Rice, que era con diferencia el más débil de los dos agentes, a duras penas conseguía mantenerse en pie. Sus pies empezaban a arrastrarse por la maleza.

¡Mierda!

Cuando resultó evidente que la emoción que embargaba al hombre desconsolado le confería una fuerza inexplicable, Riddick acudió a ayudar a Rice.

—*¡Soltadme!* Mi niñita…

Entre los tres agentes, consiguieron derribarlo al suelo.

—¡Tia! ¡Tia!

Se golpeó la cabeza contra el suelo y empezó a echar espuma por las comisuras de los labios.

—¡Mi Tia!

Gardner se puso en pie y se quedó observando a sus agentes mientras luchaban por mantener inmovilizado a Si. Los tres estaban sofocados, con el rostro enrojecido y los dientes apretados. Se preguntó cuántas fuerzas les quedaban.

—¡Soltadme o os mataré a todos!

La cosa siguió así durante un buen rato hasta que Si Meadows por fin se derrumbó, cediendo bajo el peso de tres agentes de policía exhaustos, y rompió a llorar.

Gardner respiró hondo. Había visto innumerables reacciones ante la muerte de un ser querido. Todas muy distintas. Todas desgarradoras.

En realidad, nunca se acostumbraba.

5

—¡Parecía que tenía la fuerza de diez hombres! —dijo Riddick desde el asiento del copiloto de Gardner.

Gardner le echó un vistazo antes de volver a centrar su atención en la carretera. —¿Estás bien?

—Sí... He pasado lo mío, pero no recuerdo haberme convertido en Hulk.

—¿En serio? ¿*Tú* nunca pierdes el control? ¿Eso es lo que me estás diciendo? —replicó, refiriéndose, por supuesto, a esa costumbre suya de pegar primero y preguntar después que ella había tenido que frenar cuando lo conoció.

—Prácticamente te ha agredido, jefa.

—A su hija la acaban de asesinar.

—Aun así... ¿derribarte? Probablemente deberías denunciarlo.

—Ya hacemos demasiadas cosas al pie de la letra. Hoy es un día para la empatía.

Aparcaron en el parking de Castle Gate y se dirigieron a la comisaría de Knaresborough. Había una pareja de ancianos hablando con el sargento de la recepción sobre un teléfono perdido.

Riddick los interrumpió. —Perdonen. —Su tono era de todo menos de disculpa.

Tras comunicar su petición, el sargento de la recepción hizo una llamada, mientras la pareja de ancianos miraba a Riddick con desagrado. Un joven agente salió disparado. Todavía arrastraba la

adolescencia en forma de acné y una barba incipiente. Aunque no se le podía reprochar su entusiasmo. —Agente de Policía Jackson, señora.

—Buenos días —dijo Gardner.

Riddick se limitó a asentir con la cabeza.

—Me he tomado la libertad de averiguar todo lo que he podido sobre su hombre —dijo Jackson, con tono entusiasta, y a continuación los puso al corriente.

Harvey Henfrey tenía cincuenta años y había vivido en la zona toda su vida. Antes de dejarlo todo para mudarse a una cabaña rudimentaria junto a un lago hacía diez años, había vivido en la casa de sus difuntos padres en Scotton. No tenía antecedentes ni historial laboral, y no estaba empadronado para votar.

—¿Que no ha trabajado nunca? —preguntó Riddick—. ¡Venga ya!, ¿no?

Jackson señaló por cuánto había vendido Harvey la casa de sus padres.

—Bueno, eso debería servirle para mantenerse a flote —dijo Gardner—. Sobre todo si vas a reducir tu coste de vida de una forma tan excesiva como lo ha hecho él.

Mientras caminaban hacia la sala de interrogatorios, Riddick negó con la cabeza. —Mi padre siempre decía que nunca te fíes de un hombre que no ha trabajado ni un día de su vida.

—¿Y estabas de acuerdo? —preguntó Gardner.

—¿De acuerdo? ¿Crees que alguna vez estuve de acuerdo con mi padre en algo? Era un gilipollas.

Gardner intentó no sonreír. —Bueno, vivir de gorra de papá y mamá toda tu existencia no te convierte en un asesino.

—Menos mal —dijo Riddick—. Habría una epidemia por aquí. Entonces, ¿qué piensas de Harvey?

—El hombre quiere ser un fantasma. Entonces, ¿por qué matar a alguien, dejarla junto a su cabaña y sacrificar todo ese maravilloso anonimato? ¿De verdad quiere ser uno de los hombres más tristemente famosos de Gran Bretaña? No lo creo.

Entraron en la sala de interrogatorios. Harvey Henfrey era un hombre demacrado al que, a pesar de años sin trabajar y viviendo

en plena naturaleza, el tiempo no había tratado particularmente bien. Parecía que le vendría bien una buena comida y, pensó Gardner, una buena noche de descanso en una cama de verdad en lugar de en aquel montón de cojines viejos al que había echado un vistazo en su cabaña.

Harvey tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y, tras ver entrar a Gardner y a Riddick, cerró los ojos.

Se sentaron frente a él. —Señor Henfrey, soy la inspectora jefa Gardner y este es el inspector Riddick.

Sus ojos permanecieron cerrados.

Un hombre que se aísla habitualmente del mundo real, pensó Gardner. *Supongo que cerrar los ojos es todo lo que le queda en su arsenal ahora mismo.*

Bajó la vista hacia sus nudillos, que relucían en sus manos entrelazadas. *¿Signos de forcejeo? ¿Hay algo que quiera decir?*

Gardner miró a la cámara en la esquina de la sala e inició el interrogatorio con la fecha y la hora.

—Obviamente, está en su derecho de no hablar con nosotros, Harvey —dijo Gardner—. Pero pregúntese: ¿le ayudará? Desde nuestro punto de vista, la cosa no pinta nada bien.

Con los ojos cerrados, empezó a mover la cabeza arriba y abajo como si estuviera escuchando música. *¿O quizás unas voces en su cabeza?*

Riddick y Gardner intercambiaron una mirada.

Harvey ya había renunciado a su derecho a un abogado antes de que llegaran. Normalmente, no desperdiciarías una oportunidad como esa, pero en ese momento, Gardner se preguntaba si no estaría mejor con uno. Un letrado podría hacer entrar en razón a un hombre que parecía haberse quedado en Babia.

—Harvey —dijo Riddick—, el cuerpo de Tia Meadows fue encontrado cerca de donde usted vive. Su bolso se encontró debajo de la mesa que hay fuera de su cabaña. A eso hay que añadir que amenazó a Frank Dowson con un cuchillo...

Gardner miró a Riddick. Su segundo director de investigación era muy bueno yendo al grano y provocando a una persona de interés. Le dejó hacer. *Quizás consiga despertar al testarudo ermitaño.*

—Todo parece bastante blanco y en botella, Harvey —continuó Riddick—. Este interrogatorio es un mero trámite. Su oportunidad para aclarar por qué hizo lo que hizo.

Nada.

—¿Por qué mató a Tia Meadows? —preguntó Riddick.

Harvey dejó de mover la cabeza y abrió las manos entrelazadas. Gardner sintió un subidón de adrenalina... *¿Hemos dado en el clavo?*

El ermitaño empezó a tararear para sí mismo.

Gardner se dejó caer de espaldas en su silla.

—¿Qué clase de monstruo es usted? —dijo Riddick, subiendo el volumen de su voz—. Tenía veinte años. Prácticamente era una cría, ¡y usted la mató a golpes! ¿Ni siquiera merece un simple comentario? ¿Y su padre, Harvey? ¿No tiene nada que decir sobre el desastre que ha creado para él?

Harvey giró la cabeza de un lado a otro.

Así que está escuchando.

Miró a Riddick. Era horrible presenciar aquello, pero estaban abriendo una brecha. Le indicó con un gesto que continuara.

—Y la dejó allí, en la tierra... la tiró. ¿No podría al menos haberla devuelto a quienes les importaba un bledo?

Harvey no solo giraba la cabeza, ahora la estaba negando.

Riddick estaba a punto de gritar. —¿No quiso acostarse con usted, fue eso?

Gardner le puso una mano en el brazo, intentando frenar a su combativo colega.

—No me diga que vamos a descubrir que se acostó usted con ella sin su consentimiento.

Harvey abrió los ojos de golpe. —Lávese esa boca sucia, jovencito.

Gardner le apretó el brazo a Riddick con más fuerza, indicándole que parara ya. ¡Era suficiente!

Gardner se quedó mirando a Harvey sin hablar, dejando que la presión sobre él aumentara.

La mirada de Harvey iba y venía entre los dos agentes. —Yo no haría eso… Yo *no* hice eso.

Gardner asintió para demostrarle que lo escuchaba.

A Harvey se le llenaron los ojos de lágrimas mientras su mirada seguía saltando de un interrogador a otro. —No le hice daño. —Extendió la mano sobre la mesa.

Gardner resistió el impulso de retirar el brazo bruscamente para que la mano de Harvey pudiera posarse sobre la suya. Parecía lo correcto para ofrecerle algo de consuelo y ganarse su confianza después de sacarlo de su trance.

Sus ojos llorosos se clavaron en los de ella. —Nunca le he hecho daño a nadie.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Gardner le creyó.

A MEDIDA que avanzaba el interrogatorio a su principal sospechoso, se hizo muy evidente que Harvey Henfrey era un hombre apacible y nervioso. Los nervios podían ser una actuación, pero Gardner estaba cada vez más convencida de que ese era el verdadero Harvey. Hasta al sociópata más convincente le costaría fingir ese nivel de ternura de forma tan prolongada.

Gardner había dejado que la mano de él descansara sobre la suya durante un rato para mantenerlo calmado y tranquilizarlo. Parecía la mejor manera de hacerlo hablar ahora que el trance se había roto.

—Así que, ¿sabía quién era Tia Meadows? —preguntó Gardner.

Harvey asintió. —Era agradable. —Sonrió y bajó la vista hacia sus manos, que ahora estaban planas sobre la mesa en lugar de en un puño—. Solía verla en Tesco's cuando trabajaba allí. Recuerdo que me ayudó con esas fastidiosas cajas de autopago. —Su sonrisa se ensanchó por un segundo—. Tenía buen sentido del humor. Me dijo que le diera una patada a la máquina si me daba más problemas, que ella no se lo diría a nadie. Una chica feliz… siempre tan feliz.

Gardner recordó que Rice les había dicho que Tia Meadows había estado trabajando en el bar del White Bull la noche anterior. —¿Solía usted beber en el White Bull?

—No. —Harvey negó con la cabeza—. No bebo. Tampoco se me dan bien las situaciones sociales. —Levantó la vista—. Me gusta leer. Eso es lo que me gusta. Prácticamente lo único que me gusta. La naturaleza también, supongo.

—He visto sus libros —dijo Gardner—. Una colección impresionante. ¿Novela negra?

—Esa es mi perdición. Desde *El sueño eterno*.

—¿Chandler? —preguntó Gardner.

—Sí... ¿usted lo lee?

Gardner negó con la cabeza. —Antes leía; ya no. *Tampoco soporto la novela negra. No con lo que tengo que pasar cada día.*

—Qué lástima. Leer es una gran distracción de lo que pasa aquí dentro. —Harvey se señaló la cabeza y miró a Riddick. El ermitaño parecía interesado en esta conversación y mucho menos nervioso que hacía unos segundos—. ¿Y usted?

Riddick no respondió de inmediato. Gardner sospechó que estaba sopesando si mantener esta parte del interrogatorio cordial para provocar un desliz o volver a la carga con todo. —Tengo la cabeza demasiado embotada para leer. —Cordial, entonces.

—Porque es detective. —A Harvey se le abrieron los ojos como platos.

Gardner detectó entusiasmo en el tono de voz del sospechoso.

—Es una de las razones —dijo Riddick.

A Gardner se le encogió el corazón. La otra razón de Riddick era la gran pérdida que había sufrido. La muerte de su mujer y sus dos hijos.

—También tengo libros sobre mindfulness —dijo Harvey—. ¿Sabe lo que es el mindfulness?

—He oído hablar de ello —dijo Gardner—. No lo practico. Rara vez tengo tiempo para vivir el momento.

—Debería probarlo —dijo Harvey, dedicándole un suave asentimiento—. A veces me siento y me quedo mirando ese lago durante horas. Nada más. Solo mirar y apreciar. Lo llamo el Lago Solitario, ¿sabe?

—¿Por qué? —preguntó Gardner.

—A veces me siento y observo a los pescadores, o incluso a la gente que viene sola a sentarse y pensar. Rara vez veo a gente junta. Este lago tiene algo. Atrae a los que están solos.

—¿Como usted?

—Supongo.

—Entonces, ¿supongo que conoce muy bien el lago y la zona que lo rodea? —preguntó Riddick.

—Llevo un tiempo allí.

—Diez años, creo —continuó Riddick. Se inclinó hacia delante y frunció el ceño—. Entonces, ¿no habría oído algo fuera de lo común? ¿Alguien alterando la zona?

—Quizá en invierno, pero en verano los insectos pueden armar un escándalo… No un mal escándalo, ojo. Me ayuda a dormir. —Su rostro se ensombreció y bajó la vista hacia la mesa. Cuando levantó la mirada, Gardner volvió a detectar una tristeza genuina—. ¿Sufrió?

Gardner dijo: —Continuemos con lo que usted sabe, primero, Harvey.

—¡Yo no le deseaba ningún mal! No sé cuántas veces tengo que decirlo.

—Cuando tengamos todos los hechos, podrá tomarse un breve descanso —dijo Gardner—. Ahora, ¿dijo antes en este interrogatorio que no tiene ni idea de cómo el bolso de Tia Meadows acabó debajo de su mesa exterior?

—No la tengo. De verdad que no.

—Pero el Lago Solitario y los árboles que lo rodean son su mundo, Harvey. Debe de estar familiarizado con los sonidos. ¿No habría oído a alguien fuera de la cabaña…, a alguien poniéndolo allí? Antes me dijo que oyó a Frank Dowson fuera de su casa antes de que llamara, así que, ¿cómo no oyó a alguien poniendo el bolso allí?

—No lo sé… Supongo que se esforzaron por no molestarme. Además, como he dicho, los insectos pueden ser muy ruidosos. O sea, ¿podría haber estado dormido? Tengo el sueño muy profundo.

—Quienquiera que hiciera esto para ponerle en nuestro punto de mira debió de correr un gran riesgo al colocar ese bolso —dijo Riddick—. ¿Alguna idea de quién o por qué?

Harvey negó con la cabeza.

—Usted lee muchos libros de novela negra —dijo Riddick—. Así que sabe que analizaremos el bolso a fondo. Sabremos si lo tocó.

—Lo sé. Pero lo toqué.

—¿Por qué? —preguntó Gardner.

—Bueno, a Frank se le cayó cuando echó a correr. Sentí curiosidad. Después de cogerlo y darme cuenta de que era de Tia, simplemente lo volví a dejar en el suelo. No sé por qué. Simplemente me pareció lo más sensato.

—De acuerdo —dijo Gardner—. Digamos que le concedemos el beneficio de la duda: no dejó el bolso sobre esa mesa ni debajo de ella para que Frank lo descubriera, y no mató a Tia Meadows… ¿Por qué le sacó un cuchillo a Frank Dowson?

Harvey se sonrojó y negó con la cabeza. —Es difícil de explicar.

—Pero puede ver la pinta que tiene, ¿verdad, Harvey? —dijo Riddick.

—Sí…

—La fiscalía lo considerará como una prueba más en su contra.

—Vivo solo. Completamente solo. Desde que mi madre murió hace diez años, no he tenido compañía.

—Por elección propia —dijo Riddick.

—Sí, tiene razón. —Harvey miró a Gardner mientras hablaba. Era evidente que la percibía como alguien dispuesta a escucharle. Gardner no podía decir que fuera una pose; lo sentía de verdad. Empezaba a dudar seriamente de la culpabilidad de Harvey—. Nunca he querido que fuera de otra manera. Sigo sin quererlo. Pero cuando uno vive solo durante tanto tiempo, y no solo, sino *apartado* de todo el mundo, se vuelve mucho más..., no sé..., ¿cauteloso? Supongo que se pierde esa confianza que todo el mundo tiene en los demás.

—¿Y bien, qué está diciendo? —preguntó Riddick.

Sin dejar de mirar a Gardner, Harvey dijo: —Digo que estaba nervioso. Nadie ha llamado a esa puerta en años. Y este hombre, Frank, no solo llamó, la *aporreó*. Es difícil describir cómo me sentí en esa situación. No fue pánico, pero sí vulnerabilidad. Sí, me sentí vulnerable.

—¿Así que fue a por un cuchillo de cocina? —dijo Riddick con tono incrédulo.

—No exactamente. Estaba cortando champiñones para el desayuno. Ya tenía el cuchillo en la mano. Fue una situación tensa y..., y..., bueno, nunca levanté el cuchillo. Nunca fui a por él. Simplemente echó a correr.

Gardner anotó que debía confirmar lo de los champiñones cortados en la cabaña. Luego, levantó la vista y vio los ojos de Harvey fijos en los suyos. Pudo ver la desesperación en ellos. También pudo ver la confianza que estaba depositando en ella.

Riddick dijo: —Le dijo a Frank que no debería haber venido.

Harvey asintió. —Se lo habría dicho a cualquiera. Nadie debería venir. No es lo que quiero.

—¡Acababa de encontrar a una chica asesinada! —dijo Riddick.

—Yo eso no lo sabía. Si lo hubiera sabido, y él no hubiera huido, le habría ayudado.

—Pero la falta de coartada es un problema mayúsculo, Harvey —dijo Gardner—. Estuvo en la cabaña, solo, durante toda la franja horaria. Eso no le beneficia en nada.

—¿Que la verdad no me beneficia?

—A veces la verdad no es suficiente —dijo Riddick—. Lo sabe por sus libros. Necesitamos pruebas. Sin ellas, todo apunta hacia usted. Entenderá eso, ¿no?

A Harvey le dio un tic en la cara. Sus ojos saltaron de un agente a otro de nuevo, antes de posarse otra vez en Gardner. Prácticamente le suplicaban ayuda con la mirada—. Sabe, no necesito leer novelas policíacas para saber que dejar un cadáver cerca de donde vives no es la mejor manera de evitar sospechas. ¿Eso cuenta para algo?

—No si lo hizo a propósito como una forma astuta de disuadirnos de su culpabilidad —dijo Riddick.

—¿Salió anoche en algún momento entre las ocho de la tarde y las dos de la madrugada? —preguntó Gardner, agarrándose a un clavo ardiendo por él—. ¿Vio a alguien? ¿Le vio alguien a usted? ¿Qué hizo exactamente?

—Leí *Los hombres que no amaban a las mujeres*.

—Me temo que Stieg Larsson no puede proporcionarle una coartada —dijo Riddick.

—Solo tengo lo que tengo —dijo Harvey, frunciendo el ceño—. Le diré la verdad sobre todo. La primera noticia que tuve de lo que le pasó a Tia Meadows fue cuando me detuvieron.

—¿Qué relación tiene con el padre de Tia Meadows, Si? —preguntó Gardner.

—¿Relación?

—Bueno, ¿lo conoce?

—Apenas.

—Ambos tienen cincuenta años. Ambos nacieron y se criaron en esta zona —dijo Gardner.

—Fuimos al mismo colegio, incluso compartimos un par de clases, pero nunca fuimos amigos. En realidad, no.

Gardner tomó una nota.

El interrogatorio continuó durante un rato, dando vueltas sobre lo mismo. Finalmente, Gardner decidió interrumpirlo y organizar una reunión informativa para iniciar una investigación.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —preguntó Harvey.

¿De qué color es el caballo blanco de Santiago?

—Inicialmente, son veinticuatro horas, Harvey —dijo Gardner.

—Pero lo más probable es que solicitemos una prórroga —dijo Riddick.

—¿Me pueden dar algo para leer? —preguntó Harvey.

—Veré qué puedo hacer —dijo Gardner—. También debería buscarse un abogado.

—No creo que tenga sentido. Descubrirán la verdad antes de que eso sea necesario. Confío en usted.

—La vida real no siempre es como en los libros —dijo Gardner—. Estamos muy lejos de tener todas las respuestas.

—Y usted está muy lejos de demostrar su inocencia —dijo Riddick.

Harvey volvió a bajar la vista hacia la mesa, apretando y aflojando los puños. —Cuando era niño, mi madre siempre me decía que ser diferente nunca sale a cuenta. He pasado los últimos cuarenta años comprobando la veracidad de esa afirmación. Estoy aquí porque soy diferente.

—No, está aquí porque se han encontrado pruebas en su propiedad y no tiene coartada —dijo Riddick.

—Pero a eso me refiero. Alguien me está haciendo esto. Es como cuando me acosaban en el colegio. La gente ataca a los que no son como ellos.

—Tiene cincuenta años, Harvey. Vive completamente solo. Solo socializa con dependientes. ¿Quién iba a atacarle a usted? —preguntó Riddick.

—Lo verá muy pronto —dijo Harvey, sin dejar de mirar a los ojos a Gardner, en lugar de a Riddick—. Verá lo mezquina que puede ser la gente.

Y Gardner supo que tenía razón.

6

Gardner iba absorta en sus pensamientos de camino al Cuartel General.

—Venga, ¿qué pasa? —preguntó Riddick desde el asiento del copiloto—. Desembucha.

—¿Una chica muerta y un inocente al que han pillado con las manos en la masa? ¿Tú qué crees que pasa?

—Es un poco pronto para ir soltando la palabra *inocente* a la ligera.

—Intuición, Paul.

Riddick resopló. —¿Cuánta buena gente ha salido mal parada por culpa de la intuición a lo largo de los años?

—En fin, guardémonoslo para la reunión y para el equipo —dijo Gardner—. Y, por cierto, sé que estás en una nube después de tu cita, pero dúchate en el Cuartel General antes de la reunión, que apestas a perfume.

—Sí, jefa, si no queda más remedio, pero ya empezaba a gustarme.

—Y la verdad es que te pega, Paul. Lima tus asperezas, pero necesito que todo el mundo esté centrado en la reunión, no secándose las lágrimas con un pañuelo.

Riddick se rio. —Ahora tengo una pregunta personal para ti, jefa...

—Nada como una buena distracción de toda la vida.

—¿Alguna noticia de Barry?

—No, mi matrimonio sigue por los suelos. Y a saber cuándo alguien tirará de la cadena.

La incertidumbre sobre cómo se sentiría Anabelle por el fracaso del matrimonio de sus padres era difícil de sobrellevar. Gardner agradeció tener la vista fija en la carretera. Así Riddick no vería la tristeza en sus ojos. Poner al mal tiempo buena cara era la mejor opción. Sobre todo al lado de un hombre que ya tenía demonios de sobra con los que cargar.

—Sin embargo, puede que haya un resquicio de esperanza.

—Adelante.

—Hagamos un trato: tú me cuentas lo tuyo y yo te cuento lo mío.

Riddick volvió a reírse. —Buen intento. Pero no. No me interesa tanto.

Gardner suspiró. —Vale, te daré un incentivo. Alguien me ha entregado en mano una tarjeta de cumpleaños en mitad de la noche.

Notó la mirada de Riddick sobre ella.

—No sé ni por dónde empezar con esto, jefa.

—Di lo que piensas.

—Primero, ¡que es tu cumpleaños! Gracias por dejar a tu buen amigo aquí a dos velas.

—Mi cumpleaños no tiene importancia. Venga, ¿y segundo?

—Segundo... ¿quién te deja una tarjeta en mitad de la noche?

—Es anónima.

—¿Y decías que esto era un resquicio de esperanza?

—Es agradable recibir un poco de atención.

—¿De un acosador?

Gardner puso los ojos en blanco. —No demos por hecho que es un acosador.

—Si alguien te entrega en mano una tarjeta anónima en mitad de la noche, entonces puedes estar segura al cien por cien de que es un acosador.

Pensó en su noche en vela. Mentiría si dijera que no la había inquietado; sin embargo, le pareció más apropiado tomárselo con

humor. Al menos por el momento. —¿Así que no fuiste tú? —preguntó Gardner, sonriendo.

—Podría haberlo sido si te hubieras molestado en decírmelo. De todos modos, he cruzado algunos límites, pero acosar a alguien es pasarme de la raya, incluso para mí.

—¿Por qué te horrorizas tanto? Hay cosas peores que ser *mi* acosador en esta vida, ¿no?

—Esta conversación se está volviendo más que ridícula, jefa —dijo Riddick—. Para zanjar el tema, dejémoslo en que lo de la tarjeta de cumpleaños es raro.

—¿No puedo aferrarme a la esperanza de que sea algo romántico?

—¿Por qué?

Gardner se encogió de hombros. —Porque mi propio marido y mi hija todavía no me han llamado para felicitarme.

—Lo siento.

—Vaya mierda, ¿eh?

De nuevo, agradeció tener la vista puesta en la carretera para que Riddick no pudiera calibrar la verdadera tristeza en sus ojos.

—¿Quizá haya una buena razón?

—Hay una razón, desde luego. Mi marido —que a este paso será mi exmarido— es un capullo.

—No haré comentarios.

—Entonces, ¿entiendes por qué una chica podría mantener la esperanza de que haya un admirador por ahí?

—¿Y si resulta ser Jeffrey Dahmer?

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—O más bien huiremos por él.

A DIFERENCIA de la primera reunión en la operación anterior, Gardner sentía que ya le tenía tomada la medida a su Equipo de Investigación de Crímenes Mayores, compuesto por once personas,

en su mayoría hombres de mediana edad. Sin embargo, al igual que la última vez, se dirigió primero al baño para prepararse.

Meterse la camisa por dentro y ajustarse la chaqueta del traje era un requisito indispensable, al igual que asegurarse de que su melena corta y castaña estuviera impecable. Se metió unos Tic Tac en la boca, los masticó y se guiñó un ojo en el espejo.

Su entrada en la Sala de Incidentes 2 no pudo ser más diferente esta vez. Todos los agentes de la sala guardaron silencio. La hizo sentir como el inspector jefe Michael Yorke, su mentor y héroe cuando estaba en Wiltshire.

También la hizo sentir en la cima del mundo.

Aun así, contuvo la sonrisa de orgullo que pugnaba por salir.

Tras comprobar que Marsh no estaba en la sala, dijo: —Alguien ha sugerido antes que, hasta hace poco, la Unidad de Crímenes Mayores no solía ver incidentes graves... Así que menos mal que ha venido la sureña para ponerles a todos a trabajar.

La mayoría de los presentes se rio.

Una mano se alzó. Era el sargento detective Ross.

—¿John?

—¡Estoy de acuerdo! ¡Esto estaba *mucho* más tranquilo antes de que usted llegara, jefa! Pacífico, incluso.

Gardner sonrió. —Si quiere paz y tranquilidad, John, se puede arreglar. Solicitan a alguien para vigilar los aseos públicos junto al ayuntamiento de Knaresborough. Por lo visto, las quejas sobre un gamberro que se dedica a defecar por ahí no paran de llegar.

—Eso le viene grande, jefa —gritó O'Brien.

Gardner se rio. Lucy siempre se desenvolvía bien en este pantano de testosterona intolerante.

—¡Seguro que el canalla que va cagando por ahí es John! —exclamó Rice.

Gardner se volvió hacia la pizarra mientras su equipo bromeaba un momento más. En cualquier segundo, se darían cuenta de que era el momento de ponerse serios. Y así fue; se hizo el silencio. Sonrió de nuevo. En muchos sentidos, le estaba cogiendo cariño a su equipo. Empezar a conocerlos de verdad estaba dando sus frutos. Conocía sus puntos fuertes y débiles, y las tareas que había

asignado —sujetas a la pizarra en las fundas de plástico— eran tan personalizadas como era posible.

Leyó en voz alta el nombre de la operación, generado aleatoriamente, que figuraba en la parte superior de la pizarra.

—Operación Día Radiante.

Sus ojos se posaron en la foto de Tia Meadows, sacada de su página de Facebook. Iba muy maquillada, pero no era suficiente para ocultar la belleza natural que se traslucía.

Operación Día Radiante, ¡vaya nombre!

Este día no tiene nada de encantador… nada de encantador en absoluto.

Se giró y miró a Riddick. Estaba sentado más cerca que en la última investigación. En la Operación Edén, se había quedado rezagado al fondo. Un paria y un solitario. El Harvey Henfrey de la Sala de Incidentes. Detener a Neil Taylor y a su anterior Inspector Jefe, Anders Smith, había elevado el estatus de Riddick, y sus colegas se habían mostrado más dispuestos a aceptarlo de nuevo en el grupo. Cuando les informó a todos de que él sería el director de investigación adjunto en el caso, esta vez no hubo quejas. Le dedicó un gesto de orgullo. Había hecho enormes progresos.

Más le vale cumplir su promesa de no decir nada de mi cumpleaños, pensó, *¡o lo colgaré de los huevos!*

—Matthew, ¿está listo? —preguntó Gardner a un hombre desgarbado con un traje viejo y arrugado.

El agente del HOLMES 2, Matthew Blanks, asintió, y su largo pelo negro se agitó de un lado a otro.

—Tia Meadows —dijo, señalando la foto en la pizarra—. Veinte años. —Dejó que las palabras resonaran un momento.

—Una muchacha guapa —comentó alguien.

—Sí —convino Gardner, volviéndose de nuevo—. Desgarrador. Creo que todos podemos imaginar el impacto que tendrá en nuestra comunidad.

¿Nuestra? ¿Acababa de decir «nuestra»? ¿Lo había dicho porque empezaba a sentirse como en casa?

—Esperemos que no se alargue, jefa —dijo Rice—. No cuando tenemos al cabrón bajo custodia.

Gardner respiró hondo. Se guardaría sus reservas sobre la culpabilidad de Harvey un poco más.

Se giró y señaló debajo de la foto de Tia, donde había escrito el lugar donde se encontró el cuerpo y la hora en que Frank Dowson había llamado: 5:55 h. Lo leyó en voz alta.

Gardner señaló entonces una fotografía de Frank Dowson, posando orgulloso con sus vadeadores de pesca y sosteniendo un pez enorme en una mano. Sus datos también estaban cuidadosamente escritos a su lado.

—Tia fue reconocida por Frank Dowson, por varios de nuestros agentes y, luego, lamentablemente, por su padre, Si Meadows, que llegó a la escena del crimen tras ser contactado por Greg Quinn, que reside en Breary Flat Lane. Él fue el hombre hacia el que Frank corrió después de que Harvey se le acercara con un cuchillo. Si Meadows causó una fuerte impresión en la escena del crimen.

Señaló la foto del hombre ancho y bajo que la había arrollado y le había dejado un buen chichón en la nuca.

—Menudo gilipollas —dijo Rice—. Se merece un buen escarmiento por eso.

Gardner se giró. —No —dijo, con severidad.

—¡Le hizo daño, jefa! —protestó Rice.

—He dicho que no, Phil. ¿Es usted padre? —No esperó una respuesta—. Dejamos atrás lo que pasó. ¿Está claro?

Rice asintió.

Gardner examinó a su equipo. —¿Qué sabemos sobre Tia Meadows? Popular y muy conocida en Knaresborough. Una chica muy sociable, según parece. —Miró a Rice para disuadirlo de hacer cualquier comentario despectivo. Oír que la llamaban golfa por su forma de vestir y por hablar con chicos había sido más de lo que podía soportar en un día. Su mirada no lo disuadió.

—Y sexualmente activa —dijo Rice.

—Tiene veinte años, Phil —dijo O'Brien—. ¿Cuántas personas de veinte años no son sexualmente activas?

—Solo pensaba que era importante cubrir todos los frentes —dijo Rice.

—¿Sabe usted de alguien con quien ella tuviera relaciones sexuales, Phil?

La cara de Rice se enrojeció. —Bueno, no, pero se notaba, ¿sabe? He ido a beber al Bull en alguna ocasión. Era, ya sabe, muy…

—¿Segura de sí misma? —preguntó O'Brien. Había irritación en su tono.

—Sí —dijo Rice.

—¿Y qué? Es usted de otra época, Phil —dijo O'Brien.

—¡Tal vez, pero también soy su superior!

—Y yo la suya —dijo Gardner con una ceja arqueada—. Así que, a menos que tenga algo concreto, Phil, sobre sus parejas, ¿puede guardarse sus estrechas suposiciones para usted?

Rice bajó la mirada, enrojeciendo aún más.

—Tenía varios trabajos —continuó Gardner—. Hacía turnos en el Tesco del pueblo y trabajaba en la barra del White Bull. Dos fuentes de información listas para que indaguemos en ellas. También tenemos, por supuesto, al ya mencionado padre, Si Meadows, famoso por aquí por dominar el sector de la construcción. Es un área importante y necesita ser desentrañada.

Riddick levantó la mano.

—¿Paul?

—La madre de Tia se fue hace mucho tiempo —dijo Riddick, leyendo unas notas—. Cuando ella tenía siete años. Se fugó a Grecia con un amante, al parecer. Nunca regresó al Reino Unido. Su paradero es ahora desconocido, pero haremos todo lo posible por encontrarla. Tia vivía con su padre.

Matthew Blanks tecleaba sin cesar en su portátil, registrando los detalles. Gardner se preguntó cómo podía ver a través de todo ese pelo. Rogó porque se lo recogiera cuando estuviera al volante de un coche.

—Si Meadows rechazó nuestra oferta de un agente de enlace familiar —dijo Gardner—. Paul y yo hablaremos con él primero. Nadie más debe acercarse a él hasta que esté segura de que se ha calmado. El turno de Tia en el White Bull terminó a las once de anoche, según tengo entendido. El doctor Sands cree que murió

antes de las dos de la madrugada, así que será interesante ver si volvió a casa antes de su muerte.

El sargento detective Ross levantó la mano.

—¿John?

—Ese lago. Está a un trecho considerable del White Bull, en el pueblo. ¿Veinticinco minutos o así? Parece un lugar extraño para que Tia caminara a esa hora, y no está cerca de donde vive.

Gardner decidió que había llegado el momento de plantear sus dudas. —Sands cree que el cuerpo fue trasladado desde otro lugar. Murió boca abajo, por una presunta herida en la cabeza, y fue transportada hasta ese árbol y colocada allí. Por lo que sabemos, Harvey no tiene vehículo. Lo que significa que, si lo hizo, potencialmente podría haberlo hecho en su choza y haberla arrastrado a través del bosque.

—¿Qué pintaba Tia Meadows con alguien como Harvey Henfrey? —preguntó Barnett.

—Buena pregunta, Ray —dijo Gardner. Hizo una pausa y paseó la mirada por sus rostros—. La cuestión es que no creo que estuviera nunca con él...

Se hizo un silencio de estupefacción. Varios fruncieron el ceño. Algunos negaron con la cabeza.

Gardner prosiguió: —Tanto Paul como yo hemos hablado con Harvey. No nos hemos fiado de las apariencias, se lo podemos asegurar, pero resulta convincente. No es una persona con mucha vida social, por lo que cabría suponer que es un negado para el engaño y la traición. Si miente, lo hace de una forma increíblemente eficaz; mejor de lo que he visto en mi vida. *Incluso mejor que mi propio hermano, lo cual ya es decir.* —Sé que esto no confirma su inocencia. Pero pregúntense: ¿por qué iba a guardar el cadáver a tiro de piedra de su casa y quedarse con un bolso —que no es pequeño, por cierto—, sino más bien grande, uno que es imposible pasar por alto?

El silencio persistió. Los rostros siguieron contraídos. Las cabezas no dejaban de negar.

Bueno, por intentarlo que no quede, pensó Gardner. —Solo señalo que mantenemos todas las opciones abiertas. Quiero que

este caso se investigue a fondo. *A él* también se le investigará a fondo.

Pudo sentir el alivio de los presentes.

—Necesitamos examinar bien los últimos movimientos de Tia anoche. ¿Qué pasó en el White Bull? ¿Adónde fue después? Hay videovigilancia por toda la ciudad; deberíamos poder reconstruir sus pasos más pronto que tarde. Mientras tanto, podemos ir puerta por puerta en Breary Flat Lane y las calles adyacentes. Alguien podría haber llevado el cuerpo hasta allí o, como mínimo, haberla visto caminar por la zona.

Parecía el momento adecuado para dar por concluida la reunión.

—Hasta que sepamos lo contrario, no quiero que ninguno de ustedes considere este un caso cerrado. Tenemos que echar toda la carne en el asador. Empecemos por pensar en el móvil. Si de verdad están convencidos de que Harvey mató a Tia, tráiganme el motivo. No basta con decirme que es raro o diferente. A sus ojos, lleva cincuenta años siendo raro y diferente, y nunca ha matado a nadie; que sepamos, al menos. A pesar de ser popular y querida, alguien fue a por Tia. Esto podría facilitar la localización de la persona que le guardaba rencor. Obviamente, son pocas y contadas. Hagamos una reconstrucción de la vida de Tia. ¿Mejores amigos? ¿Novios? ¿Novias? Tenemos su móvil y estamos solicitando el registro de llamadas. También tenemos que abrir la caja de Pandora que son las redes sociales. ¿Problemas médicos? Improbable a su edad, pero merece la pena echarle un ojo. —Hizo una pausa—. Ya hemos pasado por esto antes, no hace mucho, y les pido que se esfuercen otra vez, tan bien como lo hicieron la última, y resolveremos esto, no me cabe duda. Como he dicho, el inspector Riddick y yo hablaremos con Si Meadows. Es un personaje importante en esta pequeña localidad, así que parece un punto clave. ¿Podría ser él el objetivo? ¿Fue su hija una forma de llegar hasta él? He asignado las tareas y las he colgado en la pared. Volveremos a reunirnos a las seis de la tarde. Gracias.

Sintiendo como si no hubiera parado a tomar aliento, se dio la vuelta a su equipo y respiró hondo. Luego, se quedó mirando una fotografía de Si Meadows.

Se frotó el bulto de la nuca.

Esperemos que se haya calmado, pensó Gardner, *o que al menos se haya dado cuenta de que estamos en el mismo bando.*

7

Con un gran vaso de whisky en la mano, Si Meadows abrió la puerta de su enorme casa y observó a Gardner. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Le dio un buen trago, suspiró y dijo:

—Espero no haberla herido.

—Estoy bien —dijo Gardner.

Le sorprendió la rapidez con la que se había calmado. ¿Sería el alcohol? Bueno, fuera cual fuese el motivo, lo agradeció.

Si asintió con un rápido gesto. —Lo recuerdo todo muy confuso, ¿sabe? No pensaba con claridad. —Bebió otro trago y luego se frotó los ojos.

—Es comprensible. Lamentamos mucho su pérdida. ¿Podemos pasar, por favor? —preguntó Gardner.

Si miró a Riddick y luego de nuevo a Gardner. —Depende. —Se terminó el whisky.

—¿De qué? —preguntó Riddick.

—De si me dicen o no dónde está ese bicho raro.

—¿A quién se refiere? —preguntó Gardner, sabiendo de sobra la respuesta.

Si resopló. —No me joda.

—Aún está por determinar quién es el responsable —dijo Riddick.

Si se mofó. —¿Aún por determinar? ¿Así es como funciona esto ahora? ¿Tan blandos se han vuelto? Todo el mundo sabe que ha sido ese bicho raro; ¿por qué están ustedes dos tan confundidos?

—Entiendo cómo debe de sentirse, señor Meadows...

—*No* —dijo Si, apuntándola con el vaso vacío—. No tiene ni puñetera idea de cómo me siento.

Gardner sintió un latido en la nuca mientras su ritmo cardíaco comenzaba a acelerarse.

Los ojos de Si recorrieron a Riddick. Se detuvo un momento. —Supongo que usted quizá sí que lo sepa.

—¿Perdón? —dijo Riddick.

—Supongo que usted quizá sí sepa cómo me siento.

Riddick se quedó mudo de asombro, así que Gardner recondujo la conversación rápidamente. —Señor Meadows, si la persona a la que se refiere es culpable, puede estar seguro de que lo sabremos más pronto que tarde. Ahora mismo, necesitamos reunir las pruebas para garantizar que quienquiera que sea el responsable se enfrente a la justicia.

—¿Justicia? —dijo Si—. ¿Usted obtuvo justicia, inspector Riddick?

Gardner miró a Riddick. Tenía los ojos como platos. Necesitaba cortar esa interacción de inmediato. —Señor Meadows...

—Jefa, no pasa nada —dijo Riddick, mostrándole la palma de la mano—. Señor Meadows, creo en nuestro sistema.

—Ah, ¿sí? —Si enarcó las cejas.

¡Basta ya! —Señor Meadows —dijo Gardner—. Esto no conduce a nada. ¿Podemos pasar, por favor?

Si entrecerró sus ojos rojos e hinchados, lo sopesó y luego asintió. —Como quieran.

Se dio la vuelta y Gardner lo siguió al interior de la casa. Al hacerlo, miró a Riddick y le susurró: —Tal vez sea mejor que esperes en el coche.

Riddick la ignoró y entró de todos modos.

Si el tamaño de la casa no había dejado claro que Si estaba forrado, la decoración desde luego lo hacía.

Gardner no leía la revista *¡Hola!*, pero en alguna ocasión la había ojeado en la sala de espera del médico. Aquel era el tipo de casa en la que viviría una celebridad rica. Si se había sepultado en una opulencia que eludía a la gran mayoría de los habitantes del mundo.

Recordó la cabaña de Harvey de antes.

Podía parecer que los dos hombres tenían estilos de vida diametralmente opuestos, pero ¿acaso no eran, en realidad, muy similares? ¿No se habían aislado ambos del mundo que habitaban?

El salón en el que se encontraban ahora era enorme, y Gardner no soportaba el espacio que había entre el sofá en el que ella y Riddick estaban sentados y aquel que ocupaba Si. En lugar de hablar en voz alta y de forma impersonal a través de la habitación, Gardner dejó a Riddick y fue a sentarse en el mismo sofá que su anfitrión. Si se limitaba a mirar al vacío, inexpresivo. Se había servido otra copa, pero no les había ofrecido una a ellos.

Siguió la línea de visión de Riddick hasta un bar completamente surtido bajo una lámpara de araña.

¿Un céntimo por sus pensamientos?

Esperaba que no lo estuviera atormentando la tentación.

Volvió a mirar a Si. Aún no había conocido a un constructor con el sueldo de un futbolista de primera división. La insinuación de que Si supervisaba y controlaba todo el gremio de la construcción en Knaresborough de repente cobraba mucho peso. Recordó su ocurrencia de que era como el Padrino.

Su notoriedad podría darles respuestas.

Después de todo, donde hubo rey, quedaron enemigos y traidores, ¿o no?

Sacó su libreta. —¿Ha vivido Tia siempre aquí con usted, señor Meadows?

—Sí... ¿Dónde si no iba a vivir?

—Tia tenía veinte años. Podría haber pasado temporadas en otro sitio antes. Con su madre, por ejemplo. ¿Sabe dónde está su exmujer?

—No. Tia siempre ha estado conmigo. Esa zorra se largó a Grecia cuando Tia tenía siete años. Buen viaje. No hemos sabido nada de ella desde entonces.

¿Con todo su dinero?, pensó Gardner. *¿No se vería tentada a volver? ¿Le pagan para que se mantenga alejada... o algo peor?* Gardner tomó algunas notas. —¿Cómo era su relación con su hija?

—¡Es mi hija! Haga una pregunta mejor, joder.

—Todas las relaciones son diferentes, señor Meadows. Únicas.

Si miró a Gardner y entrecerró los ojos. —Era perfecta. Nuestra relación era perfecta. Éramos los mejores amigos. Me lo contaba todo.

—¿Todo? ¿Incluso su vida personal? —preguntó Gardner.

Si arrugó el ceño.

—¿Novios? —insistió Gardner.

—Por supuesto. Aunque no ha tenido muchos.

Al contrario de lo que cree el sargento detective Rice, pensó Gardner, tomando notas. Aunque ¿por qué iba a dar crédito a un hombre que lucía actitudes intolerantes como si fueran medallas de honor?.

—Creo que tenía un par de trabajos —dijo Gardner—. Trabajaba en el White Bull casi todas las noches y también hacía algunos turnos en Tesco.

—¿Y? —Si se encogió de hombros.

Gardner abrió la boca para responder, pero Riddick se le adelantó. —¿Por qué?

—¿Qué por qué? —preguntó Si.

—¿Por qué trabajaba por el salario mínimo cuando usted tiene todo esto? —preguntó Riddick.

Su segundo director de investigación era directo, pero no le faltaba razón.

Si bebió otro trago de whisky. —Ella quería trabajar. Le dije que no tenía por qué hacerlo. Sabía que le pagaría lo que quisiera hacer, ya fueran estudios o cualquier otra cosa. Incluso me ofrecí a montarle un negocio. Era tremendamente independiente, ¿sabe? Como yo. He luchado por todo lo que tengo. Ella parecía decidida a hacer lo mismo.

«Luchado», pensó Gardner. *«Me pregunto de qué forma has luchado tú, Si».*

Gardner siguió sondeando la relación entre Si y Tia. Si la pintaba como algo idílico. *¿Demasiado idílico?* Daba la impresión de que pasaban juntos cada momento libre, comiendo, viendo la televisión y charlando sin que mediara una mala palabra entre ellos. Volvió a surgir el hecho de que a Tia «no le interesaban mucho los chicos» y, con ello, también el recuerdo de Gardner del comentario despectivo de Rice.

—¿Dónde estuvo anoche, señor Meadows? —preguntó Gardner.

—¿Por qué?

—Es la misma pregunta que le hacemos a todo el mundo. Lo hacemos para descartar...

—¿Es que no ha escuchado ni una palabra de lo que he dicho? —Agitó el vaso—. Ella era mi *todo*.

—Nadie lo niega —dijo Riddick.

Si miró fijamente a Riddick. —¿A usted le hicieron las mismas preguntas?

Gardner intervino. —Las circunstancias eran muy diferentes. Estamos aquí por Tia y por usted. Permítanos ayudarle, señor Meadows.

Si y Riddick se observaron durante un instante.

—Vale, de acuerdo —dijo Si, y asintió hacia Riddick.

El asentimiento de Riddick fue rápido y apenas perceptible, pero Gardner se dio cuenta.

¿Es esto una conexión entre dos personas que lo han perdido todo?

—Estaba bebiendo en el White Bull —dijo Si.

—¿Mientras su hija estaba allí? —preguntó Gardner.

—Es mi bar de siempre. Lo ha sido toda la vida. Tia sabía a lo que se exponía cuando aceptó el trabajo; sabía perfectamente que yo no iba a dejar de ir a beber allí. No la estaba vigilando... —Gardner vio cómo una de las expresiones más tristes que jamás había visto le ensombrecía el rostro—. Aunque por supuesto que lo hacía.

Gardner le concedió un momento. Miró a Riddick, que no estaba tomando notas. Eso siempre la irritaba. Levantó su bloc para

indicarle que hiciera lo mismo. Él puso los ojos en blanco y se metió la mano en el bolsillo.

—Señor Meadows, ¿con quién estaba en el White Bull? —preguntó Gardner.

—Con Terry Montgomery y Frankie Lane. Hay un montón de gente más que puede decirle que estuve allí.

—¿Cuándo se marchó?

—Después de que cantaran la última ronda. Serían las once, más o menos.

—¿Adónde fue?

—Aquí..., a casa.

—¿Cómo?

—Andando. Unos quince minutos. No merecía la pena esperar un taxi.

—¿Vino solo?

—No venía con Tia, si es lo que pregunta.

—¿Con quién venía entonces?

—Por el amor de Dios. ¿Acaso importa?

—Sí —dijo Gardner.

—¿Por qué? Ni estaba con Tia ni la vi después de eso. A veces, ella se queda un rato en el White Bull a tomar algo. Yo me fui a dormir, y no fue hasta por la mañana, sobre las siete, cuando me di cuenta de que no había vuelto a casa. Entonces, recibí *esa* llamada de Greg Quinn a primera hora... y... —Se terminó el whisky.

—¿Con quién se fue a casa? —preguntó Riddick.

Si tamborileó con el pie en el suelo y frunció el ceño.

Riddick insistió: —¿Con quién?

Si se puso en pie. —No tiene nada que ver con Tia. No tiene nada que ver con nada.

—Necesitamos que alguien confirme dónde estuvo entre las once y las dos de la madrugada, señor Meadows —dijo Gardner.

—¿O qué? —dijo Si, fulminándola con la mirada—. ¿Me detendrá?

Gardner respiró hondo. Pensó en otra forma de enfocarlo. —Señor Meadows. Sin duda conseguiremos las grabaciones de la videovigilancia del pueblo y, con suerte, de otros puntos de su ruta a

casa. Lo averiguaremos de todas formas. Si nos ahorra este tiempo ahora, nos permitirá avanzar para averiguar la verdad.

—Mierda —dijo Si, dándose la vuelta y dirigiéndose con paso decidido hacia el bar—. ¡Mierda, mierda, *mierda*! —Volvió a llenar su vaso, dejó la botella de un golpe y se quedó mirándola pensativo un rato.

Gardner miró a Riddick y vio que estaba a punto de hablar. Lo contuvo con la palma de la mano. Riddick se detuvo.

—Estuve con Luke Donnelly —dijo Si—. Trabaja detrás de la barra con Tia. De hecho, tienen la misma edad. Eran buenos amigos.

Gardner tomó nota. —Gracias. ¿Qué hacía usted con Luke Donnelly?

Bebió un sorbo de whisky. —Me lo encontré al salir del local de comida para llevar. Íbamos en la misma dirección... No hay mucho más que contar...

¿De verdad?, pensó Gardner. *Parece que estás ocultando algo gordo.*

—¿Volvió aquí con Luke? —preguntó Gardner.

Si hizo girar el whisky en su vaso.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada.

—¿Fue a casa de Luke? —dijo Riddick.

Si alzó la vista hacia Riddick. —Sí.

Riddick miró a Gardner y luego de nuevo a Si. —¿Por qué?

Si abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

—¿Señor Meadows? —lo apremió Gardner.

—A tomar una copa —dijo Si—. ¿Vale? Solo una maldita copa.

—¿Tia lo sabía? —preguntó Riddick.

Si golpeó el vaso contra la mesa. —Le aseguro que esto es irrelevante.

—¿Podemos decidir eso nosotros, señor Meadows? ¿Sabía Tia que se estaba tomando una copa en casa de Luke?

—No, claro que no —dijo Si—. No le habría gustado. —Bebió más whisky—. Mierda. —Con el vaso vacío en la mano, señaló a Riddick y luego apuntó con el dedo a Gardner—. Nadie puede saberlo. ¿Me oyen? Nadie puede saberlo. —Arrastraba las palabras al hablar.

—¿Hasta qué hora estuvo con Luke? —dijo Gardner.

Entornó los ojos. —Hasta las cinco, más o menos. Luego volví aquí y dormí una hora o así antes de que... antes de que... Quinn telefoneara... para decirme... ah, Cristo, ya lo saben. —Se pasó una mano por la frente—. No pueden decírselo a nadie. —Volvió a señalar—. ¿Me escuchan? *No pueden* decírselo a nadie.

—Si no es necesario compartir esta información —dijo Gardner—, no lo haremos. Pero *sí* tendremos que confirmarlo con Luke.

Si suspiró y se sirvió otra copa.

Cuando él regresó al sofá y se sentó a su lado, Gardner intentó sonsacarle más información sobre Luke Donnelly, pero no se encontró más que con miradas de acero y evasivas monosilábicas. Riddick le hizo preguntas sobre el trabajo, pero él pareció conformarse con decirles que se había jubilado. De hecho, no dejaba de recalcar que se había jubilado hacía dos años a la avanzada edad de cuarenta y ocho.

No parecía que a Si le quedara mucha cuerda. Un par de whiskis más y acabaría inconsciente en el sofá. Así que Gardner le dio prioridad a su pregunta. Había una que le rondaba por la cabeza, pero que había tenido reparos en plantear demasiado pronto. —¿Qué relación tiene usted con Harvey Henfrey?

—¿*Relación*?

—Sí, correcto.

—¡Las preguntas son cada vez mejores! —Bebió un poco más de whisky.

Genial, pensó Gardner. *A este paso, mi técnica de interrogatorio va a mandarlo al hospital con un lavado de estómago.*

—Pruebe esta como relación: ¡ese hombre me ha arruinado la puñetera vida!

—Entonces, antes de hoy, ¿sabía usted quién era?

—Claro que sí. Todo el mundo sabe quién es. Es un bicho raro que vive junto a un lago donde merodean todos los colgados y los pescadores.

—Usted y él tienen la misma edad —dijo Gardner.

—¿Y?

—¿Y nunca han socializado?

—¿Socializado? —soltó una carcajada y señaló su casa con un gesto—. ¿Ha mirado a su alrededor, inspectora jefa? ¿Qué podemos tener en común él y yo?

Bastante, si me preguntas. Los dos parecéis prisioneros de alguna manera. —¿Entonces, solo para confirmar, nunca han hablado?

—Fuimos juntos al colegio, ¿vale? Un año nos sentamos juntos en matemáticas y hablamos, pero nunca intimamos… —Se quedó con la boca abierta, como si estuviera tentado de decir algo más. Uno o dos segundos después, debió de pensárselo mejor, porque la cerró.

Gardner tomó algunas notas. —¿Podemos ver la habitación de Tia, por favor?

Si fue a la barra y sirvió el resto del whisky en su vaso. —Si insisten.

Teniendo en cuenta la grandiosidad del resto de la casa, el dormitorio de Tia era modesto. Era relativamente pequeño y con pocos muebles. La habitación constaba de un futón de matrimonio, un tocador lleno de cosméticos y algunos muebles de color lila. Tenía varios pósteres de grupos de chicos en la pared y una caja de madera rebosante de peluches, ninguna de las dos cosas parecía apropiada para una joven de veinte años.

—Perdonen el desorden —dijo Si desde el umbral—. Siempre intenté decírselo. —Se interrumpió y se marchó. Gardner podía oírlo sollozar en el rellano.

Gardner miró a Riddick, que estaba pálido. ¿Le habían afectado las constantes referencias de Si a su tragedia? —Yo me encargo si necesita tomar el aire —le dijo.

—No pasa nada —dijo él, sin dejar de mirar la habitación.

El desorden al que Si se había referido era una exageración. Unos cuantos cosméticos esparcidos, una cama sin hacer y una caja

de madera que no podía cerrarse por todos los juguetes que contenía no era exactamente lo que se dice una zona catastrófica.

Gardner recorrió con la mirada unas fotografías enmarcadas en la pared. La mayoría eran de Tia y su padre en diferentes lugares del mundo: la Torre Eiffel, la Gran Muralla China, las pirámides de Giza. *Impresionante.* Tia había estado en más sitios en su adolescencia de los que Gardner visitaría en toda su vida. Había algunas fotografías de ella con amigos. Sin embargo, el mismo amigo no parecía aparecer más de una vez.

Levantó la vista hacia Riddick, que recorría con la mirada una estantería que, a primera vista, contenía mucha ficción para adolescentes. Ya habían acordado no tocar nada. Podría ser prudente llamar a la Científica en algún momento. Fuera, todavía podía oír los sollozos de borracho.

Gardner estaba a punto de sugerir que lo dejaran por hoy, cuando oyó el melódico tintineo de una caja de música de madera.

Se acercó a donde Riddick observaba a una bailarina rosa girar al son de las púas de un peine de acero.

Lo fulminó con la mirada, molesta porque hubiera abierto la caja.

Los sollozos de Si se hicieron más fuertes, y se dio cuenta de que se había acercado justo detrás de ellos. Recordando su experiencia anterior, se apartó de su camino.

Riddick hizo lo mismo.

Entonces, el desconsolado padre agarró la caja de música de madera con ambas manos y la levantó de modo que la bailarina quedara a la altura de sus ojos.

Gardner se sintió culpable por haberse apartado asustada y consideró la posibilidad de poner una mano en el hombro de aquel hombre destrozado.

Se lo pensó mejor.

Estaba en una olla a presión de emociones en ese momento, y no quería hacer nada que pudiera hacerla estallar.

Miró a Riddick y le indicó con un gesto de la cabeza que se marcharan.

En la puerta, se giró hacia Si y le dijo: —Gracias, señor Meadows. Haré que alguien lo llame para volver a ofrecerle un agente de

enlace familiar. Creo que debería pensárselo seriamente. No hay ninguna vergüenza en tener algo de apoyo.

Él no respondió. Se limitó a mirar fijamente a la bailarina giratoria de su hija.

—Ya encontraremos la salida, señor Meadows. Por favor, póngase en contacto con nosotros si necesita algo.

En las escaleras, Riddick se volvió hacia ella. —No hay forma de llegar a él ahora mismo.

Bueno, si alguien sabía cómo se sentía Si Meadows en ese preciso instante, podía estar segura de que ese era Riddick.

8

Gardner contactó con Barnett y le pidió que visitara a Luke Donnelly para confirmar la coartada de Si.

—¿Es gay?

—Eso parece.

—Qué locura.

—¿De verdad? Ya sé que estamos en lo más profundo del Yorkshire rural, Ray...

—No..., no me refiero a que sea gay, jefa, es solo que... ¡Si Meadows! Ese hombre ha controlado el sector de la construcción por esta zona desde que se tiene memoria.

—¿No se puede gobernar con mano de hierro *y* ser homosexual?

—Sí, supongo. Lo siento. Es que me parece extraño que uno de los hombres más intimidantes de North Yorkshire sea gay. Debo de estar chapado a la antigua. Yo...

—No se preocupe, Ray, le estoy tomando el pelo. Creo que, como usted, el homofobia probablemente todavía existe en el hampa; y no creo que esa cúpula cargada de testosterona sea muy progresista. Puede estar seguro de que Si no quiere que nadie se entere de su interés por los hombres jóvenes. Y Luke es joven. Solo tiene veinte años. Como su hija. Ah, ¿y Ray?

—¿Sí, jefa?

—Llévese a Lucy a la entrevista para que coja experiencia.

Gardner tenía mucho interés en formar a O'Brien.

Tras colgar, Gardner llamó al White Bull. El propietario, Bertie Thomas, accedió a recibirlos a ella y a Riddick en la puerta.

No pudieron aparcar en la plaza del pueblo porque se estaba celebrando el festival anual de arte y artesanía FEVA y el lugar estaba abarrotado. Consiguieron encontrar un sitio detrás de la plaza, junto a la iglesia metodista.

Mientras caminaban por el bullicioso centro del pueblo, Gardner oyó las voces chillonas de Punch mientras discutía con Judy. Se detuvo un momento frente al Caffè Nero, detrás de un grupo de niños que reían. Por un instante, le invadió la nostalgia y regresó a su infancia, viendo los espectáculos de títeres en las playas de Dorset.

Recordó a Punch pegando a Judy. Hacía unos años, había leído sobre lo inapropiado que era y el clamor que pedía un cambio. Aquel era un titiritero que había escuchado.

Ahora era Judy la que le pegaba a Punch.

No entendía en qué mejoraba eso la situación, pero, mientras alcanzaba a Riddick frente al White Bull, pensó que al menos estaba bien que Judy se tomara la revancha.

—Un edificio impresionante —dijo ella.

—Sí. Muchos de nuestros edificios se construyeron con las piedras de la muralla del castillo de Knaresborough en 1648, tras la orden del parlamento de desmantelar los castillos realistas.

—Le da al lugar un aire pintoresco.

—Puede que cambie de opinión cuando vea el interior —dijo Riddick, sosteniéndole la puerta para que entrara.

Bertie Thomas era un hombre bajo y regordete con muy pocos mechones de pelo blanco que aún se molestaba en teñir y peinar para cubrirse la calva. Llevaba una camisa blanca planchada y una pajarita negra. A Gardner le pareció más un vendedor a domicilio venido a menos que el dueño de un pub.

—Entren —dijo—. Todavía no he abierto. El local está vacío.

El White Bull era el tipo de pub que por fuera parecía apasionadamente antiguo, pero por dentro era ferozmente moderno. Gardner no soportaba el estruendo de las máquinas tragaperras y se alegró de que estuvieran desenchufadas. Tampoco le gustaba mucho el sonido del billar, así que se alegró de ver que las luces de encima de las mesas estaban apagadas. El White Bull era el tipo de lugar al que se iba a ver deportes en directo; el Blind Jack's, al otro lado de la plaza, era el pub al que uno se aventuraba para una experiencia más rústica.

—¿Algo de beber? —preguntó Bertie.

—Solo agua, por favor —dijo Gardner.

—Una Coca-Cola, gracias —dijo Riddick.

—Supongo que los días de *The Sweeney* ya pasaron a la historia, ¿no? —preguntó Bertie—. ¿Saben? El primer pub en el que trabajé hacía un negocio boyante con la policía local. De hecho, creo que, echando la vista atrás, suponían la mayor parte del negocio. Los tiempos cambian, supongo. Ahora la policía se ocupa de los que beben, en lugar de ser ellos los que beben.

Miraba a Riddick mientras decía esto, lo que a Gardner le pareció irónico, teniendo en cuenta que todos los problemas recientes del inspector tenían que ver con el alcohol.

Una vez que Gardner tuvo su agua y Riddick su Coca-Cola, Bertie se quedó de pie junto a ellos mientras se sentaban.

—Siéntese, por favor, señor Thomas —dijo Gardner.

—No puedo. En este momento, no.

Riddick miró alrededor del pub, confuso. —Está vacío.

Gardner le dio una patada a Riddick por debajo de la mesa.

—Es que no puedo —dijo Bertie—. Por razones médicas.

—Ah —dijo Riddick, con las mejillas enrojecidas.

—La edad y la dignidad no hacen buenas migas —dijo Bertie—. Y, por favor, llámenme Bertie.

—Bueno, Bertie, gracias por recibirnos. Como le expliqué por teléfono, es por lo de Tia Meadows.

Una expresión de tristeza cruzó el rostro de Bertie de la misma manera que había cruzado el de Frank, el de Harvey y el de Si ante la mera mención de su nombre. Esto no sorprendió demasiado a

Gardner. Tia tenía veinte años y toda la vida por delante. Lo que resultaba alentador era el hecho de que claramente se había ganado mucho más respeto del que Rice había sugerido antes en la escena del crimen.

—Una sonrisa preciosa —dijo Bertie—. De esas, ¿sabe? —Se tocó las orejas—. De oreja a oreja. Le iluminaba toda la cara.

Gardner asintió. —¿Cuánto tiempo ha trabajado para usted?

—No solo trabajaba aquí. —Parpadeó varias veces, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Era mi amiga. —Se le escapó una lágrima y la atrapó con el dorso de la mano—. Pero también era su jefe... sí. En mis quince años regentando este pub, puedo garantizar sin la menor duda que Tia Meadows fue una de las mejores cosas que le han pasado a este lugar. —Bertie levantó las palmas de las manos—. Siempre alegraba el ambiente. Tenía ese don.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para usted? —insistió Riddick, exigiendo la respuesta a la pregunta anterior de Gardner.

Gardner agradeció la impaciencia en la voz de Riddick. Mejor ir al grano.

—Unos dos años, más o menos. —Bertie caminaba de un lado a otro—. Me siento más cómodo si no me quedo quieto.

—¿Y notó algo fuera de lo común anoche? —preguntó Riddick.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿le pareció que estaba distinta de algún modo?

—No noté nada. Su padre estuvo aquí anoche, así que se portó de maravilla.

—¿De maravilla? —inquirió Gardner.

Bertie esbozó una sonrisita. —Nada de coqueteos.

—¿Coqueteos? —preguntó Riddick—. ¿Con quién suele coquetear?

A Bertie se le demudó el rostro y pareció preocupado por si había metido la pata. —Bueno, no tanto coquetear... Más bien charlar, supongo. Tia era una chica muy habladora. Podía ponerse a darle palique a cualquier cliente mientras había otros esperando a que los atendieran.

—Entonces, ¿estuvo menos habladora porque su padre estaba aquí? —preguntó Riddick.

Bertie negó con la cabeza y suspiró. —Supongo que lo que quiero decir es... perdón si esto suena mal... pero siempre parecía que eran *hombres* con los que se enfrascaba en conversaciones. Así que supongo que sí, que coqueteaba, y sí, lo hacía menos cuando su padre estaba aquí.

Gardner sonrió. —¿Podría ser porque los hombres se desviaban de su camino para entablar conversación con ella y se lo pensaban mejor en presencia de Si Meadows?

Bertie lo meditó y asintió. —Supongo que eso tiene sentido.

—¿Nada que destaque de anoche? —preguntó Riddick.

—Esto es el White Bull —dijo Bertie, sonriendo—. Aquí todo destaca. Lo normal aquí es diferente a lo normal en la mayoría de los pubs.

—Explayese. —Riddick sonaba ya extremadamente irritado.

—Me temo que no recuerdo nada que involucre a Tia. Hubo una trifulca, lo cual, de nuevo, es algo habitual. En esta estuvo metido Si, casualmente. Vaya pieza el tío...

—Repita, por favor —dijo Riddick—. ¿Si Meadows estuvo involucrado en una *pelea*?

Bertie asintió. —Ya veo lo que puede parecer. Pero las peleas no son infrecuentes. Algunos parroquianos incluso admitirían que les gusta una buena trifulca aquí.

—¿Qué pasó, Bertie? —preguntó Gardner, incapaz ya de ocultar también la irritación en su voz.

Señaló las mesas de billar con el pulgar. —Es increíble lo que una partida de billar puede hacerle al más sensato de los hombres.

—Entonces, ¿Si se peleó con alguien por una partida de billar? —preguntó Gardner.

—No exactamente... —Negó con la cabeza y parecía notablemente más pálido que cinco minutos antes—. Mire, no quiero meterle en un lío; es uno de mis mejores clientes.

—¿De verdad, Bertie? —preguntó Riddick—. ¿O es que le tiene miedo? ¿Como la mayoría de la gente de por aquí? Y no pasa nada... probablemente sea bastante *normal*... pero escuche, sé que *él* querrá que nos ayude a encontrar a quienquiera que haya hecho esto.

—Supongo. De acuerdo. Si se la tiene jurada a los feriantes. Para ser justos, la mayoría de la gente se la tiene jurada a los feriantes. ¿Ha visto el desastre que organizan? Pero a nadie le caen tan mal los feriantes como a Si. Es por negocios, ¿sabe? Van de puerta en puerta ofreciendo chapuzas y robando trabajo. Todos los trabajos de construcción en esta zona pasan por Si. Así son las cosas, ¿sabe?

Gardner asintió y la mirada que le dirigió a Riddick probablemente lo decía todo. ¿Cómo era posible que esta situación siguiera ocurriendo sin control en pleno siglo XXI? Su prioridad ahora era el asesinato, pero volvería para echarle un ojo a ese turbio monopolio montado por Si Meadows.

—Cuando los feriantes están en la ciudad, nos convertimos en su pub de referencia. Solemos tener bastante gente, pero, como resultado, el ambiente se vuelve más volátil. Contrato porteros de una agencia de Leeds cuando están por aquí. El dinero que me dejan compensa con creces el coste de los porteros, así que merece la pena. Estallan trifulcas y entonces se expulsa al culpable. ¿Qué le puedo decir? ¡Cuanto más bronca la noche, mejor la recaudación! El mundo es una jungla. Bueno, el caso es que los feriantes, por lo general, saben que deben mantener las distancias con Si. Y, a su favor, él suele mantener las distancias con ellos debido a su temperamento impredecible. Pero, anoche, un jovenzuelo insolente se acercó hasta allí —señaló con el pulgar la mesa de billar— y lo provocó.

—¿Lo provocó? —preguntó Gardner—. ¿Cómo?

—Lo retó a una partida de billar.

Gardner frunció el ceño. —¿Y eso cómo es una provocación?

—Créame, cuando se trata de Si y los feriantes, eso es una provocación. Él tiene una estricta política de «a mí no me dirijas la puta palabra». —Bertie se rio.

—¿Quién es ese chaval? —preguntó Riddick.

—No lo sé. No lo había visto nunca. Obviamente, él tampoco sabía quién era Si, a menos que fuera un suicida. El chico no podía tener más de veinte años.

—Supongo que le pidió el carné en la puerta entonces, ¿no? —dijo Riddick.

Bertie evitó su mirada. —Por supuesto. El caso es que Si le dio una paliza de muerte al crío. Al menos, hasta que Reggie y Dez, mis dos porteros, los separaron.

—Supongo que echó a ambos del local, ¿no? —dijo Gardner.

—Eché al chaval —dijo Bertie.

—¿Pero a Si no?

Bertie volvió a evitar su mirada. —Él no empezó.

Gardner negó con la cabeza. —Eso no es lo que acaba de decir.

—Eso es exactamente lo que he dicho. No deberían dirigirle la palabra.

Riddick resopló.

Bertie lo miró enfadado y se atusó la pajarita.

—No echó a Si, Bertie —dijo Riddick—, porque Si no es el tipo de hombre al que se echa. No sin consecuencias.

Bertie sudaba mientras caminaba de un lado a otro, y no precisamente por sus almorranas. —Este es su bar. Es un cliente valioso.

—Como sea —dijo Gardner, levantando las manos—. Deje la política local a un lado por un segundo. Dígame qué pasó después.

—No gran cosa —dijo Bertie—. Los feriantes que entraron con ese muchacho, calculo que unos diez, siguieron bebiendo como si nada. Para serle sincero, pensé que habría más camaradería entre ellos, pero parecieron encantados de dejarlo a su aire. ¿Quizá le habían advertido sobre Si y el idiota no les hizo caso? No sé. De todos modos, a partir de ahí todo fue sobre ruedas hasta la hora de cerrar.

—¿Nada más relacionado con Si y Tia? —dijo Gardner.

—Nada. La verdad, teniendo en cuenta la clientela, fue una noche relativamente tranquila. Todo el mundo se fue marchando después de las once.

—¿Y Si Meadows también? —preguntó Riddick.

—Sí..., claro. Evidentemente, Tia se quedó para ayudar a limpiar, pero su padre se marchó en punto. Con Terry y Frankie, si no recuerdo mal.

Gardner asintió. Aquello cuadraba con lo que Si había dicho sobre haberse ido con sus colegas de copas antes de quedar con Luke un

rato después en un local de comida para llevar. —¿Sabe adónde fue Tia después de marcharse?

Bertie se encogió de hombros. —¿Y por qué iba a saberlo? A casa, supongo.

—¿Estuvo Luke Donnelly trabajando aquí anoche? —preguntó Riddick.

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

Gardner fulminó a Riddick con la mirada. *¡No empieces a levantar polvareda!*

—Solo para tener una imagen completa —dijo Riddick—. ¿Qué tal es su relación con Luke?

—Buena, supongo —dijo Bertie—. Nunca me he llevado con él como con Tia. Es muy afeminado… —Enarcó una ceja—. No me sorprendería si, ya sabe… —No terminó la frase.

—¿No le sorprendería si qué? —preguntó Riddick.

—Bueno…, si tuviera gustos alternativos.

—¿Gustos alternativos? —Riddick puso los ojos en blanco y le sonrió a Gardner—. ¿De qué habla?

—Gay —susurró Bertie.

Riddick miró a su alrededor. —Aquí no hay nadie más que nosotros, Bertie. No hace falta que susurre.

Por muy divertido que fuera, Gardner le dio una patada a Riddick por debajo de la mesa para que dejara de jugar.

—¿Eran amigos Luke y Si?

Bertie echó la cabeza hacia atrás, con expresión incrédula. —Qué pregunta más rara. Luke y Tia eran uña y carne, sí. ¿Pero Luke y Si? Nunca los he visto hablar. Dudo que lo haga. Son como la noche y el día. Uno pesa casi cien kilos de pura testosterona y el otro, bueno…, ya sabe…

Riddick dijo: —¿Tiene gustos alternativos?

Hizo una mueca de dolor cuando Gardner lo interrumpió con otra patada.

Gardner y Riddick siguieron sondeando a Bertie un rato más, pero parecía que la información había alcanzado su punto álgido con la revelación sobre la pelea de Si. Como era la primera vez que oía hablar de ella, supuso que las grabaciones de la videovigilancia del

White Bull aún no habían sido examinadas. De camino a ver a los feriantes, llamaría a Rice para pedirle que viera la grabación completa de la noche antes de la reunión informativa, para que pudiera seleccionar las partes más relevantes para que el equipo las viera; la pelea, sin duda, sería el plato fuerte.

Tras dar las gracias a Bertie, Riddick cogió dos cafés del Nero. La función de Punch y Judy había terminado, pero el escenario seguía montado para el espectáculo de la tarde. La mente de Gardner viajó a aquellas playas de Dorset con su familia. Viendo esa función, sentada al lado de…

Jack.

Su hermano nunca se reía. Ni una sola vez. Los otros niños sí, pero él no.

Recordó estar en la cama una noche, escuchando el lamento de su padre mientras discutía con su madre. «Es como si un muerto se hubiera metido dentro de mi hijo».

9

Si Meadows bailaba.

Sujetando la caja de música de madera de su hija, se concentró en la bailarina que hacía piruetas con una pierna apoyada en la otra y un brazo extendido, y le siguió el ritmo.

Las lágrimas le corrían por la cara.

—Tia…

Aceleró y de repente giraba más rápido que la bailarina. Sí, era descoordinado, torpe y tropezaba de vez en cuando, pero no le importaba.

Sus ojos no se apartaron nunca de la figura de madera.

Siempre estuvieron fijos en ella.

Su Tia. Su hija. Su niña. Su *todo*…

—¡Cómo bailabas! Cuando estabas en el escenario, todo el mundo solo tenía ojos para ti.

Yo solo tenía ojos para ti.

Se movía más rápido. Mareado, pero aun así seguía girando. Aun así seguía llorando.

—Vuelve conmigo, mi niña.

La música se detuvo. La bailarina se detuvo.

Si se detuvo.

El mundo a su alrededor continuó girando, así que cayó de rodillas y gritó.

MÁS TARDE, con la voz rota de tanto gritar, se arrastró hasta la cama de Tia y se subió a ella. Sin mirar, cogió de la pared una de las fotografías enmarcadas de su pequeña y preciosa bailarina.

Se recostó y sostuvo la fotografía con el brazo extendido por encima de la cara.

Él y Tia, de espaldas a Stonehenge.

Las sonrisas en sus caras. Un momento glorioso. ¡Y qué cielo!

Cielo rojo al anochecer, para el pastor un placer.

El cielo rojo del atardecer le hizo pensar en su vieja cabaña de los scouts en la ribera del Nidd.

Y en esa noche.

La *única* que lo había cambiado todo. Bajó y cogió otra botella de whisky de su bar.

La vieja cabaña de los scouts seguía firmemente instalada en su mente.

Pensó en ir allí.

¿Por qué no?

No tenía otra cosa que hacer…

Con su botella en la mano, se dirigió a su coche para reabrir viejas heridas.

SUS HERIDAS ERAN PROFUNDAS, pero también lo eran las de la propia cabaña.

Las puertas habían desaparecido. Daba igual. El tejado se había derrumbado hacía mucho tiempo e intentar entrar sería un suicidio.

El ayuntamiento había colocado señales de advertencia por todas partes y avisos de su demolición. Si resopló. Hacía tiempo que la cabaña debería haber sido demolida.

Rodeó la parte trasera de la cabaña, se detuvo en la orilla del río Nidd y contempló las aguas de lento caudal.

Bebió de su botella y alzó la vista hacia el cielo nublado.

Demasiado temprano para un cielo rojo al anochecer.
Pero, aun así, la idea fue otro recordatorio.

10

Siempre con ganas de meterse en algún lío, Si Meadows, de diez años, solía salir para la sesión de los lobatos media hora antes de que empezara.

Aquella noche, Si había decidido que la travesura de turno tendría lugar en la orilla del río Nidd, detrás de la cabaña de los scouts, donde su padre y, antes que él, su abuelo, habían aprendido a hacer nudos mientras prometían cumplir con su deber para con Dios y la realeza.

El cielo lucía un rojo intenso por el sol poniente, lo que daba visibilidad suficiente para moverse por la orilla. Oyó la voz de su padre en su cabeza. —Cielo rojo por la noche, delicia del pastor. Mañana hará buen tiempo, Si.

Si caminaba por las orillas fangosas, sembradas con los restos de una fiesta de la noche anterior. Paquetes de tabaco y botellas de cerveza. De aquellos que estaban demasiado pelados como para beber en el pub, o de los que eran demasiado jóvenes como para poder entrar en uno.

Si pensó con desdén en sus tíos y primos, que seguro que habían estado entre los juerguistas. Su gente, los Meadows, desde luego se dejaban ver por todas partes. Los odiaba a casi todos. Siempre revolviéndole el pelo y llamándolo «Pequeño Si-by» por sus mejillas regordetas y su pequeña constitución. Cabrones.

—Tienes que dejar de fumar, Si-by, que te corta el crecimiento.

Carcajadas estruendosas.

¡Que te den, tío Bryan. Como me revuelvas el pelo cuando haya crecido, te arranco el puto dedo!

Una brisa fría se levantó sobre el Nidd. Su jersey de lobato, con su puñado de insignias —aunque no tantas como algunos de los otros—, lo protegía un poco del frío, pero llevaba puestos los pantalones cortos del colegio fuera de temporada, y se estremeció.

¿Qué otra cosa podía hacer? Su padre se gastaba casi todo el dinero en bebida, así que su madre no se había molestado en comprarle unos pantalones nuevos después del último estirón. Ni hablar de llevar pantalones para que cualquier mindundi le señalara los tobillos al aire y le gritara: «¡Pescador! ¿Se te ha muerto el canario, Si?».

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja suiza roja que su padre le había regalado. Acarició las letras grabadas. SM. Stuart Meadows. Su padre era un cabrón, pero darle aquello había sido uno de sus mejores momentos. Volvió a guardar la navaja en el bolsillo y dio una palmadita para asegurarse de que estaba bien guardada. Era su posesión más preciada.

Si, distraídamente, alineó tres botellas sobre un árbol que se había caído hacía mucho tiempo.

Luego, recogió unas cuantas piedras de la orilla. Piedras lo bastante grandes como para romper el cristal, pero no tanto como para no poder lanzarlas a una distancia decente.

El sol ya casi se había puesto y el cielo rojo se oscurecía. Vio cómo aparecían charcos de luz en el Nidd y siguió su rastro hasta el origen. Desde las casas del otro lado del río, las ventanas iluminadas lo miraban fijamente como los ojos de un depredador.

—¡Que te pires!

Se giró y lanzó la primera piedra.

Golpeó la botella del centro, pero el cristal no se rompió; simplemente cayó de espaldas en la orilla.

Sin embargo, seguía contando como un tanto. ¡Y a la primera! —Una —le siseó a los ojos del depredador.

Echó el brazo hacia atrás para lanzar la segunda piedra.

«¡Marica!». La voz alta en su cabeza le dio un respingo.

La piedra pasó silbando inofensivamente por encima de las dos botellas restantes y aterrizó con un golpe sordo en la maleza.

Sacudió la cabeza. Creía haberlo superado.

Ignorando el temblor de la mano con la que lanzaba, echó hacia atrás la siguiente piedra para intentarlo de nuevo.

«¡Nenaza!», chilló la voz en su cabeza.

Otro fallo.

Joder, había sido hacía días. Olvídalo, simplemente olvídalo.

Esta vez se esperaba la voz, así que mantuvo la concentración. La botella de la izquierda cayó. —¡Dos! ¡Toma ya!

Sin embargo, el éxito no pareció ayudarle a recuperar la confianza. El temblor se intensificó y rompió a sudar. Necesitaba recomponerse. Echó hacia atrás su mano temblorosa y esperó a que una brisa fresca lo calmara antes de lanzar.

«¡Si-by el mariquita!», gritó su voz interior.

No acertó.

¡Mierda! Quedaban dos piedras.

Si notó que tenía la cara húmeda. Miró al cielo, esperando que estuviera lloviendo, pero sabiendo que no era así. Se secó las lágrimas con el dorso de la manga del jersey.

Volvió a pensar en aquel momento de hacía tres días, sentado en el columpio del parque junto al que había sido su mejor amigo desde que tenía memoria. La fuente de sus mayores risas.

Apartó el recuerdo para lanzar otra piedra. Esta vez sin apuntar. Pasó de largo, lejos de la botella.

La voz en su cabeza sonó más fuerte. «¡Maricón!».

Se secó los ojos de nuevo.

De vuelta en aquel recuerdo, su mejor amigo levantó la mano y se la puso en la cara a Si. Si la dejó allí un rato y se perdió en los ojos azules de su amigo. Entonces, sintió sus labios sobre los suyos... cálidos... suaves... Se apartó de un tirón y se puso de pie, señaló a su amigo y gritó: «Das asco».

De nuevo, apartó el traumático recuerdo. Echó el brazo hacia atrás para lanzar la piedra. Esta vez no se dejaría presionar por la voz en su cabeza. Tenía que ser su momento para tomar el control. La lanzó, gritando: —¡Lo has jodido todo!

La botella se hizo añicos.

—¡Tres!

La puerta trasera de la cabaña de los scouts empezó a traquetear: alguien estaba abriendo la cerradura desde dentro. ¿Lo habrían oído?

Si subió corriendo por la orilla fangosa, apartando a patadas paquetes de tabaco y botellas.

Llegó al lateral de la cabaña antes de oír abrirse la puerta trasera.

—¿Quién anda ahí? —Era la voz de Baloo, uno de los jefes de los lobatos. Un cabrón cascarrabias bien entrado en la cincuentena.

—¿Quién anda ahí? —Esta vez sonó como un gruñido.

Era lo típico. Baloo no tenía ninguna paciencia. ¿Para qué se habría metido a trabajar con niños?

Si oyó cerrarse de un portazo la puerta de atrás.

Miró su reloj digital Casio. Los lobatos empezaban en quince minutos.

Dio la vuelta hasta la parte delantera de la cabaña. La puerta, que habían repintado hacía poco, y mal, tenía ampollas en la pintura. Bajo el cielo rojo, la cabaña parecía cubierta de forúnculos.

Tras comprobar con la yema de los dedos que tenía la cara seca, Si alargó la mano hacia el pomo. Ya no estaba de humor para travesuras y se conformaría con entrar al calor. Era posible que algunos de los otros lobatos hubieran llegado antes de tiempo, aunque entre ellos podía estar su mejor amigo. Exmejor amigo. Qué situación más incómoda.

Probó el pomo. La puerta estaba cerrada con llave.

Extraño.

Pegó la oreja a la puerta y escuchó.

Y entonces todo cambió.

Sonó el móvil de Si.

Luke Donnelly.

Contestó y dejó que Luke hablara primero. —Si, gracias a Dios, estoy muy preocupado. La policía quiere hablar conmigo.

—Cuéntales la verdad.

—Vale.

—Y luego puedes decirles que se ha acabado.

Silencio.

—¿Lo has pillado? —preguntó Si.

—Sí… Si, ¿estás bien? Estoy preocupado…

—Escucha atentamente lo que te voy a decir, Luke. Escucha con mucha atención.

—Te escucho.

—Esta noche espero un cielo rojo. Un cielo rojo.

—Ya veo… ¿Dónde estás ahora, Si? ¿Puedo ir a verte?

Si miró el cielo azul celeste. —Un cielo rojo *sangre*.

—¿Si?

—Escucha con atención. Si vuelves a llamarme, te corto el cuello. —Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

Luego alzó su botella de güisqui hacia el cielo azul y entrecerró los ojos, mirando a través de ella. Ámbar.

Esta noche sería rojo.

Cielo rojo al anochecer.

El deleite del pastor.

11

Después de que Barnett los contactara para informarles de que había hablado con Luke Donnelly y confirmado la coartada de Si, Gardner y Riddick se dirigieron al campo de rugby de Knaresborough.

—Podría invitarte a una copa por tu cumpleaños, más tarde —dijo Riddick.

—No acepto copas por compasión. —Se rio—. Además, ya has estado en un pub hoy; ya es suficiente riesgo. No voy a dejar que entres en otro.

—Si fuera a recaer, ya lo habría hecho.

—De todas formas, gracias por el ofrecimiento. Me aseguraré de hacer lo mismo en tu cumpleaños. Si no tienes una cita con… lo siento…, ¿cómo has dicho que se llama?

—Ja. Buen intento. Gira a la izquierda. Y bien, ¿vas a pasar tu cumpleaños con Jack?

—Jack desde luego no acepta compasión. De hecho, tampoco acepta simpatía, compasión ni muchas otras emociones.

—¿Tan malo es?

—¿Sabes lo que me hizo de pequeño?

—Sí. Pero yo sentía ganas de hacerle eso a mi propia hermana a diario.

—¿Ah, sí?

—Claro que no.

—No hay más que hablar.

—Solo porque si yo le hubiera fracturado el cráneo, ella me habría fracturado el mío de vuelta.

—¿Sugieres que debería habérsela devuelto de alguna manera?

—Bueno, nunca es tarde. Lo haré yo si quieres. —Se hizo crujir los nudillos—. Al fin y al cabo, te lo debo.

—Si tengo que oírle decir que ha cambiado una vez más, puede que te tome la palabra.

—¿Podría estar diciendo la verdad? —dijo Riddick.

—En absoluto. Pero tiene una hija, lo que significa que yo tengo una sobrina, lo que significa que está mejor donde pueda vigilarlo hasta que averigüe qué demonios hacer.

—¿Hay algo que puedas hacer?

—No lo sé, Paul —suspiró—. Pero mientras él tenga un techo bajo el que cobijarse y no se meta en líos, estoy haciendo todo lo que puedo por Rose. Si me necesita, puedo garantizarle un lugar seguro. Y con su madre siendo una drogadicta en caída libre, puede pasar en cualquier momento.

—Noble por tu parte. Pero es un riesgo si Jack sigue siendo peligroso.

—Lo sé. Y si Anabelle y Barry estuvieran conmigo, de ninguna manera estaría pasando esto. Pero como solo estoy yo, me he arriesgado.

Gardner apartó la vista de la carretera para mirar a Riddick brevemente. Él tenía los ojos fijos en ella. La escuchaba atentamente. De repente, se dio cuenta de lo bien que sentaba abrirse a alguien. Había pasado casi todas las noches en Knaresborough perdida en sus propios pensamientos de dolor, pensando que estaba sola, cuando la mejor persona para escuchar sus lamentos podría haber estado en su puerta todo el tiempo.

Riddick dijo:

—Por aquí, jefa.

Gardner no necesitaba que se lo señalara.

Los feriantes se habían apoderado de todo un campo de rugby. Había innumerables caravanas, algunas en mucho mejor estado que

otras. También había unos cuantos quads y motos esparcidos por allí.

—Aparca junto a estas rocas —dijo Riddick, señalando—. Normalmente están apiladas aquí para impedir la entrada de vehículos, pero, como puedes ver, los invitados las han apartado.

—¿A dónde se traslada el equipo de rugby? —preguntó Gardner.

—Bueno, en realidad, ya no usan mucho este campo. Usan el que está fuera del club. —Señaló hacia el otro lado—. Este se deja principalmente para los que pasean perros.

Gardner podía oír ladridos de perros y ver bastantes de gran tamaño merodeando por las caravanas.

—Supongo que los que pasean perros se van a otra parte cuando están ellos aquí.

—Bueno, o eso, o se comen a Fido —dijo Riddick.

Gardner suspiró y abrió la puerta.

—Vamos. Dudo que nadie vaya a salir a darnos la bienvenida. Y pisa con cuidado, Paul.

—¿Ahora me das advertencias?

Gardner salió del coche.

—Te daría una advertencia incluso si fuéramos a la fiesta de cumpleaños de un niño. Te he visto en acción, ¿recuerdas?

—Mira, si no han hecho nada malo, no tienen nada de qué preocuparse…

—¡Se han apoderado ilegalmente de una zona municipal!

—Buen apunte.

Mientras caminaban hacia las caravanas, Gardner dijo:

—Ahora que hemos resuelto lo de la bebida, tenemos que trabajar en la tolerancia.

—La tolerancia te hace bajar la guardia —dijo Riddick.

Cuando llegaron a la primera caravana, un gran pastor alemán se abalanzó en su dirección, pero fue bruscamente retenido por la cuerda que lo ataba a un poste de madera.

La espuma se derramaba por las comisuras de su boca y, al ladrar, mostraba un juego de dientes que podría morder el metal.

—¿Crees que quiere jugar a la pelota? —preguntó Riddick.

El perro se mantuvo a cierta distancia de ellos, pero Gardner aun así retrocedió unos pasos. Siempre le habían gustado los perros, pero había visto lo suficiente en su carrera como para saber que algunos eran capaces de causar graves daños.

Oyó las risas de dos adolescentes fuera de una caravana a su derecha, claramente divertidos por la inquietud de Gardner. Los fulminó con la mirada y reanudaron lo que estaban haciendo antes de que Gardner y Riddick se infiltraran en el campamento: pasarse un balón de fútbol.

Un anciano con un chándal gris abrió la puerta. Daba fuertes caladas a un cigarrillo y, a juzgar por la profundidad de las muchas arrugas de su rostro, era algo que llevaba haciendo toda su vida.

—La inspectora jefa Gardner y el inspector Riddick —dijo Gardner, mostrando su placa.

El anciano entrecerró los ojos, sacudiendo la cabeza como si estuviera experimentando un encuentro en la tercera fase.

El perro continuó ladrando agresivamente.

—¿Es su perro, señor? —dijo Riddick.

El hombre frunció el ceño como si le costara oír.

—¿Es este su perro, señor? —repitió Riddick, más alto.

El anciano señaló al pastor alemán y enarcó una ceja.

—Sí —dijo Riddick.

—¿Tyson? ¿Acaso tengo cara de loco? —El hombre sonrió. No le quedaban muchos dientes, y los que conservaba estaban torcidos y descoloridos.

—Tiene problemas de apego —dijo un hombre de mediana edad, acercándose a Riddick y Gardner. Tenía toda la cabeza rapada, a excepción de una cresta corta que le recorría el centro. Llevaba una camiseta de tirantes y era evidente que se mantenía en buena forma con las pesas—. ¿Puedo ayudarles en algo?

Gardner enseñó su placa y los presentó. —¿Y su nombre, señor?

—Tommy Byrne.

—¿Lleva Tyson microchip, señor Byrne? —preguntó Riddick.

Tommy se acercó a Tyson y le dio una palmada en la cabeza. El perro dejó de ladrar y empezó a gemir, sin apartar sus ojos redondos y brillantes de los invasores.

—Eso solo lo sabría el dueño de Tyson —dijo Tommy.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese dueño? —preguntó Riddick.

—Me temo que en una urna. Ahora compartimos la responsabilidad de Tyson.

Gardner suspiró para sus adentros. —Mire, no hemos venido a hablar de perros. —Miró alrededor del campamento, dándose cuenta de que había muchas razas diferentes y que muchas de ellas ladraban—. Estoy segura de que, si alguno fuera peligroso, habríais tomado las precauciones necesarias.

Tommy asintió.

—Tyson es la menor de sus preocupaciones —dijo el anciano desde la puerta de la caravana. Señaló a lo lejos—. Deidra, la de allí. Con ella es con quien tienen que hablar. Tiene una gata con muy mala leche. Lottie, la llamó. —El anciano levantó los dedos como si fueran garras y enseñó los dientes. Por desgracia, el gesto no tuvo el efecto deseado, ya que apenas le quedaban.

—Exigimos que todos los perros estén registrados —dijo Tommy.

Gardner se preguntó cómo se registraba un perro sin domicilio fijo, pero decidió que había asuntos más urgentes.

—¿Está usted al cargo aquí? —preguntó Riddick.

—Por así decirlo. Así que también le diré que estamos colaborando con el ayuntamiento —dijo Tommy—. Afirman que están en proceso de demostrar que son los propietarios de este terreno y que este campamento no está autorizado. Estamos a la espera del resultado de su investigación.

Gardner estaba familiarizada con este proceso. Podía llevar tiempo. Se imaginó que los residentes de los alrededores, sobre todo los de la urbanización de Hay-A-Park, debían de sentirse bastante frustrados.

—El ayuntamiento también ha estado preguntando por la salud, el bienestar y la educación de nuestros hijos. Han quedado más que satisfechos con lo que han oído. —Tommy parecía estar totalmente al tanto de sus derechos. Una habilidad útil cuando se vive al margen de la sociedad.

—Señor Byrne...

—Tommy, por favor. —Esbozó una amplia sonrisa. A diferencia de su compañero de más edad, él tenía una dentadura completa y con aspecto de estar bien cuidada.

—Estamos aquí por un incidente que ocurrió anoche en el pub White Bull —dijo Gardner.

—¿Se refiere al incidente relacionado con Rod?

—Eso depende de lo que le pasó a Rod —dijo Riddick.

Tommy gritó a los chicos que jugaban al fútbol. —¡Eh, capullos, id a buscar a Rod ahora mismo, ¿queréis?!

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada mientras los chicos se escabullían.

—Aquí somos buena gente —dijo Tommy.

—No hemos dicho lo contrario —dijo Riddick.

Tommy sonrió y miró a Riddick de arriba abajo. Luego asintió. —Me alegro de oírlo. No soporto la ignorancia.

Se acercó un grupo de tres jóvenes delgados, apenas salidos de la adolescencia.

—Perdona —dijo Tommy, dirigiéndose a los tres chicos—. He pedido a Rod. ¿No sabía que teníamos tres Rods en el campamento?

El chico del centro dio un paso al frente. Cojeaba y tenía la cara llena de moratones y cortes. —No, yo soy Rod..., ellos no.

Tommy soltó una carcajada y miró a Riddick mientras hablaba. —Sí, Rod, idiota. Sé quién eres. No es de los más listos. —Susurró la última parte, pero seguro que Rod lo había oído.

—Todo el mundo sabe quién eres, Rod —dijo uno de los otros chavales—. Todo el mundo aquí se ha tirado a tu hermana...

—Piraos, chicos —dijo Tommy.

Los otros dos chavales se dieron la vuelta y se marcharon cabizbajos.

—¿Cuál es tu apellido, Rod? —le preguntó Riddick.

—Child —dijo Tommy.

—Nosotros nos encargamos a partir de ahora, Tommy —dijo Gardner.

—¿No hay una norma sobre los menores o algo así?

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Gardner a Rod.

—Veinte —dijo Rod.

—Pero aquí dentro —dijo Tommy, tocándose la cabeza—, es menor de edad.

—¿Podemos hablar con él a solas, por favor, Tommy? —dijo Gardner.

Tommy asintió y se dio la vuelta.

Gardner y Riddick llevaron a Rod a un lado y le explicaron por qué estaban allí. Varias veces durante la conversación, Gardner se preguntó si Rod habría sufrido una lesión cerebral durante el enfrentamiento de la noche anterior con Si Meadows. Hablaba despacio, sin muchos detalles, y parecía aceptar bastante bien lo que le había sucedido; la mayoría de la gente estaría echando humo.

—Yo solo quería jugar —dijo Rod. Hizo una mueca y gimió—. No iba con mala intención.

—¿Sabía usted quién era? —preguntó Gardner.

—Un viejo.

—Oye —dijo el anciano desde la puerta de la caravana—. ¡Se defendía bastante bien para ser un viejo, ¿eh?! ¡Mira cómo te ha dejado!

Gardner puso los ojos en blanco. Era evidente que aquel hombre tenía el oído más fino de lo que había aparentado antes si podía oír desde allí. Se giró y le gritó: —¿Puede volver a su caravana, por favor?

Refunfuñó y volvió a entrar. Gardner esperó a que cerrara la puerta de la caravana.

—Entonces, ¿se acercó a Si Meadows y le propuso una partida de billar? —dijo Gardner.

—¿Así se llama?

Gardner asintió.

—Sí. Lo hice. —Rod asintió, y luego se dio cuenta de su error—. Ay... —Se agarró la nuca.

—¿Nadie le advirtió? —preguntó Riddick.

Rod pareció confundido por la pregunta. —Yo solo quería jugar al billar... Llevaba toda la noche en la mesa.

—Bueno, creo que va a dejar el billar por una temporada —dijo Riddick.

Gardner miró a Riddick.

—¡Después de que empezara a pegarme, me echaron!

—¿Le pareció justo? —preguntó Riddick.

Rod se encogió de hombros.

—¿Alguno de sus amigos le ayudó o volvió con usted?

—No —dijo Rod—. He encontrado el camino de vuelta sin problemas.

Después, Gardner sacó el móvil y buscó la foto de Tia Meadows que tenía en el tablón de la sala de incidentes. Se la enseñó a Rod.

Él sonrió con aire estúpido.

—¿La ha visto alguna vez?

—No, lo recordaría. Está buena…

—Vale, amigo, ya basta —dijo Riddick—. Estuvo en el pub anoche, sirviendo mesas.

Rod volvió a mirar la foto. Tardó un instante, pero al final asintió. —Sí. Ahora me acuerdo.

—¿Habló con ella?

Rod negó con la cabeza. —No.

—¿Está seguro?

—Lo recordaría. Está buena y me gusta su pelo.

—Dos cualidades importantísimas para una compañera para toda la vida —dijo Riddick, poniendo los ojos en blanco hacia Gardner.

Gardner y Riddick siguieron sonsacándole, con cierta desesperación, pero no consiguieron nada.

Mientras salían del campo de rugby, Riddick suspiró. —Menuda puta pérdida de tiempo.

—¿Tú crees? —dijo Gardner.

Se detuvieron junto al coche y se miraron.

—Venga, ilústrame, jefa —dijo Riddick.

—Todavía no digo que sea nada, pero… —Levantó el móvil y le enseñó una fotografía de los dos jóvenes que se habían acercado con Rod—. Nos estaban observando mientras hablábamos. Les he sacado una foto a hurtadillas cuando le enseñaba a Rod la foto de Tia. Fíjate en el chico de la izquierda con ese sucedáneo de bigote. —Usó el pulgar y el índice para ampliar la imagen.

El chico parecía a punto de vomitar.

—¿Resaca? —preguntó Riddick.

—Es posible…, pero si no es eso, me da que vamos a tener que volver por aquí para buscarle las cosquillas a alguien más dentro de poco.

12

La petición de Harvey Henfrey no había obtenido respuesta. No le habían traído un libro sobre crímenes, pero, al menos, un alma caritativa le había lanzado una baraja de cartas.

Como se le daba de maravilla el solitario, repartió las cartas rápidamente sobre la cama y se acomodó para jugar.

Pasó una hora, luego dos, que no tardaron en convertirse en tres y, finalmente, en cuatro.

De vez en cuando, se detenía a pensar en sus padres. La vida no había vuelto a ser la misma desde que fallecieron. Ellos lo entendían. Habían sido las únicas personas con las que había podido pasar tiempo en su vida adulta.

Pensó en el vestido rojo de su madre, el que siempre se ponía para cenar en las ocasiones especiales que celebraban en casa: cumpleaños, Navidades, etcétera. Y pensó en la pipa de su padre, que fumaba junto a la ventana porque su madre odiaba el olor.

También pensó en cómo su padre y su madre lo abrazaban con fuerza cuando tenía *aquellas* pesadillas. Incluso a los treinta y nueve años, el año antes de que se fueran, lo abrazaban.

Y ahora echaba de menos eso —que lo abrazaran— más que nunca.

Al final, agotado por los acontecimientos del día, se quedó dormido.

—Harvey..., Harvey... —dijo el asqueroso, acercándose—. Ya hablamos de esto. Teníamos un acuerdo.

Harvey se mantuvo de brazos cruzados y contuvo las lágrimas.

Ya había llorado antes en esta misma situación, muchas veces, pero hoy, por algún motivo, parecía distinto.

Harvey mantuvo la vista baja porque sabía que mirarlo a aquellos ojos inyectados en sangre lo haría empequeñecer. Y hoy quería defenderse.

Hoy quería mostrarse fuerte.

Harvey se apretó los brazos contra el pecho. —Déjeme en paz. — Demasiado bajo—. *Vamos..., lárguese. —*Mejor. Más alto.

—¿Dónde aprende un niño de diez años a hablar así? —le preguntó, inclinándose aún más—. Sabe, cuando yo tenía su edad, mi madre me lavaba la boca con agua y jabón. —Le apestaba el aliento—. ¿Por qué ha venido entonces, Harvey? ¿Por qué ha venido a verme solo para negarse?

—Porque... —Harvey sintió que su entereza se evaporaba—. Porque...

Alguien grabó a mi madre con un hombre.

—Porque...

Y le dieron la grabación a usted.

—Porque...

Usted está amenazando con enseñársela a todo el mundo*.*

—Porque...

Es usted un viejo cabrón asqueroso.

—¿Porque le ha comido la lengua el gato? —dijo el asqueroso.

Harvey sintió la mano en su muslo.

Y entonces desapareció. Toda aquella fuerza de la que se había estado convenciendo por el camino, que había sentido crecer en su interior en aquella silla de plástico, se desvaneció.

Como el aire de un globo.

—Por favor..., por favor... —dijo Harvey.

—Por favor..., por favor... —lo imitó el cabrón, frotándole el muslo —. Suena igual que su madre.

Las lágrimas volvieron.

—¿Quiere ver otra vez el vídeo de su madre?

—No. —Por favor. Cualquier cosa menos eso otra vez.

—Lo tengo, ¿sabe? ¿En la trastienda?

Harvey negó con la cabeza. Notaba las lágrimas corriendo por su cara. El hombre asqueroso le apretó el muslo.

—Podría enseñárselo a sus amigos. ¿Podríamos verlo todos juntos esta noche?

Harvey agachó la cabeza, avergonzado.

Sintió la mano del asqueroso en su pelo.

No se resistió.

Había vuelto a encogerse. Se había visto reducido. Se sentía vacío, incluso sin huesos, como una lámina de piel sobre una silla.

—¿Por qué tenemos que pelearnos, Harvey? —dijo él—. ¿Por qué tenemos que discutir, siempre? Puedo ser bueno, ¿sabe?

Le apretó el muslo a Harvey otra vez, más fuerte en esta ocasión.

—Usted sabe lo bueno que puedo llegar a ser —dijo el cabrón.

Harvey sintió que el asqueroso le desabrochaba el cinturón...

Con los ojos abiertos, sentado de golpe en la cama, Harvey abrió la boca y dejó escapar un lamento gutural que le salió de las entrañas. Se tapó la cara con las manos, se retorció y gimió hasta que hubo confinado el pasado al pasado y el terror hubo amainado.

Se incorporó y barrió las cartas de la cama, que cayeron al suelo.

Hacía más de un año que no tenía ese sueño. Creía que lo había enterrado bien. El estrés de hoy lo había sacado de nuevo a la superficie.

Un agente de policía abrió la puerta de la celda. —¿Está todo bien?

Harvey lo miró. —He cometido un error. Nunca debería haber permitido que todo eso volviera a mi vida.

—¿Que volviera qué?

Harvey pensó en contárselo todo al agente, pero se contuvo justo a tiempo. Se recostó en el colchón. —Estoy cansado... Estoy confuso. —Se giró de lado y se quedó mirando la pared de ladrillo—. Y necesito descansar.

13

—Vale, de acuerdo, tú ganas —dijo Riddick—. Se llama Paula.

Gardner se detuvo en el arcén y se volvió hacia Riddick con expresión incrédula.

Riddick se rio. —No seas tonta.

—¿Tonta? Pensé que este día no llegaría nunca. ¡Llevas un mes saliendo con esa mujer y es la primera vez que me cuentas algo de ella!

—Bueno, quería asegurarme de que la cosa iba bien.

—¿Y?

—Me gusta.

—¿Cuánto? —preguntó Gardner enarcando una ceja.

—Ha pasado un mes. No voy a pedirle que se venga a vivir conmigo. Además, no estoy seguro de que se lo merezca.

—Sí, pobre chica, he visto tu colección de música.

—¿Eh?

—¿Spandau Ballet?

—Me gusta la música de mi infancia. No tiene nada de malo. Venga, arranca el coche, jefa. Ya tienes lo que querías.

—¿Profesión?

Riddick suspiró. —Enfermera. Y ahora —dijo, señalando los pies de ella—, pisa a fondo o me bajo y vas a ver al doctor Hugo Sands tú solita.

Ella arrancó el coche. —¿Sabes que no es para tanto?

Riddick sonrió con aire de suficiencia y le guiñó un ojo. —¿En serio?

—He dicho "no para tanto". Un médico legista que se refiere a "su mesa" con tanto cariño no es mi tipo, desde luego.

Tras girar a la izquierda, Gardner le dedicó otra sonrisa a su pasajero. Se alegraba de que se estuviera abriendo a ella. ¿Sería porque antes ella se había sincerado con él sobre Jack y Rose?

Él le devolvió la sonrisa y entonces ella volvió a concentrarse en la carretera.

¿Estaban estrechando aún más sus lazos?

Eso parecía.

Y Gardner tenía que admitir que la sensación era agradable.

A Gardner no le sorprendió ver a Sands pasearse con entusiasmo alrededor del cadáver de Tia en "su mesa" —se lo había visto hacer a los médicos legistas en innumerables ocasiones—, pero la insinuación de Riddick de que se sentía atraída por él le rechinó de verdad.

Prefería que sus hombres vieran a una chica muerta de veinte años como una pérdida trágica en lugar de una intrigante obra de arte.

—No hay duda. —En ese momento señalaba la herida en la frente de la joven—. El golpe causó un traumatismo considerable. Su muerte debió de ser rápida.

Riddick suspiró. —¿Alguna idea de con qué la han golpeado?

—Hay residuos de un ladrillo en la herida. Pero, una advertencia, podría haberse caído y haber muerto al golpearse la cabeza con dicho ladrillo.

—Bueno, si ese fuera el caso, ¿por qué moverla hasta el árbol junto al lago? —preguntó Riddick.

—Ese es su trabajo —dijo Sands, encogiéndose de hombros.

Para incriminar a Harvey, pensó Gardner, pero se guardó su opinión.

—También he acotado la hora de la muerte a entre las doce y las dos de la madrugada. Mi razonamiento está en los informes. Junto con mis hallazgos sobre el desplazamiento y la posición del cuerpo. Y bien, ¿están listos para lo que viene ahora? —Sands no sonrió, pero el arqueo de sus cejas lo decía todo sobre cuánto disfrutaba de su trabajo. Miró a su joven ayudante, vestida con un mono blanco—. ¿Phyllis?

Ella se acercó y ayudó a Sands a poner boca abajo a la víctima suturada.

Su espalda era un amasijo de líneas discontinuas y decoloración.

—Dios santo —dijo Gardner.

—Las laceraciones y los hematomas son consistentes con un periodo prolongado de azotes. Sin duda se usó un cinturón y —señaló unos hematomas más oscuros— por el lado de la hebilla.

—¿Post mortem? —preguntó Gardner, esperanzada.

Sands negó con la cabeza. —Me temo que no. Debió de ser muy doloroso.

Gardner hizo una mueca. *Gracias, Hugo, eso ya lo pillo.*

Sacudió la cabeza. Hacía tiempo que no veía algo tan terrible. Era tortura. Pura y dura.

—Joder —dijo Riddick.

—Alguien no estaba contento con esta chica —dijo Sands, contemplando su espalda destrozada.

¿Tú crees?, pensó Gardner.

—Ah… y estaba embarazada de dos meses —continuó Sands.

—Mierda —dijo Gardner, pensando: *¿Hay algo más que quieras soltarme?*

Conmocionada por estas dos informaciones, a Gardner le costó asimilar la descripción detallada de Sands sobre toda la ciencia que respaldaba sus hallazgos, pero sabía que estaría en su informe, que ya habrían enviado por correo electrónico al Cuartel General.

Si en algo era bueno Sands, era en poner los puntos sobre las íes.

Fuera del depósito de cadáveres, Gardner se quitó el mono blanco.

Veinte años, embarazada y azotada.

Sintió náuseas; por suerte, hacía tiempo que no comía.

Riddick intentó hablar, pero ella levantó una mano. —Déjame procesar esto, por favor, Paul. Espera a que estemos en el coche.

Él asintió. —Por supuesto, jefa. —Parecía preocupado.

A pesar de toda su fanfarronería, Riddick también podía ser sensible y comprensivo.

—¿Inspectora jefa? Hay algo más. —Era Sands. Había salido del depósito de cadáveres detrás de ella.

—Sí, doctor Sands —dijo Gardner, volviéndose y adoptando de nuevo una pose profesional. No sabía cuánto más podría soportar, pero no quería que Sands viera ninguna vulnerabilidad.

—Es personal.

—¿Perdón?

Sands miró a Riddick.

—Claro —dijo Riddick—. Por mí no os cortéis. —Se dio la vuelta y se marchó.

Gardner se quedó confusa. —No...

—Tengo entradas para Ed Sheeran.

Tienes que estar de broma.

—Y me preguntaba si...

—¡Estoy casada! *Y acabo de enterarme, hace apenas unos segundos, de que una chica de veinte años, embarazada, ha sufrido lo indecible antes de morir.*

—Ah..., me había fijado en que ya no la llevaba —dijo Sands.

—¿El qué?

—La alianza. —Le señaló la mano—. Disculpe si lo he interpretado mal.

No podía creer que estuviera teniendo esa conversación. Negó con la cabeza. —Tengo que irme —dijo, dándose la vuelta para marcharse.

—Feliz cumpleaños —le gritó él a sus espaldas.

Después de que Gardner le pusiera al corriente, Riddick se quedó sin palabras. Condujeron en silencio durante unos minutos.

Al final, cuando Gardner paró el coche para vaciarse una caja de Tic Tacs en la boca, él decidió romper el silencio. —Eso no es Valium, ¿sabes?

—Es lo más parecido —dijo ella y los masticó con un crujido.

—Sabía que era raro —dijo Riddick—. Pero soltar eso así, sin más... ahí dentro... en *ese* contexto. Joder, es de locos.

Gardner se tragó los caramelos y luego miró a Riddick con recelo. —¿Le has dicho tú que era mi cumpleaños?

—¡Sí, claro, se lo comenté anoche en el pub tomando unas cervezas con él! ¿Se te ha olvidado que ni yo mismo lo sabía?

Gardner suspiró. —¿Y entonces cómo se ha enterado?

Riddick se encogió de hombros. —Ni idea. ¿Marsh? ¿Quizá te ha investigado?

Gardner se estremeció.

—Espera —dijo Riddick—. No pensarás que... la tarjeta... ¿es de Sands?

Por supuesto, Gardner ya se lo había planteado. Se encogió de hombros y suspiró. —No lo sé.

—Madre mía —dijo Riddick—. Sands es tu acosador.

—Cállate, Paul —dijo Gardner, haciendo un gesto para volver a incorporarse al tráfico.

Riddick chasqueó la lengua. —Bueno, mira el lado bueno. Es un tío raro, pero dudo que sea peligroso.

—¡Joder, Paul! Mira, no puedo pensar en esto ahora. —Arrancó y aceleró—. Tenemos una reunión informativa en nada.

—De acuerdo, jefa. Pero una cosa más..., por favor.

—Más te vale que sea pertinente.

—Ed Sheeran.

—¿Qué pasa con él?

—Es bueno.

—No estoy de acuerdo.

—Aun así, si tiene entradas, deberías...

—Que te den, Paul.

—Sí, jefa, de acuerdo.

14

Tras el doble mazazo de la autopsia y de que la persona que la había realizado le tirase los tejos, era comprensible que Gardner tuviera la cabeza hecha un lío. Por suerte, tenía algo de tiempo antes de la reunión informativa, que aprovechó para preparar la pizarra blanca y para despejarse.

Antes de dirigirse a todos, alzó la vista hacia la gran pizarra blanca en la que había estado trabajando. La Operación Bright Day crecía.

A la derecha de la pizarra había una gran imagen aérea del lago, el bosque circundante, la cabaña de Harvey Henfrey, el lugar donde encontraron a Tia, los caminos rurales de los alrededores, el campo ocupado actualmente por los feriantes y el club de rugby.

Tia, muy maquillada, permanecía en el centro de la pizarra. Sonriendo. Ajena al destino que le esperaba. *El cinturón y su hebilla.*

De la víctima salían líneas rojas que la conectaban con: Si Meadows, el padre forrado y destrozado que controlaba todo el sector de la construcción de la zona; el ermitaño de Knaresborough y principal sospechoso, Harvey Henfrey; y el joven amigo íntimo de Tia, Luke Donnelly, que también tenía una línea que lo conectaba con Si, debido a su relación sexual. Gardner también había escrito el nombre del feriante: Rod Child. Aún no tenía una fotografía suya, pero se había encontrado en el lugar equivocado en el momento

equivocado en el White Bull, y por eso se había ganado una línea directa con Si Meadows.

Gardner entrecerró los ojos. *Ya tienes tres líneas, Si.*

Además, en la pizarra figuraban lugares de interés como el Tesco de la calle principal, donde Tia trabajaba en el turno de día, y el White Bull, en el centro de la ciudad, donde hacía el turno de noche. Uno de sus agentes también había clavado con chinchetas un mapa de Knaresborough en la esquina inferior de la pizarra y, meticulosamente, con un bolígrafo rojo, había trazado la ruta que ella solía tomar para volver a casa desde el White Bull.

Gardner repasó con la mirada a su equipo de once personas y vio por sus caras sofocadas y cansadas que se habían pegado una buena paliza hoy. Vio una sonrisa de Lucy O'Brien en la sala y se la devolvió, agradecida por cualquier presencia femenina en esa sala dominada por hombres.

Empezó por informar de las conclusiones del día antes de ceder la palabra a Riddick, que desgranó el informe del médico legista. Tras anunciar el embarazo de Tia, entregó a cada agente una fotografía de las marcas de látigo.

—Alguien ha castigado a esta chica —dijo Rice. Sonaba apenado, y Gardner agradeció esta muestra de emoción por parte de alguien que había sido demasiado displicente con la víctima anteriormente.

—¿Tiene esto alguna connotación religiosa? —preguntó Rice.

—¿Por qué lo dice? —replicó Riddick.

Rice se encogió de hombros. —No sé por qué, pero siempre he asociado los latigazos con un castigo o con un ritual religioso.

—Te refieres a la autoflagelación —dijo Barnett—. Azotarse para mortificar la carne. Se considera una disciplina espiritual.

—Sí…, eso…, quizá… —Rice entornó los ojos—. ¿Cómo sabes tanto del tema?

—Parte de mi licenciatura de Filosofía en la universidad fue sobre estudios religiosos —dijo Barnett.

Gardner asintió. —En cualquier caso, las marcas de látigo no fueron autoinfligidas. Sands se habría dado cuenta. Así que creo que debemos partir de la idea de que alguien simplemente quería castigar a Tia Meadows.

—Puto enfermo —dijo Rice.

Muchos de sus colegas asintieron.

Matthew Blanks dejó de teclear como un poseso en su ordenador para echarse el pelo largo detrás de las orejas, y Gardner pudo ver de refilón sus ojos muy abiertos y concentrados.

—Esperamos que los resultados de la Científica empiecen a llegar mañana —dijo Riddick—. El Comisario Jefe ha autorizado una pequeña fortuna para ello. Por la naturaleza del caso.

—Gracias, Paul —dijo Gardner.

—Nuestro filósofo religioso residente, Ray, es el siguiente —dijo Gardner, sonriéndole a Barnett—. ¿La videovigilancia de la zona?

—Como le he dicho antes, jefa, no traigo buenas noticias… A veces parece que Knaresborough está anclado en el pasado. Hemos localizado a Tia saliendo del White Bull a las 23:15, lo que cuadra con lo que le dijo el dueño, jefa. Tia baja por la calle principal. Como puede imaginar, hay mucha videovigilancia en la calle principal, pero cuando gira a la derecha hacia King James Road, le perdemos la pista. Lo hemos comprobado con los vecinos, pero nadie la vio llegar a casa. Y Si Meadows no volvió del domicilio de Luke Donnelly hasta esta mañana, así que no puede verificar que estuviera allí.

—¿Pero *sabemos* que no fue a Breary Flat Lane directamente desde el White Bull? —preguntó Gardner.

—Correcto, jefa. —Consultó sus notas—. Además, el puerta a puerta ha ido lento cerca del lago y de la escena del crimen, en el propio Breary Flat Lane. Debido al elevado número de feriantes que hay actualmente en esa zona, los vecinos han estado expuestos a un gran trasiego de vehículos y personas, por lo que nada les llama la atención.

—Según Sands, no murió junto al lago, sino que la llevaron allí —dijo Gardner—. Suponiendo que Harvey Henfrey no sea nuestro hombre, ¿es posible que la mataran en otro lugar y luego la llevaran en coche por Breary Flat Lane y la pasaran por encima de esa valla?

Varios miembros de su equipo negaron con la cabeza. No les gustaba esa hipótesis. Era mucho más fácil pensar que había sido cosa de Harvey.

—Menudo trabajo —dijo Rice—. Habría que ser fuerte y cargar con la pobre chica al hombro. Yo apostaría a que simplemente fue andando hasta allí después de volver a casa. Habría tenido tiempo, según la ventana temporal de Sands.

—¿Pero por qué iría andando hasta allí? —preguntó Gardner—. ¿A medianoche, junto a ese lago? ¿Por qué?

—¿Para verse con un novio? —sugirió Rice.

—Tiene veinte años —dijo Riddick—. ¿Necesita andar a escondidas?

—Teniendo a Si Meadows por padre —replicó Rice—, probablemente sea lo mejor.

—Eso no me lo creo —dijo Gardner—. Ya tenía edad para tener novios. Puede que Si se interesara mucho, pero dudo que se los prohibiera tajantemente.

—¿A menos que uno de esos chicos fuera un feriante? —dijo Barnett.

Todas las miradas se volvieron hacia Barnett.

Muy bien, Ray.

Escribió «¿feriante?» en la lista de personas relacionadas con Tia.

—Bien, voy a reducirlo a tres opciones —dijo Gardner—. Uno: fue asesinada lejos de la escena del crimen en algún momento después de desviarse hacia King James Road, y luego la llevaron en coche hasta Breary Flat Lane y la abandonaron junto al lago. Dos: tras volver a casa, Tia volvió a salir para visitar a un novio feriante junto al lago y allí la asesinaron. Para estas dos opciones, incriminar a Harvey Henfrey podría haber sido premeditado, o simplemente una ocurrencia de última hora. Tres: Tia volvió a salir para ver a Harvey por alguna razón aún desconocida, y él la asesinó…

Varias manos se alzaron.

—No estaba sometiéndolo a votación —dijo Gardner.

Las manos bajaron.

—De acuerdo, Phil, por favor, comparta lo que ha descubierto antes.

Rice se levantó y pasó al frente. Se acercó a la pizarra y señaló un punto en el mapa.

—La gasolinera de la Co-op en Boroughbridge Road. Durante tres mañanas consecutivas, *incluida* la de ayer, Tia Meadows sacó doscientas libras de este cajero automático. Era su límite diario de Barclays. Tenemos una cámara en el cajero que la graba sacando el dinero, pero siempre está sola.

—Entonces, tenemos que averiguar en qué se estaba gastando el dinero —dijo Gardner—. El informe de toxicología debería llegar mañana, así que entonces podremos descartar las drogas.

Rice se quedó allí, asintiendo, claramente orgulloso de sus descubrimientos, alargando su momento de protagonismo frente a la sala. Ella se percató de que algunos de sus compañeros ponían los ojos en blanco.

—Y, Phil, ¿qué más?

—Bueno —dijo Rice—, los registros telefónicos muestran llamadas regulares a tres números durante el último mes. El primer número es el de su padre. El segundo y el tercero son números no registrados. Hablaba con dos personas con móviles de usar y tirar.

—Bien hecho, Phil.

—Sin problema, jefa. —Sonrió enseñando todos los dientes.

—Mañana puede averiguar en qué se ha estado gastando el dinero y a quién ha estado llamando.

—Considérelo hecho. —Seguía con la misma sonrisa.

Ella suspiró para sus adentros cuando él por fin fue a sentarse.

—Si giran sus sillas, verán que Lucy ha preparado la pantalla al fondo de la sala.

Todos obedecieron.

—La jefa me pidió que rastreara las grabaciones de las cámaras del White Bull de anoche —dijo O'Brien—. He hecho lo posible por seleccionar los momentos que considero relevantes. Hay cuatro cámaras situadas por el pub, lo que nos da más de veinte horas de metraje, y ya está disponible en nuestro sistema si quieren ver algo esta noche, chicos. —Sonrió—. Les advierto que algunas de las imágenes no son aptas para personas de natural nervioso… Phil.

Rice le hizo una peineta. —¿Ves algún temblor? Quieto como una estatua.

—Tendríais que haber visto a Phil cuando volvió de la escena del crimen —dijo el sargento detective Ross—. Desapareció en el cagadero y no lo vimos durante casi una hora.

Risas.

Rice le devolvió la peineta a Ross.

—John, Phil, basta —dijo Gardner—. ¿Lucy?

O'Brien le dio al play en su ordenador portátil y la imagen granulada proyectada ocupó gran parte de la pared del fondo.

Una de las cámaras estaba situada en la esquina del pub, encima de la puerta principal, y cubría a los feriantes reunidos frente a la barra. O'Brien pasó por varias interacciones entre Tia y diferentes feriantes que compraban bebidas. No estaba claro lo que decían, pero Tia era rápida en el servicio, ofreciéndoles grandes sonrisas, pero poca conversación. Parecía que Bertie había acertado en que ella no estaba muy habladora esa noche, posiblemente porque su padre estaba allí.

Entonces, Gardner vio a quien estaba buscando. —Pausa, por favor, Lucy.

Gardner se sacó el móvil del bolsillo. Fue a la foto que había hecho antes en el campamento del joven del bigote que parecía a punto de vomitar, asintió y luego pasó el móvil al equipo. —Pasáoslo y mirad la foto, por favor. —Todos lo hicieron. Cuando le devolvieron el móvil, dijo—: Vale, dale al play, Lucy.

O'Brien obedeció.

—Ahora fíjense a quién está sirviendo Tia —dijo Gardner.

Efectivamente, el chico que estaba a punto de echar las tripas en el campamento de los feriantes estaba en la barra. Esta vez hubo mucha conversación.

¿Se te pasó esto, Bertie?, pensó Gardner.

Unas cuantas veces, Tia se estiró por encima de la barra para darle un golpecito juguetón en el brazo al joven del bigote.

—Se la estaba tirando, fijo —dijo Rice.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada. Sospechaba que Rice haría esa suposición aunque simplemente hubiera entrado a preguntar por la tienda más cercana. Sin embargo, no cabía duda de

que parecían conocerse bien. Volverían al campamento de los feriantes mañana para alborotar el gallinero.

A medida que avanzaba la grabación, los feriantes se emborrachaban y se volvían más ruidosos, molestando a otros clientes del bar y a muchos de los que estaban en las mesas de billar, que no dejaban de mirar hacia ellos.

Uno de esos clientes era Si Meadows.

Finalmente, un feriante conocido, que a esas alturas apenas podía caminar recto, se acercó a las mesas de billar, rebotando contra varios de sus amigos y algunas mesas por el camino. —Páralo, por favor, Lucy —dijo Gardner—. Ese es Rod Child. Hablamos hoy con él.

—No es el más listo del barrio —dijo Riddick.

—Ya ves —dijo Rice—. Cualquiera que se pavonee hacia donde está bebiendo Si Meadows está claro que no rige bien.

—Difícilmente se pavonea —dijo O'Brien, reproduciendo de nuevo la grabación—. Apenas puede andar.

Los otros feriantes reunidos detrás de Rod vitorearon con entusiasmo.

Claramente jaleándolo, pensó Gardner. *Con amigos así, ¿quién necesita enemigos?*

Hubo un jadeo audible por parte de su equipo cuando Si dejó K.O. a Rod Child. Y quedarse corto era un eufemismo. Si lo molió a palos. Si no fuera por los grandes porteros de discoteca traídos de Leeds, habría acabado en el hospital.

—¿Por pedir una partida de billar? —dijo Rice—. ¿Seguro que no quiere meterle caña por lo que le hizo, jefa? Este cabrón es un peligro para la sociedad, ¿no?

Viendo aquello, Gardner no podía estar en desacuerdo. Pero en ese momento, sentía que había asuntos más importantes que resolver.

—Increíble que siga ahí dentro —dijo Barnett mientras veían a Si seguir jugando al billar y bebiendo.

—Ahora, observemos esta secuencia de acontecimientos con atención —dijo Gardner—. Piden la última ronda y se van, los feriantes se marchan… Miren, ahí está Bertie jugueteando con su

pajarita, buenas ganancias, imagino, satisfecho a pesar de la extrema violencia. Si y sus amigos se van, quince minutos de recogida, Luke Donnelly sale para encontrarse con Si, según su historia…

—¡Qué asco; es prácticamente un niño! —dijo Rice.

—Ahora, Tia se está riendo con Bertie…

—Fijaos en cómo le pone la mano en el hombro y la deja ahí —dijo O'Brien—. Ella no hace ningún intento de apartarla…

Rice parecía horrorizado. —Eso ya es pasarse. No debería dejarle la mano ahí.

—Como si tú no lo hicieras, Phil —dijo O'Brien.

—Prefiero a una mujer de mi edad, gracias —dijo Rice.

—¿Pues por qué no te buscas una? —dijo O'Brien.

Risas.

Finalmente, Tia salió del pub y O'Brien detuvo la grabación. —Y ahí se va.

Para sorpresa de todos, Riddick se puso en pie. Su mirada saltó de O'Brien a Rice con rabia. El cachondeo le había afectado.

—Sí, ahí va —siseó Riddick—. Para que la torturen y la aniquilen.

O'Brien bajó la mirada. Rice buscó una cara amiga a su alrededor, pero no encontró ninguna.

La sala guardó silencio.

Marsh había asistido a la última parte de la reunión y, después de que el equipo se marchara, les pidió a Riddick y a Gardner que se quedaran.

Se apoyó en el respaldo de una silla de plástico, que se dobló ligeramente bajo la impresionante fuerza de su tren superior. Miró a Riddick de hito en hito. —¿Está usted bien, Paul?

—Sí, señora.

—¿Está seguro?

Riddick sonrió con sorna. —No parece que usted lo crea.

Marsh le devolvió la sonrisa burlona. —Agradezco que no queramos un ambiente de circo aquí, Paul, pero no convirtamos esto en un velatorio.

—Es una investigación de asesinato, señora.

—También está usted rodeado de seres humanos de carne y hueso. Esto no es la morgue. ¿Qué le pasa?

—Nada.

—*Gilipolleces.* ¿Qué le pasa?

—Solo es algo que me ronda la cabeza.

—Comparta, por favor.

Riddick se acercó a la pizarra y señaló. Su dedo se posó en la fotografía de Si Meadows. —Tres líneas. Una con su hija, una con Luke Donnelly y una con el feriante, Rod Child.

—Las conexiones son buenas —dijo Marsh.

—Sí. Excepto cuando el hombre también está conectado con el hombre que mató a mi familia..., señora.

Por primera vez en su vida, Gardner vio cómo Marsh palidecía. Se enderezó y dejó de aplastar la silla de plástico. —¿Ronnie Haller?

Riddick asintió.

Gardner se mordió el labio inferior. Riddick había trincado al narcotraficante Ronnie Haller, que estaba cumpliendo condena por dos asesinatos. Ronnie había ordenado el coche bomba que mató a la mujer y a las dos hijas de Riddick como represalia.

—Ese cabrón está en la cárcel. —Marsh miró a Gardner—. ¿Opiniones?

Gardner se encogió de hombros. —Primera noticia que tengo, señora.

—Antes de que Si amasara millones echándole las garras a todos los negocios de por aquí —dijo Riddick—, andaba con Ronnie Haller. Hace mucho tiempo, señora. Cuando ambos estaban empezando.

—Mucho antes de mi época —dijo Marsh.

—Y de la mía. Fue en los tiempos de Anders.

El ex-Inspector Jefe Anders Smith había sido el predecesor de Gardner. Durante la mayor parte de su carrera, había adoptado un enfoque de la justicia a la vieja usanza, pero había sido mentor y amigo íntimo de Riddick hasta hacía poco. Actualmente estaba en la

cárcel por asesinato y corrupción. Había sido Riddick quien había descubierto la verdad y había desenmascarado a su antiguo mejor amigo. Así que, por razones obvias, el tema rara vez salía en las conversaciones.

Riddick continuó: —Si Meadows se alejó de Haller y de las drogas hace mucho tiempo, tras descubrir su propio talento para manipular e intimidar a la gente para que le cedieran participaciones en sus negocios.

—Entonces, ¿por qué su preocupación ahora?

—Solo lo obvio, señora. Uno traficaba con drogas y el otro extorsiona a empresas. Ambos son gánsteres y forman un diagrama de Venn de carne y hueso. Lo que significa que se solapan.

—Sé lo que es un diagrama de Venn, Paul —dijo Marsh y suspiró. Miró a Gardner—. ¿Usted qué opina?

Gardner se encogió de hombros de nuevo. —Necesito algo de tiempo para procesar esto.

Y se tomaría ese tiempo, pero, aun así, no le veía mucha miga al asunto. Casi parecía que Riddick se estaba agarrando a un clavo ardiendo. ¿Acaso la pérdida de una hija por parte de Si Meadows había vuelto a activar a Riddick? ¿Había reavivado el trauma por la pérdida de sus propias hijas?

Marsh suspiró de nuevo y miró a Riddick. —Vale, reconozco que merece la pena investigarlo, Paul. Puede que no sea nada... quizá. Esperemos.

Riddick asintió. —Estoy de acuerdo.

—Entonces, investíguelo, Paul, y luego descarte de una puñetera vez esta conexión. Necesita centrarse en el aquí y el ahora. El pasado está mejor donde está para usted, si me sigue.

—Le sigo perfectamente, señora. Yo tampoco quiero volver a ese lugar. En absoluto.

—Como he dicho, esperemos que no tenga que hacerlo —dijo Marsh. Miró a Gardner—. Pero si hay señales de que lo está haciendo, Emma, venga a verme.

Gardner asintió.

Riddick gruñó. —No soy un puñetero niño, señora.

Marsh sonrió y alzó las manos. —Son todos ustedes mis niños.

15

Si se miró en el espejo que había sobre la cómoda. Ojos inyectados en sangre y piel seca y escamada. Cansancio y desesperación.

Ahogó esa visión con whisky.

Le sonó el móvil. Dejó el vaso, vio que era Larry y respondió:

—¿Qué?

—Si, lo siento. Sé que no es un buen momento, pero es por Reggie; es que no colabora...

—¿Reggie?

—Sí. Reggie.

Al ver que tenía el vaso vacío, Si bebió directamente de la botella. La garganta y el estómago le ardieron.

—¿Si? ¿Estás ahí?

—¿Me llamas por lo de Reggie, *ahora*?

—Lo siento, Si, lo entiendo, yo...

—¿Qué pasa con él? —Si puso la mano en el tirador del cajón superior.

—Que no colabora, como te he dicho.

—Ah, ya veo —dijo Si—. Entonces, mátalo.

Silencio.

Si acarició la parte frontal del cajón.

Larry dijo:

—Vale, veo que me he equivocado al llamar, lo siento...

—Mátalo.

Silencio.

Si abrió el cajón.

Larry dijo:

—Vale, no tienes sentido... Me voy.

—Bang, bang, estás muerto —dijo Si. Colgó el teléfono y lo tiró sobre la cómoda, junto a la botella de whisky.

Metió la mano en el cajón y sacó una carpeta de cartón. Se la llevó a la nariz y la olió.

¿De verdad? ¿Issey Miyake? El perfume favorito de Tia.

¿Había estado rebuscando en sus cajones? ¿Había mirado en esta carpeta? ¿Descubierto... encontrado... leído... *investigado*?

¿O era el aroma fruto de su imaginación de borracho?

Cogió la botella, dejó el móvil y se llevó la carpeta al escritorio de su despacho.

Tras dejar la botella sobre el escritorio, se sentó en el gran sillón de cuero y puso la carpeta sin marcar delante de él. Agarrándose al borde de la mesa, la observó como si estuviera contaminada.

Miró su navaja suiza junto al artículo. Vacilante, la cogió y observó las iniciales grabadas: SM. No de Si Meadows. De Stuart Meadows. Su padre, alcohólico y muerto hace mucho tiempo. Sacó la hoja más grande.

Dos tragos más de whisky después, volvió a posar la mirada en la carpeta.

Con la navaja en la mano, sacudió el único objeto que contenía la carpeta. El artículo de periódico.

No bajó la vista hacia la fotografía.

No le hacía falta.

La maldita imagen estaba grabada a fuego en su mente.

Ese monstruo.

Sonriendo.

Si clavó la punta de la navaja en la cabeza del monstruo sonriente, fijando el artículo de periódico a la mesa.

Luego, giró la cabeza hacia un lado y vomitó.

16

Gardner estaba entrando en su urbanización cuando le empezó a sonar el teléfono. Respondió con el manos libres.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó Anabelle.

Gardner sonrió. —Gracias, cielo.

—¿Has recibido mi tarjeta, mami?

—Sí —mintió Gardner. Seguramente Barry la había echado al buzón tarde—. Me ha encantado.

—Nos dibujé a las dos juntas en la playa. ¿Podemos ir, mami? ¿Porfa?

—Sí. Pronto. Suena paradisíaco, cielo.

Aparcó en la entrada de su casa, paró el motor y siguió hablando con su hija. Sintió que se le humedecían los ojos al pensar en lo agradable que sería abrazar a su pequeña en ese mismo instante. Más tarde, durante la conversación, Anabelle mencionó que el domingo había estado en Alton Towers.

¡Qué detalle por tu parte mencionármelo, Barry!

—Vaya —dijo Gardner—. ¿Te lo pasaste bien?

—Genial. Nos montamos en los troncos. ¡Hacía un frío que pelaba! Sandra se caló hasta los huesos.

¿Sandra? A Gardner se le heló la sangre. *¿Sandra?*

—¿Quién es Sandra?

—Una amiga de papá. Es maja.

—Vale, Ana —dijo Barry de fondo—. ¿Me dejas hablar con mamá, por favor?

¿Te han pillado, Barry?

—Adiós, mami. Feliz cumpleaños, te quiero.

—Y yo a ti, cielo. En cuanto pueda, nos escaparemos a esa playa.

—Emma, feliz cumpleaños —dijo Barry.

—Ya casi ha terminado.

—Sí, perdona. Quería haber llamado antes, pero he tenido un día de pesadilla en la oficina.

—¿Nada que ver con *Sandra*, entonces?

—¿Perdona?

—¿Quién es Sandra?

—Es solo una *amiga*. Del trabajo. Mira, no quiero discutir. No hay por qué alterarse.

—Ya veo. Una amiga.

—¡Sí! Se separó de su marido hace poco y le dije que podía venirse con Ana y conmigo a Alton Towers.

—¿Y no podías habérmelo pedido a mí?

—¡Fue algo de última hora! Te conté lo de la prueba de nivel de Ana en gimnasia. Era su premio. —Barry suspiró—. Además, es solo un parque de atracciones. Sé que los odias. No pensé que te importaría.

—¿Que no me importaría mi hija?

—No me refiero a eso.

—Bueno…, ¿por qué no llamaste, al menos?

Barry soltó una carcajada. —*Siempre* estás ocupada.

—Eso es una excusa. Hace siglos que no lo intentas.

—Porque cuando lo hago, me das largas… *siempre*. ¿Para qué?

—Tonterías. Si estoy en medio de una investigación de asesinato, no es darte largas.

—Siempre estás en medio de algo, Emma. Y…, da igual. No quie-

—No, dilo. ¿Y?

—Acogiste a tu hermano, a ese psicópata.

La frustración se apoderó de Gardner. —Ahí está. La verdadera razón. Sabes que tiene una hija. ¿Nuestra sobrina?

Alguien vulnerable.

—*Tú* tienes una hija.

—Ya. Entonces, ¿no debería ayudarla? —Sacudió la cabeza, desesperada. No lo pillaba. Se *negaba* a pillarlo—. ¿Debería dejarla sufrir sin más?

—No, claro que no. Mira, Emma, no lo sé. La cuestión es que ya no estás con nosotras. ¡Es difícil tener conversaciones como esta!

Últimamente es difícil tener cualquier conversación contigo. —¡Se suponía que ibais a venir aquí!

—No habría funcionado. No tienes tiempo para ayudarnos a instalarnos. Y estás desesperada por volver allí antes de un año. Sabes que no es buena idea someter a Ana a semejante trastorno.

Gardner asintió. Estaba de acuerdo. Sin embargo: —¿Tu solución a los problemas que tenemos es sustituirme por otra mujer para las excursiones familiares y luego olvidarte de mi cumpleaños?

—Siempre eres tan exagerada.

—¿Es «vete a la mierda» muy exagerado?

—Sí.

—Bien. Vete a la mierda. —Y colgó.

Golpeó el volante. *¿Ha sido esta conversación el toque de difuntos de mi matrimonio? ¡Reemplazarme tan rápido! Algo impresionante, Barry. De verdad, no te creía capaz.*

El corazón le latía a mil por hora y sintió el impulso de entrar en casa, beberse una botella de vino y llorar hasta quedarse dormida. Se guardó el teléfono en el bolsillo, salió del coche y se dirigió hacia la puerta.

La puerta principal se abrió de golpe. Rose corrió por el sendero con las coletas ondeando en el aire tras ella. —¡Feliz cumpleaños, tía Emma!

Gardner levantó en brazos a su sobrina de siete años y le dio un beso en la mejilla. Dio una vuelta, sujetándola con fuerza, antes de volver a dejarla en el suelo. Se arrodilló, le cogió las delgadas mejillas entre las manos y luego le dio unas palmaditas en la parte delantera de su vestido de flores. Se parecía a Anabelle.

—Qué alegría verte, Rose. —*De verdad que no me esperaba esto.*

—Es tu cumpleaños, tía Emma, y hay tarta.

—Rose, te dije que no chafaras la sorpresa —dijo Jack desde el umbral.

—Lo siento, papi —dijo Rose.

—Veros a vosotros es la sorpresa —dijo Gardner, besando a Rose en la cabeza—. Lo demás es la guinda del pastel.

—Ah, pues guinda hay, desde luego —dijo Jack.

—¡Mucha! —dijo Rose.

Gardner se puso en pie. —Será mejor que me hagas entrar y me la enseñes.

Jack la miraba fijamente, con una falsa sonrisa pegada en la cara.

Ella le devolvió la sonrisa, pero no pudo soportar mantenerle la mirada. *Grandes gestos.* Lo estaba intentando, pero seguía convencida de que era un farsante.

Solo después de dar buena cuenta de Cedric the Caterpillar , Gardner consiguió quedarse a solas con Jack.

Rose estaba en el sofá viendo en Cbeebies a un famoso leer un cuento para dormir, lo que hacía suspirar a millones de británicos.

En la cocina, le dijo:

—Explica.

—Su madre ha tenido otra sobredosis.

—Mierda —dijo Gardner—. ¿Cómo está?

—Recuperándose.

—Gracias a Dios. ¿Y ahora qué va a pasar?

—No lo sé. Lo único que sé es que me han llamado esta mañana para que viniera a recogerla. Parece que el haber firmado esos papeles, Emma, y el haberme inscrito en tu domicilio les ha hecho confiar en mí.

—Soy inspectora jefa, Jack. ¿Te sorprende?

—Siento estar sembrando el caos en tu vida, hermanita.

Gardner gruñó.

—No te flipes, Jack. Mi vida ya era un caos mucho antes de que aparecieras.

—Aun así, ¿y si en algún momento es demasiado?

—Deja de andarte con rodeos, Jack. Ya he aceptado ayudarte para evitar que acabe en un centro de acogida. Le prepararé la cama y la acostaré.

—Gracias. ¿Y tu cumpleaños?

—¿Qué pasa con mi cumpleaños? —hizo una pausa en la puerta y se volvió—. El mejor regalo de cumpleaños que me puedes hacer esta noche es dejarme en paz para beber vino.

—Lo que tú quieras.

17

Para Riddick, luchar contra su humor de perros era como intentar salir de una jaula de acero. Sabiendo que el tequila ya no era su recurso habitual para esto, le envió varios mensajes a Paula de vuelta del Cuartel General, desesperado por su compañía cuando terminara el turno.

No recibió la respuesta hasta que estuvo en The Wharfe, esperando su ración de *fish and chips*.

Lo siento.

¿Sentirlo por qué?, pensó.

Le respondió con otro mensaje.

¿Por qué?

—¿Sal y vinagre? —preguntó el joven que atendía en el mostrador.

—Sí, por favor.

—Tú me dices cuándo paro.

Riddick observó cómo el joven enarcaba una ceja cuando vio que el «cuándo» no iba a llegar pronto.

Échale bien, chaval. ¿A quién le importa? Ya tengo la tensión por las nubes hoy…

Al final, el joven paró por su cuenta, probablemente por miedo a infringir alguna ley sobre la venta de alimentos no seguros.

De vuelta a casa, Riddick le escribió a Paula de nuevo.

¿¿¿Por qué???

Esta vez, ella respondió.

Por todo.

¡Joder, Paula! ¡No estoy para mensajes crípticos ahora mismo!

Al darse cuenta de que su humor estaba logrando lo imposible y agriándose todavía más, Riddick mantuvo la cabeza gacha al pasar por delante del Dawn till Dusk, luchando sin éxito contra el recuerdo del alcohol que abarrotaba aquellas estanterías.

Intentó llamar a Paula, pero tenía el teléfono apagado.

¿Qué narices he hecho?

Repasó la mañana. Aparte de la decepción de ella al ver que no había hecho una compra en condiciones desde la última vez que se había quedado, no se le ocurría nada.

¿Había alguien más? ¿Un exnovio?

Con la imaginación desbocada, giró hacia su calle.

Más adelante, el Bentley en la entrada de su casa le revolvió el estómago.

No puede ser…

Cualquier duda que le quedara se disipó cuando estuvo lo bastante cerca para leer la matrícula personalizada: M41 NNE.

Se le revolvió el estómago de nuevo.

Marianne Perse. La periodista *freelance* tóxica, implacable en su afán por destruir a Paul Riddick.

Años atrás, después de que Riddick investigara a una madre tras el suicidio de su hija adolescente, la prensa había olido la sangre.

En cierto modo, Riddick podía entenderlo. Se había visto obligado a investigar a la madre por algo que el padre había revelado y no lo había hecho con toda la sutileza que habría podido. Para muchos, que lo dejaran en la estacada había sido su merecido.

Sin embargo, Marianne Perse no se había contentado solo con eso. En su lugar, había buscado la aniquilación total y absoluta, vendiendo encantada sus historias al mejor postor, desesperada por que él perdiera su trabajo.

A día de hoy, nunca llegó a entender del todo por qué se había granjeado semejante vendetta. ¿Había experimentado el suicidio en su propia vida? ¿Era por eso por lo que se había vuelto algo tan personal para ella?

Recordó el momento en que Marianne se le había acercado tras la muerte de su mujer y sus hijos para preguntarle qué se sentía al estar en el centro de una historia trágica en lugar de observarla desde fuera.

Apretó los dientes, se dirigió con paso decidido hacia el Bentley que había en la entrada y estrelló el paquete de *fish and chips* contra el techo. Abrió la puerta de un tirón.

Quería decirle que estaba a un pelo de prenderle fuego al coche con ella sentada dentro. Y eso solo sería el principio. También le gustaría añadir la idea de profanar su cadáver carbonizado después. Sin embargo, sabía que ella estaría grabando aquello, así que ser comedido era su mejor baza.

—¿Qué demonios hace usted en mi propiedad?

Eso era lo más comedido que podía ser.

Marianne le sonrió. Como de costumbre, llevaba los labios pintados de un rojo oscuro y el pelo peinado de peluquería cara. Bajó el volumen de la música *dance* que atronaba por el altavoz. —Inspector Riddick, gracias por recibirme. Tenemos que…

—No he aceptado recibirla. Lárguese de la entrada de mi casa.

Marianne apagó la radio y volvió a sonreírle a Riddick. —Tenemos que mantener una conversación.

—Quiero que se vaya. *Ahora*.

—¿Quizá debería pasar?

—¿Es que no me está escuchando? —Apretó la bolsa del *fish and chips* sobre el techo del coche, preguntándose si merecería la pena el lío de vaciarlo todo sobre su tapicería.

—Le conviene escuchar lo que tengo que decir, inspector…

—Tiene cinco segundos para irse antes de que pierda los estribos.

Ella suspiró. —Quería hacer esto con más decencia.

—¡No ha hecho nada decente en su vida! Cuatro segundos.

Alargó el brazo hacia el asiento trasero para coger un sobre marrón.

—Tres segundos. —Tamborileó con los dedos en el techo del coche.

Le tendió el sobre. —Cógelo.

Él negó con la cabeza. —Dos segundos.

Se lo ofreció de nuevo. —Confíe en mí, le interesa ver esto. Al menos, dése una oportunidad de defenderse.

Eso no sonaba nada bien. Se lo arrebató de las manos. —Uno.

Se inclinó sobre el asiento del copiloto para coger el tirador de la puerta. —Querrá hablar conmigo dentro de poco. —Cerró la puerta.

—Lo que me faltaba. —Riddick se quedó mirando el sobre marrón que tenía en la mano.

No fue hasta que Marianne empezó a dar marcha atrás que Riddick se dio cuenta de que el fish and chips seguía en el techo. Corrió hacia delante y cogió la bolsa. Después, le hizo una peineta y murmuró para sí: —Una cosa es que me arruine la vida, pero estropearme el fish and chips ya es pasarse de la raya. —Se quedó quieto en la entrada de su casa mientras ella se alejaba en el coche.

DESPUÉS DE LEER el artículo de Marianne Perse, «Corrupción: el regreso de entre los muertos», Riddick se paseó por la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda, luchando contra el impulso de destrozar cosas.

—Mierda, mierda…

¿De verdad está pasando esto?

Se inclinó de nuevo sobre el artículo en la mesa de centro.

> Paula Bolton, enfermera del Harrogate District Hospital, inició una relación de un mes con el inspector Riddick a pesar de las protestas de sus amigos y familiares. Una relación que comenzó con gran pasión y entusiasmo pronto se convirtió en una prueba de resistencia.

Paula, ¿cómo has podido? ¿Seguro que esto no es una puta pesadilla?

Si no lo era, le habían vendido.

Releyó el artículo entero, con la esperanza de que no fuera tan malo como había temido en la primera lectura.

Era una falsa esperanza.

El artículo debería haberse titulado más bien: «El chico malo Paul Riddick».

Porque Paula lo había revelado todo.

Todo.

Su culpabilidad por el caso Winters y la forma en que trató a la afligida madre. El dolor y la confusión que sentía por la pérdida de su familia, y la insinuación de que él era en parte responsable de lo que les sucedió por su temeraria forma de enfocar el trabajo policial. Su estrecha relación con el ex inspector jefe Anders Smith, que ahora cumplía condena por asesinato, junto con innumerables inferencias de que Riddick se había saltado la ley con Anders en muchas ocasiones. Y luego llegó la guinda del pastel.

Sus problemas con el alcohol.

Aunque su reputación ante el público ya chapoteaba en el fondo del retrete, este artículo sin duda tiraría de la cadena.

Sonó su teléfono. El número era desconocido.

—Voy a demandarla, Marianne.

—Un despilfarro de dinero, se lo aseguro —dijo Marianne—. El artículo está bien documentado.

—¿Por alguien que se abrió paso en mi vida a base de mentiras?

—No sé de qué me habla, inspector Riddick.

—Usted ha incitado a Paula a hacer esto.

—Mi fuente vino a mí.

—¿Y supongo que le pagó bien?

—He encontrado un periódico que publicará la historia. Creen que cumple los requisitos apropiados.

—¿Y uno de esos requisitos es la difamación?

—El artículo deja claro que esta es la opinión de una persona. Los lectores pueden decidir por sí mismos si la creen.

—Ella es una enfermera de la sanidad pública y yo soy un policía caído en desgracia. No me ha dado muchas oportunidades de defenderme, ¿verdad? Esto es un asesinato de mi reputación.

—Usted eligió su camino hace mucho tiempo, inspector Riddick. Sin embargo, esto no ha terminado para usted… todavía no. Me gustaría ofrecerle una oportunidad.

—¿Usted?

—¿Qué tal una entrevista con su versión de la historia?

—¿Me toma por un completo demente?

—Ha dicho usted que no le he dado muchas oportunidades de defenderse, pero le estoy presentando una en bandeja de plata.

—Marianne, ya he visto sus habilidades para editar; lo último que voy a hacer es dejar que me grabe. Me lo guardaré para un tribunal. Para mi abogado, que la hará pedazos a usted y a su fuente.

—Pensé que diría eso. Es una pena. Sinceramente creo…

—Cállese, Marianne. No hay nada sincero aquí. Siempre quiso destruirme, ¿no es así? Pero la verdad es que no ganará. He vivido cosas mucho peores de las que usted podría imaginar. Sus intentos son patéticos y llegan muy tarde y flojos. Esto no es nada. Me lo sacudiré de encima sin más.

—Los polis corruptos siempre acaban cayendo, inspector Riddick. Me sorprende que usted haya durado tanto.

—Usted no sabe nada de mí.

—¿Ha leído el artículo? Le conozco lo suficiente. Última oportunidad. ¿Quiere que programemos una entrevista?

Riddick soltó una sarta de tacos y colgó.

Inmediatamente intentó llamar a Paula, pero, de nuevo, no contestó.

Pero no iba a hacerlo, ¿verdad?

Le había tomado por un completo idiota, se había ganado un dinero fácil y no tendría ningunas ganas de dar explicaciones.

Le envió un SMS.

¿Cómo has podido?

Luego:

Si publican esa historia mi carrera se ha acabado.

¿Es que no sientes nada? ¿Después de saber por lo que he pasado?

Su teléfono indicaba que los mensajes habían sido leídos.

Esperó una respuesta.

Como no llegó, arrojó el teléfono al sofá, se agachó, agarró la mesa de centro de cristal y la volcó. Se estrelló contra el mueble de la televisión, haciéndose añicos por todas partes.

Vio su propia foto del artículo devolviéndole la mirada a través de los cristales rotos.

Ya sin hambre, abandonó su cena a base de pescado y se quedó mirando el armario de la cocina durante un buen rato.

Su armario de la cocina *vacío*.

Levantó la mano delante de la cara y la observó temblar.

Ahora no… Otra vez no.

Se levantó y se paseó por la cocina. Su estómago daba volteretas. Si no se calmaba pronto, el corazón seguramente le estallaría.

Eres un hombre débil, muy débil, Paul Riddick.

Salió de casa en dirección al Dawn till Dusk.

Una cerveza... nada más...

Solo una cerveza.

Cumplió la promesa que se había hecho a sí mismo de tomarse solo una cerveza. Después, se la bajó con tequila. No le hizo falta mucho tequila para que se tambalease. Hacía varios meses, por lo que su tolerancia había disminuido.

Como aún no quería volver a casa para enfrentarse de nuevo al artículo, deambuló por Knaresborough hasta que se encontró en la zona de Aspin, frente a la imponente casa que había visitado antes. Dejó la botella de tequila abierta junto a uno de los árboles que flanqueaban el largo e imponente camino de entrada y se tambaleó hasta la puerta principal.

Golpeó con fuerza.

Nadie respondió.

Volvió a golpear. —¡Abran!

La puerta se abrió.

Si Meadows estaba allí, en ropa de estar por casa. En su camiseta se leía: *El mejor padre del mundo.* Sostenía un vaso de cristal lleno de whisky en una mano.

—Vaya tajada llevas —dijo Riddick.

—¿Y me lo dices tú? —respondió Si—. ¿Qué quieres? ¿Es por lo de Tia? ¿Qué has averiguado?

—No —dijo Riddick, observando el vaso en la mano de Si—. No es por eso.

Si frunció el ceño. —¿Qué quieres entonces?

Riddick lo señaló. —Ronnie Haller. —Acercó el dedo un poco más —. ¿Qué sabes de Ronnie Haller?

Si le apartó el dedo de un manotazo. —Que está en la cárcel. Es todo lo que sé.

—No es suficiente. —Riddick negó con la cabeza—. ¿Qué relación tienes con él?

—No aguantas la bebida —dijo Si—. Y me estás haciendo perder el puto tiempo. —Empezó a cerrar la puerta.

Riddick interpuso el pie, impidiendo que la puerta se cerrara. —¿Le das con la puerta en las narices a los polis a menudo?

—Solo a los polis acabados.

—Soy inspector.

Si asintió. —Y Cristo sabe cómo. Ahora quita tu puto pie de mi puerta.

—Responde a la pregunta: ¿qué relación tienes con Ronnie Haller?

—No tenemos ninguna relación —dijo Si—. Y ahora, quita tu puto pie de mi puerta. Porque, si no lo haces, te lo voy a arrancar. Mi día ya ha sido bastante malo. No me apetece una noche en el calabozo.

—Era colega tuyo cuando erais más jóvenes.

—¡Hace una eternidad! Allá por cuando aún eras un pardillo que soñaba con ser un policía honrado. Ahora quita el pie de mi puerta. —Entornó los ojos y apretó un puño.

—Mató a mi familia. —Riddick se dio un golpecito en el pecho—. A mi familia.

Si mantuvo el ceño fruncido un momento más, pero de repente su expresión se suavizó. Abrió mucho los ojos, relajó el puño y quitó

la otra mano de la puerta.

—A mi familia —repitió Riddick, con los ojos llorosos.

Si asintió y suspiró. —Sí, lo sé.

Riddick se secó una lágrima con el dorso de la mano. Luego, se recompuso. —¿Sabes algo...?

—No —dijo Si—. Te lo juro. Escucha, no tuve nada que ver con eso. Yo no participaría en algo así. La familia de un hombre es sagrada.

Riddick bajó la mirada.

—Siento lo que te pasó —dijo Si.

Riddick volvió a levantar la vista. —¿Crees que ese monstruo, Haller, tuvo algo que ver con lo de Tia?

Si se estremeció. —¿Qué? ¡No! Si así fuera, ya estaría muerto.

Riddick pensó en esas palabras. *Ya estaría muerto.*

Quitó el pie de la puerta y se giró hacia el camino de entrada.

Ya estaría muerto.

Se alejó tambaleándose.

—Ahora dime tú algo, inspector Riddick —gritó Si a su espalda—. Dime quién crees que mató a Tia.

—No lo sé. —Riddick levantó la mano para despedirse de Si.

Riddick se acercó al árbol; casi podía saborear el tequila. Sintió que se le hacía la boca agua y una cálida sensación de expectación en el estómago.

Una mano se posó en su hombro, y se giró para mirarlo.

—¿Harvey mató a Tia? —dijo Si—. Contéstame.

Riddick bajó la vista hacia la mano en su hombro. —Quítame la mano de encima.

—Fue él, ¿verdad?

—No lo sé.

—Paparruchas. Debes de tener alguna idea.

—Una idea no es la verdad, Si.

—¡Es un dichoso comienzo!

—O un billete de ida a la paranoia. Lo sé, he estado ahí.

—Dímelo. ¿Fue él?

—¿De verdad quieres saber lo que pienso? —preguntó Riddick—. Puede que no te guste la respuesta.

Si apretó el hombro de Riddick. —Sí.

—No creo que fuera él.

Si entornó los ojos y negó lentamente con la cabeza. —Menuda gilipollez.

—Te dije que no te gustaría mi respuesta.

—No... Harvey lo hizo. Sé que lo hizo. Mató a mi niña.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —dijo Riddick, frunciendo el ceño—. ¿Qué sabes tú?

Si abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar y desvió la mirada.

—¿Qué sabes? —repitió Riddick.

Si quitó la mano del hombro de Riddick. —Nada.

Riddick se encogió de hombros. —En ese caso... —Se dio la vuelta y reanudó su camino hacia la botella.

—¿Quién más podría ser? —alzó la voz Si a su espalda.

—Puedes estar seguro de que lo estamos investigando todo —dijo Riddick.

—Estás demasiado ocupado bebiendo. ¡Mira qué pintas llevas!

—¡Mira quién fue a hablar! —dijo Riddick, agachándose para coger la botella. La desenroscó, le dio un buen trago y se alejó tambaleándose.

—Fue Harvey. Sé que fue él —gritó Si a su espalda.

Riddick levantó la mano a modo de despedida.

18

Tras la botella de vino de cumpleaños que se bebió sola, a Gardner le costaba despegar la cabeza de la almohada esta mañana.

Le plantó cara a la resaca como siempre lo hacía: saliendo de la cama y poniéndose la ropa de correr.

Decantándose por el campo, se adentró en los prados y granjas de Knaresborough, donde no tardó en arrepentirse de haberse olvidado de tomar el antihistamínico. La resaca pronto dio paso a estornudos incesantes y ojos llorosos.

Fruto de una considerable coincidencia, Gardner se encontró corriendo junto al campamento de feriantes del campo de rugby. El sol acababa de asomar por el horizonte, pero los feriantes ya estaban todos en pie y en marcha. ¿Cómo no iban a estarlo con tanto perro ruidoso e inquieto? Algunos de los más jóvenes ya estaban dando toques a un balón en los alrededores, mientras que varias de las más jóvenes se ocupaban de tareas como tender la colada, preparar la comida o cuidar de los animales.

¡Estaba claro qué género salía ganando en su mundo!

Oyó un silbido. Se fijó en un chaval que no tendría mucho más de catorce años. Le dedicó una sonrisa enseñando todos los dientes. Ella lo ignoró para no montar una escena, sobre todo porque más tarde volvería para hablar con el feriante del bigote al que había fotografiado. El mismo que había estado coqueteando con Tia Meadows en la grabación del White Bull.

Pasó de largo el campo de rugby y giró a la derecha por un camino rural que bordeaba el lago.

Lago Solitario.

O así lo había bautizado Harvey.

Mientras corría, miró al suelo con asco. Había pañuelos de papel sueltos que se llevaba el viento. Una prueba de que los feriantes habían decidido usar el sendero como retrete.

Apretó el paso.

Varias ortigas le picaron en las piernas al moverse demasiado deprisa para esquivarlas, pero era un pequeño precio a pagar por escapar de aquellas condiciones insalubres.

Giró a la derecha en Breary Flat Lane.

Era temprano, pero ya había algunas personas paseando a sus perros. Los saludó con un gesto de la cabeza al pasar y sonrió cuando un cockapoo le ladró y tiró de la correa.

—¡Rosie! —le siseó un hombre de mediana edad a su perra.

—No pasa nada —dijo Gardner, deteniéndose para acariciar a Rosie.

Entonces Rosie empezó a lamerle las piernas a Gardner.

—Perdone —dijo el dueño—. Si le sirve de consuelo, significa que ha sudado usted de lo lindo.

—Yo se lo achaco a la humedad, no a mi esfuerzo —dijo Gardner, mirando al cockapoo—. Gracias, Rosie, me has aliviado las picaduras de ortiga.

Gardner dejó al dueño riéndose y siguió su camino. Se detuvo junto a la valla que había saltado el día anterior para llegar a la escena del crimen. El precinto policial seguía ahí, pero no había disuadido a los intrusos habituales. Oyó voces.

¿Merecía la pena echarles la bronca?

Decidió que no y se disponía a reanudar la carrera cuando reconoció una de las voces.

Saltó la valla y se abrió paso entre la arboleda hasta la escena del crimen.

—¿Sale bien el lago en la foto? —le preguntó Marianne a su fotógrafo—. A los lectores les gustan los lagos. Mucho misterio… potencial.

—Sí, señora Perse —dijo Gardner, acercándose—. Tiene aquí su propio lago Ness.

—Salvo que… —Marianne sonrió y le guiñó un ojo— este monstruo está en tierra.

La escena del crimen aún estaba delimitada por el cordón azul y blanco, los marcadores de pruebas y las placas protectoras. Ya se habían recogido las muestras, pero podría ser necesario volver.

—¿No vio el precinto en la valla?

—No, lo siento. Debí de pasarlo por alto —dijo Marianne con aire de suficiencia y orgullo, embutida en un vestido veraniego y ajustado, totalmente inadecuado para un paseo por la maleza junto a un lago.

El fotógrafo, en cambio, mantenía la cabeza gacha. Sabía que estaban traspasando los límites. Al menos tenía la decencia de sentirse avergonzado.

—Afortunadamente —dijo Marianne, señalando a Gardner—, el monstruo está bajo custodia. Gracias a usted, inspectora jefa Gardner. Se está usted convirtiendo en una pieza clave por aquí.

¡Pieza clave!

—¿Podría abandonar la escena del crimen, señora Perse?

—Claro. —Marianne cruzó el cordón con su fotógrafo—. ¿Podemos quedarnos aquí?

—En realidad, no; esto es propiedad privada.

Marianne se llevó una mano al pecho y soltó una risita.

—Todos los pescadores de North Yorkshire han saqueado este lago.

—No sé nada de eso —dijo Gardner—, pero sí sé que, si no abandona estos terrenos ahora mismo, me veré obligada a presentar una denuncia. El propietario también podría optar por presentar cargos.

—Creo que nuestro propietario está bastante ocupado con el hecho de que le concedió a un asesino el derecho a vivir en sus tierras, ¿no le parece?

—Parece que ya ha juzgado y condenado a alguien, señora Perse. ¿No le suena de algo? Esta es mi última advertencia.

Gardner se quedó quieta mientras pasaban a su lado. Cuando estaban a un metro de ella, Marianne dijo:

—Supongo que tendré que esperar a la rueda de prensa.

—Sí —contestó Gardner por encima del hombro—, como todos sus colegas.

—Hay otro asunto del que quería hablar con usted, inspectora jefa Gardner.

Gardner suspiró y se dio la vuelta.

—Sea breve, por favor.

—El inspector Riddick. Me preguntaba si podría hacernos algún comentario sobre su conducta y su enfoque general del trabajo policial.

Gardner se estremeció. ¡Qué cambio de tema! Y sumamente incendiario.

—Siga caminando, señora Perse.

—Algún detalle personal sobre su relación laboral sería bienvenido. Digo laboral, pero si hay algo más entre ustedes, tampoco nos vendría mal. —Sonrió con suficiencia.

—¿Por qué demonios iba a hacer yo eso?

Ella enarcó una ceja. —¿Dinero extra? Esas congelaciones salariales de los últimos años han tenido que doler...

—El dinero no es lo que me mueve.

—Entonces, hable conmigo por simple decencia.

Gardner negó con la cabeza. —Usted no tiene ni idea de lo que es la decencia.

—Hable hoy con el inspector Riddick —dijo Marianne—. Las cosas se le van a poner muy feas. De hecho, decir «feas» es quedarse corta. Más bien, al rojo vivo. Le vendrían bien algunos amigos que le cubrieran las espaldas. ¿Por qué no me da su versión de la historia? La publicaré palabra por palabra.

—¿Me está grabando? —preguntó Gardner.

—No, por supuesto que no. No tengo su permiso, ¿verdad?

—No, no lo tiene. Así que escuche con mucha atención lo que le voy a decir.

—La escucho.

—Váyase a la mierda, Marianne.

Marianne asintió. —Ha quedado meridianamente claro.

—Y si no se va, encontraré tiempo después de esta investigación para ponerle la vida patas arriba. Investigaré todo lo que haya hecho en su vida y, como huela la más mínima irregularidad, iré a por usted con una saña que no se imagina.

Marianne asintió. —Creí que podríamos haber llegado a algún tipo de acuerdo. Parece que no.

Gardner las vio alejarse a las dos, conteniendo el impulso repentino de coger un palo y lanzárselo con fuerza a Marianne.

Marianne se dio la vuelta y gritó: —¡Ah, casi lo olvido, inspectora jefa! Quizá le interese echar un vistazo a la cabaña de Harvey. Parece que ha tenido visitas.

Jesús, pensó Gardner. *¿Qué te ha pasado en la vida para que te conviertas en una zorra tan grande?*

DESDE LUEGO QUE había habido visitas.

Y con muy mala leche, por lo que parecía.

Una pintada en rojo en el lateral de la cabaña indicaba su motivación.

Ahógate en tu lago, asesino.

Gardner, negando con la cabeza, se acercó a la puerta principal, que había sido arrancada de cuajo de una patada.

El olor le provocó una arcada, así que se tapó la boca mientras miraba a su alrededor.

La estantería de los libros estaba volcada. Las almohadas sobre las que dormía habían sido rajadas y vaciadas. Y alguien había restregado excrementos por las paredes.

19

El agente detective Steven Hastings había recibido órdenes estrictas de vigilar a Harvey durante la noche.

Las órdenes de su superior no podían haber sido más claras: «Ese hombre es un pieza. Si el bolso de la víctima no es suficiente para convencerle de ello, tenga en cuenta que vive junto a un puñetero lago, ¡en una cabaña como el padre borracho de Huckleberry Finn! No le quite el ojo de encima en toda la noche. Si se suicida, será culpa suya».

Al principio, Hastings hizo un buen trabajo. Se asomó en numerosas ocasiones y observó a Harvey sudar y divagar para sus adentros durante un sueño inquieto, pero de madrugada, Hastings se quedó dormido. A fin de cuentas, era humano.

Afortunadamente, la primera vez que esto ocurrió, lo despertó otro de los terrores nocturnos de Harvey, en el que el viejo ermitaño había gritado:

—¡No me toques!

Aliviado por no haberse quedado dormido durante un intento de suicidio, Hastings asomó la cabeza, le dijo al bicho raro que volviera a la cama y luego se paseó por la comisaría para intentar mantenerse despierto.

Todo podría haber salido bien de no haberse tomado un descanso para ver unos vídeos de YouTube y haberse quedado dormido por segunda vez.

Hastings se despertó. Se percató de inmediato de la luz del día y se dio cuenta de que debía de haberse pasado el resto de la noche durmiendo.

Por suerte, su superior no lo había pillado.

Se puso de pie, bostezó, se estiró y pensó en Harvey. Se dirigió hacia su celda.

—¿Harvey?

No hubo respuesta. Probablemente seguía dormido.

Aporreó la puerta.

—Harvey, ¿está despierto?

¡Si antes no lo estaba, ahora sí que lo está!

Seguía sin haber respuesta.

Abrió la mirilla de la puerta de la celda.

Ni rastro de Harvey. Sangre en las sábanas.

El pánico le estalló en el estómago.

No… no… no…

Con mano temblorosa, repasó las llaves hasta que encontró la número cinco. La metió con fuerza en la cerradura, la giró y abrió la puerta. Entró tropezando.

Sus ojos se posaron a su izquierda, donde yacía Harvey.

Cubierto de su propia sangre.

20

Riddick tenía un aspecto lamentable y Gardner no podía apartar los ojos de él.

Esta vez no podría acusarla de paranoica; ¡tenía los ojos como dos meadas en la nieve!

Tenía que ser algo relacionado con Marianne Perse.

Las cosas se le van a poner al rojo vivo...

Le vendrían bien algunos amigos...

Riddick también se había retirado al fondo de la Sala de Incidentes, donde solía merodear antes de su recién descubierta confianza. Ella intentó cruzar la mirada con él, pero Riddick no estaba por la labor.

Se centró y continuó con la reunión informativa.

Matthew Blanks había llamado para decir que estaba enfermo del estómago. Al parecer, había sido nauseabundamente explícito en la descripción de su dolencia, lo cual era lógico. Se pasaba el día informando de todo con minucioso detalle —sería una costumbre difícil de abandonar—, así que no habría nada sutil en su descripción de una diarrea explosiva.

En consecuencia, le había encargado a Rice que tomara notas. Tras su breve comentario de que sentía que se la habían tomado con él por tener que hacer eso, refunfuñó mientras se peleaba con el portátil, haciendo que Gardner se arrepintiera de habérselo pedido.

Gardner ya había descrito al equipo el estado de la cabaña vandalizada de Harvey y estaban debatiendo quién podría ser el responsable. Pronto quedó claro que nadie tenía ni la más remota idea, así que aparcarían eso por el momento mientras la Científica recogía algunas pruebas.

Lucy O'Brien tomó entonces la palabra. Había pasado la noche en vela, pero, aun así, no tenía ni la mitad de mal aspecto que Riddick. Les enseñó a todos una grabación.

—Esto es del exterior de la primera casa de Breary Flat Lane. Tienen una cámara de seguridad grabando en bucle. Es de hace cuatro días.

Tia Meadows pasaba caminando por delante de la casa, con pantalones cortos y una camiseta. Llevaba una mochila colgada de un hombro.

O'Brien cambió la grabación. La ubicación era la misma.

—Hace tres días.

Tia volvía a pasar. Esta vez con un vestido de flores. La misma mochila.

—Hace dos días.

Otra toma de Tia, esta vez con vaqueros. La misma mochila.

—Solo durante el día —concluyó O'Brien—. Nada de ella por la noche.

—Porque no la habría grabado la cámara si ya estaba muerta en el maletero del coche de alguien —dijo Gardner.

—Sí —dijo O'Brien—. Hemos comprobado todos los vehículos y estamos investigándolos todos. Pero tenga en cuenta que el asesino podría haber entrado desde el otro lado de Breary Flat Lane, por Hay-A-Park. Me temo que no hay grabaciones de cámaras en ese lado.

Gardner asintió.

—Sí, pero esto nos da una oportunidad. Por favor, asegúrese de que hayamos hablado con todos los conductores para el final del día. Volviendo a Tia durante el día, ¿qué hacía en Breary Flat Lane tres días seguidos? —Se giró hacia la pizarra. Señaló con el dedo la foto del chico con bigote que había sacado el día anterior—. El feriante de Ray.

—¿Mi feriante? —preguntó Barnett.

—Usted lo sugirió, ¿recuerda? ¿La historia de amor?

Ray asintió, con aire orgulloso.

—El inspector Riddick y yo iremos más tarde al club de rugby para hablar con este chico. Lucy, por favor, cuéntele al resto lo que ha averiguado.

—He correlacionado las horas de esas tres retiradas de doscientas libras en efectivo del cajero automático de la gasolinera Co-op de Boroughbridge Road con estas horas en las que Tia fue grabada por la cámara en Breary Flat Lane. Hay una diferencia de unos diez minutos cada vez. Iba allí directamente desde el cajero.

Gardner observó los rostros de su equipo mientras procesaban la información.

—Mierda —dijo Rice, tecleando—. Más despacio.

Gardner lo ignoró.

—Así que, cada vez que sacaba dinero, se dirigía o bien a Harvey Henfrey o bien a los feriantes.

—¿Quizá les estaba comprando droga a los feriantes? —dijo Barnett.

—El informe de toxicología ha llegado esta mañana —dijo Gardner—. Tia no tenía drogas en el organismo.

—Bueno, estoy seguro de que no estaba intentando comprar una de esas caravanas. —Rice negó con la cabeza y siguió tecleando—. Le llevó el dinero a Harvey. Cuanto más lo pienso, más… ¿obvio me parece?

Gardner lo miró.

—Harvey tenía treinta libras encima. Si alguna vez tuvo ese dinero que ella retiró, ¿en qué se lo gastó? Ray ha hecho un buen trabajo rastreando los movimientos recientes de Harvey, pero parece que no son muchos. Hubo una visita a Sainsbury's tres días antes, pero tenemos una grabación de Videovigilancia de él saliendo con *solo* dos bolsas de la compra; así que, a menos que se fuera a por champán, podemos suponer que no se gastó seiscientas libras allí. Tiene una cuenta bancaria, pero no la ha usado en la última semana y nunca ha ingresado esa cantidad de dinero.

—Jefa, Harvey vive en medio de la nada —dijo Rice—. Podría haber escondido ese dinero debajo de una piedra en cualquier sitio.

Buen punto.

—Aun así —continuó Gardner—, sospecho que aquí ha pasado una de dos cosas. O bien Tia le ha dado ese dinero a ese feriante con el que parece tan cómoda en la grabación, o estaba acumulando dinero para comprar algo sacando su cantidad máxima diaria. Pero esto no es lógico, ¿quién hace eso? ¿No usarías sin más la tarjeta para el importe total en la tienda? Sin embargo, si llevaba ese dinero encima, el asesino de Tia podría habérselo quitado del bolso antes de dejarlo junto a la cabaña de Harvey.

—¿O podría estar todavía en su habitación? —aventuró O'Brien.

—Cierto. Está previsto registrarla. Phil, ¿usted tiene alguna novedad?

—Todavía nada sobre esos dos misteriosos números de teléfono —dijo Rice—. Quizá uno de ellos pertenezca a nuestro viajero sospechoso.

—¿Seguro que Harvey no tiene teléfono? —preguntó Barnett.

Gardner negó con la cabeza.

—¿Se acuerda de esa piedra en el páramo que acabo de mencionar? —dijo Rice—. ¿Esa bajo la que podría esconder cosas?

Gardner suspiró para sus adentros. —Si así se queda más tranquilo, Phil, haré que la Científica vaya y levante algunas rocas mientras examinan la cabaña vandalizada.

Rice asintió, con aire satisfecho.

Marsh llamó a Gardner desde la puerta de la sala de reuniones. Al salir, ella miró a Riddick y se dio cuenta de que aún no había dicho ni una palabra. —¿Inspector Riddick?

—Sí, jefa. —Se levantó y se dirigió con paso lento al frente de la sala para tomar el relevo.

Tras escuchar lo que Marsh tenía que decirle, Gardner retomó su puesto al frente de la Sala de Incidentes. Observó las expresiones de

preocupación en los rostros de varios de los miembros de su equipo. Obviamente, se habían percatado de la palidez de su rostro. Rice, sin embargo, aún no lo había notado y seguía golpeando el teclado, maldiciendo mientras lo hacía.

Gardner comenzó: —Además del de Frank, el ADN de Harvey estaba en el monedero. Lo cogió después de que a Frank se le cayera. El ADN de Tia también está ahí. El de nadie más. —Se armó de valor para lo que venía a continuación—. Sin embargo..., se ha recuperado ADN de Tia dentro de la cabaña de Harvey.

Se oyeron un par de gruñidos. Rice dio una palmada.

—¡Le tenemos!

—Tenemos algunos folículos pilosos de Tia en su silla —continuó Gardner—. Estuvo en su cabaña en algún momento, eso es seguro.

—Supongo que a la fiscalía le gustará esto —dijo Rice, sonriendo.

—Hay algo más... —dijo Gardner—. Han encontrado a Harvey esta mañana en su celda, cubierto de sangre.

Varios miembros de su equipo ahogaron una exclamación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Barnett.

—Se ha pasado la mayor parte de la noche arrastrándose una baraja de cartas por la piel de los brazos.

Vio a varios de sus agentes hacer una mueca.

—Lástima que no se seccionara una arteria —gruñó Rice.

—Cuidado con lo que dice, Phil —dijo Gardner, clavándole la mirada.

—¿Se pondrá bien? —preguntó O'Brien.

Gardner asintió. —Creo que sí... Está dolorido y débil, pero su estado no es crítico. Una cosa más —añadió—. Mientras deliraba, le dijo al paramédico que le atendió que amaba a Tia Meadows.

Rice miró alrededor de la sala, asintiendo con la cabeza y con una expresión de «ya os lo decía yo» en la cara. Gardner se dio cuenta de que, si pronunciaba las palabras «caso cerrado», o algo por el estilo, probablemente acabaría tumbándolo de un puñetazo.

21

Si no había pegado ojo.

A propósito.

Si hubiera dormido, habría tenido que despertarse y enfrentarse de nuevo a la realidad.

Poco apetecible.

En lugar de eso, se había emborrachado hasta sentirse sobrio. O al menos, así lo sentía él. No se hacía ilusiones; sabía que otros opinarían lo contrario.

Volvió deambulando a la decrépita y vieja cabaña de los scouts. Se detuvo y contempló el enorme agujero donde antes estaba la puerta principal. Se planteó entrar a gatas. No se podía llegar muy lejos y, sin duda, te arriesgabas la vida, porque el resto de aquel tejado hacía tiempo que tenía que haberse venido abajo.

Incluso si, por algún milagro, sobrevivías a la lluvia de escombros, no había nadie en las inmediaciones que pudiera oír la catástrofe y organizar tu rescate.

Desde luego, no sería una forma agradable de morir.

Si entró a gatas por el enorme agujero.

No mucho más adentro, una viga caída y un montón de placas de yeso le cortaban el paso. Incapaz de ponerse en pie, se tumbó bocarriba y se quedó mirando otra viga que, aunque muy dañada, todavía conseguía sostener parte del tejado.

Fácil. Una patada rápida. Paz y tranquilidad.

Tentador. Acabar con su existencia en el lugar que había marcado su vida de forma tan significativa allá por 1982.

La noche en que un niño de diez años, furioso, había llegado a la cabaña de los scouts treinta minutos antes para romper botellas en la orilla del Nidd y pensar en el beso que le había dado su mejor amigo.

La noche del cielo rojo.

Tras oír aquel sonido, Si intentó abrir con delicadeza, pero la puerta principal de la cabaña de los scouts estaba cerrada con llave.

Pegó de nuevo la oreja a la puerta, esperó, volvió a oír la voz familiar y entonces se apartó de un salto, con el corazón latiéndole de repente desbocado en el pecho.

Su mejor amigo. Temiendo por su vida.

Si rodeó la cabaña a toda prisa, comprobando las ventanas por el camino, pero todas las cortinas estaban echadas.

Cuando llegó a la puerta trasera, que Baloo había cerrado de un portazo momentos antes, pegó la oreja a la madera. Los martillazos de su propio corazón le impedían oír nada, pero cuando se concentró de verdad, le pareció oír un gemido, como el de un animalito asustado.

Se apartó de la puerta y alzó la vista hacia el cielo rojo que se oscurecía, pensando: ¿Grito? ¿Corro a casa? ¿Echo la puerta abajo?

La puerta.

Si había oído el traqueteo de la puerta trasera cuando Baloo la había abierto, pero no recordaba el traqueteo de que la volviera a cerrar…

Se metió la mano en el bolsillo, sacó su navaja suiza y desplegó la hoja más grande.

Entonces, a pesar del miedo que le quemaba las entrañas, probó el picaporte.

La puerta trasera se abrió suavemente.

La cabaña de los scouts era una sala grande con un armario junto a la puerta principal. Al fondo de la sala, por donde Si acababa de entrar, había una diminuta cocina abierta. Para pasar al espacio principal, había que levantar una portezuela.

Si no iba a levantar esa portezuela porque Baloo estaba justo al otro lado, contemplándolo lascivamente.

Si era más bajo que la mayoría de los niños de su edad, así que, aunque Baloo se agachó, no se puso del todo a su altura, pero sí lo bastante cerca.

Lo bastante cerca para que Si viera las motas rojas en sus ojos amarillentos y el tinte azulado de sus finos labios.

—He oído que andaba usted por la parte de atrás. No es de extrañar, ¿verdad? —Baloo golpeó la portezuela con su dedo torcido —. Siempre un Meadows. Dando problemas. Su padre también era un grano en el culo.

Si escondió la navaja a la espalda. ¿Debería sacarla y anunciar la amenaza?

Oyó el gemido de nuevo. Dio un paso a un lado, se asomó a la gran sala y ahogó un grito.

Había acertado. Era él.

El niño que lo había besado estaba encorvado en una silla de plástico blanca. Llevaba puesto el jersey de los lobatos, pero los pantalones estaban arrugados en un montón a sus pies. Aún llevaba los calcetines y la ropa interior. Sollozaba con la cara entre las manos.

—¿Harvey?

No levantó la vista.

—Déjalo marchar —le dijo Si a Baloo, mostrando la navaja.

Los ojos de Baloo se abrieron como platos.

—¡Ahora! —la voz de Si tembló, delatando su miedo.

Los ojos de Baloo volvieron a la normalidad, un atisbo de sonrisa asomó a su rostro y negó con la cabeza—. ¿Por qué? Está bien. Está donde debe estar… Y, ya sabe, empezamos en unos diez minutos. Estaba a punto de ir a prepararse.

Harvey giró su cara congestionada en dirección a Si.

Si sintió que se le encogía el corazón—. ¿Estás bien, Harvey?

Harvey miró fijamente a Si, abrió la boca como si se preparara para responder, pero la cerró como si lo hubiera reconsiderado. ¿Era vergüenza lo que había en su cara, o angustia? Harvey volvió a esconder el rostro entre las manos.

—Está bien —gruñó Baloo.

—No, no lo está.

—Sí que lo está. Y esto no tiene por qué saberlo nadie más.

Si entornó los ojos y avanzó un poco, con la navaja por delante —. ¿Quién ha hablado de decir nada?

Baloo frunció el ceño—. ¿De verdad?

—Déjelo marchar —continuó Si.

Baloo se lo pensó un momento y luego sonrió. Sus labios se estiraron, volviéndose más azulados y finos. —No es un prisionero. Puede irse cuando quiera. —Gritó por encima del hombro—: ¿Quieres irte, Harvey?

Harvey no apartó la cara de las palmas de las manos.

—Harvey..., vete si quieres. —Baloo siguió sonriendo.

—Estoy bien. —Las palabras de Harvey sonaron ahogadas por las palmas de sus manos.

Baloo ladeó la cabeza. —¿Lo ve? ¿Quizá es usted quien debería irse?

Si negó con la cabeza. —No..., esto está mal.

—¿Mal? Harvey y yo tenemos un entendimiento especial. —Se mordisqueó el labio inferior un instante y lo soltó—. Pero supongo que nosotros también podríamos tener un entendimiento especial, ¿no?

—Antes lo mataría.

Baloo puso los ojos en blanco y gruñó. —La rebeldía nunca dura, muchacho. Lo sé todo sobre usted, Si. De hecho, fue Harvey quien me contó todo lo que pasó entre ustedes dos en aquel columpio.

Si miró a su amigo. Harvey quitó las manos de su cara y lo miró con culpabilidad.

Maricón. Nenaza. Si es un mariquita. Sarasa.

—Somos parecidos, Si —dijo Baloo, mordisqueándose de nuevo el labio inferior—. Los tres, esta noche, en esta habitación. Tan parecidos.

Si negó con la cabeza.

—Luchando contra ello... —continuó Baloo, señalando con la cabeza la navaja militar—. ¿Violencia? —Negó con la cabeza—. ¿Qué soluciona eso?

—¡No es verdad! —dijo Si—. ¡Lo que sea que Harvey le haya contado es mentira! Yo...

—Pero lo bastante cierto como para armar un revuelo en el barrio, muchacho. Al fin y al cabo, el clan de los Meadows tiene una reputación que mantener.

—¡Que le den! —Si sintió que se le saltaban las lágrimas.

Baloo levantó las manos. —Hagamos un trato. Usted guarda mi secreto y yo guardaré el suyo y el de Harvey.

Maricón. Nenaza. Si es un mariquita. Sarasa.

—¡No hay ningún secreto! —dijo Si.

—Vamos, ¿de verdad? —dijo Baloo—. ¿Acaso no compartieron ese momento especial?

—No pasó nada.

—¿Está seguro? Piénselo.

Si volvió a quedar atrapado en aquel momento. Los labios de Harvey sobre los suyos. ¿Se apartó al instante? ¿O el beso se había prolongado?

Nadie podía saberlo. Nunca. Miró la navaja que tenía en la mano. Pero ¿de verdad se veía capaz de matar a un anciano? ¿Lo conseguiría siquiera?

—Piense en esto con claridad —dijo Baloo—. Si intenta hacerme daño, está acabado. Si habla, está acabado. Simplemente márchese, Si.

Si miró a su mejor amigo. Harvey parecía perdido, desesperado y necesitado de ayuda.

Pero... Maricón. Nenaza. Si es un mariquita. Sarasa.

Arruinaría a su familia.

Mierda.

—Lo siento, Harvey.

Harvey asintió. ¿Lo entendía su amigo? ¿De verdad? ¿Era posible?

Si se dio la vuelta y salió corriendo de la cabaña.

Bajo un cielo rojo como la sangre, corrió a casa y nunca le dijo una palabra a nadie sobre lo que acababa de ver.

A Si le goteaba el sudor por la cara. Dentro de la ruinosa cabaña de los exploradores hacía un calor sofocante y apenas había aire.

Su teléfono vibró.

A pesar de estar en un espacio cerrado, consiguió sacárselo del bolsillo. Miró la pantalla. Era Larry otra vez. Llevaba un rato ignorando sus llamadas. —¿Qué pasa?

—Gracias a Dios, llevo toda la mañana llamándole, Si. ¿Dónde está?

Respiró hondo una bocanada de aire caliente. —Rememorando. ¿Qué quiere?

—A Harvey Henfrey se lo han llevado al Hospital del Distrito de Harrogate esta mañana.

Si empezó a incorporarse, pero se detuvo antes de golpearse la cabeza, mover la viga y, potencialmente, poner fin a su existencia. —¿Por qué?

—No lo sé. Pero está vivo. Estaba sentado en una silla de ruedas.

—Gracias a Dios —dijo Si. Y lo decía en serio. Cuando Harvey muriera, quería estar mirándolo a los ojos—. ¿Ha sido discreto Iain? ¿Dónde está ahora?

—Iain los siguió hasta el aparcamiento del hospital. Sigue allí. Está seguro de que todavía no lo han visto.

—Vale, que se quede ahí, pero a usted no se le ocurra entrar. Desde luego, no queremos que refuercen la seguridad de Harvey.

—Hay algo más.

—Prosiga.

—Algunos de los chicos han hecho algo por usted.

Si parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. —¿El qué?

—Visitaron la cabaña del capullo. Le hicieron algunos destrozos.

—¿A petición de quién?

—De nadie. Querían hacer algo por usted.

—¿Y a quién cree que buscará la policía por eso? ¿Usted sabía de esto?

—No. Yo... lo siento.

—¿Pero qué diablos está haciendo? Se supone que tiene que mantenerlos a raya.

—Están furiosos, Si. Creen que le están mostrando su solidaridad.

—Idiotas. Más les vale haber tenido cuidado.

—La policía solo encontrará muebles rotos y mierda de perro.

—Si vienen a buscarme hoy, Larry, entonces usted se comerá este marrón.

Una pausa. —Lo entiendo, pero estoy seguro de que no pasará. ¿Y, Si? Puedo conseguir más detalles sobre el ingreso de Harvey. Uno de nuestros chicos está liado con una tía que trabaja allí. Una enfermera.

—Bien. Llámele cuando sepa algo. Y una cosa más, Larry.

—¿Sí?

—No más sorpresas. —Si colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo. Levantó la vista hacia la viga suelta y su promesa de una eternidad tranquila.

Todavía no.

Cuando se hayan pagado las deudas.

Se giró y salió arrastrándose.

22

Gardner estaba cabreada con Riddick por haberla dejado tirada delante del Cuartel General por motivos personales.

—Tengo que hacer una cosa; no tardaré mucho.

A pesar de que Gardner le había suplicado que le diera una razón, Riddick no había soltado prenda. Lo más probable era que tuviera algo que ver con la muerte de su familia y con esa víbora de Marianne Perse, así que iba a tener que dejar que el subdirector de la investigación se desahogara. Lanzarle órdenes no iba a servir de nada. Rezó a Dios para que no estuviera tomando un camino que la obligara a contactar con Marsh para expresarle su preocupación.

Tras conducir sola hasta el hospital, le pidió al agente que custodiaba a Harvey que esperara fuera de la habitación mientras hablaba con él. Al agente no le hizo ninguna gracia, pero Gardner insistió.

Cuando el agente cedió, se sentó junto a la cama de Harvey, le miró los brazos vendados y luego levantó la vista hacia el gotero.

—Para la hidratación —dijo Harvey.

—Les ha dado un buen susto en comisaría.

—Estaré bien. No me he seccionado ninguna arteria importante.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Gardner.

Se le estaban formando lágrimas en el rabillo de los ojos. Abrió la boca para hablar, pero, al parecer, cambió de idea sobre lo que iba a decir y la cerró.

Cuando quedó claro que Harvey no iba a decir nada, ella preparó su cuaderno y fue al grano. —¿Qué tipo de relación tenía con Tia Meadows?

Él desvió la mirada. —Ya se lo he dicho: no tengo ninguna relación con nadie.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué le dijo al sanitario que la quería?

Él negó con la cabeza. —No lo recuerdo…

—Ya veo. ¿Entonces ella *nunca* estuvo en su cabaña?

Volvió a mirarla y pensó un momento. Suspiró. —Ha encontrado algo, ¿verdad?

—Su ADN, Harvey.

Se humedeció los labios secos. —No es lo que usted piensa.

—Esto ya va más allá de lo que yo piense. La fiscalía tendrá suficiente para procesarlo.

Las lágrimas que asomaban por el rabillo de sus ojos se deslizaron por sus mejillas. —Solo estarán perdiendo el tiempo mientras ese monstruo anda suelto.

—Supongo que esa es su decisión.

Suspiró. —Vale, sí recuerdo haberle dicho eso al sanitario. Es verdad.

—¿Por qué la quería?

—No porque fuera guapa, aunque lo era. No…, era más bien por lo amable que era. Y, sabe, sabía escuchar muy bien. —Se quedó con la mirada perdida.

—Un hombre sin relaciones, ¿eh?

—Si las cosas hubieran sido diferentes y yo hubiera tenido una hija, creo que habría sido exactamente como Tia. Cálida, sin prejuicios. Todo lo que el mundo ya no parece ser. —Hizo una pausa, todavía con la mirada perdida mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Gardner le puso la mano en el brazo, justo por encima de donde terminaba un vendaje. —Es la hora, Harvey. Háblame de Tia. No hay nada de qué avergonzarse por encontrar a alguien. Por encontrar una amiga. Si eso fue lo que pasó.

—Después de que mis padres…, ya sabe —apartó la vista—, fallecieran. No habría dejado entrar a nadie en mi vida. A nadie. Pero ella era diferente. Rompió la paz que me había concedido a mí mismo. —Su sonrisa permaneció, pero había más lágrimas—. Y nunca me había sentido más feliz.

Gardner mantuvo la mano en su brazo.

—Venía a visitarme. —Se secó una mejilla húmeda con el dorso de la mano vendada—. Catorce veces, de hecho. Las conté. Durante dos maravillosos meses. *Catorce veces.* —Bajó la mirada—. No habrá una decimoquinta.

Gardner respiró hondo, armándose de valor. —Cuéntemelo.

Toc. Toc.

Harvey se sobresaltó. Era raro que alguien llamara a la puerta de su cabaña. Algún mocoso ocasional cumpliendo una apuesta. Si era así, no volvería a ocurrir; el crío ya estaría corriendo.

Toc. Toc.

La llamada era insistente y decidida.

Apartó la cortina y miró por la ventana.

Tenía el pelo corto y negro, a lo «bob», y la piel blanca e inmaculada. No parecía peligrosa.

No se armó antes de abrir la puerta. —¿Puedo ayudarte?

—Me llamo Tia Meadows.

Meadows.

La palabra llegó como una ola, rompiendo con fuerza contra la orilla.

—Meadows —repitió él.

—Sí… Tia Meadows. ¿Estás bien?

No.

—Sí. —Le temblaban las manos—. ¿Eres familia de Si Meadows?

—Es mi padre.

Harvey sintió los labios de Si contra los suyos y vio la tristeza en sus ojos justo antes de que se apartara de él en la parte trasera de

aquella cabaña de los «scouts».

Abrió la boca para responder a Tia, pero no le salió nada.

—Conoces a mi padre, ¿verdad?

—Lo siento —dijo Harvey—. Es mejor que te…

—Tiene una foto vuestra en su cajón. De cuando erais niños. Sé que eres tú porque escribió vuestros nombres en el reverso. También tiene otras fotografías. Hechas a lo largo de los años.

—¿A lo largo de los años? —Harvey había visto a Si alejarse de él en la cabaña de los «scouts». No había habido años después de eso. Al menos, no años juntos.

—Pues fotos tuyas. Solo. Ninguna contigo y mi padre juntos.

—Ah.

—Pensé que podrías decirme por qué.

Harvey se llevó un puño a la boca. —Lo siento… Yo… Hace cuarenta años que no hablo con tu padre. No estoy muy seguro.

—Por favor —dijo Tia—. Cualquier cosa que me puedas contar será de ayuda.

—¿Ayudarte con qué exactamente?

—A entenderle.

—Eso podría ser difícil.

—Estoy de acuerdo. Mi padre es un hombre que se niega a que lo entiendan.

Harvey suspiró. —¿Sabes?, a lo mejor es por algo. Quizá sea mejor así.

Se quitó una mochila, la abrió, metió la mano y sacó una fotografía. Se la puso a Harvey en la mano.

—Ahí estás tú, junto a mi padre en los lobatos, y… —volvió a buscar en la mochila.

Harvey se quedó mirando, boquiabierto, a su yo de diez años. Junto a él, en el grupo de los demás lobatos, estaba Si, y al fondo, ligeramente encorvado, estaba…

Ella sostenía un artículo de periódico en el aire.

Ahí estaba otra vez…

Baloo…

Con una mueca de desdén a la salida del juzgado.

La mirada de Harvey recorrió el titular: «Líder de los scouts de cincuenta y ocho años, Miles Cook, declarado no culpable de abuso de menores».

Harvey tragó saliva. —Vaya cosa has encontrado.

Tia asintió. —Ahora puedes ver por qué estoy aquí.

—Sí, creo que será mejor que pases.

—Tan curiosa —dijo Harvey y sonrió—. Habría sido una agente de policía excelente. —Señaló a Gardner, haciendo una mueca de dolor al tener que mover su brazo herido—. Le habría caído bien. Le habría sacado cualquier cosa a cualquiera, como aquel detective que yo veía en la televisión. Columbo.

Gardner sonrió. Todavía tenía la mano en la parte superior de su brazo.

—Mi madre y mi padre solían verlo conmigo cuando era pequeña, y, justo antes de que fallecieran, los volvimos a ver todos otra vez…

Gardner seguía dándole vueltas a las palabras «no culpable de abuso de menores». Tenía la nauseabunda sensación en el estómago de que esta investigación se dirigía por un camino aún más oscuro.

—¿Encontró todo esto en un cajón de su padre? —preguntó Gardner.

Harvey asintió.

—¿Quién es Miles Cook? —preguntó Gardner.

—Uno de los monstruos *de verdad*. Por aquel entonces, era nuestro jefe de lobatos, Baloo.

—¿Y dónde está ahora?

Harvey se encogió de hombros. —Buena pregunta. Se fue de Knaresborough y no lo volví a ver.

—¿De qué se le acusaba? ¿Quién era la víctima del abuso? —preguntó Gardner.

—Se llamaba Bernard Fielding. Pero era su palabra contra la de Miles, y el monstruo quedó libre para aterrorizar otro día.

Gardner anotó los nombres de Bernard Fielding y Miles Cook.

—No podrá hablar con Bernard —dijo Harvey.

—¿Por qué no?

—Se ahorcó en el garaje de sus padres antes de cumplir los veinte.

—Dios santo.

—Sí, ya le dije que Miles era un monstruo. —Se quedó mirando a lo lejos, claramente reflexionando—. Arruinaba vidas. Las *destrozaba*. El más auténtico de los monstruos.

Gardner suspiró, volvió a mirar su mano sobre el brazo de Harvey y luego alzó la vista hacia sus ojos tristes. —¿Abusó de usted también, verdad?

Harvey inspiró larga y profundamente por la nariz. —Mi madre y mi padre tenían problemas por aquel entonces, no lo negaré, pero yo era un niño feliz, ¿sabe? Creo que mi vida era prometedora… podría haber salido bien si el monstruo no la hubiera desbaratado. Sí, abusó de mí, claro que sí.

—¿No dijo nada? ¿No apoyó a Bernard?

Harvey negó con la cabeza y más lágrimas rodaron por sus mejillas. —No. Debería haberlo hecho. Quizá lo habría metido en la cárcel. No hay un solo día que no me arrepienta. ¿Podría haber salvado a otros chicos de mi destino? Pero, ¿sabe?, Miles era listo. Se aseguró de tener poder sobre nosotros antes de tocarnos. Sabía cómo mantenernos en silencio. Es fácil caer en su trampa cuando tienes diez años.

—¿Excepto Bernard?

—Sí, excepto Bernard. El único error del monstruo: subestimar a Bernard.

—¿Qué tenía contra usted, Harvey?

—Mi madre. En aquella época, a mi madre y a mi padre les costaba llegar a fin de mes. Muchos años después, me contaron que estaban prácticamente en la indigencia.

Harvey desvió la mirada y permaneció en silencio un rato. —Mi madre… joder… estaba desesperada, *tan* desesperada. Era la persona más cálida, pero estaba tan desesperada…

Gardner le apretó el brazo a Harvey. —¿Qué ocurrió?

—Se prostituyó. No sé cuántas veces. Solo lo supe por Miles. Miles tenía un amigo, otro monstruo como él, que le pagó a mi madre y luego lo grabó. Amenazó con descubrirla.

A Gardner se le encogió el corazón. —Lo siento muchísimo.

Harvey se encogió de hombros. —Yo quería a mi madre. Dios, cómo la quería. Y él lo sabía. No estoy seguro de qué tendría contra Bernard. Nunca lo averigüé. Supongo que no era suficiente. Aunque no le quitemos mérito a la valentía de Bernard, que no obtuvo recompensa. Pobre chico.

—Usted también ha sufrido, Harvey. Al igual que todas sus víctimas.

—Sí, pero yo estoy vivo.

Ella le miró los brazos vendados y pensó en su choza embadurnada de heces. *¿Pero lo está, Harvey? ¿Está usted realmente vivo?*

—¿Cómo le encontró Tia?

—Todo el mundo sabe quién es el bicho raro del pueblo, ¿no? —Harvey puso los ojos en blanco—. Cuanto más intentas esconderte, más se fijan los cabrones. ¿La gente acoge a los inconformistas de donde usted viene?

Gardner asintió, reconociendo que tenía razón. —Así que, cuando Tia vino a verle, ¿se lo contó todo?

Harvey asintió. —No tenía mucha opción. Como le dije, era insistente. Era mi Columbo. Además, había encontrado una montaña de pruebas en el cajón de Si. Solo quería rellenar los huecos. Saber qué tenía que ver su padre con todo este triste asunto.

—¿Y?

—Después de contárselo, lo defendí. Recuerde, él también era un niño de diez años, asustado por las consecuencias.

—¡Pero mi padre simplemente huyó! —dijo Tia—. Te dejó. Es horrible.

—¿Lo es? —dijo Harvey enarcando una ceja—. Tenía diez años. Temía por sí mismo y por la reputación de su familia, del mismo modo que yo.

—¿Porque era gay? —dijo Tia, sosteniendo su taza de té.

—Eran otros tiempos, Tia. Habría sido un lío. No puedes esperar que un crío sea capaz de lidiar con esos sentimientos.

Harvey le había permitido a Tia usar su única silla, pero no le pareció correcto comportarse como un vago y sentarse en los cojines que había en el suelo, así que se apoyó en la estantería.

—Siempre sospeché que podía ser gay —dijo Tia—. Nunca parecía tener novia y le he pillado mirando de reojo a algún que otro joven varias veces. ¿Crees que mi padre y tú habríais acabado juntos, si no hubiera sido por, ya sabes...?

—Teníamos diez años, Tia. Y estábamos confusos.

—¿Te has casado alguna vez?

Él negó con la cabeza.

—¿Una novia? ¿Un novio?

—No.

—Pero qué triste.

—Tenía a mis padres. Con eso me bastaba.

—¿Pero y ahora? ¿Estás solo?

—Estoy bien, Tia.

—¿Es por lo que te hizo este hombre, Miles Cook?

—De verdad, Tia, gracias por tu compasión, pero no te preocupes. Estoy contento..., en cierto modo..., y supongo que eso es más de lo que tienen algunos. Simplemente prefiero que me dejen tranquilo últimamente. Así son las cosas.

—Lo siento, Harvey —dijo Tia, dejando la taza en el suelo—. Debería irme...

—¡Por Dios, no! —Harvey extendió las palmas de sus manos—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Estás seguro?

Abrió los ojos como platos y sonrió. —Sí... lo estoy. Completamente. Es que me cuesta confiar en la gente, pero en ti confío. Por tu amabilidad. Además, también tengo un montón de té, así que no hay prisa. No hay más que té, de hecho, así que puede

que te aburras, pero, aun así, por favor, quédate todo el tiempo que quieras, y yo seguiré poniendo la tetera al fuego.

Ella sonrió.

—Y háblame de ti, Tia. Cuéntame, ¿qué pasa en tu vida? ¿No deberías estar en alguna universidad por ahí?

—¡No empieces tú también! —soltó una carcajada—. Mi padre está que trina con eso.

—Perdona...

—No, no te disculpes. Es que... todavía no me siento preparada. Eso es todo.

Harvey asintió. —De todos modos, es un pastón.

Ella hizo un gesto con la mano. —No es tanto por eso. Mi padre lo pagará. De hecho, se ha ofrecido a mandarme para allá en un Porsche para intentar sobornarme. Así es como lo soluciona todo... con dinero. —De repente pareció avergonzada—. No estoy presumiendo.

—No he pensado eso en absoluto. Me alegro mucho de que le haya ido tan bien.

Tia bajó la vista al suelo, pensativa un rato, antes de decir: —En realidad, hay otra razón por la que no quiero ir. Al menos, no todavía.

—Ya veo —dijo Harvey, sonriendo. Finalmente sucumbió a la tentación de la comodidad y se dejó caer sobre los cojines.

—Pero es una especie de secreto...

—Lo entiendo —dijo Harvey.

—Pero yo sé algunos de tus secretos. ¿Quizá sería justo compartir uno de los míos contigo? Pero mi padre se horrorizaría si lo supiera. ¡En realidad, todo el mundo que conozco se horrorizaría!

—Puedes contar con que yo no me horrorizaré. También te prometo no decírselo a tu padre. Así que, ¿cuál es el escándalo?

—Sería un escándalo. —Suspiró—. A lo mejor soy como tú, Harvey, a lo mejor simplemente soy diferente.

—Única, Tia. Ese es el trato, ¿vale? Eres única. Excepcional. Inimitable. ¿Vale?

—Mi padre nunca aceptará lo que está pasando. Nunca. —Se secó una lágrima y luego miró a Harvey—. Eres tan agradable... de

repente siento que puedo contarte cualquier cosa. La razón por la que no me he ido de Knaresborough es porque alguien va a volver en un par de semanas. Alguien de quien me hice muy amiga el verano pasado.

—¿Quién?

Ella miró a la derecha, a la pared de su caseta. —Al otro lado del lago. En el campo de rugby.

—¿Un jugador de rugby?

Tia se rio. —No, tonto. Un feriante.

—Ah —dijo Harvey.

—Sí —asintió Tia—. Es un cuento tan viejo como el mundo. Me he enamorado de quien no debía. El mayor enemigo de mi familia.

—¿El mayor enemigo? ¿Por qué?

—Algo que ver con el negocio —dijo Tia—. Le hacen la competencia al negocio de mi padre. Ofrecen servicios y revientan los precios.

—De eso no sé nada.

—Yo tampoco, la verdad. Pero sí sé una cosa: si mi padre se entera, ¡estoy muerta!

Harvey sonrió. —No me creo eso ni por un segundo.

—Bueno..., pero mi novio sí que estaría muerto. Y eso no lo puedo permitir.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Para empezar, voy a mantenerlo entre estas cuatro paredes... contigo.

—Ya veo.

—Será el secreto mejor guardado del mundo.

—Lo será. Nunca lo revelaré. Pase lo que pase.

—¿Sabe el nombre de ese chico del que se enamoró? —preguntó Gardner, con sus pensamientos girando en torno al chico del bigote al que le había sacado la foto el día anterior.

—Aiden.

—¿Aiden qué?

—Solo Aiden, me temo.

—¿Averiguó algo más sobre ese Aiden?

—Estaba enamorada. Le dedicaba todos los adjetivos positivos habidos y por haber. Tierno, afectuoso, amable. Afirmaba que era muy diferente a la gente con la que vivía. ¿Quién era yo para insinuar que podría ser una fachada y que las personas no siempre son quienes parecen ser? No quise asustarla porque…, bueno, ya sabe…

—¿Y eso por qué?

—Porque era mi amiga —suspiró Harvey—. Una estupidez, lo sé.

—¿Y por qué es una estupidez, Harvey?

—¡Pues míreme! —Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar—. Soy el bicho raro que vive en una cabaña. Yo no *tengo* amigos.

—¿Cuántas veces le visitó?

—Ya se lo he dicho. Catorce veces.

—¿Por qué haría alguien algo así si no le cayera usted bien?

—¿Por compasión?

A Harvey se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Si era el asesino de Tia, desde luego era un gran actor. Lo que no quitaba que ella no se hubiera topado con unos cuantos actores en su vida.

—¿Llegó a descubrir su padre que ella iba a visitarle? —preguntó Gardner.

—No, y que yo sepa, tampoco se enteró nunca de lo de Aiden.

—¿Y usted no llegó a conocer a Aiden?

Negó con la cabeza. —No. Pero creo que le estaba dando largas a Tia. Ella se había pasado todo ese tiempo esperando a que volviera a Knaresborough mientras él se iba de picos pardos por todo el país haciendo Dios sabe qué. Y estaba a punto de hacerlo otra vez… Su gente nunca se quedaba más de seis semanas, más o menos. Una chica tan guapa, con ese corazón que tenía. Podría, *debería*, haber aspirado a algo mucho mejor.

—¿Llegó a averiguar si ella se enfrentó a su padre por lo que había descubierto en su cajón?

—Nunca volvió a mencionarlo.

—¿Qué hacían cuando le visitaba?

—De todo. Hablábamos, principalmente. Le gustaba leer, así que compartimos algunos libros. Tenía un viejo juego de backgammon, así que le enseñé a jugar. Le encantaba. —Miró a lo lejos—. Empezó a ganarme la mayoría de las veces.

—¿Le dio dinero alguna vez?

—No, por supuesto que no. ¿A qué viene esa pregunta?

Gardner tomó algunas notas mientras Harvey jugueteaba con las vendas de su brazo. Él se rio entre dientes y Gardner volvió a levantar la vista hacia él. —¿Qué ocurre, Harvey?

—Solo pensaba en lo absurdo que es todo esto. Después de que mis padres murieran, no quise volver a tener compañía humana nunca más. —Miró a Gardner—. Tia lo cambió todo. Me dio esperanza… y ahora… —Apartó la mirada, entrecerró sus ojos enrojecidos y clavó la vista al frente—. Tiene que encontrar a quienquiera que haya hecho esto, porque yo no fui. Alguien por ahí ha hecho daño a esa encantadora e inocente joven y ha colocado ese bolso en mi puerta. Sabía exactamente lo que hacía. Échale la culpa al bicho raro. Es fácil de vender.

Gardner asintió. *Sí, lo era. Demasiado fácil.*

Hablaron un rato más. Antes de marcharse, Gardner le puso de nuevo la mano en el antebrazo a Harvey y le miró a los ojos. —Si esto es la verdad, Harvey, entonces lo siento. Siento muchísimo todo lo que le ha pasado.

Harvey asintió y sonrió.

—Pero hasta que sepa exactamente qué le pasó a Tia, tendrá que permanecer bajo custodia. Espero que lo entienda.

Él asintió de nuevo. —Podría quitar a ese guardia, y yo me quedaría justo donde estoy. Al igual que a usted, solo me importa una cosa: encontrar a la persona que le hizo esto a Tia.

Gardner fue a uno de los baños del hospital. Se sentó en un cubículo un momento, con ganas de llorar. El dolor de Harvey era considerable, y ahora podía entender sus excentricidades y el estilo

de vida que había elegido. Por supuesto, no podía descartarlo. Había una montaña de pruebas en su contra y, algunos dirían, un móvil claro: la venganza contra Si por abandonarlo en su momento de necesidad, el momento que definiría el resto de su torturada existencia.

Pero su conexión con Tia había parecido tan tierna o, al menos, él la había presentado como tal.

Pensó en su hermano, Jack, y sus afirmaciones de que había cambiado.

En su marido, Barry, y sus afirmaciones de que no tenía una aventura y estaba interesado en salvar su matrimonio.

En su subdirector de investigación, Riddick, y sus afirmaciones de que tenía la situación totalmente bajo control.

Toda esa gente haciendo promesas.

¿Iban a decepcionarla todos?

A diferencia de aquel hombre destrozado en la cama del hospital que había cumplido sus promesas a Tia, a pesar de tener a todo el mundo en su contra.

Poniéndose de pie, Gardner se alisó el traje y abrió la puerta del cubículo. Sola, se quedó mirando su reflejo, comprobando que no se le vieran lágrimas en la cara.

Que Dios perdonara a cualquiera de su gente si le estaba mintiendo.

Porque, si había algo que Emma Gardner no era, era una persona fácil de convencer.

Entrecerró los ojos.

Y si alguno de ellos creía tal cosa, se iba a llevar una desagradable sorpresa.

Fuera, telefoneó a un hombre que no parecía esconderse nunca tras una fachada, para decepción de muchos de sus ofendidos colegas.

Puso a Phil Rice al corriente del tema de los abusos y luego dijo:
—Miles Cook. Tenemos que saber adónde fue.

—A la tumba, me imagino. O eso espero. Maldito pederasta.

—No uses esa palabra conmigo, Phil. No me gusta.

—¿Qué? ¿Maldito?

Ella puso los ojos en blanco.

—Encontraré al pederasta —enfatizó él la palabra.

—Fue declarado no culpable, ¿sabes? Solo recuérdalo.

—Estoy mirando una fotografía suya ahora mismo. Cómo un jurado pudo perdonar a ese hombre…

—Esto no es la Inglaterra victoriana, Phil, no condenamos a la gente por su apariencia física.

—Una lás…

—Phil. Me duele la cabeza. Te he llamado porque tú resuelves las cosas. Miles Cook. Resuélvelo. —Colgó.

Luego, se dirigió al campo de rugby para visitar a la versión del Romeo de los feriantes.

Aiden.

Apellido aún desconocido.

23

Tras aparcar, Gardner llamó a Riddick.

Como no contestó, su ansiedad se intensificó.

¿Qué narices estás haciendo, tío? Estoy a punto de dar un vuelco a esta investigación y mi compañero ha desaparecido en combate.

Sin el menor humor para los ladridos de los perros del campamento de feriantes, les aguantó la mirada a unos cuantos al pasar, animada por el hecho de que los de aspecto más agresivo estaban atados a postes.

Tommy Byrne, el feriante de la cresta mohicana, salió de detrás de una caravana. —¿Usted otra vez?

Reconoció al pastor alemán que llevaba atado con la correa. Tyson. O, más bien, reconoció sus colmillos cubiertos de espuma y sus fuertes ladridos.

—Sí, Tommy, yo otra vez —dijo Gardner. Señaló a Tyson con la cabeza—. ¿Lo ha adoptado?

—En ello estoy. Todavía tiene problemas de apego.

—Desde luego, parece que quiere apegarse a algo.

—Estará bien mientras yo sujete esta correa. —Los músculos se flexionaron en el pecho descubierto y cubierto de tatuajes de Tommy, y Gardner se alegró de que tuviera la fuerza suficiente en el tronco superior para mantener a la bestia a raya—. En fin, no se lleve una impresión equivocada. Así es como está de humor acogedor. Debe de caerle bien. No fue tan tierno cuando apareció

antes el tipo del ayuntamiento. —Tommy entrecerró los ojos—. ¿Ha venido otra vez por Rod? No puede ser, ¿no? Es un chalado… Ni siquiera era capaz de hilar una frase antes de que ese capullo le diera una paliza en el Bull, así que ahora no tiene ninguna posibilidad.

—He venido para hablar con uno de los jóvenes que estaba con él ayer. —Señaló el lugar donde había hablado con Rod el día anterior.

Tommy se encogió de hombros. —Han pasado muchas cosas desde entonces. Hemos estado ocupados.

Gardner miró a izquierda y derecha a la multitud de gente que holgazaneaba bebiendo café. —Eso parece. Es el del bigote.

—¿Hombre o mujer? —preguntó Tommy, y luego se rio.

—Se llama Aiden.

Gardner estuvo segura de detectar un destello de preocupación en el rostro de Tommy. Estaba igualmente segura de que su respuesta se había demorado.

—Bigote, hombre y Aiden es igual a Aiden Poole.

—Bien, Tommy, ¿dónde está Aiden?

Tommy se mordisqueó el labio inferior. Estaba midiendo sus respuestas. La estaba frustrando.

—¿Tommy?

Finalmente, el pelma dejó de mordisquearse el labio y suspiró. Parecía resignado al descubrimiento de Gardner. —Supongo que sabe que se estaba tirando a la chica esa que murió. Era una facilona de manual.

—¿Una facilona?

—Una buscona.

Gardner sintió una oleada de ira. Apartó la mirada y consiguió contener su genio. Volvió a mirarlo. —¿Y no creyó que esa era información importante para compartir ayer?

Tommy se encogió de hombros. —¿Y cómo iba a saber yo que es importante? No soy policía.

—La novia de Aiden es asesinada a tiro de piedra de donde acampan, ¿y no cree que sea importante? ¡A lo mejor Rod no es el único chalado por aquí!

Tommy se pasó una mano por su cresta mohicana. Sonrió, pero sus ojos entornados delataban que en realidad no le hacía ninguna gracia.

Riddick habría apreciado su tono mordaz.

—Lléveme a ver a Aiden Poole, por favor, Tommy.

—Sabe —dijo Tommy, levantando un dedo—, creo que ha salido antes.

Ella sacó el móvil.

—¿Qué está haciendo? —dijo Aiden.

—Esto es la investigación de un asesinato. Si me veo obligada a ir puerta por puerta por sus caravanas, voy a necesitar un equipo más grande. —Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos—. Un equipo mucho más grande.

—Espere —dijo Tommy, sin siquiera fingir que le hacía gracia ahora—. Creo que podría saber dónde está. Sígame. Pero él no la mató, ¿sabe? El chaval estaba coladito.

Tommy se dio la vuelta. Tyson no se giró con él, contento de seguir evaluando a Gardner.

—¡Tyson! —dijo Tommy, tirando de la correa. El perro gimió y se giró a regañadientes. Gardner siguió al hombre y a la bestia hasta el corazón del campamento de feriantes.

Cuando Aiden Poole abrió la puerta, tenía la misma expresión de náusea que ella había visto ayer en aquella fotografía. Casi de inmediato, sin presentaciones de ningún tipo, Aiden expuso sus argumentos. —Yo quería a Tia. La quería *muchísimo*.

Gardner asintió para demostrar que había oído su lamento. —Señor Poole. Me llamo inspectora jefa Gardner. Siento de verdad su pérdida, pero me pregunto por qué no vino a hablar conmigo ayer cuando estuve aquí. O mejor aún, ¿por qué no se dirigió a la comisaría para decirnos que tenía una relación con Tia?

—Yo… yo… —No terminó. Agachó la cabeza.

—Ya se lo he dicho —dijo Tommy detrás de ella—. Este chico no es un asesino. Solo un perrito enamorado.

Ella giró la cabeza. —Gracias, Tommy. Yo me encargo desde aquí.

—Me quedaré merodeando por aquí fuera…

—¿No necesita Tyson su paseo matutino?

—Ya lo ha hecho. Y lo último que necesita es otra mierda. Ya van dos hoy. La bestia es un tanque andante de fertilizante.

Gardner lo ignoró, siguió a Aiden al interior de la caravana y cerró la puerta tras de sí.

La caravana en sí estaba limpia y ordenada. Aiden se sentó en el borde de su cama al fondo de la caravana y se llevó la cabeza a las manos.

No le ofreció asiento. A Gardner no le importó y se conformó con apoyarse en el mueble de la cocina. —¿Y bien, por qué no se ha puesto en contacto, Aiden?

Se encogió de hombros, pero no levantó la cabeza. —¿Para qué? ¿Para que sospechara de mí? No vi a Tia esa noche después de irme del pub.

—¿Con quién estaba usted?

—Éramos un grupo. Le daré una lista si quiere. Mucha gente puede responder por mí.

Seguro que sí, pensó Gardner, sacando su libreta. *Aunque tengo serias dudas de que sea verdad.* —Adelante, pues.

Después de apuntar la lista de nombres, le preguntó:

—¿Puede decirme su número de teléfono, por favor?

Él levantó la vista y se lo dijo.

El número coincidía con uno de los tres números recuperados del registro de llamadas de Tia. —¿Es un número sin registrar?

—¿Sin registrar? —Aiden se acarició el largo bigote; un claro, aunque fallido, intento de añadir madurez a su cara de niño—. Sí, supongo. No registramos nada. Somos de prepago.

—Aiden, los registros de llamadas muestran que ha estado en contacto con Tia Meadows con mucha frecuencia durante el último año.

Él asintió. —Nos queríamos. ¿No se lo he explicado ya?

—¿Podría explicar cómo conoció a Tia?

—Estaba bebiendo en el White Bull. Ella estaba detrás de la barra. Empezamos a hablar, ya sabe, como se suele hacer, y..., bueno, congeniamos.

—¿Y entablaron una relación?

Aiden asintió.

Gardner señaló el interior de la caravana. —¿Pasaban tiempo juntos aquí?

Aiden frunció el ceño. —Claro. A veces. ¿A dónde quiere llegar? ¿Me está preguntando si nos acostábamos juntos? Tia es una mujer hecha y derecha, si me entiende. Así que no, no nos acostamos juntos desde el primer momento, si es eso lo que está insinuando.

No lo estaba, pensó Gardner, pero asintió y tomó nota de todos modos. También recordó la insinuación de Tommy de que era un poco facilona. *¿Qué habría querido decir con eso? ¿Quizá solo quería provocarla?*

—Me hizo esperar un tiempo —dijo Aiden.

—¿Cuántas veces cree que estuvo aquí con usted?

—No muchas, la verdad. —Suspiró—. No las suficientes. El maldito lastre, ya ve.

—¿Lastre?

—Su padre.

Gardner respiró hondo. Si Meadows estaba en todas partes. Daba igual las líneas que los conectaban en el tablón de incidentes, también aparecía en casi todos los interrogatorios. La paliza a Rod Child. La horrible experiencia infantil con Harvey Henfrey. ¿Y ahora aquí también? *¿En qué sentido era Si Meadows un lastre, Aiden?* Exhaló lentamente, sopesando hacia dónde llevar esa línea de interrogatorio. —¿Conoce a su padre?

—No en persona, no.

—Sin embargo, ¿dice que era un problema de alguna manera?

—Era un controlador. La razón por la que ella rara vez se quedaba aquí era porque él habría puesto el grito en el cielo si se hubiera enterado. Tenía que ser tremendamente prudente.

—¿Le mencionó Tia por qué era así?

—Odiaba a los feriantes. Tenía un negocio en la zona, y algunos de los muchachos del campamento ofrecen servicios profesionales.

No le gustaba que le hicieran la competencia con precios más bajos.

¡Empresario! Mucho más que eso; el maldito controlaba la zona.

—Entonces, ¿qué le decía Tia a su padre cuando se quedaba aquí?

—A veces, él estaba de viaje de negocios. Otras veces, le decía que se quedaba en casa de una amiga.

—¿Sospechó él alguna vez? ¿Tuvieron algún problema?

—Que yo sepa, nunca se enteró. Lo vi un par de veces en el White Bull, pero no parecía tener ni idea. Por suerte. ¡Vi lo que le hizo a Rod! Aunque dudo que el chaval lo sintiera. —Se señaló la frente—. Ese chico tiene la cabeza más dura que una piedra.

—Aun así, debió de ser difícil —dijo Gardner.

—Sí. Ese hombre estorbaba mucho, sí. Quería que se viniera conmigo el año pasado cuando nos fuimos al siguiente sitio, pero nunca tuvo el valor de hacerlo. ¿Cómo iba a tener valor nadie con ese cabrón por padre?

Gardner tomó notas. —Si estaban tan enamorados, ¿no les resultaría difícil estar separados la mayor parte del año?

—Era duro, sí. Ella se escapaba algún día suelto para quedar conmigo dondequiera que estuviéramos acampados, inventándose excusas de todo tipo para tener contento a ese viejo cabrón, pero esos días eran contados. Ya ha visto cuántas llamadas telefónicas había. La vida era dura. —Se acarició el bigote de nuevo y bajó la mirada—. Y se acaba de poner más dura.

—¿Debió de salirle caro con un móvil de prepago?

—Ella lo valía. Además, la mayoría de las veces llamaba ella. Compensa tener un contrato y esos minutos gratis, aunque de todas formas su padre estaba forrado.

Y que lo digas.

—Parece que tenía una relación muy frustrante, Aiden.

—Pero eso no impedía que la quisiera con locura. —En lugar de juguetear con el bigote, ahora jugaba con un colgante en el extremo de una cadena de oro. Parecía un pájaro en pleno vuelo.

—Supongo que nunca sugirió conocer a su padre, ¿verdad? —preguntó Gardner—. ¿Un intento de defender su causa, por así decirlo?

—Una o dos veces. Pero ella siempre zanjaba esa conversación rápidamente.

—¿Qué decía?

—Que era un suicidio.

—¿Se lo creyó?

—Era bastante convincente. Tia nunca se andaba con rodeos. Dijo, claramente, que si su padre se enteraba de lo mío, estaría muerto. Pero el amor nos habría sacado adelante, ¿sabe a qué me refiero? Parecía cosa del destino.

Imaginó a Riddick aprovechando la oportunidad para soltar una pulla: «Unos Romeo y Julieta en toda regla. Así que dígame, ¿qué era lo siguiente para los amantes desdichados?».

—¿Consideró alguna vez intentar acercarse a él sin el permiso de ella? —preguntó Gardner.

—Me habría odiado por ello. Así que lo dejé estar. Además, yo... —Hizo una pausa. Dejó que el colgante del pájaro cayera de nuevo sobre su cuello y volvió a llevarse los dedos al bigote.

—¿Qué? —dijo Gardner—. ¿Qué iba a decir?

Aiden suspiró. —¿Ve dónde vivo? También tengo una responsabilidad con mi gente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, traer al matón local, Si Meadows, a nuestra puerta no sería mi acción más desinteresada.

—¿Pero su gente sabía lo de Tia?

—Sí, bueno. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su derecha como para señalar el exterior de la caravana—. Se convirtió en un problema. Tommy me dijo que cortara la relación. Dijo que había investigado al padre y había descubierto que era un mal bicho.

—Supongo que Tommy es quien manda por aquí, entonces.

—Él manda, pero es un buen hombre... y es bueno para nosotros. La gente lo escucha. Yo quería escucharlo, pero, bueno...

—¿Cuándo le dijo Tommy que cortara la relación?

—Hace un par de semanas.

—Supongo que no lo hizo, entonces.

—No, no pude. Le dije que prefería irme del campamento antes que renunciar a ella. Cualquier otra cosa, le dije. Cualquier otra cosa

la haría en un abrir y cerrar de ojos. Pero renunciar a Tia no era una opción.

—Sigue aquí. ¿Supongo que convenció a Tommy?

—Tommy tiene su lado razonable. Se lo hice entender. —Hizo una pausa—. Me dio una oportunidad, pero me advirtió que fuera discreto. Y me hizo prometer que lo dejaría si Si se enteraba alguna vez.

—Seguro que sabía que algún día lo haría, ¿no?

—Sí, pero estaba desesperado. Cualquier cosa para ganar más tiempo con Tia.

—A mí Tommy no me parece un blando.

Aiden apartó la mirada. —No, qué va. Creo que se acaba de dar cuenta de lo que ella significaba para mí.

Está mintiendo. Aquí pasó algo más. ¿Relacionado con el dinero, quizá? Seiscientas libras en tres días era mucho dinero para que Tia lo sacara. ¿Se lo dio a usted? ¿A Tommy, tal vez? ¿Fue esto lo que hizo cambiar de opinión a Tommy? ¿Tres retiradas de efectivo de doscientas libras? ¿Habría habido más si no hubiera muerto?

Gardner aparcó esa línea de investigación de momento. No quería arriesgarse a alterarlo demasiado tan pronto en la conversación. En lugar de eso, continuó preguntándole sobre la naturaleza de su relación.

Aiden disfrutaba hablando de Tia. Hablaba de miradas soñadoras salpicadas de sonrisas. Era todo un poeta. Su relación había empezado con timidez, pero no tardó en volverse apasionada e intensa o, al menos, así era como él la recordaba. El amor podía ser ciego. Gardner se recordó a sí misma que aquello era solo una cara de la moneda. Evitaba hablar de sexo directamente, pero era evidente que ese aspecto no había faltado en su relación. Después de casi media hora, había expuesto de forma convincente que sus sentimientos eran sinceros. Se mostraba tierno cada vez que hablaba de ella, y el dolor de la pérdida parecía estar destrozándolo.

—¿Adónde fue cuando se marchó del White Bull anteanoche?

—Directamente aquí, con los chicos. ¿No se lo había dicho ya?

Sí. Pero quería comprobarlo.

Apuntó una lista de todas las coartadas de Aiden para el viaje de vuelta a casa.

—Después de que llegaran, ¿qué pasó?

—Lo de siempre. Nos reunimos en el centro, alrededor de la hoguera, y bebimos un poco más.

La lista de coartadas creció.

Tampoco es que sean coartadas fiables, pensó Gardner. Dudaba que Tommy, o cualquier otro en ese campamento, se lo pensara dos veces antes de proteger a uno de los suyos. Probablemente lo habría considerado bastante noble si no fuera porque había un asesinato brutal de por medio.

Aun así, había que comprobarlo. Le pediría a dos miembros de su equipo que vinieran a tomar declaración cuando ella se marchara.

—¿Tia le dio dinero alguna vez? —preguntó Gardner.

—¿Qué? ¿Por qué me pregunta eso?

—Bueno, ella tenía acceso a mucho dinero y, en fin… —Miró a su alrededor, pensando en la mejor forma de decirlo—. Supongo que su estilo de vida funciona con un presupuesto más reducido.

—¿Pero esto qué es? Yo la quería. ¡No me estaba aprovechando de ella!

—No estoy sugiriendo eso, Aiden. En absoluto. Solo sabemos que estuvo en posesión de dinero en esos últimos días. Una cantidad considerable. ¿Tiene alguna idea de por qué?

Se encogió de hombros y bajó la mirada. —Como ha dicho usted, tenía acceso a mucho dinero. Su padre estaba forrado. ¿Quizá se lo dio él?

Lo sacó de un cajero. La pregunta es: ¿lo sabía usted? — ¿Seiscientas libras? ¿Le dice algo esa cifra, Aiden?

—No. —Al decir esto, desvió la mirada hacia un lado de la caravana, y Gardner se preguntó si estaría pensando en Tommy, que esperaba fuera.

La peculiaridad de las grandes retiradas de dinero de Tia parecía relevante. Tomó más notas.

Gardner sabía que la siguiente parte del interrogatorio iba a ser muy difícil, pero había una pregunta importante que necesitaba ser formulada y respondida.

—Tia estaba embarazada, Aiden.

Aiden se quedó pálido. Abrió la boca para responder, pero no le salió nada, y simplemente volvió a cerrarla.

No lo sabía. De todos modos, preguntó: —¿Lo sabía?

Esta vez no abrió la boca. Se limitó a negar con la cabeza.

—Estaba de poco. Puede que ni ella misma lo supiera.

Aiden parecía a punto de vomitar.

—¿Cree que el bebé era suyo?

Bajó el rostro y se apretó los ojos con los dedos.

—¿Aiden? Si pudiera responder, por favor…

Su cuerpo se estremeció un par de veces. Volvió a mirarla con los ojos enrojecidos. —Teníamos cuidado.

—¿En qué sentido?

—Preservativos.

—¿Siempre?

Aiden asintió. —¿Eso significa que el bebé no era mío?

—No —dijo Gardner—. Aun así puede pasar.

Pero abre la posibilidad muy real de que Tia estuviera con otra persona.

Gardner le concedió a Aiden un par de minutos para que se recompusiera. Parecía destrozado. —¿Aiden, puede venir a la comisaría a darnos una muestra de ADN? Nos ayudará a descartarlo a usted, y también podremos investigar el otro asunto.

—¿Saber si el bebé es mío o no?

Gardner asintió.

Aiden suspiró. —Por supuesto.

Gardner se armó de valor para lanzar una pregunta crucial a aquel hombre vacilante. —¿Quién cree que mató a Tia, Aiden?

Aiden parecía ahora más confuso que conmocionado. —Ya lo tienen, ¿no? El bicho raro ese que vive junto al lago. Harvey Henfrey.

Gardner no pudo evitar ver la ironía en que un feriante llamara bicho raro a alguien que elegía vivir al margen de la sociedad, pero se guardó sus pensamientos para sí misma.

—Todavía estamos investigando esa posibilidad —dijo Gardner—. ¿Tia le mencionó alguna vez a Harvey?

Aiden negó con la cabeza. —No. —Hizo una pausa—. Pero si no fue él, ¿quién? Yo me fijaría en su padre. Si Meadows. Menudo cabrón despiadado. Debería haber visto cómo desmontó a Rod. A ese hombre le falta un tornillo.

Lo vi, pensó Gardner. *Y tiene usted razón, no fue agradable.*

—Le daba miedo —continuó Aiden—. Eso lo sé.

—¿En qué sentido? —preguntó Gardner.

—Se enfadaba con facilidad. Y también se sentía intimidada por alguna de la gente con la que se juntaba él.

Gardner tomó notas, pero no le pareció que estuviera avanzando más.

Cambió el enfoque hacia el estilo de vida de Aiden. Tenía que admitir que la vida nómada sonaba intrigante. De hecho, con su repentino traslado de Wiltshire a North Yorkshire, en cierto modo la estaba viviendo. Muchas veces en su vida se había sentido consumida por la monotonía; tal vez levantar el campamento constantemente no era una mala opción de vida, después de todo.

Finalmente, se despidió de él. —Por favor, vaya a la comisaría para esa prueba de ADN, Aiden. De nuevo, siento su pérdida. Estaré en contacto.

Cuando salió de la caravana, Tommy y Tyson ya no estaban allí. Fue una lástima, pues quería preguntarle por su advertencia a Aiden sobre mantenerse alejado de Tia. También sentía curiosidad por saber si él había tenido algo que ver con las grandes retiradas de efectivo que ella había hecho.

Mientras llegaba a las afueras del campamento buscando a Tommy y a Tyson entre la multitud de feriantes y perros, vislumbró a dos personas más adelante, en la carretera comarcal paralela al recinto. Un adulto y un niño. Ambos estaban quietos, mirando en esa dirección.

Era difícil ver quiénes eran debido al sol que le daba en los ojos, pero había algo en la forma en que se mantenían las figuras que las hacía familiares.

Entrecerró los ojos y se los protegió con la mano.

Jack y Rose.

Hermano y sobrina.

¿Un simple paseo?

¿Han visto mi coche?

¿Me están buscando?

Levantó la mano y saludó, preguntándose si la verían, allí de pie, entre las caravanas.

O no la habían visto o habían decidido ignorarla.

Mientras los veía alejarse, la asaltó una idea. Una que le provocó un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

¿Me ha estado siguiendo Jack?

Negó con la cabeza. *Contrólate, Emma.* Era una ruta de senderismo muy popular. ¿Quién no se detendría a mirar el adefesio que había aparecido en el campo de rugby?

Intentando deshacerse de sus inquietantes pensamientos, siguió buscando a Tommy. Al final, se topó con el anciano del día anterior, que seguía fumando como un carretero.

Este le dijo con gran regocijo que Tommy había salido a pasar el día y que no tenía ningún dato de contacto suyo.

A pesar de saber que era mentira, Gardner se sentía demasiado conmocionada por la repentina aparición de su hermano como para plantarle cara y salió del recinto. Era hora de ponerse de nuevo en contacto con la figura más controvertida de Knaresborough: Si Meadows.

24

Puede que Ronnie Haller no fuera ningún jovencito cuando se le cerraron las puertas de la libertad, pero no tenía el aspecto de ahora: demacrado y destrozado.

Haller siempre había sido un hombre corpulento. Sin embargo, en lugar de mantenerlo erguido con aire imponente, ahora sus músculos parecían arrastrarlo hacia abajo, obligándolo a ir encorvado.

Cierto es que su dentadura nunca había sido el sueño de un dentista, pero al menos le había sido útil. Ahora, los dientes le colgaban flojos en unas encías enfermas y Riddick sospechaba que comer cualquier cosa que no fuera sopa sería todo un desafío.

Quizá no fuera posible sentir mucho placer por el hecho de que Haller siguiera existiendo, pero Riddick no pudo evitar una breve sonrisa al ver su decadencia.

Después de la reunión informativa, Riddick había necesitado una cantidad considerable de vodka en casa para poder entrar en esta cárcel sin sufrir un ataque de pánico. Había hecho lo correcto y había usado un taxi para que lo trajera; si lo paraba la policía con su nivel de alcohol en sangre actual, lo suspenderían de inmediato. Sin embargo, a pesar de estar muy por encima del límite permitido para conducir, parecía disimular bien su embriaguez. Ninguno de los funcionarios de prisiones se había inmutado todavía.

Había visto a Haller varias veces desde aquel día fatídico, pero en cada una de esas ocasiones, había sido en un tribunal. Esta era la primera vez que estaba frente a Haller desde la sala de interrogatorios en el peor día de su vida.

El día que Haller había matado a su familia.

Haller estaba encadenado a la mesa. Un guardia permanecía de pie un metro por detrás de Riddick.

Sopesó sus opciones. «*¿Podría echarle las manos al cuello a Haller antes de que el guardia me redujera? Quizá. ¿Tendría la oportunidad de apretar? Improbable*».

Al entrar, lo habían cacheado a conciencia. No llevaba nada con que abrirle en canal una arteria a ese cabrón, y dudaba que pudiera estrangularlo con el cordón de un zapato.

—Me alegro de verte hecho una mierda, Ronnie —dijo Riddick, sentándose y agarrando el borde inferior de la mesa.

Haller se hurgó los dientes que se le movían con la lengua durante unos diez segundos, antes de decir:

—Tú tampoco eres para tirar cohetes, hijo.

—No me llames «hijo» —Riddick exhaló una larga y profunda bocanada de aire por la nariz—. Estoy aquí para hacerte unas cuantas preguntas.

Haller se rio.

—¿Preguntas? ¿Sobre qué, hijo? Perdón, *Paul*. ¿No lo sabes ya todo sobre mí? ¿Recuerdas haberme dicho que me leías como un libro abierto?

—Lo recuerdo.

—Justo antes de meterme aquí dentro —Haller hizo sonar las cadenas.

—Escucha, Ronnie. Alguien ha muerto.

—Dos personas mueren cada segundo.

Riddick intentó ignorarlo.

—Se llamaba Tia Meadows.

—¿Qué la hace más importante que todos los demás?

«*Sigue. Ignora sus intentos de provocarte*».

—Tia era muy joven, y no se…

—No. Me. Importa —Haller sonrió con aire de suficiencia.

Riddick dio un puñetazo en la mesa.

—No he venido aquí a jugar a jueguecitos.

Haller se encogió de hombros.

Riddick sintió que el guardia se acercaba por detrás, nervioso sin duda por su comportamiento errático. Riddick levantó la mano.

—Estoy bien. Lo siento —volvió a evaluar al gilipollas engreído—. No merecía lo que le pasó.

—¿Acaso alguien lo merece?

Riddick negó con la cabeza.

—Esto es inútil… Sabía que lo sería. Necesito salir de aquí.

Haller soltó una risita.

—Qué precipitado. Vale. Digamos que respondo a tus preguntas. ¿Y luego qué? ¿Me dejas aquí para que me pudra?

Riddick lo fulminó con la mirada.

—Ya lo has hecho. No… Esta vez, te dejaré aquí para que te mueras.

—No es un gran incentivo.

—No, pero es todo lo que vas a conseguir. Tia. Meadows. Si te queda algo de humanidad, habla conmigo.

Haller ladeó la cabeza a un lado y luego al otro, haciéndose crujir los huesos del cuello.

—Lo leí en el periódico.

—Conoces a su padre, ¿verdad?

—Sí —Haller resopló, carraspeó una flema y la escupió al suelo.

—¡Ronnie! —dijo el guardia.

—Lo siento, señor. Faltaría más que perdiera mis privilegios ahora, ¿verdad? Después de todo, este fin de semana echan al Leeds United —le guiñó un ojo a Riddick—. En UHD. Sesenta pulgadas.

Riddick estaba seguro de que podía sentir cada gota de sudor saliendo de cada poro de su cuerpo y recorriéndole la piel.

—Necesito que me hables de Si Meadows.

—Todo el mundo lo conoce —dijo Haller—. ¿Para qué te molestas en hablar conmigo?

—Andabas con él.

—Hace una eternidad. Y, de nuevo, muchos otros han andado con él, no solo este pobre diablo.

Riddick sintió que la decepción inundaba su cuerpo. El cabrón que tenía enfrente llevaba razón. ¿Para qué se había molestado? ¿Someterse a semejante tormento por un capricho?

—Voy a serte sincero, Paul. Aquí no hay nada para ti. La hija de Si ha muerto. ¿Y qué? Entre tú y yo, el carcelero que tienes detrás y estas cuatro paredes, no podría haberle pasado a un tipo más majo.

Riddick se puso en pie y se inclinó sobre la mesa.

—¿Quién ha dicho que me importen *sus* sentimientos? Ella era inocente.

Riddick retiró la mano de la mesa y se dio la vuelta. Se miró las manos temblorosas y luego al guardia, que lo observaba con una ceja enarcada. Estaría mejor fuera de esa habitación.

—Siempre el hombre bueno, ¿eh, Paul? Buscando justicia. ¿El defensor de los inocentes?

Riddick dio un paso hacia el guardia y la salida.

—Vale… vale… no te alteres, hijo. Ya que estás aquí —dijo Haller —. Puede que no pueda devolverle la vida a esa pobre cría del lago, pero veamos qué podemos hacer.

Sin girarse, Riddick dijo:

—A menos que tengas algo que pueda ayudar, Ronnie, no me quedo.

—¿Qué tal un trato, entonces?

Riddick se volvió, cerrando sus manos temblorosas en puños.

—Ya te lo he dicho. No hay trato. Podrías ofrecerme el nombre del asesino y ni me lo plantearía. No vas a salir de aquí nunca. Sugiérelo otra vez y te destrozaré —dijo esto último mirando de reojo al guardia, preguntándose si algún ser humano decente se opondría a esa idea.

—¿Por qué todo tiene que ser siempre tan dramático contigo, Paul? —dijo Haller—. ¿Qué crees que te iba a pedir? ¿Una reducción de condena? Aunque me la redujeran, seguiría muriendo aquí dentro. Además, ya tengo mis privilegios..., UHD, ¿recuerdas? — Esbozó una sonrisa maliciosa—. No, Paul, quiero otra cosa.

Riddick volvió a la mesa, apoyó las manos en ella y se inclinó. Sentía como si cada centímetro de su piel estuviera en llamas. —Dame solo una excusa, Ronnie. Solo una...

—Ninguna excusa, pero ¿qué tal una pregunta? Una sola pregunta —dijo Haller—. ¿Qué me dices? Respóndeme a una pregunta. Una única y *solitaria* pregunta y cantaré como un pajarito.

Te está provocando, Paul. Haller no sabe nada.

De todas las ideas que había tenido Riddick, esta tenía que ser la peor hasta la fecha. —He terminado aquí.

—Incluso para ti, Paul, esto es un nuevo nivel de impulsividad. A cambio de una pregunta, podría contarte algo sobre Si Meadows que convertiría tu patética investigación en un puñetero meteorito. —Levantó una mano y simuló un meteorito surcando el aire. Incluso hizo el efecto de sonido.

—¡Pues hazlo, *maldita sea*! ¡Haz tu puñetera pregunta! —A Riddick, de repente, le ardió la cara.

Haller se aclaró la garganta.

—¡Pregunta ya! —Riddick sentía que los ojos le iban a estallar.

—Vale... —Haller sonrió—. ¿Por qué sigo vivo?

Riddick frunció el ceño y se quedó mirando a Haller. Abrió la boca para responder, pero no le salió nada. *Vete, Paul. Vete ahora. Te está tomando el pelo.*

—¿Por qué sigo vivo? —repitió Haller.

Riddick negó con la cabeza. —¿Qué?

—Es muy simple. ¿Por qué sigo aquí sentado? ¿Respirando? ¿Hablando?

Riddick, que no dejaba de negar con la cabeza, se enderezó. *Esto estaba mal. Toda esta conversación estaba mal.*

—Vale, veo que necesitas ayuda; déjame que me explique mejor —dijo Haller—. Verás, la cosa es que, si hubiera sido mi familia la que iba en el coche que hizo bum... bueno... —Las cadenas tintinearon cuando señaló a Riddick—. Si tú hubieras hecho eso... —se señaló a sí mismo—, ¿a mi familia?, entonces llevarías mucho tiempo muerto, hijo. Mucho tiempo. Así que la pregunta es buena. ¿Por qué sigo vivo?

Riddick perdió el control de su respiración. Notó que los párpados le temblaban con tanta fuerza que la habitación adquirió un efecto casi estroboscópico.

Sintió la mano del guardia en su hombro. —Vamos a dejarlo aquí, inspector.

Se hizo crujir los nudillos y cerró los ojos. En la oscuridad, vio:

Rachel.

Lucy.

Molly.

Los ojos de Riddick se abrieron de golpe. Se zafó de la mano del guardia, se abalanzó y cerró las manos alrededor del cuello de Haller. —¿Cómo te atreves...? Voy a...

Sintió un fuerte agarre en el pecho y un tirón que casi le hizo perder el equilibrio.

—¡Matarte! —consiguió terminar Riddick.

Riddick vio cómo la distancia con Haller aumentaba rápidamente mientras el guardia tiraba de él hacia atrás. Oyó cómo la puerta de la sala de visitas se abría de par en par.

Riddick se lanzó de nuevo, acortando parte de la distancia con el asesino.

—¡Harry, ayúdeme! —dijo el guardia que lo sujetaba.

Riddick siguió forcejeando en el agarre del guardia durante un instante, pero una vez que Harry sumó sus manos para inmovilizarlo, quedó claro que su breve resistencia había terminado. No iba a poder zafarse de dos hombres.

Haller continuó: —No es porque seas débil, Paul... y no es porque seas un cobarde, ni mucho menos. ¿Quieres que te diga por qué sigo aquí?

—Cállate —gritó Riddick—. Cierra tu asquerosa boca.

—Eran una carga. Tu familia. Te suponían un lastre. Eres como yo, hijo. No soportas las ataduras. Por eso me dejaste vivir... —Sonrió, mostrando sus dientes podridos—. *Gratitud.*

Riddick reanudó su forcejeo con los guardias, con lágrimas de rabia en los ojos. —*¡Cierra la boca!*

—Te di la libertad, hijo. Te quité la presión de encima. Tener que preocuparte por si vivías o morías, por si las dejabas solas para que

se las apañaran. Fue un error mío. Si hubiera sabido que te estaba haciendo un fav...

—¡Te voy a romper el cuello! —Riddick embistió de nuevo y se acercó más, sus dedos casi alcanzaron el rostro del asesino.

Estirándose... estirándose...

—Matarte...

Pero entonces sus fuerzas flaquearon y perdió el control. Los guardias lo arrastraron hacia atrás y lo sacaron a la fuerza por la puerta.

Fuera, llamó a un taxi y esperó, deseando tener algo más de vodka para calmar los nervios. Por supuesto, no había traído nada consigo. Nunca le habrían permitido entrar en una prisión con una petaca.

La rabia ardía ferozmente en su interior mientras caminaba de un lado a otro por el aparcamiento. Alzo la vista hacia las imponentes puertas de la prisión.

¿Por qué sigo vivo?

No se había esperado una pregunta así.

¿Por qué sigo vivo?

El problema era que era una *maldita* buena pregunta. —¿Por qué sigues vivo?

Dejó de caminar y sacó de la cartera una fotografía de su esposa, Rachel, y sus gemelas, Lucy y Molly.

Se quedó mirando sus rostros inmortalizados.

Durante años, había imaginado su presencia. Su aspecto nunca había cambiado.

Porque nunca cambiaría.

Volvió a mirar las puertas de la prisión y vio de nuevo a aquel monstruo sonriéndole.

—¿Por qué sigues vivo, Ronnie Haller?

Sonó el teléfono. El número era desconocido. —¿Hola, inspector Riddick? Soy Harry. Uno de los guardias de antes.

—Sé quién es. De nuevo, lo siento. Si ha cambiado de opinión, lo entiendo. Probablemente debería denunciarlo —dijo Riddick.

—Mire, inspector, ya hemos hablado de esto y lo decíamos en serio. Esto *no* va a ir a más —dijo Harry—. Ese hombre de ahí dentro es el mal en estado puro, y lo que hizo... bueno, no puedo ni imaginarlo. Lo siento muchísimo.

—Gracias —dijo Riddick, preguntándose si Harry seguiría pensando lo mismo después de leer el inminente artículo de Marianne Perse. ¿Cómo reaccionaría al descubrir que acababa de permitir que un agente corrupto y alcohólico accediera a un preso peligroso?

—Pero no le llamo por eso, inspector —dijo Harry—. Después de que se fuera, Haller habló conmigo. Me pidió que le dijera tres cosas. Todas relevantes para su investigación.

Curioso. El corazón de Riddick empezó a latir más deprisa. —Continúe.

—En primer lugar, Si Meadows es gay.

Riddick gimió para sus adentros. *Sí..., eso ya lo sabemos.*

—En segundo lugar, Haller quiere que sepa que cree que Si Meadows es capaz de matar a su propia hija antes que dejar que se sepa la verdad.

—A mí me suena a que le tiene manía a Meadows y solo intenta anotarse un tanto —dijo Riddick, sin molestarse aún en sacarse la libreta del bolsillo—. ¿Decía que había algo más? —El pulso se le normalizó a medida que sus esperanzas se desvanecían.

—Dijo una cosa más. Lo apunté tan rápido como pude porque sonaba de lo más acusatorio. ¿Tiene un bolígrafo?

Se sujetó el móvil en la oreja con el hombro para tener las manos libres, y sacó la libreta y el bolígrafo. —Sí. Diga.

—Dijo: 'Paul Riddick me sacó de la calle, luego sacó de la calle a Neil Taylor. Pero dejó atrás a dos zorros. Si Meadows y Rhys Hunt. Dos zorros muy compinches'.

Rhys Hunt. Otro empresario local con mucho dinero y poca moral. Afincado en Harrogate.

Así que Rhys Hunt era uña y carne con Si Meadows. Nada del otro mundo. Todos los delincuentes de North Yorkshire eran uña y

carne con Meadows. A no ser que... ¿Estaba Haller señalando algo relevante? ¿Pero por qué desviaría la investigación en esa dirección? ¿Para frustrarla y que dieran palos de ciego, o sacaba él algo a cambio?

—Suena como la mayoría de nuestros viejos y amargados convictos —dijo Harry—. Celoso de que sus compinches sigan disfrutando de su libertad, pero he pensado que debía saberlo de inmediato.

—Sí, gracias... Y lo siento... otra vez.

Rodeó el nombre de Rhys Hunt con el bolígrafo.

Alzó la vista hacia la prisión. *¿Por qué sigo vivo?*

Volvió a mirar el nombre rodeado con un círculo.

Dios, pensó Riddick, *espero que este pequeño fragmento de información haya merecido la pena.*

Se guardó la libreta y el bolígrafo en el bolsillo y llamó a Si Meadows. —Necesito hablar con usted.

—¿Sobre qué? ¿Tiene algo nuevo?

—¿Dónde está?

—Estoy en el White Bull.

Vio cómo el taxi entraba en el aparcamiento. —Ahora mismo voy.

Dos alcohólicos quemados reuniéndose en un pub por la tarde para hablar sobre la investigación de un asesinato... ¿qué podría salir mal?

25

El coche de Si estaba en la entrada de su casa, pero Gardner no obtuvo respuesta cuando aporreó la puerta.

Rodeó la casa con cuidado, mirando por las ventanas, pero le costó ver alguna señal de vida.

—Mierda —dijo, volviendo a la puerta principal y llamando, sin éxito, por segunda vez. Marcó su número de móvil y le saltó el buzón de voz. Volvió a intentarlo y pegó la oreja a la puerta para ver si lo oía sonar dentro. No pudo. En realidad, aquello no confirmaba nada. El teléfono podía estar en silencio, o él podía estar en la parte trasera de la casa, donde ella no lo oiría de todos modos.

Llamó a su móvil una tercera vez y le dejó un mensaje diciéndole que era de suma importancia que la contactara.

Luego, se puso en contacto con Barnett.

—Mierda, Ray. El coche de Si está aquí, pero no hay ni rastro de él. Tenemos que hablar con él.

—¿Conseguimos una orden para entrar?

Gardner se lo pensó y negó con la cabeza. —No…, es demasiado pronto. No tenemos suficiente. No voy a tirar la puerta abajo basándome en que conocía a Harvey cuando tenía diez años. Seguiré intentando llamarlo al móvil. Envía un aviso para que lo vigilen, Ray. No está en su vehículo, así que el reconocimiento de matrículas no servirá de nada.

Después de colgar, volvió a llamar a Riddick.

Era el segundo cabrón en otros tantos minutos que ignoraba su llamada.

Negó con la cabeza. Que Riddick estuviera ilocalizable era igual de malo, si no peor.

Bastaba con echar un vistazo al pasado para saberlo.

26

Tras pagar al taxista, Riddick entró en el White Bull y echó un vistazo a su alrededor. Vio a un par de viejos borrachos en el rincón que, a pesar de estar sentados juntos, no se hablaban. Se limitaban a mirar fijamente sus pintas medio vacías como si algo horrible los hubiera congelado en esa penosa postura hacía mucho tiempo, con toda esperanza de recuperación desvaneciéndose con las arenas del tiempo.

¿Este soy yo también?

El pensamiento asaltó a Riddick. Ya había salido del infierno este año y, en menos de veinticuatro horas, había vuelto a caer en él. ¿Tendría otra oportunidad de salir? ¿O lo había fastidiado por completo?

Miró a Si mientras este golpeaba las bolas en la mesa de billar. Era la misma mesa de billar que había estado usando cuando agredió a Rod Child. El afligido padre se detuvo para tizar el taco. Miró en dirección a Riddick, le hizo un rápido gesto con la cabeza, tiró, metió una bola roja y luego cogió su bebida.

Riddick levantó la vista hacia las hileras de botellas tras la barra y volvió a mirar a los viejos borrachos. Sintió que se le derretían las entrañas.

Bertie, que hoy llevaba una pajarita multicolor, salió por una puerta detrás de la barra.

—Inspector Riddick.

Se oyó un fuerte clac y sucesivos golpes sordos cuando varias bolas de billar entraron en las troneras.

—Vengo a hablar con Si.

Bertie asintió.

—¿Otra Coca-Cola?

Riddick apretó los dientes y no respondió.

—¿Algo más fuerte?

—Póngame un vodka doble —dijo Riddick, apartando la mirada avergonzado.

Bertie le guiñó un ojo.

—No se lo diré a nadie.

No importará si lo hace. El artículo de Marianne está a punto de contárselo al mundo.

—No se preocupe por eso, Bertie —dijo, volviendo a mirar al dueño del local.

—Un madero con cojones —dijo Bertie con otra sonrisa burlona —. Creía que esos días ya habían pasado. Me recuerda a Anders…

—*Deje* de hablar ya, Bertie, y ponga la copa. —Dejó un billete de diez libras sobre la mesa.

—Pórtese bien —dijo Bertie, llenando el vaso—. Invita la casa. — Le acercó la bebida.

Riddick la cogió, dejó el dinero en la barra de todos modos y se acercó a Si.

Si estaba preparando un tiro a una amarilla. Miró a Riddick levantando solo los ojos.

—¿Tienes algo para mí?

—¿Como qué?

Si golpeó la amarilla con agresividad. A Riddick le sorprendió que diera en el borde de la tronera y entrara en lugar de salirse.

—La verdad de lo que le pasó a mi Tía.

—Si supiera la verdad, Si, no estaría aquí ahora mismo.

—Qué decepción. Acabo de ignorar tres llamadas de su superiora. Pensé que sería mejor escuchar lo que tenías que decir tú primero. Pensé que serías más comunicativo.

¿Gardner? ¿Por qué te ha llamado?

Riddick también había ignorado un montón de llamadas de ella.

—¿Te ha dejado un mensaje de voz? —preguntó Riddick.

—Sí. Solo me ha dicho que me ponga en contacto con ella.

—Deberías… después de que me vaya.

—Quizá. ¿Pero si tú no sabes nada, lo sabrá ella?

—Es posible. —Riddick le dio un trago largo al vodka con Coca-Cola.

Si esbozó una sonrisa burlona y señaló el vaso en la mano de Riddick.

—¿Sediento? —Apoyó el taco y cogió su propio vaso—. Aunque no ayuda mucho, ¿verdad?

Riddick gruñó.

Si continuó:

—Sigo sintiendo como si mil cuchillas de afeitar me recorrieran cada parte del cuerpo… simultáneamente. Pero supongo que, si alguien lo sabe, eres tú. —Le levantó una ceja a Riddick—. Entonces, ¿cuál es el secreto?

—¿El secreto?

—¿El secreto para que las cuchillas desaparezcan?

—No lo hay, al menos no que yo conozca.

—Joder, Paul. ¿No puedes darme la típica respuesta de que el tiempo lo cura todo?

Él negó con la cabeza.

—Son todo gilipolleces. Te lo advierto ahora, Si: las cuchillas nunca desaparecen. Cada día siguen cortando. Siguen doliendo. Nunca te permitirán sanar. Simplemente vivirás con ello.

Si resopló.

—Vaya, eres justo lo que necesitaba. —Miró las bolas de billar que le quedaban—. Eres la alegría de la huerta, Paul. —Preparó un tiro, pero luego cambió de opinión. Se enderezó, se apretó los ojos con el pulgar y el índice, y respiró hondo. Finalmente, bajó la mano y volvió a su tiro.

Y falló.

Todavía inclinado sobre la mesa, miró a Riddick con rabia.

—Mataré a quienquiera que haya hecho esto.

La pregunta de Ronnie Haller le vino de repente a la cabeza: *¿Por qué sigo vivo?*

Riddick se apoyó en la mesa mientras tomaba otro trago.

—Más despacio, tío —dijo Si, señalando la bebida de Riddick—. No vas a servir para nada.

—Fui a ver a Ronnie Haller.

Si levantó una ceja y finalmente se enderezó de su tiro fallido. Sostenía el taco con ambas manos. Riddick se preguntó si podría descargar un golpe con él si no le gustaba el rumbo de la conversación.

—¿Por qué?

—Porque no he olvidado *quién* es. *Qué* es. Pensé que podría saber algo.

—No tiene sentido. Haller no tuvo nada que ver con Tia.

Riddick asintió.

—Estoy de acuerdo. Está encarcelado y expuesto a represalias. ¿Por qué se arriesgaría?

Si dijo:

—Exacto. Sabe de sobra lo que pasaría.

Porque estáis cortados por el mismo patrón, ¿verdad? Ambos usáis la violencia para comunicaros… para vivir vuestras estúpidas vidas.

Y, sin embargo…

La pregunta de Haller le quemó de nuevo en el cerebro. *¿Por qué sigo vivo?*

Haller le había quitado todo a Riddick. Todo. Y, sin embargo, aquí estaba Riddick, todavía aferrándose a la moralidad. Haciendo lo correcto.

¿Quién era el verdadero tonto en esta sala?

—¿Te sorprende que siga vivo después de lo que me hizo? —preguntó Riddick.

Si ladeó la cabeza y miró a Riddick.

—La verdad es que no.

¿De verdad?

—Sí. Tu mundo es diferente. No creo que sea comparable. Peras y manzanas.

—Explícame a qué te refieres.

Se encogió de hombros. —Supongo que eres fuerte. Creer en tu justicia requiere fuerza. Pero en mi mundo es diferente, Paul. En mi mundo, eso no es justicia. Dejar vivir a ese cabrón es una debilidad. Pero son peras y manzanas.

—Ja —dijo Riddick—. Me siento de todo menos fuerte. ¿Sabes que el gilipollas me preguntó por qué seguía vivo?

Si sonrió con aire de suficiencia. —Ese cabrón siempre ha tenido un don para meterse en la cabeza de la gente. Mi consejo es que te lo saques de la tuya de inmediato.

Riddick se terminó la bebida.

—Bueno, ahora que hemos dejado claro que Haller no le hizo daño a mi niña —dijo Si mientras preparaba el tiro a otra roja—, volvemos a Harvey... —Metió la roja. Apuntó a otra—. Encarcelado o no, no importará. —La metió—. Mundos diferentes, ¿recuerdas?

—Peras y manzanas —dijo Riddick—. Pero como te dije ayer, Si, no me inclino a pensar que Harvey matara a Tia.

—Entonces, ¿por qué *sigue* detenido? Parece que no todo el mundo está de acuerdo contigo.

—Estas cosas son complicadas.

Si apuntó a su última bola. La negra. —A mí me parece bastante sencillo.

—¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo, Si? ¿Crees que no voy a denunciar un posible delito?

—¿Crees que a estas alturas me importa?

Si metió la negra. Se enderezó, se hizo crujir el cuello y dejó el taco de billar sobre la mesa. Se inclinó y se terminó su propia bebida.

—Vale, he sido transparente contigo. Te toca. Háblame de Rhys Hunt —dijo Riddick.

Si se quedó helado y bajó la mirada a su vaso vacío. No dijo nada durante un rato.

—Habla conmigo —dijo Riddick.

Si golpeó la mesa con el vaso vacío. —¿Adónde quieres llegar con esto?

—Haller me dijo que tú y Rhys erais muy cercanos.

—A Haller siempre le gusta remover la mierda. Sí, conozco a Rhys. Es dueño de una cadena de cafeterías nuevas en Harrogate. Mi empresa le hizo las obras. Pero de ahí a ser íntimos amigos hay un trecho.

—Se refirió a vosotros dos como que erais tal para cual.

Si resopló. —Siempre creyó que tenía labia. Lo único que se le daba bien era camelarse a la gente. ¡Y a ti te la ha jugado pero bien! Tienes que espabilar. ¿Por qué iba a ayudarte Haller? Por tu culpa se está pudriendo en una celda.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Rhys?

—Sabes, si no estuviera ocupado con otras cosas, me plantearía visitar a Haller... para cerrarle la boca yo mismo. Pero te aseguro, Paul, que vas por mal camino. Ayudé a Rhys hace un par de años con esas cafeterías, pero la cosa no va más allá.

—¿Tia conocía a Rhys?

—Vas por mal. camino. Y es una enorme pérdida de tiempo. Ya tenéis al hombre, Paul. A Harvey. Nada de lo que dices me convence de lo contrario.

Riddick suspiró. ¿Le estaría tomando el pelo Haller?

Si se sentó en su taburete. —¿Te tomas otra? Invito yo.

—Debería irme, y tú deberías devolverle la llamada a la inspectora jefa Gardner.

—¿Para qué? No tendrá ninguna sorpresa. —Si miró alrededor del pub y suspiró—. Sabes, a Tia le encantaba bailar... y se le daba bien. Empezó en la escuela de danza con tres años. No paro de pensar en ella bailando. No me malinterpretes, verla bailar es uno de mis recuerdos más preciados, pero no consigo quitármelo de la cabeza. Lo tengo en bucle. Dios, parece tan viva cuando yo... da igual.

Riddick asintió. —Por eso has elegido ese recuerdo. Tu mente intenta desesperadamente mantenerla viva. Para mí, es cuando empujaba a mis hijas en el tiovivo. Se volvían locas. No paraban de gritarme que fuera más rápido. Y dale que te pego. Acabé doblado sobre un banco del parque, intentando no vomitar. Pero me encanta ese recuerdo.

—Pero mi recuerdo es... tan... no importa.

—¿Doloroso?

—Sí. Me preocupa que acabe cogiéndole manía.

—No lo harás. El dolor te recuerda que estás vivo *y* que ellas siguen vivas mientras tú lo estés. Con el tiempo, serás capaz de controlar cuándo y cómo experimentas estos recuerdos... hasta cierto punto.

—No creo que quiera olvidarlo nunca.

—No lo harás. Te prometo que no lo harás.

Pasaron varios minutos en los que ambos hombres permanecieron en silencio, perdidos en sus pensamientos.

Riddick veía la boca de Haller moverse. *¿Por qué sigo vivo?* Vio al cabrón sonreír con desdén de nuevo.

—Si, necesito pedirte una cosa.

—¿Dime?

Mientras Riddick formulaba su petición, sintió que se le revolvía el estómago y el corazón le daba un vuelco. Era un camino que nunca imaginó que tomaría. Y ahora lo estaba recorriendo.

Si escuchó su petición y luego lo miró a los ojos durante un instante, antes de decir: —La respuesta es sí. Y no te castigues por esto, Paul. A veces, las peras y las manzanas tienen más en común de lo que creen.

27

Riddick llamó a su tercer taxi del día para que lo llevara al Cuartel General. Una vez que se bajó del vehículo y estuvo en el aparcamiento, llamó a Gardner. A pesar de la insistencia de ella, cargada de juramentos, él se mantuvo firme en su exigencia de que lo pusiera al corriente de sus descubrimientos antes de compartir sus propias experiencias.

Los hallazgos de Gardner lo dejaron de piedra.

El ángulo de Aiden Poole era interesante, pero lo que de verdad le caló hondo fue la conexión entre Si Meadows y Harvey Henfrey.

—¿Crees que Si también sufrió abusos por parte de este Miles Cook? —preguntó Riddick.

—No lo sé. Se lo preguntaría a Si si pudiera encontrarlo.

—Joder, jefa, si lo hubiera sabido, se lo habría preguntado —dijo Riddick, a sabiendas de que estaba a punto de sentir la furia de Gardner.

—¿Que tú qué?

—Lo siento. Acabo de estar con él en el White Bull.

Riddick la dejó desahogarse por su comportamiento impredecible antes de explicarle, con detalle, su experiencia con Ronnie Haller en la cárcel. Y la afirmación de Ronnie de que Rhys Hunt, el empresario afincado en Harrogate, era íntimo de Si, seguida de la réplica de este último ante una mesa de billar de que el preso había enviado a Riddick a una búsqueda inútil.

Gardner se quedó en silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó Riddick.

—Sí… Aún no he tirado el teléfono, pero poco me falta. ¡Joder, Paul! ¿Ronnie Haller? ¿Si Meadows? Está claro que has estado por ahí a tu aire. Podrías haberme llamado o, por lo menos, haber respondido a mis llamadas.

Riddick dijo que lo sentía, pero ella probablemente notó que no era del todo cierto, y terminaron la conversación con la promesa de que Riddick la contactaría después de investigar a Rhys Hunt en el Cuartel General. Gardner, mientras tanto, iba a dirigirse al White Bull para pillar a Si antes de que se fuera y enfrentarlo a aquel fatídico día en la cabaña de los scouts, cuando solo tenía diez años.

Tras colgar la llamada con Gardner, el teléfono de Riddick sonó. Bajó la vista y vio que era Paula Bolton.

Instintivamente, su dedo se dirigió al botón de respuesta, casi olvidando su responsabilidad en su repentina recaída, pero consiguió frenar en el último segundo.

—Que te jodan —dijo—. *No tienes derecho a explicar por qué me vendiste.*

Para rematar, le envió estas mismas palabras por mensaje de texto una vez que el teléfono dejó de sonar.

HABÍAN SIDO VEINTICUATRO HORAS DIFÍCILES, pero la imagen de aquellos dos viejos borrachos en el White Bull lo había inspirado a luchar por volver a dejar la bebida.

Dos tazas de café, solo y sin azúcar, parecían un buen punto de partida.

Mientras se bebía la segunda taza, pensó:

Ronnie Haller.

Marianne Perse.

Ambos le revolvían el estómago a Riddick. Ambos ya habían dañado su vida de forma irreparable, pero ninguno de los dos parecía haber perdido las ganas de seguir haciéndolo.

—Por encima de mi cadáver dejaré que ninguno de los dos me hagáis más daño —dijo en voz alta antes de meterse una tercera taza de café para intentar combatir la embriaguez y el mono.

Luego pasó más de una hora delante del ordenador.

Investigando a Rhys Hunt.

Las similitudes de Rhys con Si eran sorprendentes: chico de clase trabajadora, más avispado que sus coetáneos, y en quien los peces gordos como Ronnie Haller confiaban y de quien dependían. La familiaridad de ambos con los matices de la calle había acelerado sus carreras hasta que ellos mismos se convirtieron en los peces gordos. Si se había apoderado del negocio de la construcción en la zona por todos los medios necesarios, mientras que Rhys había construido su monopolio de bares de vinos y cafeterías, principalmente en Harrogate.

Rhys era más joven que Si, con cuarenta y cinco años, y no tenía hijos. En internet, Riddick vio muchas fotografías de Rhys y su esposa, Lorraine, juntos. Y, aunque Lorraine era bastante guapa, desde luego no era la esposa glamurosa que esperaría que tuviera un hombre de su talla criminal, especialmente uno que se desvivía por llevar los trajes más elegantes y los cortes de pelo más caros.

Investigó los contratos de construcción que la empresa registrada de Rhys le había adjudicado a Si. Riddick no era abogado, pero, a primera vista, todo parecía legítimo. Pero era de esperar, ¿no? Esa gente no era aficionada. Lejos de los papeles de apariencia oficial, se habrán partido cabezas y se habrán pagado sobornos.

Entonces, ¿qué era lo siguiente?

Traer a Rhys Hunt a declarar basándose en un comentario vago de Haller parecería un acto desesperado. Y, aunque no le preocupaba su propia reputación, que de todos modos no tardaría en volver a estar por los suelos, no quería entorpecer la investigación de Gardner.

Sin embargo, no se rindió y dedicó un tiempo a repasar las pruebas que habían acumulado hasta el momento en el HOLMES 2, tratando de encontrar cualquier posible vínculo con Rhys Hunt. Solo cuando decidió volver a echar un vistazo a la grabación de la última

noche de Tia Meadows en el White Bull, la llave que Haller había metido en aquella cerradura por fin giró.

Rhys Hunt había estado allí.

Con el pulso acelerado, Riddick avanzó la grabación.

Negó con la cabeza, incrédulo, al ver a Rhys y a Si jugando al billar juntos, un total de tres veces. Reían, bromeaban y se invitaban a copas. En varias ocasiones, se pasaron el brazo por la espalda como viejos amigos.

¡Si, me estás tomando el pelo de mala manera! Primero omites tu conexión con nuestro principal sospechoso, Harvey Henfrey, y ahora mientes descaradamente sobre tu relación con este hombre.

Riddick negó con la cabeza, asqueado. Aquella grabación daba credibilidad a Haller. ¿Qué se traían entre manos Rhys y Si?

Este no fue el único elemento de la grabación que llamó la atención de Riddick.

En tres ocasiones, Tia Meadows se acercó a la mesa de Rhys para recoger vasos. En cada una de ellas, Rhys dejaba lo que estuviera haciendo —ya fuera hablar, beber o jugar al billar— para saludarla efusivamente y hablarle. Ella nunca llegaba a entablar conversación; esa entrega la tenía reservada únicamente para Aiden Poole, pero estaba claro que conocía muy bien a Rhys. Si acaso, parecía *muy* incómoda y le costaba mantenerle la mirada al hombre.

De nuevo, Riddick recordó su conversación con Si. Le había dicho que creía que su hija ni siquiera conocía a Rhys.

¡Era para no creérselo!

Si Meadows estaba obstaculizando la investigación del asesinato de su propia hija.

¿Y para qué? ¿Para proteger a Rhys? ¿Para proteger algún negocio turbio? ¿No debería haberlo superado ya?

Llamó a Gardner. —¿Has encontrado a Si?

—No, ya se había ido del White Bull —dijo Gardner—. Estoy de camino al Cuartel General. ¿Qué has averiguado de Rhys Hunt?

Se lo contó. —Entonces, tenemos que ir a ver a Rhys.

—Sí.

—He tenido problemas para arrancar el coche, así que he venido en taxi. —Se estremeció al mentir—. ¿Puedes recogerme en el

aparcamiento? Su casa no está lejos de aquí.

28

Gardner esperó en el aparcamiento del Cuartel General a que Riddick se subiera al coche con ella. Recelaba de él y no pudo evitar mirarlo de arriba abajo, pero, a decir verdad, no parecía borracho.

—Supongo que has pedido cita en el taller para el coche, ¿no? —preguntó Gardner.

Riddick asintió, pero evitó mirarla a los ojos. —Aun así, tardarán un par de días. En el taller Forge están hasta arriba de trabajo. Vendrán a por él con la grúa en cuanto puedan.

¿Por qué me mientes? Abrió la boca para expresar su molestia, pero se contuvo. Si estaba bebiendo, al menos no conducía bebido. No sería suficiente para salvar su carrera, pero podría salvar algunas vidas y evitar que fuera a la cárcel. Suspiró para sus adentros. —¿La dirección de Hunt?

Riddick se la dijo y ella la introdujo en el GPS.

—¿Crees que tenemos algo entre manos? —preguntó Gardner al salir del aparcamiento.

—Bueno, no te fíes de mi palabra; mira tú misma la grabación de vídeo.

—Eres mi subdirector de investigación, ¿por qué no iba a fiarme de tu palabra?

—Porque todo esto ha surgido de Ronnie Haller y dudas de él; se te nota en la cara.

Olvida a Ronnie Haller; de quien dudo es de tu salud mental, Paul. —¿Y con razón, quizá?

Él suspiró. —Supongo. Sí. Porque si hay alguien que quiere que me meta de cabeza en un avispero, ese es Haller.

—Pues a partir de ahora déjame meterme contigo en todos los avisperos —dijo Gardner—. Así te cubro las espaldas. Supongo que conoces a Si mejor que la mayoría después de vuestro cara a cara en el White Bull. Como todavía no puedo preguntárselo a él, ¿te aventuras a adivinar por qué nos ocultaría su historia con Harvey?

—¿Por dónde empezar? —dijo Riddick—. Es un extorsionador rico y de éxito; querrá mantener ese momento de cobardía lejos del conocimiento público.

—Pero solo tenía diez años. ¿Cuenta como cobardía cuando eres tan joven?

—¿Lo verá él así? No. Lo verá como una debilidad. Y a eso añádele el hecho de que sentía algo, incluso a una edad muy temprana, por alguien de su mismo sexo, algo que no querrá pregonar a los cuatro vientos.

—Entonces, ¿todo esto se reduce a la testosterona y la imagen? —preguntó Gardner.

—No sería la primera vez, ¿verdad?

—La verdad es que me sorprende que no lo haya soltado todo. El otro día, cuando lo vimos, Si parecía abatido. Desde luego, tenía pinta de estar harto. Nos confesó su sexualidad, así que ¿para qué molestarse en ocultar lo de Harvey? En serio, no creo que le sirva de nada. Si dejó que Miles maltratara a Harvey. A la Fiscalía le va a encantar esto. El móvil de Harvey está ahí. Claro como el agua. Venganza.

—A menos —dijo Riddick, abriendo mucho los ojos— que Si esté esperando el momento oportuno. Que lo mantenga en secreto con la esperanza de que Harvey no permanezca a buen recaudo y se vuelva vulnerable...

—No te sigo...

—Creo que Si quizá esté pensando en otro tipo de justicia.

Gardner negó con la cabeza. —¿No le queda demasiado que perder?

—No —dijo Riddick—. Ya lo ha perdido todo. Confía en mí, lo sé.

—Supongo que podrías tener razón —Gardner suspiró—. Bueno, al menos Harvey sigue a buen recaudo y es probable que siga así en un futuro previsible.

Gardner puso el intermitente a la derecha y se detuvo en un semáforo.

—No has dicho gran cosa sobre Aiden Poole —dijo Riddick.

—Del mismo modo que no me cuadra que Harvey la matara, tampoco me cuadra que fuera Aiden. Es por la forma en que ambos hablan de ella. Estaban completamente fascinados por ella. Parece que Tía tenía un don para cautivar el corazón y el alma de la gente.

—¿Detectaste algún posible móvil ahí?

—Aiden odiaba a Si, y mucho. Era un obstáculo para su relación, incluso si Si nunca se enteró de lo suyo. Pero atacarías al obstáculo, ¿no?, no a la mujer que adorabas.

—¿A menos que Si sí se enterara? —dijo Riddick—. ¿Quizá Si amenazó con poner fin a su relación y, ya sabes, él es intocable? Tal vez Aiden pensó: «si no puedo tenerla, nadie la tendrá»...

No sería la primera vez que me encuentro con eso, pensó Gardner. *Pero no.* Por más que lo intentaba, no podía hacerse a la idea de que Harvey o Aiden fueran culpables. Las miradas soñadoras en sus rostros mientras hablaban de Tia, el tono de adoración en cada palabra que usaban sobre ella, la desesperación que ahora sentían... No, la culpa tenía que estar en otra parte.

¿O es que acaso albergaba la esperanza de que así fuera?

¿Era demasiado trágico pensar que alguien que sentía tanto amor por otra persona pudiera usar un cinturón contra ella antes de matarla a golpes con un ladrillo?

—Pero algo raro pasa con esos feriantes —continuó Gardner—. Y no me refiero solo a Aiden. El que está al mando, Tommy Byrne, parece tener sus propios planes. A ver, no me sorprende que quieran mantenernos al margen —lo harían en el mejor de los casos—, pero sí que siento que oculta algo. Tommy le advirtió a Aiden que se alejara de Tia porque sabían que Si Meadows sería un problema. Sin embargo, él siguió viéndola. ¿Cómo es que lo dejó pasar? Me da que las seiscientas libras que Tia sacó del cajero automático tuvieron

algo que ver. ¿Acaso Tommy empezó a ver a Tia como una fuente de ingresos en lugar de como un problema?

—Es posible —dijo Riddick encogiéndose de hombros.

Gardner puso el intermitente para girar a la derecha. —Ya casi estamos. Recuerda, déjame llevar la voz cantante en esto.

—¿Acaso no lo haces siempre?

—Me dijiste que te preocupaba que Haller te estuviera tendiendo una trampa de alguna manera. Esta entrevista tiene que ser lo más comedida posible.

—De acuerdo.

Riddick observó el pomo de la puerta, intrincadamente tallado con la imagen de cuatro mujeres semidesnudas empujando una canoa por un arroyo, y demostró su habitual nivel de tolerancia. —¿Qué narices le pasa al mundo? —se hizo a un lado y le indicó a Gardner con un gesto que llamara a la puerta.

—Es arte —dijo Gardner, llamando a la puerta.

—A mí me parece pornográfico, sin más.

Gardner sonrió, preguntándose a qué extraña pornografía se estaría sometiendo Riddick, cuando una mujer de mediana edad, con el pelo castaño, largo y rizado, abrió la puerta. No llevaba maquillaje y su vestido de estampado psicodélico había conocido días mejores. Era una mujer corpulenta, pero estaba claro que no estaba gorda. Parecía muy fornida y musculosa.

Tras confirmar que era Lorraine Hunt y mostrarle su identificación, Gardner le preguntó si Rhys estaba en casa.

—Sí. Pasen, por favor.

Los condujo a un salón impresionante que tenía su propio bar y daba a un jardín tan espectacular que se podría alquilar para bodas pequeñas. Mientras Lorraine salía del salón para ir a buscar a su marido, Gardner miró a Riddick y dijo:

—Si y Rhys tienen gustos parecidos en cuanto a diseño de interiores.

—Buenas noticias —dijo Riddick—. En el futuro, cuando compartan celda, no tendrán que discutir por la decoración.

Vio cómo Riddick se acercaba a la repisa de la chimenea.

—¡Fíjate en esto!

Gardner se puso a su lado. Había una foto de una Lorraine mucho más joven sosteniendo un trofeo. Llevaba un bikini; su cuerpo era incluso más corpulento que ahora. La definición de sus músculos se veía acentuada por el aceite que cubría su piel.

—Una culturista —dijo Riddick.

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo Lorraine desde detrás de ellos.

—Impresionante. —Gardner se giró—. ¿Ha ganado muchas competiciones?

—Un par de ellas, cuando era más joven. —Flexionó un bíceps—. Pero la edad y las responsabilidades nos alcanzan a todos.

Gardner observó su impresionante bíceps.

—A mí me parece que todavía está usted en forma.

—Hago lo que puedo… cuando puedo.

Riddick se apartó de la foto. De repente, parecía impaciente.

—¿Va a bajar Rhys?

—Lo he llamado. Está en una conferencia de trabajo. No tardará. —Se movía con rapidez y elegancia, y parecía tener una sonrisa permanente en la cara, como si estuviera bajo los efectos de alguna droga recreativa. Se sentó en el mismo sofá que Gardner y Riddick, a su lado. Gardner bajó la vista; iba descalza y lucía un gran tatuaje de un águila en el tobillo.

—Siempre está trabajando, ¿saben? Hubo un tiempo…, hace mucho, antes del negocio, que nos divertíamos mucho… —Le dio una palmadita en la pierna a Gardner. Siguió sonriendo a pesar del tono triste de su voz.

Sintiéndose de repente incómoda por el extraño comportamiento de Lorraine, Gardner le devolvió la sonrisa.

—¿Cree que tardará mucho? Andamos mal de tiempo.

—No, no. No tardará nada, se lo prometo —dijo Lorraine, rebuscando debajo de la mesita de centro.

Lorraine sacó un álbum de fotos y lo abrió sobre la mesa.

—Festivales —dijo—. Vivíamos para ellos. Mags, la de al lado, vivía para irse de vacaciones al Caribe. Nosotros no. Barro y música, eso era lo que nos daba la vida… Érase una vez.

Señaló varias fotografías de ella y Rhys cuando apenas habían salido de la adolescencia. En algunas, estaban cubiertos de barro. En otras, holgazaneaban al sol con vasos de plástico llenos de cerveza en la mano, fumando unos cigarrillos liados de aspecto dudoso.

—Glastonbury, Reading, Donnington… Fuimos a todos.

—Parece divertido —dijo Gardner, mirando a su derecha hacia Riddick, que no podía parecer menos interesado.

Lorraine señaló una fotografía de una tienda de campaña aplastada. Tres jóvenes estaban tumbados a su alrededor. Lorraine no era una de ellos y Gardner supuso que debió de ser la fotógrafa.

—El viento —dijo Lorraine—. Esa noche tuvimos que dormir bajo las estrellas.

—Suena romántico —dijo Riddick.

Ya ha llegado a su límite, pensó Gardner, fulminándolo con la mirada.

Él asintió para demostrar que se había controlado.

Gardner se volvió de nuevo. Se planteó sondear a la soñadora esposa sobre la conexión de Rhys con Si, pero decidió que era mejor dejarla con su nostalgia en lugar de crear tensiones antes de la llegada de su marido.

—Espere. ¿Puedo verlo, por favor? —preguntó Riddick.

—Claro —dijo Lorraine, pasándole el álbum de fotos por encima del regazo de Gardner.

Gardner se giró y vio cómo a su compañero se le abrían los ojos de par en par al mirar a los adolescentes que fumaban porros. Señaló a uno de ellos.

—Ese es Si Meadows, ¿verdad?

Gardner miró. Riddick tenía razón. Más joven, con aspecto de alfeñique, pero sin duda era Si.

Lorraine asintió.

—Sí, y Priscilla.

Priscilla. Su exmujer. La que se había fugado a Grecia cuando Tia tenía siete años. Todavía no la habían localizado.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada, antes de que Riddick preguntara:

—¿Qué relación tenían ustedes cuatro?

—Éramos los mejores amigos.

—¿De verdad? —dijo Riddick—. ¿Los mejores amigos?

Gardner percibió la ira en el tono de voz de su segundo director de investigación. Estaba claro que no le hacía ninguna gracia el continuo engaño de Si.

—Éramos —dijo Lorraine—. Esto fue hace mucho tiempo. Desde que su matrimonio se rompió, ya no soporto a Si. ¡Es un arrogante!

Y Rhys, ¿sigue soportándolo? —preguntó Gardner.

Lorraine se encogió de hombros.

—Tendrá que preguntárselo a él.

—¿Sabe usted dónde está Priscilla? —preguntó Gardner.

—Lo siento, no. Se fue hace tanto tiempo… Por lo que oí, conoció a alguien en Grecia. No podía seguir viviendo con Si. Ese hombre era tan controlador… Qué historia tan triste. Esa pobre niña, Tia. Todavía le enviamos regalos.

—¿Regalos? —dijo Riddick. Ahora parecía más sorprendido que enfadado.

—Saben que somos sus padrinos, ¿verdad? —preguntó Lorraine.

Gardner abrió los ojos como platos.

—No, no lo sabíamos. —Gardner miró a Riddick y luego de nuevo a Lorraine—. Es usted consciente… ¿verdad, señora Hunt?

—¿Consciente de qué?

—¿De lo que le pasó a Tia?

Al principio, pareció confundida, como si no lo supiera, pero luego su rostro se ensombreció, como si lo recordara de repente.

—Sí. Dios. Qué horror. Qué pérdida tan grande. —Se le formó una lágrima en el ojo.

Esta mujer no está bien.

Gardner miró a Riddick. La expresión de su rostro confirmó que estaba pensando algo parecido. Se alegró de que no hubiera verbalizado esos pensamientos, porque podía garantizar que lo habría hecho con poco o ningún tacto.

—Solo puedo imaginar el dolor que sienten sus padres —dijo Lorraine. Se llevó una mano a la boca—. ¿Lo sabe Priscilla?

A no ser que lea la prensa británica en Grecia, pensó Gardner.

—¿Imaginar el dolor de quién? —preguntó un hombre desde la puerta.

—De los padres de Tia —dijo Lorraine—. Perder a una hija.

Rhys era un hombre apuesto y le gustaba lucir su dinero, y lo hacía bien. Pelo peinado y arreglado, un traje elegante, gemelos relucientes y la pieza central: el Rolex pulido.

—¿Por qué iba a querer imaginarlo? Es horrible. —Evaluó con la mirada a Gardner y luego a Riddick. Mantuvo los ojos fijos en este último—. Tienen que encerrar a ese recluso de por vida.

—Soy el inspector Paul Riddick. Disculpe, pero ¿podría decirme a quién se refiere?

Rhys se rio a carcajadas. —No se haga el tonto, inspector. Sabe de sobra a quién me refiero. Harvey Henfrey. Está en todos los puñeteros periódicos.

—Señor Hunt..., soy la inspectora jefa Emma Gardner. —Esperó a que él consiguiera volver a mirarla—. *Sí. Yo estoy al mando. Una mujer. Supérelo.* —Que esté detenido no significa que sea culpable.

—¡La encontraron en la puerta de su puñetera casa!

Gardner maldijo para sus adentros a la prensa. Periodistas como Marianne Perse de verdad que les complicaban el trabajo.

—Y, según los periódicos, es un caso cerrado —dijo Rhys—. Entonces, ¿por qué están aquí?

—Olvídese de los periódicos, señor Hunt —dijo Riddick—. Que algo se presente como real no siempre significa que lo sea. Así que volvamos a la realidad.

Ahora no, fiera, pensó Gardner. *Empecemos con calma.*

Rhys se acercó al bar, hablándoles por encima del hombro. —Bueno, si lo que yo digo es mentira, entonces lo que dice *todo el mundo* es mentira. Miren, era nuestra ahijada, estamos desolados. ¿Cómo podemos ayudar? Si podemos ayudar, lo haremos.

—¿Podría venir y sentarse entonces, por favor? —dijo Gardner.

—Sí..., un momento. —Continuó su camino hacia el bar.

Su cargo no significaba nada para un hombre con su fortuna.

—No tenemos tiempo para esto, señor Hunt —dijo Riddick.

Se detuvo y se giró ante la orden de Riddick.

Entonces no era su cargo. Era simplemente otro cabrón misógino en una larga lista de tantos otros.

—Porque —dijo Gardner, perdiendo la paciencia e interrumpiendo a Riddick—, como suele ocurrir en muchas investigaciones de esta naturaleza, hay *otras* personas de interés.

Su respingo indicó que había detectado el tono acusador de ella. —¿De acuerdo? ¿Puedo al menos servirme una copa? ¿Por favor?

Gardner respiró hondo y asintió. Al menos podría calmar un poco a aquel idiota arrogante.

Se sirvió un vaso grande de whisky en el bar. —Bueno, pregunten lo que quieran.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Tia Meadows? —preguntó Gardner.

—No me acuerdo. Puede que me cruzara con ella por el pueblo hace varios meses...

—Mire, vamos a aligerar esto —dijo Riddick. La impaciencia y la frustración en su voz eran evidentes—. La vio la noche que murió, en el White Bull. Tenemos la grabación. No voy a seguir con estos jueguecitos, señor Hunt. Me parece que hay un número creciente de personas implicadas en esta investigación que están subestimando enormemente nuestras capacidades...

Gardner extendió la mano por detrás y le dio un golpecito a Riddick en la pierna.

—Así que, intentémoslo de nuevo, señor Hunt —prosiguió Riddick, suavizando la voz—. ¿De qué hablaron en el White Bull?

Rhys dejó el vaso y suspiró. —De todo y de nada. Era mi ahijada. Me alegré de verla y se lo dije. Sinceramente, antes de eso, había pasado tiempo. Ni siquiera sabría decirle cuánto. ¿Medio año? ¿Quizá más? Le envié regalos por su cumpleaños hace varios meses.

—¿Pero usted es uña y carne con su padre, Si Meadows? —preguntó Riddick.

—Érase una vez, sí.

—No... creo que siguen siéndolo —dijo Riddick.

Rhys dio un buen trago a su whisky. —¿Eso cree? ¿Quién le ha dicho eso?

—He visto la grabación, recuerde.

—¿De dos viejos amigos tomándose una copa y recordando viejos tiempos? No es algo habitual. No somos para nada uña y carne.

—Vamos, Rhys —dijo Lorraine—. Sabes que no es verdad. Deberíamos intentar ayudar.

Rhys abrió los ojos como platos. La miró fijamente. Se quedó con la boca ligeramente abierta.

—Señora Hunt —dijo Gardner, volviéndose hacia Lorraine—, ¿podría explicar a qué se refiere...?

—No —dijo Rhys—. No puede. De hecho, preferiría que saliera de la habitación. A menos que sospechen de ella. ¿Lo hacen? —Hizo una pausa—. No... no lo creo. Miren, les diré una cosa. Lo que sea que mi mujer haya dicho antes de que yo entrara en la habitación, y lo que sea que diga ahora, tiene muy poco valor. No le haría caso.

Gardner miró a Lorraine. Ella miraba al frente, sonriendo.

Rhys dijo: —Está bajo tratamiento médico... lleva un tiempo así.

Lorraine entornó los ojos, pero seguía sonriendo.

—Han sido un par de meses duros —dijo Rhys, asintiendo—. Con cambios de medicación y cosas así...

—Te odio —dijo Lorraine, negando con la cabeza.

—Muchos efectos secundarios también —terminó Rhys.

Lorraine tocó la mesa y miró a Gardner y a Riddick. Por fin había dejado de sonreír. —Hubo un tiempo, como he dicho, hace mucho. Éramos felices. —Se puso de pie—. Hace mucho, mucho tiempo.

Se inclinó y apretó el hombro de Gardner. —Espero que encuentre a quien hizo esto. Por Tia. —Luego salió de la habitación.

Gardner miró a Rhys, horrorizada de que hubiera hablado con tanta crueldad sobre su esposa. No todo iba bien en ese matrimonio, y ahí tenía a un cabrón de los que hacen época.

Rhys se encogió de hombros. —Se le pasará. Uno de los efectos secundarios. Se olvida de nuestras conversaciones.

—Yo diría que es un efecto secundario muy afortunado —dijo Riddick.

—Es usted bastante engreído, ¿lo sabía? —dijo Rhys, respondiendo a Riddick con un tono cáustico—. ¿Sabe que es una mujer enferma? ¿Tiene alguna idea de lo que he tenido que sufrir?

¿Tú?, pensó Gardner. *¿Y ella qué?*

Riddick dijo: —Puede que quiera pintar este cuadro de usted y Si como conocidos lejanos y convencernos de que su mujer sufre algún tipo de delirio, pero acabo de ver pruebas fotográficas en su álbum de fotos de que ustedes cuatro formaban la pareja doble más feliz desde ABBA. Así que, antes de que deje de hacer esto por las buenas, señor Hunt, y lo escolte hasta la comisaría para un interrogatorio formal, asegurándome de armar suficiente jaleo al hacerlo como para que a la Mags de al lado se le vaya la lengua, ¿puede decirnos qué está pasando entre usted y Si Meadows?

Directo, pensó Gardner. *Como siempre. Esto podría salir de una de dos maneras... Que nos eche, nos dé con la puerta en las narices y llame a su abogado... O...*

—De acuerdo. —Suspiró—. Somos colegas. Siempre lo hemos sido, siempre lo seremos. ¿Y qué?

Entonces, la segunda opción, pensó Gardner. *Gracias a Dios.*

—De todos modos, no significa mucho en esta situación —continuó Rhys, acercándose al sofá sin el pavoneo con el que se había acercado al bar. Suspiró antes de sentarse, agitando la bebida en su vaso.

—¿A qué tanto cuento entonces? —preguntó Riddick.

—Porque a veces contrato sus servicios. Nos interesa presentar una relación puramente profesional. Las apariencias importan en mi trabajo.

—No parecía que estuvieran manteniendo su relación en secreto la noche que murió Tia —dijo Gardner.

Rhys se encogió de hombros. —Unas cuantas copas y uno se olvida de las precauciones, ya saben cómo es. Además, es el White Bull. Nadie que importe bebe allí. Principalmente feriantes y viejos borrachos.

—Entonces, ¿admite que su relación con Si Meadows daría que hablar? ¿Qué se han traído entre manos exactamente? —dijo Gardner.

—Joder. —Rhys se encogió de hombros—. Sinceramente, no es lo que parece. Es como ya he dicho. Solo queremos mantener la apariencia de que nuestra relación es puramente profesional. ¿Necesito un abogado?

—Me temo que sí —dijo Riddick.

Rhys maldijo por lo bajo. —Mire, usted está aquí por algo que no tiene nada que ver. La muerte de Tia no está relacionada con nuestra amistad. En absoluto.

—De acuerdo —dijo Riddick—. Sea *totalmente* transparente sobre su relación con Si, más allá de la idea de que sea puramente profesional. Así podremos dar el tema por zanjado.

Rhys suspiró y empezó a hablar. Contó su juventud juntos. A instancias de Riddick, también mencionó el breve periodo en que «trabajaron» para Ronnie Haller haciendo «chapuzas» que eran «totalmente legales». Gardner se dio cuenta de que Riddick apretaba los dientes y tamborileaba con el pie con impaciencia durante esa parte.

Finalmente, Rhys llegó al tormentoso divorcio de Si y Priscilla unos trece años atrás, y al hecho de que la amistad de Lorraine y Si se había ido al traste como consecuencia. —Pero sí, mantuve el contacto con Si. Le enviábamos regalos a Tia, como ya le he explicado, pero aparte de alguna que otra copa en el White Bull cuando la veía, el contacto era mínimo. Y la apariencia de una relación profesional con Si es crucial. Debe entender cómo piensa la gente en nuestro mundo. Para Hunts Ltd es más fácil si otras empresas no creen que doy un trato preferencial a las compañías de Si. Tengo que presentarme como imparcial al ofrecer contratos, o enseguida puedes empezar a quedarte muy solo. Por muy bien que nos haya ido juntos a Si y a mí, no quieres cerrarte todas las demás puertas, así que reparto un poco el pastel y disipo cualquier idea de favoritismo. Puede que algún día ya no nos tengamos el uno al otro, ¿y entonces qué? Mostramos vulnerabilidad y entonces..., bueno, eso podría ser peligroso.

—Ha dicho que el contacto con Tia era mínimo —indagó Riddick —. Sin embargo, se le veía muy contento en esa grabación cuando

la vio..., y ella parecía bastante incómoda. ¿Qué debo interpretar de eso?

Rhys arrugó la cara. —No sé a qué se refiere. Me alegré de verla. En cuanto a ella, bueno, los jóvenes a veces son así. Tímidos con sus mayores. La verdad es que no sé a dónde quiere llegar con todo esto.

Gardner tomó notas. Miró de reojo a Riddick. No parecía convencido con la explicación de Rhys; claro que Riddick nunca parecía convencido con nada.

—¿Qué le regaló por su cumpleaños? —preguntó Riddick.

Rhys negó con la cabeza. —¿Lo dice en serio, inspector?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a decirlo?

—Dinero..., cien libras o así, creo. Para que se diera un capricho.

—¡Yo estaría mucho más contento de ver a alguien si me diera cien libras! —dijo Riddick.

Rhys puso los ojos en blanco. —¿Sabe que su padre está forrado? Dudo que cien libras la impresionaran demasiado.

—Volvamos a la noche en cuestión —dijo Gardner—. ¿Adónde fue después del White Bull?

—A casa, por supuesto. Hice que Lorraine me recogiera. Ella se lo confirmará.

—¿Lorraine? ¿No está bajo tratamiento médico y con un cambio de medicación? —preguntó Riddick.

Rhys sonrió con desdén. —Todavía puede conducir; probablemente no debería, pero, oye, yo no soy el médico.

—Aun así, ¿probablemente sería más seguro coger un taxi? —dijo Riddick.

—Intenté llamar a uno, pero estaban todos ocupados en Harrogate —dijo Rhys.

Chorradas, pensó Gardner. *Seguro que al que mejores propinas da en la ciudad no le costaría encontrar un taxi.*

Gardner se dio cuenta de que Riddick había sacado el móvil del bolsillo y estaba mirando la pantalla. Cuando intentó ver qué hacía, él lo apartó de su vista. —Si me disculpan un momento —dijo Riddick—. Tengo que hacer una llamada.

—¿Ahora? —preguntó Gardner.

—Sí, te lo explico en un momento. Podría ser relevante.

Salió de la habitación.

—Ese tiene un aire de resentido que no puede con él —dijo Rhys.

Para ser justos, los mejores policías suelen tenerlo. —No le gusta la obstrucción a la justicia, señor Hunt. Cree que algunos de nuestros testigos, incluido el presente, no han sido tan transparentes como podrían haberlo sido, dada la naturaleza traumática de este caso.

—No tengo nada que decirle sobre lo que le pasó a Tia. —Se llevó la mano al pecho—. Se lo aseguro. Sí, era el mundo para mí, no lo negaré, pero rara vez la veía. Su padre y yo pensamos que era mejor así. —Sonó el timbre ahogado de un teléfono móvil—. Lo siento. —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su móvil. Gardner se percató de que el timbre seguía sonando ahogado, a pesar de haber sacado el teléfono del bolsillo.

El rostro de Rhys palideció al reconocer el teléfono inactivo en su mano.

—¿Tiene otro teléfono, señor Hunt?

La miró. —Sí.

Metió la mano en el otro bolsillo de la chaqueta y sacó un segundo móvil; esta vez el timbre sonó más nítido.

—Si necesita cogerlo, podemos esperar —dijo Gardner.

—No hace falta, ya lo atenderé luego. —Cortó la llamada.

—¿Cuántos teléfonos tiene, señor Hunt? —preguntó Gardner.

Él la fulminó con la mirada. —¿Cuántos tiene usted? ¿No es habitual tener uno personal y otro del trabajo?

Gardner asintió. —¿Dos, entonces?

—Sí —dijo Rhys. El teléfono empezó a sonar de nuevo—. Mierda. —Volvió a cortar la llamada.

—¿Quizá sea importante? —dijo Gardner—. Siéntase libre de contestar.

—No, está bien... —El teléfono sonó una tercera vez—. ¡Maldita sea!

—Conteste al teléfono, por favor —dijo Riddick desde el umbral de la puerta.

—No, yo..., de verdad que no es necesario —dijo Rhys, finalizando la llamada.

Riddick entró en la habitación, pulsando algo en su propio móvil.

Gardner observó el dedo de Rhys recorrer el lateral del teléfono, buscando el botón de apagado. Su móvil sonó de nuevo justo antes de que lo apagara.

Silencio.

Rhys miraba hacia abajo, negando con la cabeza.

—Es extraño —dijo Riddick—. Cada vez que llamo a este número sin registrar que encontramos en el registro de llamadas de Tia, su móvil parece sonar.

Más pálido que nunca, Rhys se guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Creo que podría ser su número? —preguntó Riddick.

—Quiero un abogado.

—Considerando la poca frecuencia con la que veía a Tia —dijo Gardner—, desde luego hablaba mucho con ella. Más de diez veces solo este mes, según ese registro.

—¡No voy a decir nada más hasta que tenga un abogado!

—¿Podría pedirle que se reúna con usted en comisaría? —dijo Gardner—. Creo que lo mejor es que le tomemos declaración oficial.

29

Tras interrogar a Rhys Hunt en presencia de su abogado, Gardner y Riddick regresaron para dirigir la reunión informativa e informar a su equipo.

Gardner se sentía agotada y, por mucho que lo intentaba, no podía evitar que su mente volviera al momento en que vio a Jack y a Rose en el club de rugby, mirando fijamente el campamento de los feriantes.

¿Un paseo inocente, quizá? ¿Una niña inocente preguntándole a su padre por qué había tantas caravanas en una misma zona? ¿O había algo más siniestro en juego? ¿La había estado siguiendo Jack? Y si era así, ¿por qué?

Al darse cuenta de que tenía los ojos de muchos agentes ansiosos puestos en ella, y de que estaba más distraída que un niño en un salón recreativo, le cedió las riendas a Riddick, que hizo un trabajo magnífico resumiendo la creciente lista de sospechosos, que, tras el par de horas anteriores, había aumentado a cinco.

—Nuestro hombre, Harvey —dijo Riddick, dando un golpecito a la foto del solitario que vivía junto al lago. Repasó todo lo que tenían sobre él, antes de concluir con el móvil—. Podría tenerle ganas a Si Meadows después de que lo abandonara a merced del pedófilo, Miles Cook, cuando eran niños.

O'Brien dijo:

—Hace mucho tiempo de eso, ¿por qué esperar hasta ahora?

—Aun así, es un móvil sólido —dijo Rice—. Y tenemos las pruebas. ¿La presencia de Tia en su inmunda ratonera? ¿El monedero? Pero bueno, quién soy yo para quejarme. —Se cruzó de brazos—. Necesito las horas extra.

—Tampoco hay localización de Miles Cook —dijo Riddick—. Se fue de Knaresborough después del juicio y se denunció su desaparición en Blackburn, Lancashire, hace más de veinte años. Ahora se le presume muerto.

—No es una gran pérdida —dijo Rice.

Riddick asintió y luego resumió lo del padre de Tia antes de que O'Brien añadiera:

—Es un homosexual reprimido. Y la imagen lo es todo para un hombre como Si. La violencia no le es ajena y podría hacer cualquier cosa para proteger su reputación.

—¿En el hampa de Knaresborough? —preguntó Rice, con las palabras teñidas de sarcasmo.

Riddick replicó:

—¿Te has olvidado de Anders? ¿De Neil Taylor? Venga, Phil. Sabes que este sitio es peor de lo que muchos creen.

Rice se encogió de hombros.

—¡Oportunistas! No es que haya unos bajos fondos oscuros.

El sarcasmo displicente que era la seña de identidad de Phil Rice sacó a Gardner de su distracción. En lugar de reprender al irritante sargento detective, señaló al siguiente sospechoso.

—Tommy Byrne, líder del campamento de feriantes. —Repasó lo que sabía de él, que, según se dio cuenta, era muy poco. A primera hora de mañana le esperaba un interrogatorio más a fondo—. Es odioso. No quería que Tia Meadows fuera allí porque le preocupaba que Si creara problemas a su campamento. —Miró a Rice al decir la siguiente parte—. ¿Una reputación temible para ser un *oportunista*? Esto me ha hecho preguntarme por las seiscientas libras que Tia retiró durante esos tres días. ¿Sobornaron a Tommy? O, peor aún, ¿quizá Tommy simplemente se quitó a Tia de en medio por completo antes de que su padre pudiera enterarse?

Recuperando la concentración y la confianza, Gardner continuó con su resumen sobre Aiden Poole.

—Encaprichado es quedarse corto, pero el amor es una montaña rusa, como todos sabemos, así que tenemos que investigar más a fondo.

—¿Quizá Tia rompió con él? —sugirió Barnett—. El rechazo es un detonante poderoso.

—Estoy de acuerdo, por eso necesito un montón de delicadeza... así que te he encargado a ti que vuelvas a encargarte de él por la mañana, Ray.

—Que entre el gigante bueno —dijo O'Brien y sonrió.

—No soy tan bueno. —Barnett frunció el ceño.

O'Brien alargó la mano y le acarició la cabeza rapada.

—Venga, venga, gatito.

Barnett sacudió la cabeza para quitarse la mano de O'Brien de encima y luego miró al frente con expresión confusa, como si intentara determinar si era un cumplido o no.

Al equipo aún le quedaba por oír hablar de la última persona de interés, el padrino de Tia, Rhys Hunt. Gardner le devolvió la palabra a Riddick para este. Omitió la parte relativa a su visita a Haller.

—Otro empresario inmoral —dijo Barnett.

—Capitalismo, nene —dijo Rice—. Es un afrodisíaco para las ratas. Hace que se reproduzcan.

Gardner lo miró. «*¿Tienes que tener una opinión polémica sobre absolutamente todo, Phil?*».

—Lo trajimos y le tomamos declaración —continuó Riddick, ignorando a Rice—. Pero no lo retuvimos... las llamadas telefónicas regulares con tu ahijada no son un delito.

O'Brien dijo:

—¿Y qué me dices de un teléfono secreto y de las constantes mentiras sobre el contacto que tenía con ella?

—Es irritante y sospechoso, pero no va a llevarlo a la cárcel. Sin embargo, a mis ojos, acaba de convertirse en una persona de gran interés.

Rice dijo:

—¿Tú crees? ¿Diez llamadas en la última semana? O sea, ¿cuál fue su excusa?

—Que se llevaban a las mil maravillas —gruñó Riddick—. Aunque desde luego no lo parecía en la grabación del White Bull.

—¿Con qué frecuencia eran las llamadas antes de eso? —preguntó O'Brien.

—Las había. Pero mucho más esporádicas. Se remontan a un año, una o dos a la semana, y luego desaparecen por completo antes del verano pasado. Aumentaron en los últimos siete días.

—Se la estaba tirando —dijo Rice—. Ella rompió con él y entonces él la acosó, de ahí su reacción incómoda en el White Bull.

—¿Su ahijada? —dijo Barnett—. Qué asco.

—¿Ah, sí? No son familia —dijo Rice.

—Estoy seguro de que la Iglesia no estaría de acuerdo —dijo Barnett—. Para ellos sería una abominación.

—¿Tú vas a la iglesia? —preguntó Rice.

—No —dijo Barnett—. Pero sigue siendo asqueroso. Él está en una posición de responsabilidad.

—No es profesor —dijo Rice.

—Vamos a comentárselo a Si a ver si comparte tu opinión —dijo Barnett.

—Mejor no —dijo Gardner—. Sin embargo, puede que haya algo de verdad en lo que acaba de decir Phil. Con razón o sin ella, es posible que esa relación se produjera. Y no nos olvidemos del embarazo de Tia. El padre obvio es Aiden, pero ahora también tenemos a Rhys como posible padre. Y si es Rhys, ahí mismo tenemos un móvil: ocultarle la verdad a Si. He solicitado las pruebas de ADN del bebé para averiguar quién es el padre. Con suerte, los resultados nos llegarán mañana.

Inevitablemente, centrar su debate en los cinco sospechosos desató un aluvión de hipótesis y sugerencias. La conversación continuó, sin tregua, durante un buen rato. Gardner agradeció la distracción de la preocupación que le causaba la presencia de su hermano en el campo de rugby, pero notaba un latido en la sien que rápidamente se volvió más doloroso bajo el rápido y fuerte murmullo de las voces.

Cuando dio por finalizada la reunión, señaló las tareas para el día siguiente, sujetas con chinchetas a la pizarra, con una advertencia.

Mientras todos durmieran, ella probablemente estaría dándole vueltas a la Operación Día Radiante hasta altas horas de la madrugada, y las tareas estaban sujetas a cambios. Sin embargo, si alguien quería adelantarse, ahí tenía una posible ventaja.

Después de que la sala se hubiera vaciado, se acercó a Riddick. Tenía muchas ganas de hablar con alguien sobre todo lo que le pesaba, pero sabía que el propio Riddick ya tenía bastante con lo suyo en ese momento. —Buen trabajo —dijo ella.

—Podría ser el último —dijo Riddick.

—No te sigo.

Él le contó la traición de Paula y el inminente artículo de Marianne.

Así que, pensó Gardner, *a eso se refería Marianne esa mañana junto al lago.*

Las cosas se le van a poner muy feas.

Le vendrán bien los amigos.

Esto no era bueno. En absoluto. Sobre todo, en medio de una investigación por asesinato. Sin embargo, necesitaba calmar a Riddick. —Nada que no podamos manejar.

—Voy a pasarme por el despacho de Marsh de camino a casa para darle las buenas noticias —dijo Riddick.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Un guardaespaldas? Un detalle, pero no. Este es mi marrón. Me enfrentaré a él yo solo.

—Marsh te apoyará.

—¿Como la última vez?

—Esto es diferente. No has hecho nada malo.

—¿Beber en acto de servicio?

—Es la palabra de Paula contra la tuya.

—Todo el mundo sabe que es verdad..., tú sabes que es verdad.

Gardner suspiró. Creía que ya habían superado eso. No quería perder a Riddick. No solo era un buen agente con un instinto agudísimo, sino que le tenía... bueno... aprecio. Pero ese chico tenía trapos sucios, y si algo había descubierto en su carrera, era que los trapos sucios siempre tenían la costumbre de salir a la luz en los peores momentos posibles.

30

Si aparcó el Lexus de Larry en el aparcamiento cubierto.

A su segundo le había dolido en el alma entregarle las llaves de su mayor orgullo. Pero la necesidad obliga. Si quería pasar desapercibido durante un tiempo.

Encendió la radio, pero la apagó al instante. Desde la muerte de Tia, la música se había vuelto irritante.

Sus ojos recorrieron la botella de whisky en el suelo del asiento del copiloto.

Vacía. Qué más da. Bien.

Necesitaba recuperar un poco de control para el siguiente paso.

Pero, a medida que el alcohol se le pasaba, el ardor en el pecho regresó de repente.

Se concentró en él, intentó comprenderlo. ¿Una ira que abrasaba? ¿El dolor de la pérdida? ¿Una desesperación aplastante? ¿Una combinación de las tres?

Si se miró la palma de la mano, la mano del Diablo, y luego cerró los ojos...

Tia se llevó la mano a la mejilla y le espetó:

—¡Animal! ¿Por esto se fue mamá?

Él levantó la mano de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevas viéndote con el viejo cabrón del lago?

—El suficiente para saber lo que pasó.

Esta vez le abofeteó con el dorso de la mano, en la otra mejilla.

—¿Cómo has podido?

Ella se protegió la cara.

—Para, papá. Por favor, estoy embarazada...

Volvió al aparcamiento. Había sido en ese momento. Cuando la sensación de ardor en el pecho había comenzado. No *después* de su muerte. Sino en ese instante. La ira que abrasaba. El dolor de la pérdida. La desesperación aplastante. *Entonces. Antes* de su muerte.

De nuevo, regresó al recuerdo...

Él trastabilló hacia atrás y se desplomó en el sofá.

—¿Es suyo? ¿De Harvey? ¿Fue esta su retorcida idea de venganza? ¿Te violó? Dios... ¿le dejaste?

Tia salió furiosa de la casa.

De vuelta en el aparcamiento, Si se dio cuenta de lo desquiciado que debió de parecerle a su preciosa hija.

Y lo peor de todo: aún no había obtenido respuesta a sus preguntas.

Se inclinó hacia el asiento del copiloto para coger la llave de cruz y luego salió del Lexus.

Salió del aparcamiento cubierto y alzó la vista hacia su destino. El Hospital del Distrito de Harrogate bajo un cielo carmesí.

Cielo rojo al atardecer.

Echó a andar.

31

Mientras Gardner entraba con el coche en su urbanización, recordó las palabras de la señora Halliwell, una de sus profesoras más interesantes. «Cuando el sol está bajo en un cielo cargado de partículas de polvo y humedad, solo las longitudes de onda más largas consiguen atravesarlo, mientras que las más cortas, el azul, por ejemplo, se dispersan. ¿Cuál es la longitud de onda más larga del espectro cromático, Emma?».

—Rojo.

El atardecer era espectacular.

Gardner pensó en una naranja sanguina partida por la mitad.

Esto, a su vez, le hizo pensar en el merlot que guardaba en la cocina mientras giraba para entrar en su calle.

Se le cortó la respiración. Había un pequeño grupo de vecinos alrededor de su casa.

La puerta de su casa estaba abierta; dos personas se estaban peleando en su jardín.

Dio un frenazo y, sin molestarse en apagar el motor, saltó del coche. Se deslizó entre varios vecinos que tenían los móviles pegados a la oreja.

La pelea se había convertido en una agresión.

Su hermano estaba a horcajadas sobre alguien y le descargaba puñetazos en la cara. Entrecerró los ojos, intentando ver de quién se tra-

¡Tommy Byrne!

No le veía bien la cara debido a la paliza, pero sí la cresta.

Los puñetazos de la mano derecha de Jack llegaban con un ritmo constante y una velocidad regular, y se parecían más a alguien usando un bombín que a alguien propinando una paliza.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó, mirando a la multitud—. Lo va a matar. —Se abalanzó sobre el césped—. ¡Por el amor de Dios, ayúdenme!

Le pasó el brazo por el cuello a su hermano y tiró de él hacia atrás. Por desgracia, fue como intentar mover un muro de ladrillos. —Jack... Para...

Su súplica anterior había surtido efecto en un vecino, así que, cuando volvió a tirar con fuerza, alguien tiró con ella. Jack cayó de encima de su víctima y se golpeó contra el suelo.

—Mierda —dijo Gardner.

Tommy tenía la cara destrozada; le borboteaba sangre de la boca.

Pero está respirando... Gracias a Dios, está respirando...

Miró furiosa a Jack, que ahora estaba sentado y con la mirada perdida. No tenía expresión. Sintió la fría punzada de la piedra al golpearla en la cabeza en el Laberinto de Espejos de Malcolm cuando era niña...

¿Rose?

Levantó la vista hacia la puerta abierta. —¿Dónde está Rose? —le gritó a su hermano.

Ninguna respuesta. Sus ojos no se movieron. Permanecía frío como el hielo.

Le dedicó un rápido y agradecido gesto de cabeza al vecino que la había ayudado y luego se giró hacia la multitud. No todos la conocerían. —Soy la inspectora jefa Emma Gardner. Necesitamos una ambulancia.

—No —dijo Tommy.

Gardner se volvió.

Ahora estaba sentado. Tenía la cresta inclinada hacia un lado y la nariz hacia el otro. —No, solo ayúdeme a levantarme.

El vecino que había ayudado con Jack le tendió una mano. Tommy la aceptó y, gimiendo y con una mueca de dolor, consiguió ponerse en pie.

Tommy se tambaleó. —Tengo que irme.

—No, usted no tiene que irse, Tommy —dijo Gardner—. ¿Qué hace en mi casa?

—Pregúnteselo a él. —Tommy señaló a Jack con la cabeza y escupió sangre al suelo. Se tambaleó un poco más antes de darse la vuelta.

—Usted no va a ninguna parte —dijo Gardner.

Tommy le hizo una peineta.

Hizo un movimiento para detenerlo, pero un grito repentino la dejó helada.

¡Rose!

Se giró en dirección a la puerta principal abierta.

Con el sonido de las sirenas de los servicios de emergencia cercanos de fondo, entró corriendo en su casa. —¿Rose?

No había ni rastro de ella en la planta de abajo, y la ansiedad de Gardner se intensificó al no poder encontrarla tampoco arriba.

Se detuvo en el rellano. —¿Rose? ¿Dónde estás? —Escuchó, sin oír apenas nada por encima de los latidos de su corazón.

¡Haz un ruido, Rose! Demuéstrame dónde estás...

Volvió al cuarto de invitados, donde dormía Rose. Las sábanas estaban revueltas. Aparte de eso, nada. —¿Rose?

Se arrodilló.

La niña estaba debajo de la cama, boca arriba, con las manos tapándose los oídos. *Gracias a Dios.*

—Soy la tía Emma. Ven conmigo. —Le tendió una mano a Rose.

Al principio, Rose pareció dudar. *Está aterrorizada.*

—Por favor —dijo Gardner—. Déjame ayudarte.

Rose le cogió la mano extendida y Gardner la ayudó a salir. Después, en el rincón de la habitación de invitados, Gardner abrazó con fuerza a su sobrina, que no paraba de llorar.

Fuera, oía más alboroto. Los servicios de emergencia habían llegado.

Rose dijo: —He tenido una pesadilla. Lo siento.

¿El grito?

—Luego, cuando me he despertado, había mucho ruido.

—No pasa nada —dijo Gardner, abrazando a su sobrina—. Está todo bien.

Cuando Rose se calmó, Gardner la acostó en la cama. —No te preocupes, Rose. —Le dio un beso en la frente—. Lo arreglaré todo.

Aunque sea lo último que haga.

Gardner le puso en los brazos su osito de peluche favorito, un perro aplastado llamado acertadamente Pug, y le dijo que no se moviera de ahí mientras ella acababa con el alboroto de fuera.

Bajó las escaleras corriendo. Su hermano debía ser detenido. Tommy, llevado al hospital.

Cuando salió, dos agentes que habían acudido al aviso estaban hablando con los vecinos.

Corrió hacia ellos. —¿Lo tienen?

Un joven uniformado se giró. —¿A quién?

Mierda. —A Jack. Mi hermano. Estaba agrediendo a alguien en el césped.

—Me temo que no. Por lo visto, ha huido —dijo el agente.

Miró al grupo de vecinos que debían de haberle informado de ello. Estuvo a punto de decir: *«¿A nadie se le ocurrió detenerlo?»*, pero se contuvo. No podía esperar que un civil redujera a un hombre peligroso como su hermano.

Un sanitario estaba de pie junto a una ambulancia vacía, con cara de confusión.

—Maldita sea —dijo Gardner—. ¿Tommy también se ha ido? ¡Estaba hecho un asco!

Miró a varios de sus vecinos, que o bien evitaban su mirada o se encogían de hombros.

Se presentó a los uniformados. —Tienen que encontrar a Jack Moss y detenerlo. Es un hombre peligroso. Y que los sanitarios vayan al campamento de feriantes que hay junto al campo de rugby para atender a un hombre llamado Tommy Byrne. Apenas podía caminar. Luego, avísenme para que pueda hablar con él.

Negando con la cabeza, alzó la vista hacia el cielo rojizo, pensando en cómo se dispersaban esas longitudes de onda más

cortas del espectro cromático.

En realidad, era como la vida misma. En cualquier momento, todo lo que creíamos que estaba en su sitio podía simplemente dispersarse.

Por todas partes.

32

A Riddick le pareció que el cielo estaba en llamas.

Igual que su renovada guerra contra el alcohol.

Bajó la persiana de la cocina y volvió a sentarse a la mesa, donde lo esperaba el tequila.

Riddick miró el número de teléfono que Si había garabateado en el reverso de un posavasos en el White Bull.

Oyó la voz de Haller. *¿Por qué sigo vivo?*

—No lo sé —dijo Riddick.

Eran una carga. Te agobiaban. Eres como yo, hijo. No puedes con el lastre. Por eso me dejaste vivir. Gratitud.

—No es verdad.

Te di la libertad. Te quité la presión de encima. La de tener que preocuparte por si vivías o morías, por si las dejabas solas para que se las apañaran.

—Las quería. Me arrancaste el alma.

Fue un error mío. Si hubiera sabido que te estaba haciendo un fav…

Riddick golpeó la mesa con las manos, acallando la voz. Miró la botella de tequila y suspiró. *¿Qué sentido tiene?* No detenía el tormento.

Nada detenía el tormento.

Se levantó y se dirigió a la encimera de la cocina, donde había dejado el inminente artículo: «Corrupción: de vuelta de entre los

muertos». Luego miró el teléfono de prepago que había comprado antes. Ya lo había desenvuelto y cargado.

A sus espaldas, oyó el chasquido de unas agujas de tejer. Se giró para mirar a Rachel, sentada a la cabecera de la mesa de la cocina.

—No —dijo—. No, yo no quería esto. Que tú…

—¿Que volviera otra vez? —dijo Rachel con una ceja enarcada. Señaló con la cabeza el conejito que estaba tejiendo—. ¿Quién va a terminarle esto a Louise?

—Ya le hiciste uno a nuestra sobrina, se apañará. —Negó con la cabeza—. Esto no está bien. Lo siento. Dejé esto atrás. Te dejé descansar. Pasé página.

Ella señaló con la cabeza el posavasos con el número de teléfono. —¿A esto le llamas pasar página?

Riddick se frotó la barba incipiente. —Lo intenté, Rachel, de verdad que lo intenté.

Ella lo fulminó con la mirada.

Con el nuevo teléfono de prepago, volvió a sentarse a la mesa. —Supongo que todavía te necesito.

—*Crees* que todavía me necesitas, Paul. ¿Pero es así? Detuviste a Anders, ¿recuerdas? Y ahora tienes a Emma para que te ayude. Y a esa psiquiatra, la doctora…

—Pensaba que con todo eso era suficiente, pero quizá me equivocaba…

—¿Por qué? ¿Porque alguien quiere volver a arrastrar tu nombre por el fango? Ya lo has superado antes, puedes superarlo de nuevo.

—No solo por el artículo.

Los dientes podridos de Haller. Su rostro en descomposición. *¿Por qué sigo vivo?*

—Es un hombre muerto entre rejas. Su vida se ha acabado. No dejes que te haga creer lo contrario. Deja que se pudra. Deja que se descomponga. Se ha hecho justicia.

—¿Ah, sí? Es que no lo siento, ¿sabes? Al menos, no *creo* que lo sienta. —Se frotó los ojos—. Dios, qué confuso es todo. No sé lo que quiero.

—¿Cerrar el círculo?

Alzó la vista hacia Rachel. —Sí, eso es. Cerrar el círculo.

—¿Pero lo conseguirás alguna vez? ¿Importa lo que hagas?

La mano de Riddick se posó sobre el nuevo teléfono. —Pero debo intentarlo. Debo seguir intentándolo.

—Nunca te he dicho que dejes de intentarlo, Paul, pero buscar algo que no existe no *es* intentarlo. Es inútil.

Riddick miró a su esposa muerta con lágrimas en los ojos. —Sé lo que estás haciendo. Sé por qué estás aquí. Me lo explicó mi doctora.

—¿Que soy un mecanismo de supervivencia? ¿Que en realidad no estoy aquí? ¿Que estás hablando solo? —preguntó Rachel, sin dejar de tejer.

—Más o menos —dijo Riddick—. También eres mi voz de la razón.

—¿Ah, sí? —dijo Rachel, sonriendo—. Eso me gusta. Bueno, si ese es el caso, Paul Riddick, escucha a la razón y no uses ese teléfono.

Riddick cogió el teléfono y lo encendió.

—¿Qué estás haciendo, Paul?

Marcó el número que le había dado Si.

Se llevó el teléfono a la oreja y escuchó el tono. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. —Ya he tenido bastante de la razón. No funciona.

Después de hacer la llamada, hizo añicos el teléfono y la SIM. Luego bebió de la botella de tequila, en silencio, junto a las sillas vacías.

Rachel y sus hijas se habían ido para no volver jamás.

Como él mismo.

Ido para no volver jamás.

33

Lo único que impedía a Si entrar por la puerta del Hospital del Distrito de Harrogate era pura fuerza de voluntad. Entrar allí con una llave de cruz oculta bajo la chaqueta estaba condenado al fracaso. Harvey estaría bajo la atenta mirada de la policía.

Estaba claro que la adrenalina, combinada con un alto nivel de alcohol en sangre, había llevado a Si a un viaje inútil. Se quedó allí de pie mientras el cielo rojizo se oscurecía rápidamente y la única fuente de luz eran las ventanas del hospital, los faros de las ambulancias preparadas y aparcadas cerca de Urgencias, y los cigarrillos encendidos de los pacientes que ocupaban los bancos de la entrada.

Luchar contra el impulso de embarcarse en una misión suicida con cada fibra de su ser era agotador. Se sentó en un banco junto a un paciente que fumaba, manteniendo la llave de cruz oculta, y suspiró.

—¿Malas noticias? —preguntó el fumador.

Si no respondió.

—Si te sirve de consuelo, al final, las malas noticias te resbalan. Siempre dicen que si no hay noticias, son buenas noticias, pero yo tengo mi propio dicho: un montón de malas noticias es simplemente… *bah*. —El hombre se puso a toser. Cuando se le pasó, dijo—: ¿Quieres un piti?

Sin humor para aquello, Si apartó la cara de las manos y le clavó la mirada al anciano demacrado. —¿Es buena idea? A ti no te ha hecho ningún favor, ¿verdad?

El anciano tosió de nuevo, sonrió con suficiencia y siguió fumando.

Cuando quedó claro que el hombre ya no quería charlar más, Si sintió una punzada de lástima. —No es nada personal. Es que se me ha agotado la paciencia.

—¡Bah a eso también! ¿Quién tiene tiempo para tener paciencia? Desde luego, yo no. Tú solo haz lo que sientas.

—Eso es más o menos lo que me ha traído aquí —dijo Si—. Hacer lo que siento.

El hombre hizo una mueca de dolor al ponerse en pie. Se sujetó la espalda mientras lo hacía. —Cincuenta cigarrillos al día desde que tenía quince años. Pero empezó en la espalda. No en los pulmones. Fumar no tiene la culpa.

Si suspiró. —No debería haber dicho eso, ¿sabes?, lo de antes.

—Olvídalo. Ya lo he hecho. El rencor nunca ha sido lo mío.

—Una buena forma de vivir.

—Sí. He tenido una buena vida. La única persona a la que he hecho daño de verdad es a mí mismo. Al menos es algo por lo que estar agradecido. Este sitio está lleno de gente cargada de remordimientos, pero yo la verdad es que no tengo ninguno. Es un lugar piadoso en el que estar cuando te llega la hora.

El anciano lo saludó con la mano y se marchó tambaleándose.

La única persona a la que he hecho daño de verdad es a mí mismo.

Si pensó en la expresión de horror en el rostro de su hija después de haberla abofeteado. También pensó en la expresión desesperada en la cara de Harvey todos esos años atrás, mientras Miles Cook se cernía sobre él.

¿Estoy yo cargado de remordimientos?

Se tapó la cara con las manos. Varios pacientes más llegaron y se fueron. Nadie más le ofreció un cigarrillo, ni ninguna palabra de sabiduría. Ni siquiera se molestó en levantar la cara para ver quién había ocupado el asiento a su lado.

La noche avanzó. Nadie vino a pedirle que se marchara. Supuso que en el hospital había poco personal y demasiado trabajo como para que alguien vigilara las idas y venidas del club de la nicotina de la entrada.

Después de un buen rato, bajó las manos.

Y sintió una náusea por el repentino impacto de la adrenalina.

Sentado en una silla de ruedas junto al banco adyacente, vestido con un camisón de hospital, estaba Harvey.

Si estaba bastante cerca, pero su viejo amigo aún no se había percatado de su presencia. ¿Quizás porque había tenido la cara entre las manos durante tanto tiempo?

A pesar de unirse a los fumadores mientras dibujaban formas en la oscuridad con sus productos químicos incandescentes, Harvey no estaba fumando. Simplemente miraba al cielo, observando las estrellas.

Detrás de Harvey, en el banco contiguo al de Si, había un hombre mucho más joven jugueteando con su móvil. ¿El agente de policía que lo custodiaba?

Si nunca había tenido un plan en realidad, pero sintió otra oleada repentina de adrenalina al considerar la oportunidad que le ofrecía un guardia negligente.

Se puso en pie, manteniendo la llave de cruz oculta bajo la chaqueta. El corazón se le había disparado, pero se obligó a moverse despacio y con paso firme.

Preparándose para la posibilidad de que la mirada del objetivo y la de su guardia se volvieran en su dirección, apretó con más fuerza la llave de cruz por si tenía que lanzarse al ataque, blandiendo el arma.

Nadie movió la vista. Harvey mantenía su ensoñación con las estrellas, mientras que el guardia seguía absorto en su móvil.

Si miró por encima del hombro en dirección a Urgencias. Una ambulancia se deslizaba junto a la entrada, pero en ese momento nadie caminaba en esa dirección. Volvió a mirar hacia la entrada. No había nadie en el vestíbulo.

Avanzó sigilosamente.

Al acercarse más, decidió que no le importaría que Harvey se diera cuenta de repente de su presencia.

Mírame, que voy a por ti. Mira lo que has provocado.

Pero Harvey seguía sin mirar.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para que la emboscada fuera un éxito, Si se apartó la chaqueta con la mano izquierda y levantó la llave de cruz con la derecha. —¡Harvey!

Harvey levantó la vista con ojos ictéricos; parecía pálido y destrozado.

Pero no asustado. *No.* El cabrón no parecía asustado.

—Simon —dijo Harvey. Su tono de voz estaba cargado de resignación.

Si estaba preparado para aplastarle el cráneo.

—¡Suelte eso!

El grito del agente hizo que Si diera un respingo. Perdido en los ojos del hombre al que había venido a matar, se había olvidado del guardia.

Si se volvió hacia el agente, que ya estaba de pie y lanzándose hacia delante.

Blandió la llave de cruz.

Clonc.

El agente cayó al suelo.

Si miró al agente, tendido boca abajo en el suelo, dispuesto a asestarle otro golpe. Cuando el agente no se movió, volvió a centrar su atención en Harvey.

Harvey miró al agente herido y luego a Si. Ahora parecía triste, pero seguía sin mostrar miedo.

—¿No tienes miedo? —preguntó Si.

—Siempre he tenido miedo.

—Se me parte el corazón.

El agente que estaba en el suelo gimió.

—Nunca le he pedido compasión a nadie. Ni a ti ni a nadie —dijo Harvey.

—¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué me arrebataste a mi hija?

—Yo no lo hice.

—Estaba cerca de tu cabaña. El monedero estaba allí. Su monedero.

—Escúcheme —dijo el agente con voz dolida desde el suelo.

—¡Cállese! —siseó Si.

—Puedo ayudarle...

—¡*Cállese* o volveré a pegarle!

—Vale... vale... —gimió el agente.

—No lo empeores, Si. De verdad. Ya has perdido bastante —dijo Harvey.

—¿Y a ti qué te importa? Debería haberte matado entonces, en la cabaña de los scouts. Mataros a ti y a ese pervertido, Baloo, juntos. —Si sintió que se le anegaban los ojos en lágrimas—. Era inocente. Mi hija era inocente. No tenía nada que ver con *nada* de eso. ¿Por qué, Harvey? ¿Por qué lo hiciste?

—Yo no lo hice. Jamás le habría tocado ni un pelo de la cabeza. —Suspiró—. Yo la quería, Si.

Si sintió que se le revolvían las tripas. Agitó la llave de cruz hacia Harvey. —¿No te atrevas. No te atrevas. Eres un retorcido, un enfermo...

—*Escucha.* No de esa manera, Si. No de una forma pervertida. La quería porque fue la única persona que me trató con algo de amabilidad.

Si arrugó la cara. El gesto provocó que las lágrimas brotaran de sus ojos y corrieran por sus mejillas. —¿La dejaste embarazada? —Tocó la cabeza de Harvey con la llave de cruz.

—Yo... yo... —Harvey parecía conmocionado—. ¿Estaba embarazada?

—¿Fuiste tú? —dijo Si, empujándole la cabeza con la llave de cruz.

—No, claro que no. Yo no... Ni siquiera lo sabía.

Alguien empezó a gritar desde el vestíbulo. Si alzó la vista y vio a una mujer de mediana edad allí de pie, en estado de pánico. Le infundió confianza al agente del suelo. —¡Llame a la policía!

—¡Cállese! —siseó Si al agente—. ¡Cállese! —Apuntó con la llave de cruz en dirección a la mujer. Ella se llevó una mano a la boca y volvió corriendo al interior del hospital.

Si tiró la chaqueta al suelo, liberando la mano para poder golpearse la frente. —Piensa. Piensa. ¡*Piensa*!

—Escucha —dijo Harvey—. Escúchame.

—¿Escucharte a ti? —Negó con la cabeza—. ¿A ti? ¡Estás loco!

—Llévame contigo. *Ahora*. No opondré resistencia. —Harvey hizo un gesto hacia sus brazos heridos—. De todas formas, no puedo. No tengo fuerzas.

—¿Por qué?

—Para que podamos hablar. Aclarar esto. Quieres la verdad; si me matas ahora no la conseguirás.

Si volvió a golpearse en mitad de la frente. —Mierda... mierda... —Arrojó la llave de cruz al suelo, agarró las empuñaduras de la silla de ruedas y empujó a su viejo amigo a toda prisa, lejos de los bancos y en paralelo a la entrada de Urgencias.

La silla de ruedas era vieja y carecía de una suspensión decente, por lo que el frágil recluso rebotaba de un lado a otro.

Si echó un vistazo por encima del hombro.

Dos celadores del hospital ayudaban a ponerse en pie al agente caído.

Si volvió a centrar su atención en la salida. Había logrado coger algo de velocidad y pasó zumbando junto a una ambulancia aparcada.

Giró bruscamente a la izquierda en un pequeño paso de cebra y se metió bajo el aparcamiento cubierto. La rueda derecha de la silla se despegó del suelo. Si ahogó un grito, esperando que su cautivo se deslizara de la silla y se estrellara contra el suelo. Pero la silla se enderezó a tiempo.

Miró hacia atrás y vio a un hombre corriendo a su lado, en paralelo a Urgencias.

—¡Mierda! —Si localizó el Lexus aparcado junto a otros vehículos, a un par de metros de la barrera de brazo largo. La constatación de que no había validado el tique del aparcamiento le golpeó como una bala. ¿Estaba atrapado?

—¡Policía, alto!

Volvió a mirar hacia atrás. El hombre que corría les estaba ganando terreno.

No había otra opción. Echó el resto en el último empujón, rozando un Nissan aparcado y arañándolo con su reloj. Cuando irrumpió en el carril de salida que discurría entre las dos hileras de coches aparcados, un Corsa venía en su dirección. Miró a la izquierda, a los ojos ansiosos del conductor, preguntándose si la distancia de frenado sería demasiado corta.

Oyó el chirrido de los frenos del conductor.

El Corsa se detuvo a apenas un metro de ellos. El conductor se asomó por la ventanilla, gritando obscenidades. Si completó el trayecto hasta el otro lado del carril de salida, rebuscando en su bolsillo a medida que se acercaba. Hurgó en su interior, palpó las llaves de casa, pero no conseguía alcanzar con los dedos el mando a distancia del Lexus. Detrás de él, el conductor del Corsa aceleró el motor con rabia antes de marcharse a toda velocidad.

—¡Alto! —gritó el agente de policía.

Los dedos de Si encontraron el mando a distancia. Pulsó el botón. El Lexus emitió un destello de bienvenida y las puertas se desbloquearon con un chasquido.

—¡No tiene adónde ir!

El agente sonaba cercano, pero Si no creyó tener tiempo suficiente para comprobar exactamente dónde estaba. Detuvo la silla de ruedas, rodeó a Harvey y abrió la puerta trasera. —¡Dentro, ahora!

Harvey se levantó del asiento. Parecía frágil y se movía con lentitud. Cuando Harvey se inclinó para entrar por la puerta trasera, Si divisó por el rabillo del ojo al agente que lo perseguía. Estaba al otro lado del carril de salida, junto al Nissan que había dañado con el reloj.

Si empujó con fuerza a Harvey en el centro de la espalda mientras se inclinaba. El recluso cayó en la parte trasera del vehículo, sobre los asientos posteriores. —Entra y mete las piernas.

Harvey se metió del todo y dobló las piernas de modo que las plantas de los pies apuntaban al techo del coche.

Si cerró la puerta de un portazo detrás de él y se giró. El agente estaba a medio camino del carril de salida. Era un hombre alto, de traje y pelo oscuro y engominado. Si cargó contra la silla de ruedas

vacía, dándole la patada más fuerte que pudo. Salió despedida hacia atrás.

El agente iba a tal velocidad que no tuvo más remedio que extender las manos para encontrarse con el obstáculo. Bloquearla no le sirvió de nada. La silla de ruedas se estrelló contra sus piernas y volcó junto con él.

Si corrió por delante del coche y saltó al asiento del conductor. No se molestó en ponerse el cinturón de seguridad, pero sí que activó el cierre centralizado.

Metió marcha atrás y condujo bruscamente a través del carril de salida, esquivando por poco al agente y estrellándose contra el parachoques delantero del Nissan, haciendo que el arañazo del reloj en el lateral del vehículo fuera el menor de los problemas del dueño.

Miró a la izquierda y vio al agente alto de nuevo en pie, cargando contra el lateral de su coche. —¡Alto!

Si giró el volante hasta el tope derecho. En ese momento, el agente agarró el tirador de la puerta del lado del copiloto. Si lo observó tirar desesperadamente de la puerta cerrada, con el rostro contraído. Si pisó el acelerador y el coche giró. El agente no soltó la puerta y se movió con el vehículo en movimiento.

Si pisó el acelerador a fondo y el coche salió disparado hacia delante, con el desquiciado agente todavía aferrado a la manilla, corriendo con todas sus fuerzas. Si señaló hacia la barrera del aparcamiento. El agente miró en aquella dirección y luego se apartó del coche de un salto para evitar una muerte segura.

Si se llevó por delante la barrera levadiza, y una lluvia de escombros cayó sobre el vehículo y la calle a su alrededor. Giró bruscamente a la izquierda y aceleró.

34

Tras alejarse a trompicones de su enfrentamiento con Jack, Tommy empleó las pocas fuerzas que le quedaban en aporrear la puerta de la caravana de Aiden.

La puerta se abrió. Cruzó una rápida mirada con el joven, que parecía atónito, antes de apoyar un brazo en el lateral de la caravana y dejarse caer contra ella. —Estamos jodidos.

—¿Qué te ha pasado?

Tommy escupió sangre al suelo y tosió. —Lo de siempre, supongo. El mundo exterior. Ha encontrado la forma de entrar.

—Pasa, Tommy —dijo Aiden—. Tienes que sentarte. Tienes una pinta horrible.

Tommy reunió las fuerzas para apartarse de la caravana y seguir a Aiden al interior. —Siempre el mundo exterior —masculló.

Una vez dentro, Tommy se sentó en el borde de la cama de Aiden y luego se tumbó boca arriba. Se le estaba hinchando un ojo hasta cerrársele, así que se quedó mirando el techo de la caravana con la visión reducida. —Te dije que la dejaras en paz, ¿a que sí? El año pasado. Te lo dije.

—Es verdad.

—Pero no me hiciste caso.

Unos perros de la caravana de al lado se pusieron a ladrar.

—Vaya manera de que todo se venga abajo —dijo Tommy, y tosió, sintiendo de repente como si la cara le ardiera—. Dime que

tienes analgésicos.

—Sí... ¿Qué ha pasado, Tommy?

—Vas a tener que esconderme aquí. Van a venir a buscarme. Esta noche.

—¿Quiénes?

—Los maderos. Cristo bendito, el día que empezaste a ver a esa zorra estúpida otra vez, tendría que habernos sacado a todos de este sitio.

—No la llames así. Por favor, Tommy, no la llames así.

—Solo puedo culparme a mí mismo, supongo. —Tragó sangre.

—¡Dímelo de una puta vez! ¿Quién te ha hecho esto?

—Jack. ¿Quién si no? Culpa mía. Fui a verle para defender nuestra causa.

Aiden no respondió.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? ¿No vas a preguntar cómo ha ido? —Sonrió, y luego hizo una mueca de dolor—. Tú has provocado esto.

—Te falla la memoria. Dije que me iría, ¿recuerdas? Tú me obligaste a quedarme. No habría seguido trayéndola aquí, y habría encontrado una forma de que estuviéramos juntos en otro sitio. No quería seguir poniéndonos a todos en peligro. Nada de esto fue idea mía. Tú te aprovechaste de la situación, Tommy.

—¡Nos aprovechamos *nosotros*, cabrón! Jack vino a Knaresborough. ¿Quién podría haber predicho eso? ¿Qué opciones había? Dímelo. ¿*Qué opciones había*?

Aiden suspiró y se puso a dar vueltas por la caravana. —Todavía podemos irnos. Mañana, Tommy. Dilo tú. Hacemos las maletas y nos vamos. Asumamos las pérdidas.

—¿Quieres huir? ¡Han encontrado a tu novia muerta junto al lago! Eres un feriante. Una lacra para su mundo. ¡Una plaga! ¿Dónde crees que acaba esto?

—¡Acaba donde debe acabar: con ese viejo cabrón de la cabaña!

—¿Ah, sí? Usa el cerebro, Aiden. Esto solo acaba en un sitio.

Aiden negó con la cabeza. —Estás paranoico. Necesitas descansar; déjame encargarme de la policía.

—Va a acabar *aquí*. Con nosotros. Sin duda. Si nos pueden pillar, nos pillarán.

—¡Encontraron a Tia junto a *su* cabaña, Tommy! ¡No junto a *mi* caravana!

—Es demasiado obvio, ¿no lo ves? Parece una encerrona. Cualquier abogado que se precie podrá señalarlo. No es que haya testigos d... —Hizo una pausa y miró a Aiden.

—¿Qué? —preguntó Aiden.

—Una idea. Una forma de zanjar este puto circo.

35

Rhys Hunt se acercó la pulsera de plata a la nariz. Aún podía oler a Tia.

Dejó caer sobre el regazo la mano que sostenía el regalo que le había hecho por su vigésimo cumpleaños. Con la otra mano, se llevó un vaso a los labios y apuró el whisky de un solo trago, que le abrasó la garganta.

Dándole vueltas a la pulsera en la mano, pensó en el momento en que se la había regalado. La sorpresa en sus ojos. Sus intentos de rechazar el regalo. Sus protestas de que era demasiado generoso.

Él había insistido. Le había dicho que tenía que aceptarla. Y, aunque era demasiado arriesgado grabarla por si su padre la veía, que debía llevarla siempre. Para que, cuando la mirara, pensara en él.

Pero no, ella se había resistido. Se había negado a llevársela de su casa.

Se pasó la pulsera por la mejilla empapada en lágrimas.

Por un momento, con los ojos cerrados, la vio allí. Su belleza reclamaba su atención, como siempre había hecho. Alargó la mano hacia ella y apoyó la palma en su mejilla.

Su mejilla, como la de él, estaba húmeda por las lágrimas.

Entonces, atrajo su cuerpo con fuerza contra el suyo. Ella se estremeció. Él le pidió que se estuviera quieta.

Sí, su unión era un secreto prohibido, pero ¿acaso eso lo convertía en algo malo?

Oyó una tos.

Cuando abrió los ojos, Lorraine estaba de pie en la puerta de la habitación de invitados, observándolo.

No apartó la mano. Mantuvo la pulsera apretada contra la mejilla.

La pareja se miró fijamente durante un instante, antes de que Lorraine se diera la vuelta y se marchara.

36

Gardner le dio vueltas en el sofá durante horas.

¿Por qué demonios había estado Tommy en su casa?

¿Para hablarle de la investigación? ¿Para confesar algo sobre Tia, quizá, o incluso para acusar a alguien? ¿A Aiden?

¿Y por qué se había ofendido su hermano por la presencia de un feriante?

A menos que…

Sintió una gélida sensación en el pecho. ¿Conocía Tommy a Jack? Jack había pasado hoy por delante del campamento.

¿Habría estado Jack buscando a Tommy y, al verla a ella allí, habría decidido marcharse a toda prisa?

Nada de aquello tenía el menor sentido.

Permaneció sentada junto al teléfono hasta altas horas de la madrugada, desesperada por recibir noticias de que habían encontrado a Jack, pero nadie llamó.

¡Mierda! ¿Había tomado la decisión correcta? ¿Quedarse aquí con Rose? ¿Debería haber buscado a alguien que la cuidara? ¿Unirse a la caza de su psicópata de hermano?

Volvió a llenarse la copa de merlot.

No. Había sido la decisión correcta.

Rose no podía quedarse con un desconocido esta noche. ¿Y si volvía a despertarse gritando? No. Su máxima prioridad era esa niña.

No tenía a nadie con quien hablar. Barry no servía para nada últimamente. Un par de veces estuvo a punto de sucumbir a la tentación de llamar a Riddick, pero se contuvo. Sería egoísta. Ese hombre estaba atormentado; mejor dejar que durmiera bien.

La noche se alargó. Finalmente, recibió una llamada y contestó con mano temblorosa. No era sobre Jack. Era simplemente para informarle de que Tommy Byrne seguía desaparecido. Ya sabía que no había vuelto al campamento de los feriantes porque la policía había pasado por allí antes, pero esperaba que a estas alturas ya hubiera aparecido. Bien en la cama de un hospital o, posiblemente, viendo el estado en que se encontraba antes, muerto en una zanja.

Decepcionada, se terminó el vino y se quedó sopa en el sofá.

Marsh la contactó a las seis de la mañana; había un atisbo de fatiga en la voz de su jefa, lo cual era inusual. Sin embargo, sospechó que ella misma debía de sonar fatal.

Escuchó lo ocurrido anoche con Si y Harvey en el hospital y se incorporó de golpe en el sofá, con el corazón desbocado.

—¡Santo cielo! ¿Por qué no me lo dijo en cuanto ocurrió, señora?

—Después de oír lo de su hermano y ese feriante, quería intentar mantenerle el plato un poco más limpio durante unas horas. Confiaba en que detendríamos a Si y Harvey sin tener que molestarla. Me equivoqué.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, supusimos que iba en su propio vehículo, así que perdimos unos minutos muy valiosos. Para cuando recibí la matrícula del agente que lo persiguió desde la entrada del hospital, el cabrón ya nos llevaba ventaja. Lo siento, Emma, no hemos llegado a verlo.

—¿De quién era el vehículo?

—Le había pedido prestado el vehículo a un empleado. Un tal Larry Kempton. Hemos hablado con él, pero no parecía tener ni idea de adónde había ido su jefe. Aún albergaba la esperanza de que el ANPR lo detectara tarde o temprano, y dejarla descansar. Pero me

temo que Si no es tonto. Encontramos el coche abandonado, y los dos hombres habían desaparecido.

—¿Dónde?

—Cerca del parque de Jacob Smith, junto a Boroughbridge Road.

—Harvey no estaba muy bien. Deben de moverse despacio. Seguro que no debería ser demasiado difícil localizarlos, ¿no?

—Eso podría pensarse… Estamos revisando la videovigilancia y es una zona muy residencial, así que pondré a parte de su equipo a llamar a las puertas. Pero, joder, Emma, la hemos cagado. ¡Como se nos haya escurrido! Van a rodar cabezas si no los encontramos pronto, y la mía será la primera.

«¡Y se lo merecen!», pensó Gardner apretando los dientes. El panorama para Harvey era desolador y, en ese momento, estaba más convencida que nunca de que era inocente. ¿Cómo habían podido dejar que le pasara esto? Relajó la mandíbula y respiró hondo. —¿Cómo está el pobre hombre que lo vigilaba en el hospital?

—Fractura de cráneo, pero vivo, y debería ponerse bien, gracias a Dios. ¿Se imagina el escándalo si tuviéramos a dos asesinos fugados juntos? —dijo Marsh—. ¿Y por qué no matarlo simplemente fuera del hospital? ¿Por qué molestarse en correr el riesgo de sacarlo de allí?

Gardner reflexionó. —Quizá quiera hacerlo sufrir. O... con suerte, él, como nosotros, no está seguro de la culpabilidad de Harvey y solo quiere saber la verdad.

—Eso espero, Emma, porque si le da por empezar una masacre, va a necesitar una cesta para recoger mi cabeza cuando saquen la guillotina.

—Estoy segura de que no se llegará a eso, jefa. —Pero no estaba convencida. Se frotó las sienes. «Jesús. Primero, Jack y Tommy; ahora, Harvey y Si. Todos desaparecidos del puto mapa».— Empezaré a contactar con el equipo.

—Cambiando de tema, Emma, ¿tiene ya alguna idea de por qué estaba este tal Tommy Byrne en su jardín con su hermano?

A Gardner le sorprendió que Marsh hubiera tardado tanto en hacerle la pregunta. —Todavía no. —No quería repasar con Marsh las

opciones que había barajado la noche anterior, borracha—. Pero se lo haré saber en cuanto la tenga.

Colgó y volvió a frotarse las sienes. El dolor de cabeza le estaba empeorando a toda velocidad.

Riddick contestó a la llamada de Emma inmediatamente. Sonaba más agotado que ella. Adiós al sueño reparador que le había deseado. ¿Qué se esperaba? Si ella tenía el plato hasta arriba, lo de Riddick era ya el monopolio de los platos llenos de mierda. Lo puso al día sobre la situación de Si y Harvey, pero le ahorró la caótica situación de su hermano, aún con la esperanza de que no tuviera relación alguna con la Operación Día Radiante.

Su respuesta fue, como siempre, predeciblemente impetuosa. —Voy a encontrarlo.

—¿Y por dónde empezarías siquiera?

—¿Por su casa?

—¿No crees que eso ya se ha intentado?

—Entonces, ¿qué sugieres, que nos quedemos de brazos cruzados?

—Paul, escúchame. Respira hondo. ¿Vale?

Él suspiró. —Vale.

—Tenemos a la gente adecuada buscándolos. Tú… —*Posiblemente borracho*, pensó ella—. Conducir sin rumbo por Knaresborough no ayudará. Confía en nuestra gente. Darán resultado. Te necesito conmigo en la reunión informativa. Hoy tenemos que estar más avispados que nunca, evitar un desastre. En cuanto los localicen, actuaremos. Prepárate y te veo allí.

En cuanto colgó, se levantó. *Primero los analgésicos, y luego, a prepararse para…*

¡Rose!

¡Mierda! Ahora que Jack no estaba, ¿quién cuidaría de Rose si ella salía?

Subió al piso de arriba y asomó la cabeza en el cuarto de invitados. La pobrecita dormía con la carita apretada contra el carlino de peluche.

Reflexionó y luego suspiró al pensar en la opción más obvia. Le daban ganas de llorar. Tendría que ponerse en contacto con los

servicios sociales, explicar la situación y luego esperar a que vinieran a recogerla.

Primero, su madre muriendo de una sobredosis; luego, su padre casi matando a alguien en el jardín; y ahora, enviada a un centro de acogida.

Esto era inaceptable.

Te ayudaré, Rose. Puedes estar segura. Cueste lo que cueste. Te ayudaré.

Su mente jugueteó fugazmente con la idea de acogerla, o incluso de adoptarla, como había hecho en muchas ocasiones desde que su vulnerable sobrina había aparecido en su vida. Y, al igual que todas esas otras veces, la idea se estrellaba contra el mismo muro. *Mi matrimonio se está rompiendo. Apenas veo a mi propia hija…*

Pero aun así, Rose. Te ayudaré. Y si esto es lo que hace falta, pues esto es lo que hace falta.

Dejó a Rose, pensando que Riddick tendría que dirigir la reunión mientras ella esperaba a que recogieran a la niña. Se dio la vuelta para volver a bajar al salón, donde estaba su teléfono, cuando se fijó en que la puerta de la habitación donde se alojaba Jack estaba entreabierta.

¿Estaba entreabierta anoche?

Con la cabeza todavía latiéndole, intentó pensar, pero no pudo recordarlo.

¿Había vuelto?

Conteniendo la respiración, se acercó sigilosamente a la puerta, haciendo una mueca de dolor cuando las tablas del suelo crujieron. Puso la mano en la puerta y escuchó, pero lo único que oía era su corazón desbocado en el pecho.

Si estaba aquí, ¿suponía un peligro para ella?

Pensó en el Laberinto de los Espejos de Malcolm. Pensó en la radiografía de su cráneo fracturado…

Echó un vistazo por la puerta, con el corazón martilleándole.

Vacío.

Al principio sintió alivio, pero luego vino la decepción por el hecho de que seguía sin tener ni idea de dónde estaba. Abrió la

puerta del todo y miró su cama deshecha, y luego se fijó en dos bolsas de deporte en el suelo.

Se quedó mirándolas fijamente durante un minuto, todavía con el martilleo en la cabeza. Se mordió el labio inferior.

¿Quién eres, Jack? ¿De verdad? Dices que has cambiado. Que no eres el chico de los ojos sin vida que me fracturó el cráneo. Sin embargo, te vi anoche. Vi a ese mismo ser vacío en el jardín, casi matando a un hombre a golpes…

¿Quién eres, Jack?

Se sentó en la cama deshecha y se colocó la primera bolsa de deporte en el regazo. La abrió y miró dentro. Revolvió entre ropa arrugada. No vio nada de interés. Aun así, vació la ropa en la cama a su lado y continuó rebuscando, preguntándose, con la nariz arrugada, si estaría lavando su ropa. Le había dado acceso completo a sus electrodomésticos, pero no tenía ni idea de si los usaba mientras ella trabajaba casi todas las horas del día. Revisó algunos bolsillos, encontró algo de suelto y un par de billetes de autobús arrugados, pero nada significativo. Volvió a meter la ropa en la bolsa de deporte, la cerró y repitió el proceso con la segunda bolsa.

Aquí no había ropa, solo un montón de cosas: desodorante, espuma de afeitar, un pasaporte caducado, algunos paquetes de galletas, una revista de *Top Gear* y otras chucherías. Tras examinar todos los artículos, sintió el aplastante peso de la decepción.

Había descubierto que le gustaba *Top Gear*. Genial.

Sacó la revista y miró tres Ferraris rojos, acompañados del titular «Celebrando 75 años de velocidad, ruido y pintura roja». Entonces, reparó en la esquina de algo blanco que sobresalía entre las páginas.

Agarró la esquina blanca y sacó un sobre.

No tenía ninguna marca y pesaba un poco. Desde luego, no era una tarjeta de cumpleaños tardía para ella.

Le dio la vuelta al sobre; no estaba cerrado, así que lo abrió y miró dentro.

Se le abrieron los ojos como platos.

Vaya, vaya. ¿No decías que no tenías nada? Te di comida, cobijo y dinero cuando lo necesitaste. Y, sin embargo, aquí estoy, mirando un fajo de billetes…

Sacó el dinero y contó quinientas sesenta libras en billetes de diez y veinte. Casi seiscientas libras.

Seiscientas libras.

En su mente, vio a Tia sacando doscientas libras del cajero automático de la gasolinera Co-op en Boroughbridge Road. Tres días consecutivos.

Luego, recordó el trayecto de Tia después de cada retirada de efectivo.

Por Breary Flat Lane.

Hacia Harvey, junto al lago.

Pero también hacia los feriantes del campo de rugby.

¿Había tenido razón, después de todo? ¿Le había estado dando Tia el dinero a Tommy para que ella y Aiden pudieran continuar con su relación? Entonces, ¿dónde diablos encaja Jack en todo esto?

¿Por qué le dio Tommy el dinero a Jack? ¿Le debía dinero? ¿Por qué? Para empezar, ¿cómo demonios conocía Tommy a Jack? ¿Y por qué la pelea? ¿Le seguía debiendo dinero Jack? ¿Por eso estaba Tommy aquí? ¿Para defender su caso?

El subidón de adrenalina trajo consigo una ráfaga de preguntas.

No tenía las respuestas. Pero sabía una cosa con certeza.

Puede que Jack huyera de Rose, su sangre, pero no huiría de casi seiscientas libras.

Volvería a verle.

Pero esto no se lo iba a quedar él. Cogió el sobre y dejó las bolsas exactamente como las había encontrado.

Al salir de la habitación, miró el sobre que tenía en la mano.

Si este dinero era efectivamente el que Tia retiró, entonces era una prueba para la Operación Bright Day. Si ese era el caso, ahora mismo, Gardner debería estar al teléfono informando de esto.

Si.

No quería involucrarse personalmente en este caso a no ser que fuera estrictamente necesario. La investigación ya estaba al rojo vivo con Harvey y Si en paradero desconocido como para añadir una nueva vía de investigación, grande y potencialmente irrelevante.

Podía confirmarlo o descartarlo ella misma.

Aun así, Tommy estaba desaparecido…

¿Y cómo podía ir ahora al campo de rugby a exigirle respuestas a Aiden con Rose a su cargo?

Retrasar la comunicación sobre el hallazgo de ese dinero durante una hora o así era irresponsable, pero llevarse a Rose en el asiento de atrás a un lugar potencialmente peligroso era una barbaridad. Además, ¿cómo iba a ayudar eso en su solicitud para acogerla?

Se devanó los sesos. ¿Con quién podía dejar a Rose? ¿En la discreción de quién podía confiar? Riddick era la opción más obvia, pero lo necesitaba para que dirigiera la reunión informativa...

Pensó en Lucy O'Brien, el corazón femenino de una sala de investigación dominada por hombres. Su instinto le dijo que sería una buena elección.

—Ha surgido algo, Lucy. Algo personal. Necesito un favor. Una hora, como mucho. —Gardner le explicó que el favor consistía en cuidar de Rose.

—Estaré encantada, jefa. Puedo estar allí en treinta minutos.

No le había preguntado por qué. Gardner sintió que podía contar con su discreción. —Se lo agradezco muchísimo, Lucy.

Suspiró.

Tras colgar, contactó con Riddick para decirle que él dirigiría la reunión informativa. Por supuesto, él la sondeó mucho más que O'Brien.

—Es por lo de Jack —dijo Gardner.

—Voy contigo.

—No, Paul, escúchame. Voy a decirle a Marsh que de repente tengo un fuerte dolor de tripa y que tú te encargarás de la reunión hasta que me recupere. Si faltamos los dos, las malas lenguas se pondrán en marcha. Primero necesito aclarar algo. Puede que no sea nada. Si es algo importante, te enterarás enseguida.

—Las malas lenguas siempre se ponen en marcha de todos modos. No me gusta tu plan.

—Necesito esto. ¿Estás conmigo?

—Bonitas palabras, jefa —suspiró Riddick—. Supongo que no puedo decirle que no a alguien que siempre está ahí para mí.

Llamó a Marsh para informarle de su repentino ataque de diarrea. A ella no le hizo ninguna gracia, pero Gardner le aseguró

que estaría disponible en cuanto el Imodium empezara a hacer efecto.

Rose se despertó cinco minutos antes de que O'Brien llegara a la casa, y Gardner le explicó que una señora muy simpática la cuidaría durante la próxima hora. No le dijo que en un par de minutos contactaría con los servicios sociales para que vinieran a recogerla más tarde esa misma mañana. Se sentía completamente insensible por dentro.

Al principio, Rose pareció preocupada, pero tras preguntar si la señora simpática vería la televisión con ella y recibir una respuesta afirmativa de Gardner, se calmó enseguida.

Gardner dejó a O'Brien y a Rose delante de CBeebies, pero no pasó de la puerta de entrada cuando le sonó el teléfono. Era Barnett.

—¿Ray?

—Jefa. ¿Ha mirado su correo electrónico?

—No he tenido ocasión. He tenido una mañana de perros con el estómago. —Se dio una palmada, como si empezara a creerse sus propias mentiras.

—De repente tenemos dos testigos potenciales.

—¿Qué?

—Dos jóvenes que estaban bebiendo junto al lago la noche del asesinato de Tia. Afirman haber *visto* a Harvey arrastrando el cuerpo desde su cabaña hasta el bosquecillo donde fue descubierta.

—¡Gilipolleces! —dijo Gardner—. ¿Quién es testigo de cómo alguien arrastra un cuerpo y no se presenta hasta varios días después? —Negó con la cabeza. No necesitaba que una pista de mierda la distrajera en ese preciso momento.

—Sí, ya lo sé —dijo Barnett—. Lo tiene en su correo electrónico. He pensado que quizá querría echarle un vistazo rápido y descartarlo.

—Sí, tiene usted razón, Ray, sería prudente. Podría ayudarnos de otras maneras. Parece que alguien está muy desesperado por que la Fiscalía se dé prisa y construya un caso contra Harvey... Adelante, pues, ¿quiénes son esos dos chicos?

—Dos jóvenes feriantes del campamento del campo de rugby.

Inspiró hondo y se apoyó en el marco de la puerta para mantener el equilibrio. —¿Dónde están ahora esos feriantes?

—Supongo que todavía en su campamento. Uno de ellos contactó con los servicios de emergencia y lo soltó todo por teléfono. La información nos acaba de llegar. ¿Quiere que vaya para allá?

—No, Ray, hablaré yo con los dos chicos en cuestión. —*Ya que voy de camino, de todos modos.*

—¿Pero y su estómago?

—Me hidrataré y lo llevaré como pueda. De todas formas, Paul dirige la reunión informativa. Mándeme los nombres de los dos testigos. Y mantenga en secreto la grabación de esta llamada de emergencia por el momento, Ray. Esto ha sido un coladero últimamente. Lo último que necesitamos es que se filtren más gilipolleces a la prensa. Acuérdese del maldito Asesino del Viaducto.

Silencio.

—¿Qué pasa, Ray?

—Lo siento, jefa, la grabación ya está subida a nuestro sistema, jefa. Hará unos veinte minutos.

—¿*Qué?* ¿Quién ha hecho eso?

—Marsh la ha subido al sistema y luego ha enviado el enlace a todo el equipo en copia.

—¿Por qué iba Marsh a enviárselo a mi equipo? Yo soy la Directora de investigación.

—¿Eficiencia? Probablemente pensó que usted se encontraba mal y podría no verlo rápidamente. Bueno, mencionaré en la reunión que usted ya está investigándolo. Estoy seguro de que todo el mundo tendrá cuidado con la información —dijo Barnett.

—Eso espero.

—En cuanto haya hablado con los chicos y confirmado que es una sarta de gilipolleces, póngase en contacto conmigo y me aseguraré de que todo el mundo lo descarte.

Sí, eso haré. Y de paso, averiguaré si este dinero de la bolsa de Jack es de Tia… aunque sea lo último que haga.

Tras subir a su coche, contactó con los servicios sociales y puso el manos libres mientras se dirigía al campamento de los feriantes.

Y, después de la llamada, con el corazón hecho pedazos, se hizo la misma promesa que se había hecho antes en el dormitorio de Rose. Solo que esta vez, la dijo en voz alta: —Te ayudaré, Rose. Puedes estar segura. Cueste lo que cueste. Te ayudaré.

37

En cuclillas, Si observaba cómo los primeros rayos de sol danzaban sobre la superficie del lago.

Estaba a solo unos metros de donde había visto el cuerpo de su hija hacía varios días, pero no sentía la rabia y la desesperación que había sentido entonces. Por ahora, al menos, se sentía extrañamente tranquilo.

A su lado, Harvey dijo:

—Qué paz.

Si no respondió. En su lugar, se miró el corte sangrante en el dorso de la mano. Se lo había hecho en la valla al ayudar a Harvey a pasarla. Claro que no había otra opción; a la intemperie, los habrían visto en un santiamén. Se limpió la sangre en la camisa.

Inspeccionó de nuevo las orillas del lago para confirmar que seguía sin haber pescadores.

¿De verdad vendría alguien aquí después de lo que había pasado?

Volvió a pensar en el cuerpo de su hija.

Su cascarón. No ella. No de verdad.

—Yo lo llamo el Lago Solitario —dijo Harvey—. Todo el que veo por aquí parece *estar* solo. Creo que este sitio es eso. Un lugar para esconderse.

Si se miró el rostro reflejado en el lago.

—¿Por qué viniste a vivir aquí? —Una brisa rizó el agua y su rostro se desvaneció.

—Después de lo de mis padres... me pareció lo correcto.

—Cristo. —Si negó con la cabeza y luego volvió a mirar el lago—. ¿Todo esto por lo que te hizo ese monstruo?

—¿El qué?

—Esta huida de todo.

—La verdad es que no lo sé. Lo único que puedo decirte es que me parece lo correcto.

—Lo que uno siente y lo que es en realidad no siempre son lo mismo. Desde luego, esto no me parece bien.

—Soy más feliz solo. ¿Fue por Miles? ¿O es simplemente por cómo soy? No sabría responder a eso. Quiero decir, ¿puedes describir tú con todo detalle cómo te afectó tu experiencia con Miles?

Si se encogió de hombros.

—Sentía culpa. Debería haberte ayudado entonces.

—No, no me refiero a la culpa —dijo Harvey—. Hablo de lo que Miles te *hizo* de verdad. Tuvo que causar algún…

—¿Qué quieres decir? —Si fulminó con la mirada al hombre sentado en el suelo a su lado—. ¿Hacerme a mí?

Harvey desvió la mirada y no insistió. Si se alegró; la insinuación había desestabilizado brevemente su compostura.

—En fin, debería haberte ayudado —dijo Si, volviendo a posar la vista en el lago—. Lo siento. *Debería* haberlo parado.

Si esperó a que Harvey respondiera. No lo hizo. Lo único que oyó fue una brisa que agitaba las copas de los árboles sobre él.

—Joder, ¿me estás escuchando? Te estoy diciendo que debería haberte ayudado. ¡Por el amor de Dios! No he dejado de arrepentirme de ese momento ni un solo día. Seguro que esto es lo que quieres oír, ¿no?

Más silencio. Hasta que unos patos al otro lado del río lo rompieron graznando con fuerza los unos a los otros.

—Como quieras, pues no hables —dijo Si—. Puede que me hayas convencido de que no le hiciste daño a Tia, pero nunca me

convencerás de que no estás loco. Debería haberte ayudado, pero no puedes culparme a mí de tu locura.

—¿Culpar? —dijo Harvey, negando con la cabeza—. Yo no te culpo. Eras un niño. Igual que yo. —Volvió a mirar a Si—. Por eso yo tampoco pude ayudarte a ti.

—¿Ayudarme? —dijo Si, fulminándolo de nuevo con la mirada, pero alzando la voz—. ¿De qué coño estás hablando? ¿Ayudarme cómo?

—Abusó de los dos, Si.

—Cierra la boca. Apenas estuve allí un minuto. ¡No tienes ni puta idea de lo que dices!

—¿Estás seguro? —Harvey seguía mirando a Si.

Si se apartó de Harvey y escupió en el suelo. Sentía que las manos le volvían a temblar. El control era efímero. Pero ¿y ahora qué? Si no era Harvey, porque su viejo amigo había presentado un caso convincente de su inocencia en el transcurso de la noche, ¿quién iba a sufrir su ira? Y ahora esto: ¿insinuaciones de que había sufrido abusos? ¡Vaya broma!

—Nunca me tocó.

—¿Es necesario que te toquen para que sea un abuso, Si?

—A ti *sí* te tocó —dijo Si, poniéndose en pie—. Esto es una sarta de gilipolleces. Estoy aquí por la verdad sobre mi hija, no para que me dé terapia el loco del pueblo.

—¿Crees que la verdad sobre Tia, si yo la tuviera, sería suficiente?

—¡Joder, Harvey, por algo se empieza! Quiero saber quién asesinó a mi hija. Me has hablado de tu gran amistad con ella, pero hasta ahora no sé nada de quién le hizo daño. Y ahora me sales con algo que pasó hace cuarenta años. ¿Qué tiene que ver esto con la muerte de mi hija? ¡Como no paro de decirte, ese monstruo nunca se me acercó! Y desde luego nunca me tocó. Así que ¿abusos? ¿Qué abusos? Lo habría castrado si lo hubiera intentado.

Harvey suspiró.

—No quiero ponerte de los nervios, Si. Solo quiero ayudarte.

—Pues ayúdame. Estamos aquí ahora porque le ofreciste una mano amiga a mi hija por alguna extraña razón. ¿Por qué? ¿Para

vengarte de mí? ¿Para acercarte a mí? ¿Acaso me has dejado eso claro ya?

—Creía que sí —dijo Harvey—. Tia simplemente vino aquí.

—Y como ya te he dicho, deberías haberla echado. Dijiste que te gustaba estar solo. —Señaló el lago con un gesto de la mano—. Y te mudaste aquí para estar solo… Entonces, ¿por qué coño acogiste a mi hija?

—¿Cuántas veces más, Si? Lo siento, pero estaba perdida, era infeliz, necesitaba a alguien…

—¿Te *necesitaba* a ti? ¡Gilipolleces! Necesitaba a su padre, eso es lo que necesitaba.

Harvey asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Debería haber acudido a mí. No a ti.

Harvey asintió de nuevo.

Si volvió a ponerse en cuclillas. Las lágrimas le corrían por la cara. Se las secó con el dorso de la mano.

—Pero no lo hizo —continuó Harvey—. Y, cuando vino… tienes que creerme, Si…, no era solo lo menos que podía hacer por ella, sino que también era lo menos que podía hacer por ti.

Si cogió un palo y lo tiró al lago. —Has perdido la cabeza. Fui *yo* quien te dio la espalda. No me debías nada.

—A lo mejor, nos lo debemos el uno al otro.

—¿Porque ambos sufrimos abusos? —dijo Si con una sonrisa sarcástica.

Harvey asintió.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad? Yo *no* sufrí abusos.

Harvey dijo: —¿Pero mataste a Miles?

Si respiró hondo, y de repente un nudo helado le atenazó el corazón. —¿De qué estás hablando?

—*Sabes* de lo que estoy hablando. Mataste a Miles, ¿verdad?

—¿Qué podría hacerte pensar…?

—¿Adónde fue entonces?

—No lo sé. Al infierno, por mí como si nada. O, mejor dicho, eso *espero*.

—¿Así que, sin más, se fue de Knaresborough y desapareció?

—Sí. Eso tengo entendido.

—Dime la verdad, Si. Te cubro las espaldas. Me importabas entonces y me importas ahora.

Si miró a los patos. —¿Y qué cambia la verdad?

—Lo cambia todo.

Si soltó una carcajada. —¿Cómo? Ella seguiría muerta.

—Sí, pero al menos te liberaría. Y yo también te estoy diciendo la verdad, Si. Siempre me has importado.

Si observó a Harvey y estuvo a punto de decir: *Y tú también me importabas. Esa es una de las razones por las que hice lo que hice.* Se mordió la lengua en el último segundo.

—¿Qué hiciste, Si?

Si suspiró. —Lo que había que hacer. Algo que debería haber hecho entonces, allá por 1982.

Trasladó a Harvey a aquella noche de hacía veinte años, cuando, borracho, se había topado con la vieja cabaña de los scouts, abandonada. El ayuntamiento había cerrado la puerta para siempre. Si la derribó de una patada y descubrió al viejo y tullido Miles, solo.

—¿Así que guardabas una llave, Baloo?

El lugar apestaba, y había comida podrida y basura por todas partes. También había un saco de dormir. Miles estaba mirando álbumes de fotos.

—¿Qué estás mirando, Baloo?

Miles se las enseñó. Eran las fotos de los muchos lobatos que había cuidado a lo largo de los años.

—¿Cuántos, Baloo? ¿Cuántas vidas has contaminado? ¿Cuántas has destruido?

Miles ya estaba perdiendo la cabeza por aquel entonces. Sus respuestas no tenían mucho sentido. Estaba frágil, y Si sabía que un invierno frío más, con solo aquel saco de dormir para protegerse, probablemente bastaría para acabar con él.

—Pero no merecía una muerte natural, ¿verdad? —dijo Si, mirando a Harvey.

Harvey no respondió.

—Sabes que estaba sentado en la misma silla en la que te vi aquella noche. Esa misma silla de plástico blanca.

—¿Cómo has…? —preguntó Harvey.

Si sacó su navaja suiza del bolsillo de los vaqueros y se la enseñó a Harvey.

—¿SM? —dijo Harvey—. Si Meadows.

—Stuart Meadows, mi padre. Que en paz descanse su alma de borracho. La tenía de cuando estaba en los lobatos. Todo parece tener siempre una naturaleza cíclica y enfermiza, ¿no te parece?

Si volvió a mirar al lago y recordó el momento en que mató a Miles. Murió con facilidad. Demasiado rápido. Había querido que sufriera.

—Espero que oyera mis últimas palabras. Le dije que era por todos los otros chicos a los que hizo daño.

—¿Y por ti también? —dijo Harvey—. No olvides que a ti también te hizo daño.

Si negó con la cabeza. *¿De verdad sufrí abusos? ¿Tenía razón Harvey? ¿Lo he bloqueado? ¿Eran recuerdos reprimidos? ¿Acaso el viejo monstruo...?* Sacudió la cabeza; era mejor no pensar en ello. —Miles está bajo las tablas del suelo de esa vieja cabaña de los scouts. Pudriéndose en una tumba anónima.

Igual que todos aquellos chicos inocentes se pudrieron… por dentro.

Si respiró hondo, sintiéndose de repente más ligero. —¿Cómo lo sabías?

—Simplemente lo sabía. No sé cómo, la verdad. Simplemente lo sabía.

—¿Estamos conectados de alguna manera, Harvey? —preguntó Si. Sonrió de nuevo—. ¿Crees en ese tipo de gilipolleces?

Harvey se encogió de hombros. —Quizá.

—Nos gustábamos. ¿Y qué? Nunca pasó nada, por nuestras circunstancias. De nuevo, ¿y qué? Es una historia que se ha contado un millón de veces. Ocurre todos los días. Eso no nos conecta.

—No se trata de los sentimientos que teníamos el uno por el otro. Miles te controlaba, Si. Te utilizó. Usó tu sexualidad en tu contra y te obligó a darme la espalda.

Si se encogió y apartó la vista. Sintió que se le volvían a aguar los ojos.

—Eso fue un abuso —continuó Harvey—. Puede que no te tocara físicamente como a mí, pero destruyó una parte de ti, ¿o no? Estábamos juntos en esto. Y por eso siempre estaremos conectados.

—Para —dijo Si, levantando la palma de la mano. Negó con la cabeza—. Por favor.

—He terminado —dijo Harvey—. De todos modos, es todo lo que tengo.

Si se secó las lágrimas. —Le pegué. Solo una vez, pero le pegué.

—Nunca me lo dijo, Si.

—Lo único que me ha importado en la vida. Lo único bueno que ha salido de mi patética excusa de vida, y le *pegué*. Debió de odiarme.

—Te quería, Si. Créeme. Eras su padre, y lo eras todo para ella.

—Si eso es verdad, ¿por qué venir aquí? ¿Contigo? ¿Por qué?

—Así es la vida, Si. Ya no era una niña. Era una mujer joven. Era hora de que encontrara su propio camino.

—¿De verdad no te dijo que estaba embarazada?

Harvey apartó la mirada. —No, no me lo dijo.

—¿Te habló de algún novio? ¿De quién podría ser el padre?

Harvey negó con la cabeza, pero no le sostuvo la mirada.

—Se ha ido, Harvey. ¿Y ahora qué? ¿Qué es lo siguiente?

De repente, en ese momento, Si se sintió como se había sentido días atrás, cuando vio su cuerpo por primera vez. Estaba de rodillas, con los puños apretados, y las lágrimas le corrían por la cara. —No queda nada. *No queda nada.*

Sintió una mano en su hombro. Se apartó de un respingo. —Ya no quiero estar aquí. ¡Simplemente, ya no quiero existir!

La mano se posó de nuevo en su hombro. Volvió a respingar, pero esta vez Harvey consiguió mantener el agarre.

—Que pare. Déjame morir.

No dejaba de intentar apartarse, pero Harvey insistía. Al final, dejó que su mano se quedara allí mientras él lloraba. Luego, sintió cómo el brazo de Harvey le rodeaba la espalda por completo.

Si sollozaba con cada fibra de su ser.

Finalmente, agotado, miró de reojo al ermitaño al que había planeado matar esa misma noche, que estaba sentado a su lado.

Si apoyó la cabeza en el hombro de Harvey y observó a los patos cruzar de un lado al otro del lago. Pronto se sintió más calmado y recuperó un poco la compostura. Sintió los dedos de Harvey acariciándole el pelo.

—Ella era todo lo que tenía, Harvey. Siempre he sido un inútil, y ella era lo único bueno.

Harvey habló en voz baja y con delicadeza. —No eres un inútil, Si. Simplemente te has pasado toda la vida escondiéndote. Igual que yo.

—No lo entiendo.

Harvey continuó acariciándole el pelo para consolarlo. Si cerró los ojos. Le gustaba la sensación. Un hormigueo le recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Si? Yo me escondí del mundo, mientras que tú te escondías de tu verdadero yo. Dices que no estamos conectados, pero lo estamos. Ambos nos hemos pasado la mayor parte de nuestra vida perdidos.

Si se concentró en la mano que le acariciaba el pelo. Hacía un momento, le había parecido correcto. Perfecto. Incluso maravilloso. Pero de repente, ahora, le pareció mal. La agitación empezó a extenderse por su cuerpo.

—Y como siempre hemos estado conectados —dijo Harvey—, desde aquel momento, era solo cuestión de tiempo que volviéramos a encontrarnos...

Sintiendo una oleada de asco, Si se incorporó, apartando bruscamente la cabeza de los dedos de Harvey. —Basta. —Se puso de pie—. ¡Cómo te atreves! —Lo señaló con el dedo—. ¡Cómo te atreves siquiera a insinuar que la muerte de mi hija nos ha unido! —Se dio cuenta de que de repente estaba furioso. Tenía los ojos desorbitados y había alzado la voz—. Viejo maricón.

Harvey lo miró con tristeza. Asintió y luego volvió a dirigir su atención al río. —Solo hay un camino de vuelta para gente como nosotros, Si.

—No quiero oírlo. ¿Entiendes? No quiero oírlo.

—Tenemos que dejar de escondernos.

Si tenía la boca llena de lágrimas. Escupió a Harvey. —Deberías haber ayudado a mi hija cuando acudió a ti. Y nunca deberías haber intentado que esto tratara de nosotros.

Si empezó a alejarse en dirección a la valla.

Varios metros después, se volvió hacia Harvey, que seguía sentado en el suelo, de espaldas a él y con la mirada perdida en el lago.

Respiró hondo. Sintió la atracción. Incluso después de todo esto, todavía sentía cierto deseo de estar cerca de él.

Sacudió la cabeza.

Solo es culpa. *Culpa, pura y dura. No sientes nada por él.*

La disculpa por haberlo abandonado estaba dada. Harvey ya no era relevante en su vida. Lo que era relevante era el padre del bebé de su hija... y la persona que le hizo esto. Nada más importaba.

Siguió caminando. Tras saltar la valla hacia Breary Flat Lane, vio a alguien que corría hacia él. Era Colin Abbott, propietario de Riffa Fabrications, una empresa de soldadura, y uno de los muchos negocios que caían bajo el paraguas empresarial del propio Si. También se conocían desde hacía bastante tiempo y habían sido compañeros de copas en otra vida, mucho tiempo atrás. El larguirucho de cincuenta años, que parecía ir a una velocidad implacable, se detuvo frente a él.

Colin se quitó el auricular inalámbrico. —Si... eh... —Tenía una expresión de preocupación en el rostro. Si sospechó que su secuestro de Harvey ya había salido en las noticias nacionales.

—Hola, Colin —dijo Si—. Tengo prisa...

—¿Estás bien, tío? —preguntó Colin, con el sudor corriéndole por la cara.

—Sí, bien... Solo no menciones que me has visto, ¿vale?

Colin asintió. Si sospechaba que Colin guardaría silencio, pero aunque no lo hiciera, sería irrelevante. De todos modos, lo alcanzarían tarde o temprano.

—Siento lo de Tia —dijo Colin.

Si asintió. —Gracias.

—¿Está Harvey contigo?

—Sí, pero ya está todo arreglado.

Colin asintió en dirección a la valla. —¿Está allí?

—Sí, pero como te he dicho, no te preocupes. Está bien. No le he hecho daño.

—Ah, bien —dijo Colin, secándose la frente sudorosa—. Me alegro. Cuando he oído esta mañana la noticia sobre esos dos testigos, temía que tú...

—¿Qué testigos? —preguntó Si.

Colin se tambaleó. —¿No te has enterado?

—¿Te crees que voy por ahí con el móvil mientras toda la pasma de Yorkshire me pisa los talones?

—Ya veo. No te preocupes. No sé seguro qué ha pasado...

—Colin, si no quieres correr los próximos mil quinientos metros con una pierna rota, tienes que contarme ahora mismo lo de esos testigos.

—Mierda. Lo siento, Si, de verdad que probablemente no debería...

—¡Ahora!

—Vieron a Harvey, Si. Lo vieron con el cuerpo de Tia.

Si se apoyó en la valla, con las sienes palpitándole.

—¿Si? —dijo Colin—. ¿Estás bien?

Si bajó la mirada; sentía que la cabeza le iba a estallar. —Sigue corriendo, Colin. Vete ya.

—¿Si?

—*¡Corre!*

Colin tragó saliva y se alejó a la carrera.

Si se dio la vuelta. De vuelta hacia el lago.

38

Cuando Gardner llegó al campamento, vio a Aiden de pie frente a la primera caravana. Era casi como si la hubiera estado esperando.

Se dirigió hacia él con paso decidido, para gran descontento de los muchos perros, que tiraban de sus correas, desesperados por conocerla de cerca.

En ese momento, no podía importarle menos, tal era la cantidad de adrenalina que corría por sus venas.

No se contuvo a la hora de dejarle ver a Aiden su estado emocional. Ya era suficiente. Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada. —¿La querías?

—Sí, te dije…

—Pues ayuda de una maldita vez.

Él se encogió y desvió la mirada. Por un momento, ella se preguntó si se iba a echar a llorar. ¿Se había pasado de agresiva?

Sí, pensó. *Siento que este es el momento oportuno.* La verdad estaba cerca; a veces solo había que esforzarse un poco más y que le den a las consecuencias.

Se preguntó, brevemente, si estaba adoptando las costumbres de Riddick. Y si eran malas o no.

Él volvió a mirarla, jugueteando con su bigote. —Te he dicho todo lo que sé.

—Seiscientas libras —dijo Gardner.

—¿Qué?

—El dinero que Tia sacó del cajero. Te lo mencioné la última vez.

Él volvió a desviar la mirada. —Ya te lo dije. No sabía…

Maldita sea. —La verdad, Aiden. Anoche Tommy estuvo en *mi* césped con Jack Moss. ¿Lo conoces?

Aiden negó con la cabeza. No la miró.

—¿Dónde está Tommy?

—No lo sé. ¿Por qué iba a saberlo? Anoche no volvió. Los tuyos ya han estado aquí buscándolo.

—¿No estás preocupado por él? —preguntó Gardner.

Aiden asintió y la miró por primera vez en un rato, pero sus ojos se movían por todas partes.

—Ya vi el estado de Tommy —continuó Gardner—. A menos que reciba tratamiento, puede que no vuelva a casa. Si sabes dónde está, lo mejor es que me lo digas.

—No lo sé —dijo y volvió a desviar la mirada.

Un perro cercano a ella comenzó a ladrar de nuevo. —¡Calla a ese maldito perro! —Lo fulminó con la mirada. No había ningún dueño que atendiera su orden.

Volvió a mirar fijamente a Aiden.

—Puede que estuviera esperando un hijo tuyo.

Aiden endureció la expresión. Estaba conteniendo las lágrimas, pero hinchó el pecho para intentar dar una impresión diferente. —No sé nada. De verdad que no.

—Supongo que, en ausencia de Tommy, tú eres el líder.

—Hago lo que hay que hacer. Esta es mi gente. Tia ya no está, de todas formas, y protegeré lo que me queda.

Puede que Aiden engañara a otros con esa actuación, pero a ella no la engañaba. Si tuviera tiempo, podría hacerlo hablar, pero ¿de qué tiempo disponía?

—¿Te mencionó Tia alguna vez a Rhys Hunt?

Aiden negó con la cabeza. —No.

—¿De verdad? ¿Sabías que podría haber habido otro hombre en su vida?

—No me lo creo. Solo intentas provocarme. No funcionará.

—Así que no tienes nada que darme. Todavía. ¿Incluso después de lo que pasó anoche?

Volvió a negar con la cabeza. —Ojalá.

Ella suspiró. —Como quieras. —Resolvió entregar el dinero en el Cuartel General. Que su hermano se viera arrastrado a este lamentable asunto y que las fuerzas del orden cayeran sobre el campamento. Probablemente la apartarían del caso, pero la necesidad obliga. Suspiró—. Podrías haber hecho esto más fácil. —Recordó la otra razón por la que estaba allí.

—Cuando llegué antes, parecías estar esperándome.

—Sí, esperaba a alguien. —Jugueteó con su bigote mientras sopesaba sus siguientes palabras—. Permíteme decir que estamos tan conmocionados como tú por lo que vieron Greg y Liam.

—¿Cuándo te lo contaron?

—Se lo contaron a sus padres después de llamarte. Acabo de enterarme…

—¿Eres consciente de que esto es tres días después del asesinato?

—Tienen quince años…

—O sea que, cuando tienes quince años, ¿no tienes moral y simplemente ignoras un asesinato durante tres días?

—No. —Aiden negó con la cabeza—. Es solo que habían estado bebiendo sin tener la edad. No querían meterse en líos. No querían que el ayuntamiento volviera a husmear por aquí, comprobando el bienestar de los niños del campamento.

—Entonces, vieron a alguien arrastrando un cuerpo y, simplemente, ya sabes… —Gardner se encogió de hombros—, ¿lo ignoraron?

—¿Qué más da de todos modos? Sabes que es Harvey Henfrey. Todo el mundo sabe que es él. Deberías estar agradecida, esos chicos solo han hecho que todo avance un poco más rápido para ti.

—Y un poco más rápido para ti y para Tommy, ¿eh, Aiden? Se acabó el husmeo de la policía. Quizá podáis escabulliros todos sin problemas. Al fin y al cabo, parece que las cosas se han puesto un poco complicadas por aquí para ti y para Tommy. Probablemente estéis deseando quitaros de en medio Knaresborough… y a Jack Moss.

—Como he dicho antes, no sé a quién te refieres. —Aiden negó con la cabeza—. Y no tuvimos nada que ver con la muerte de Tia. Habla con Greg y Liam y lo verás por ti misma.

—Pienso hacerlo. Así que, déjame preguntarte, cuando Harvey sea juzgado, ¿vas a llevar personalmente a Greg y a Liam al tribunal?

Parecía confundido. —Qué pregunta más rara. Yo… no lo sé. Quizá. ¿Yo u otra persona?

—¿Crees que un jurado se va a tragar que Greg y Liam mantuvieran la boca cerrada durante tres días? ¡Venga ya! Por cierto, ¿qué les hizo cambiar de opinión?

—La culpa, supongo. ¿No es mejor que hables con ellos?

—Lo haré. De uno en uno.

Gardner no tardó en comprobar que las declaraciones de los testigos eran puras patrañas.

Las historias no cuadraban. Los dos chicos de quince años afirmaban haber estado pescando mientras se tomaban una copa de forma ilegal. Greg dijo que habían tenido muy buena pesca. Seis piezas en total. Liam, que solo habían conseguido dos. Gardner se dio cuenta, al hablar con ellos, de que las matemáticas básicas siempre serían demasiado para aquellos dos; sin embargo, la diferencia entre seis y dos requería un nivel de idiotez completamente nuevo.

Peor aún fue la insistencia de Greg en que no habían grabado a Harvey arrastrando el cuerpo de Tia con la cámara del móvil por miedo, mientras que Liam dijo que era porque nunca se llevaban el móvil a pescar.

La incongruencia no solo echaba por tierra estas pruebas, sino que, además, ¿qué chaval de quince años iba a ninguna parte sin el móvil hoy en día?

Salió del segundo interrogatorio, molesta, y fulminó a Aiden con la mirada. —Una pérdida de tiempo. Quienquiera que les dijera qué

decir debería haber pulido mejor los detalles. No he tenido ni que esforzarme demasiado para sacar a la luz las incongruencias.

Aiden negó con la cabeza. —Lo hizo él. Harvey lo hizo.

—Estoy a punto de detener a alguien por hacerle perder el tiempo a la policía, Aiden. Y tú tienes todas las papeletas.

—¡No te estoy haciendo perder el puñetero tiempo!

—Si ha sido Harvey, ¡estás haciendo que sea muchísimo más difícil montar un caso! Y si no ha sido él, le estás dando tiempo al verdadero asesino para escapar. Última oportunidad. ¿Hay algo que quieras contarme, Aiden?

—¡Fueron Greg y Liam quienes te llamaron! Deja de culparme.

—Tienen quince años. Mírame a los ojos y dime que nadie los ha aleccionado.

Aiden negó con la cabeza y bajó la mirada.

¡Joder!

—Tengo que hacer una llamada —dijo Gardner—. No te muevas de aquí.

Llamó a Riddick y le saltó directamente el buzón de voz. *Típico.*

Entonces llamó a Ray.

—Disculpe, jefa. Un momento, que salgo fuera. Estamos en la reunión informativa… Vale, ya puedo hablar.

—¿Podría ir a buscar a Paul, por favor?

—Me temo que no ha aparecido. Lo ha sustituido Marsh.

Mierda. Recordó sus palabras. *Voy a ir a su casa.* ¿No lo habría dicho en serio? *¡Paul, eres una auténtica pesadilla!*

—Escuche, Ray, las declaraciones de los testigos son una pura invención. El peor embuste que he oído en mi vida. Dígaselo al equipo y descarte esa sarta de tonterías…

—¿Jefa?

Tragó saliva y sintió un pavor que le heló la sangre. Una interrupción no era buena señal. —Sí.

—Me temo que la prensa se ha hecho eco de ello.

El pavor se convirtió rápidamente en una pesada y fría piedra en su estómago. Miró a Aiden y siseó: —Las mentiras tienen consecuencias.

—¿Disculpe, jefa?

—Nada. ¿Ya es de dominio público, Ray?

—Sí —dijo Barnett—. Me temo que sí. Marianne Perse, como siempre. Hemos llegado tarde…

Una fuerte explosión sacudió el aire.

Gardner dio un respingo y cayó de rodillas. Oyó jadeos, gritos y voces procedentes de las caravanas que la rodeaban.

Más adelante, aproximadamente donde estaba el lago, innumerables pájaros se elevaron graznando por encima de las copas de los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —gritaba Barnett al teléfono—. Jefa, ¿se encuentra usted bien?

Una columna de humo se elevaba sobre las copas de los árboles.

—Sí. Tienen que enviar a los servicios de emergencia al lago. Ha habido una explosión.

A su alrededor, la gente salía en masa de sus caravanas para mirar hacia la zona de la explosión.

—¡Dios santo! El lago. ¿Ha sido la cabaña de Harvey? —preguntó Ray.

—Sospecho que quienquiera que sea nuestro filtrador acaba de prender la mecha. —Gardner colgó y echó a correr en dirección al lago.

39

Riddick *había tenido* la intención de dirigir la reunión informativa en el Cuartel General.

También *se había* resistido al impulso de asaltar el mueble de la cocina, a pesar del mono y del temblor de sus manos.

Sí, había habido un momento en el que había vacilado bajo un torrente de pensamientos negativos. *Estás condenado, Paul. De un modo u otro. Si el inminente artículo de Marianne no te reduce a cenizas, lo hará la decisión que tomaste anoche, borracho, de hacer esa llamada.*

Y, sin embargo, a pesar de estas cavilaciones, *había* conseguido meterse en el coche y emprender el viaje hacia el Cuartel General en Harrogate...

Pero entonces su móvil había empezado a sonar. Un número desconocido.

Se detuvo en el arcén y contestó:

—¿Quién es?

—Paul...

—¿Si?

—Sí.

—¿De quién es este móvil?

—De prepago; me he deshecho del mío. Escucha...

—No, escúchame tú a mí. Tienes que entregarte.

—Se ha acabado, Paul.

—¿Qué se ha acabado? ¿Dónde está Harvey?

—Voy a volver al momento en el que todo cambió para mí.

—Tienes que ser más claro... —Riddick hizo una pausa, dándole vueltas a sus palabras. *¡Claro! Donde encontraron a Tia. Donde la viste...*—. Quédate en el lago, Si. Voy a por ti.

—No estoy en el lago, Paul. Estuve allí. Pero ya no. El momento en que todo cambió fue mucho antes. La había perdido incluso antes de que apareciera en mi vida. ¿A que suena raro? En fin, ya he terminado de darle vueltas a todo. Ahora lo sé. Siempre estamos destinados a volver atrás. La gente como tú y como yo. Nunca hacia delante. Por mucho que lo intentemos.

—Te equivocas, Si. *Podemos* seguir adelante. Yo seguiré adelante, y tú también lo harás. Dime dónde estás y déjame ayudarte...

—El pasado nunca te suelta, tío, pero creo que eso tú también lo sabes.

—Por enésima puñetera vez, ¿dónde demonios estás?

—Mantente alejado. Voy armado y te haré daño si vienes. Esto es un adiós. Sé que tú lo entiendes, cuando nadie más lo ha hecho ni lo hará jamás.

—¿Dón. De. Estás?

Ninguna respuesta.

—¡Maldito idiota! —Había golpeado el volante, preguntándose si llamaba idiota a Si o a sí mismo.

A ambos, lo más probable.

El momento en que todo cambió fue mucho antes del lago. La había perdido incluso antes de que apareciera en mi vida.

Claro. Era jodidamente evidente.

Y así que sí, Riddick de verdad *que había tenido* la intención de ir al Cuartel General sobrio para dirigir esa reunión.

Pero los planes tienen la costumbre de cambiar rápidamente, ¿verdad?

40

Gardner llegó antes que los servicios de emergencias.

Sabía que no debería estar saltando la valla de Breary Flat Lane antes de que la zona de la explosión hubiera sido declarada segura, pero lo hizo de todos modos.

La cabaña de piedra estaba hecha pedazos. En el suelo humeaban restos de madera, piedras y libros. Sospechaba que había sido una explosión de gas. Recordó la bombona de gas que había en la parte de atrás. No habría costado mucho meterla en la cabaña con la válvula abierta, encender una vela, cerrar la puerta y marcharse antes de que reventara.

O, peor aún, sentarse *dentro* de la cabaña hasta que reventara.

Se estremeció. Bueno, si ese era el caso, nadie habría sobrevivido a aquello.

Sin embargo, no fue a investigar los restos de la cabaña de inmediato, porque, por el camino, vio a Harvey sentado en el suelo, mirando hacia el lago. Por suerte, estaba a cierta distancia de la zona de la explosión. Se detuvo.

—¿Harvey?

Esperó a que se girara. No lo hizo.

—¿Harvey? —alzó la voz.

Seguía sin haber respuesta.

Echó un vistazo al bosque circundante. No veía a nadie más. —¿Si?

Se detuvo a escuchar. —¿Está usted aquí, Si?

Nada.

A lo lejos, oía las ululantes sirenas de los servicios de emergencias. El teléfono le vibraba en el bolsillo. Consideró la posibilidad de contestar.

Sería lo sensato, Emma.

Se dio la vuelta, miró hacia atrás y sopesó la idea de volver a la valla.

También sería sensato.

Pero ¿acaso no había empezado el día de una forma bastante insensata? Qué más daba continuar así.

Respiró hondo y avanzó hacia Harvey despacio, escudriñando los árboles a su alrededor en busca de cualquier movimiento repentino.

Si podía estar allí. Y ya no cabía duda de lo peligroso que era.

Sintió una familiar sensación de frío en el pecho. Un oportuno recordatorio de su psique de que, muchos años atrás, había sufrido una puñalada en el pecho que casi le cuesta la vida, y no era inmune a que volviera a ocurrir.

A metros de él, repitió su nombre, a pesar de que ya sabía que estaba muerto. —¿Harvey? —estaba sentado, erguido, pero con la cabeza inclinada hacia delante. Una mano reposaba en el barro a su lado, con la palma hacia arriba.

Mierda.

Respiró hondo, se armó de valor y se acercó a Harvey por un lado, manteniendo cierta distancia para preservar cualquier prueba que hubiera alrededor del cuerpo.

Harvey tenía la cara pálida. Los ojos, muy abiertos. Su pijama de hospital estaba perforado y manchado de sangre. Apuñalado. Sintió de nuevo esa sensación familiar en su propio pecho y notó cómo se le escapaba el aire del cuerpo.

Se inclinó, agarrándose las rodillas. *Ahora no, Emma. Contrólate.*

Alzó la vista hacia el lago y respiró profunda y lentamente para calmarse.

Luego, cuando recuperó el control, se volvió hacia el cadáver.

No era mucho lo que podía sacar de aquella trágica escena, pero al menos se alegró de que su rostro no estuviera contraído por la

agonía, algo que había visto antes en otras víctimas de apuñalamiento.

—Oh, Harvey —dijo, y suspiró.

Si acaso, Harvey parecía más en paz en la muerte de lo que jamás había parecido en vida. Gardner miró hacia el lago por segunda vez. Los patos seguían a lo suyo, ajenos a los horrores que ocurrían a tiro de piedra de su mundo.

Qué suerte la suya.

—Si..., ¿qué has hecho? ¿Y si no era Harvey?

¿No podías haber tenido paciencia? ¿Esperar a saber la verdad? ¿Ha sido por las noticias de esta mañana? ¿Por las declaraciones de testigos falsas?

¿Ha sido por eso?

¿Se habían arruinado más vidas por la filtración en su departamento?

Cuando llegaron los servicios de emergencias, se quedó en Breary Flat Lane, intentando desesperadamente llamar a Riddick.

Todas las veces saltaba el buzón de voz.

Sus mensajes empezaron con bastante calma, informándole de la situación, pero cada vez que contactaba con él, se volvían más y más hostiles. El quinto estaba repleto de tacos.

Después de que los oficiales de la escena del crimen llegaran y se pusieran manos a la obra, Marsh la llamó para decirle que seguían sin tener a Si. Al borde de la desesperación, contactó con O'Brien, disculpándose profusamente, antes de preguntarle si podía vigilar a Rose un poco más mientras ella supervisaba otra escena del crimen.

41

Riddick aparcó y se acercó a la ruinosa cabaña de los scouts, negando con la cabeza, incrédulo. Faltaba la puerta principal y la mayor parte del tejado se había hundido. El ayuntamiento la había rodeado de carteles de «Prohibido el paso». No solo era un adefesio, sino que además era peligrosa. Cuanto antes la demolieran, mejor.

—¿Si? ¿Estás aquí? —gritó. Sospechaba que su amenaza de ir armado era un farol, pero no pretendía sorprenderlo, por si acaso.

Se detuvo en la entrada de la cabaña, donde antes estaba la puerta, y volvió a gritar el nombre de Si. Esperó una respuesta. Nada.

Si estaba allí, en alguna parte, se las estaba apañando de maravilla para no hacer ruido.

Riddick se asomó al interior de la cabaña. El aire era frío y olía a humedad, y apenas podía ver nada en la penumbra.

Si y Harvey no estaban allí. Era imposible. El lugar estaba prácticamente en ruinas.

Suspiró. ¿Se había equivocado? Volvió a pensar en las palabras de Si. *El momento en que todo cambió fue mucho antes de lo del lago. La había perdido incluso antes de que entrara en mi vida.*

Pero aquí era donde Si había presenciado los abusos y había huido. ¿No?

Tras descartar el interior de la cabaña, Riddick rodeó el edificio por detrás.

Vio la orilla de un río cubierta de basura. Probablemente era un lugar de fiesta para algunos de los jóvenes descarriados de Knaresborough.

Se acercó a la orilla del río Nidd. Apartó una botella de una patada y se sentó.

Sin saber qué más hacer, sacó el móvil y se quedó mirando la pantalla.

¿Volvería a llamar Si?

La pantalla se iluminó y sintió un atisbo de esperanza. Pero era Gardner. Sin duda desesperada por reprenderlo por no estar ya en el Cuartel General. La desvió al buzón de voz y se quedó contemplando el río Nidd, deseando en el fondo de su corazón tener su petaca consigo, pero sabiendo que era mejor que no fuera así.

Gardner insistió.

Continuó ignorando el móvil. Arrojó varias piedras pesadas al agua y empezó a preguntarse si hoy sería el día en que la difamación del carácter de Marianne llegaría a los quioscos de las gasolineras.

A la vista de todos.

De nuevo, desvió a Gardner al buzón de voz, antes de lanzar otra piedra al agua. Las ondas se extendieron a lo largo y ancho.

Quizá tengas razón, Si.

Quizá el pasado nunca me libere.

Quizá nunca pueda seguir adelante.

Quizá debería meterme en este río, tumbarme boca abajo y dejarme llevar por la corriente...

Sintió un subidón de adrenalina. *¿Es eso lo que hiciste, Si?*

Incorporándose rápidamente, escudriñó el río, buscando señales de un cuerpo.

Oyó una respiración fuerte y acelerada.

Se giró. Si Meadows estaba detrás de él, inclinado, agarrándose los muslos, intentando recuperar el aliento y mirando fijamente a Riddick.

Riddick avanzó hacia el fugitivo.

Si le mostró la navaja que tenía en la mano. —Vuelve a sentarte, Paul.

—¿En serio? —dijo Riddick—. ¿Eso podría siquiera rozarme la piel?

—Rozó la de Harvey...

Una oleada de frío recorrió a Riddick. Sacudió la cabeza y sintió náuseas.

Ahora estás condenado, pensó Riddick. *Igual que yo.*

—No finjas que te sorprende, Paul. Te lo advertí. Las cosas como son. Esta es mi justicia. —Señaló la cabaña de los scouts con la cabeza—. Como descubrió Miles Cook justo antes de que lo enterrara bajo esa tarima. Ahora, como te he dicho, *siéntate*.

Riddick se sentó.

—Y vuelve a girarte para mirar al río.

—¿Por qué?

—Hazlo.

Riddick se giró. —No importará que me mates ahora. Encontrarán el cuerpo de Miles cuando demuelan la cabaña de todos modos.

—Bien. Servirá de advertencia para todos esos otros monstruos que andan sueltos.

Riddick sintió otra oleada de frío. Si sabía que se le había acabado el tiempo. Y realmente no parecía importarle demasiado.

—Sabía que vendrías —dijo Si.

—¿Por qué es tan importante que lo hiciera? —preguntó Riddick, mirando el agua—. ¿Qué pretendes conseguir con todo esto?

El móvil de Riddick sonó.

—Contesta —dijo Si.

Riddick lo oyó acercarse por detrás.

—Es mi jefa. Para ti, probablemente no sea una buena idea.

—*Esta* es la idea —dijo Si, que ahora estaba mucho más cerca—. Así que contesta.

—¿Y si no lo hago?

Riddick sintió algo punzante en la nuca; se le oprimió el pecho. La navaja.

—No voy de farol —dijo Si.

No, pensó Riddick. *Supongo que no.*

—Contesta.

Riddick contestó al teléfono. —Diga.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó Gardner.

—He venido a intentar encontrar a Si y a Harvey.

—Harvey está muerto.

Lo sé, pensó Riddick. —Mierda.

—¿Dónde *estás*?

—En casa, estoy... —La punta de la navaja se le clavó en la nuca; hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien, Paul? —preguntó Gardner.

—Sí, estoy...

—Dile la verdad, Paul —dijo Si.

—¿Quién es? —preguntó Gardner.

—Es... —Riddick se interrumpió.

—Díselo —insistió Si.

—¿Es Si? —preguntó Gardner—. Paul, ¿estás en peligro?

Riddick suspiró. —Buena pregunta. No estoy seguro. Voy a preguntar. —Acercó el móvil—. Mi jefa quiere saber si estoy en peligro.

—¿Tú qué crees, Paul? —dijo Si—. Habla con ella.

Riddick se llevó el móvil de nuevo a la oreja. —Eso parece. Tiene la navaja con la que mató a Harvey.

—Paul, ¿dónde estás?

—Escucha. Yo me encargo.

—¡No! *¿Dónde estás?*

—En mitad de la nada.

—Dile dónde estás, ahora mismo, Paul. —La súbita presión de la punta de la navaja en su nuca le empujó la cabeza hacia delante.

—¡Paul, haz lo que te dice de una maldita vez y contéstame!

Aquello se estaba yendo de las manos, pero ¿qué podía hacer él? —Estoy detrás de la vieja cabaña de los scouts.

—Aguanta, haz que siga hablando. La ayuda está en camino.

Gardner colgó.

—Supongo que ahora vamos a tener fuegos artificiales —dijo Riddick.

—Supongo que sí.

—Es lo que querías, ¿no?

—Sigue mirando el río. No quiero que te levantes ni que me mires, pero podemos hablar. Hasta... el final.

El cuchillo se apartó de la nuca de Riddick. Se la palpó y se la frotó. Húmeda. Se miró la sangre de los dedos. ¿Era suya? ¿O de Harvey? Dejó caer la mano y se quedó mirando las casas al otro lado del río. ¿Sería eso lo último que viera en su vida? ¿Esas casas..., este río?

¿Y luego qué? ¿Su legado —lo que quedaba de él— completamente empañado por el artículo de Marianne? ¿Se convertiría en un referente de fracaso en el cuerpo? ¿Una advertencia para los demás de en qué no debían convertirse?

Jesús, ¿de verdad iba a morir?

Bueno, detrás de él había un hombre al límite. Y un hombre al límite era capaz de cualquier cosa.

Yo debería saberlo, después de todo.

—Dos hombres infelices juntos en el fin del mundo, ¿eh? —dijo Si.

—No soy feliz —dijo Riddick—. Nada feliz, pero eso no significa que quiera morir hoy.

—Puedo preguntar una cosa: ¿llamaste al número que te di?

—Sí.

—¿Y cómo te hizo sentir?

—Para serte sincero, no lo sé muy bien. Y, con un cuchillo en la nuca, ahora mismo mis sentimientos están hechos un lío.

—¿Te proporcionó algún alivio?

—Nada me proporcionará alivio jamás —dijo Riddick, antes de estremecerse al pensar en lo que sus palabras podían implicar—. Pero eso no significa que quiera morir. ¿Y tú? ¿Cómo te hace sentir lo que le has hecho a Harvey?

—Nada. —Hizo una pausa—. No siento nada.

—Entonces, para, Si. Nada de esto merece la pena.

Si bufó. —Desde que murió mi hija, es difícil medir las cosas en términos de si merecen la pena.

—Te entiendo, Si. Te entiendo perfectamente. Pero creo que nuestro dolor debe de ser una llamada de atención para nosotros.

Para que no echemos todo por tierra a nuestro alrededor. Para que, no sé, quizá intentemos construir ese valor en otra parte.

—Basta, Paul. Estemos en silencio un rato. Solo quiero pensar en Tia unos instantes más, ya sabes..., *antes* de todo.

RIDDICK INTENTÓ ENTABLAR conversación con Si varias veces durante los minutos siguientes, pero en cada ocasión le pidió que guardara silencio. Si no se enfadó ni volvió a pincharlo con la punta del cuchillo; simplemente exigió más tiempo para pensar en Tia.

Al final, Riddick se rindió y bajó la vista hacia el suelo donde estaba sentado, con la esperanza de encontrar una salida a aquel aprieto. Había un trozo grande de cristal de una botella rota incrustado en la tierra. Movió las piernas, lenta y gradualmente, hasta que sus rodillas flexionadas quedaron por encima del cristal. Luego, deslizó la mano con cautela bajo las piernas para poder liberar el trozo de vidrio. Riddick odiaba la idea de hacerle daño a Si. Sus vidas se habían fracturado de maneras similares. No sentía rabia hacia él, solo compasión, porque conocía de primera mano la agitación que llevaba a una persona a la locura.

Sin embargo, Riddick había dicho la verdad antes cuando afirmó que no quería morir hoy, y cualquier cosa podía pasar cuando llegaran aquellos *fuegos artificiales*.

—Solíamos romper botellas aquí —dijo Si—. Hace mucho tiempo. Piedras contra botellas. Harvey y yo.

Riddick sintió que el corazón se le aceleraba. *¿Por qué ha sacado lo de las botellas rotas? ¿Me ha visto liberar el cristal y me está mirando con aire de suficiencia, sabiendo que no tendré la oportunidad de usarlo?*

—Si. ¿Has pensado en un final diferente? Uno mejor.

Si bufó. —¿Cómo cuál?

Buena pregunta, pensó Riddick, dándose cuenta de que aún no tenía una respuesta. Pensó en lo que el terapeuta le había dicho una

vez que le confesó que tenía pensamientos suicidas. *Siempre hay nuevos comienzos, Paul. Debes saberlo y debes aferrarte a eso.*

—Todos podemos empezar de nuevo. Podrías usar parte de lo que has vivido para ayudar a otros...

—¿Desde la celda de una cárcel?

Se oyó un chirrido de frenos a su espalda. Seguido de otro. Los vehículos estaban llegando en tropel.

Equipo de respuesta armada.

—Te pido, Paul, que no te gires. Ni una sola vez. Si no lo haces, puede que no sea demasiado tarde para ti. Pero si te giras, no me dejarás otra opción.

Riddick sintió el cristal clavándosele en la palma de la mano al agarrarlo con fuerza. Escuchó cómo se abrían las puertas de los vehículos, el sonido de botas en el suelo, un par de gritos entre los miembros del equipo.

El tiempo se estaba agotando.

Todo se silenció rápidamente.

Detrás de él, la respiración de Si. Delante de él, unos patos que pasaban contoneándose.

Una voz de mujer fuerte rompió el silencio. —Si Meadows. Ponga el arma en el suelo y aléjese de ella.

—No —dijo Si.

—Si —dijo Riddick—. Te van a llenar de agujeros.

—¡Cállate, Paul!

¿Debía girarse, clavarle el cristal en la pierna a Si, derribarlo, desarmarlo? Un movimiento brusco podría provocar que abrieran fuego. Podría acabar con los dos...

—Este es mi *segundo* aviso, Si Meadows —volvió a intentar la agente—. Ponga el arma que tiene en la mano en el suelo...

—Y ya ha oído mi respuesta la primera vez. *No.*

—Si, *por favor*, escúchame; tengo una idea —dijo Riddick, arriesgándose a girar ligeramente la cabeza.

—No te gires. ¿Me oyes? Mira al río.

—Si, escucha. —Asomó el borde afilado del cristal entre los dedos—. ¿Debería arriesgarse? ¿Clavárselo en la pierna? ¿Ab

lanzarse sobre él después de que cayera al suelo? ¿Gritarles a los de respuesta armada que no dispararan?

—¡Mira al río! —gritó Si.

—¡Suelte el arma! —El volumen de las advertencias de la agente iba en aumento.

—Vale, vale —dijo Riddick, volviendo a girar la cabeza—. *Mierda.* ¡Esto era un suicidio!

—¿Si? —Era Gardner.

Ahora no. —¡Jefa, por favor! —El corazón de Riddick le latía desbocado—. ¡Aléjate...!

—¡Cállate! —exigió Si.

Riddick sintió de nuevo la punta del cuchillo en el cuello. *Joder. Emma. ¿Sabes lo que estás haciendo?*

— inspectora jefa Gardner, necesito que se quede atrás —dijo la agente.

—Si, necesito hablar contigo —dijo Gardner.

Riddick la oía acercarse. Estaba ignorando la orden.

No tienes ni idea de lo que estás haciendo, ¿verdad?

—Debo *insistir* ahora, inspectora jefa —continuó el agente.

—Vale —dijo Gardner—. Paro... aquí... Escucha, Si, solo puedo imaginarme el dolor por el que estás pasando.

—¿Imaginarte? —rio Si—. ¿Cómo podrías tener ni la más remota idea? Paul quizá, ¿pero tú? ¿Cómo?

—Vale, si es así, Si, entonces escucha a Paul. Estoy segura de que ha hablado contigo. Nadie quiere lo que está a punto de pasar.

—¿Nadie? —rio Si—. ¿Estás segura de eso? Esos agentes que tienes detrás parecen muy entusiasmados. Y como puedes ver, a mí no me desagrada la idea.

Es la estrategia equivocada, Emma, pensó Riddick. —Si, escúchame. —Hizo una mueca de dolor cuando el cuchillo le apretó con más fuerza el cuello, pero no gritó. Si lo hacía, dispararían.

—¡Basta! —exclamó Gardner.

—Inspectora jefa, no dé un paso más —dijo el agente—. Un paso más y reduciremos al agresor. No podemos arriesgarnos a que esto vaya a más, ¿comprende?

—Vale, vale, ya he parado. Lo prometo. Cuidado con esos dedos. —Suspiró—. Vale, escucha, Si, tienes que saber que has matado al hombre equivocado. Harvey no hizo esto.

Un momento de silencio.

—¿Me estás escuchando? —continuó Gardner.

—¡No! —gritó Si—. Mentirosa. ¿Los testigos? ¡Había dos!

—Lo siento, Si —continuó Gardner—. Era mentira. Los feriantes del antiguo campo de rugby se inventaron la historia.

—No me creo…

El cuchillo se apartó del cuello de Riddick.

—Lo hicieron —continuó Gardner—. Nadie vio a Harvey con tu hija. Eso nunca pasó.

—Pero ¿por qué iban a mentir? —preguntó Si.

—Para protegerse de la investigación. Hablé con los testigos; había demasiadas incoherencias.

—Entonces, ¿por qué lo sacasteis en las putas noticias?

—Fue un error. Lo siento; no debería haber pasado.

—¡No, cállate la puta boca! No... no... ¡Me estás engañando!

Riddick se dio cuenta de que Si se estaba alejando de él. *Hacia* Gardner. Preparó el cristal.

—Atrás —gritó el jefe del equipo de respuesta armada—. Un paso más y dispararemos.

—Estás mintiendo —continuó Si—. Mató a mi hija. Ese cabrón…

—No lo hizo. —La voz de Gardner sonó con fuerza y ahogó a todas las demás.

Todo quedó en silencio.

Está funcionando, pensó Riddick. *Sea verdad o no, lo que estés diciendo, Emma, está funcionando.* —Esto lo cambia todo —dijo Riddick—. La persona que hizo esto sigue por ahí. Todavía tenemos que encontrarla.

Ninguna respuesta.

Asimílalo, Si, pensó Riddick. *Necesitas luchar otro día…*

—Baja el arma, Si —dijo Gardner—. Te prometo que esto es lo correcto.

Seguía sin haber respuesta.

—Ahora, Si —dijo Gardner.

—Yo... yo... —dijo Si—. No.

Riddick negó con la cabeza. *Viejo cabezón de mierda.*

—No cambia nada —dijo Si—. ¿Qué puedo hacer desde una celda?

—Nada —dijo Gardner—. Porque nos encargaremos nosotros. Estamos cerca y obtendrás justicia. Te lo prometo.

¡Mierda, no!, pensó Riddick. *La palabra equivocada. Si tiene una definición diferente de la justicia.*

—¿Justicia? —dijo Si.

Riddick intentó intervenir. —Lo que quiere decir es…

—¿Justicia, inspectora jefa? —interrumpió Si—. ¿Como la justicia que conseguiste para ese hombre que tengo detrás, para Paul Riddick?

La situación se estaba descontrolando. Riddick volvió a mirar el trozo de cristal que tenía en la mano.

—¿Con toda su familia muerta y el asesino disfrutando de tres comidas calientes al día?

—Suelte el arma —continuó exigiendo el agente.

—No —dijo Si—. No es suficiente. Nada de esto es suficiente. ¿Paul? Tú entiendes lo que tiene que pasar aquí. Escúchame. Si no fue Harvey, encuentra a quien le hizo esto a Tia.

—Sí, por supuesto. Baja el arma y haré lo que necesites que haga —dijo Riddick.

—No puedo hacer eso. Pero confío en que los encontrarás y harás lo correcto. Ahora me la debes, ¿recuerdas*?* Yo te di justicia, así que tú puedes darme la mía…

Riddick se abalanzó, lanzándose hacia adelante, y le clavó el cristal en la pierna a Si. Este gritó de dolor. El inspector estiró la mano para agarrarle la pierna y derribarlo, pero el corpulento hombre la apartó de un tirón en el último segundo.

¡Mierda!

Si se lanzó hacia Gardner arrastrando la pierna, y Riddick supo que todo había terminado, incluso antes del disparo y del sonido del cuerpo al caer al suelo.

42

Gardner fue tras Riddick a grandes zancadas.

—¡Paul, para!

Riddick se detuvo junto a la puerta de su coche, la abrió, pero, antes de entrar, se giró y encaró a Gardner. Ella le vio lágrimas en los ojos.

—Podría haberlo detenido —dijo Riddick.

—¿Cómo?

—Si no hubieras aparecido. No habría habido tanta distancia entre nosotros. Podría haberlo parado. Haberlo reducido en el suelo.

—Son solo suposiciones, Paul.

—Pues ahora mismo prefiero las suposiciones. Mejor eso que muerto.

Gardner negó con la cabeza. —Estás agotado emocionalmente, Paul. Si se ha buscado esto él solo. Aunque lo hubieras reducido en el suelo, ¿crees que se habría quedado ahí tirado, cuchillo en mano, encantado de que lo ayudaras? No. Se habría defendido y… —señaló con el pulgar en dirección a los de la unidad armada— ellos habrían puesto fin a la situación igualmente. Con el riesgo añadido de alcanzarte a ti en el proceso.

Riddick se giró y golpeó el techo del coche con el puño. —¿Cuándo se ha convertido todo en este puto desastre?

Gardner le puso una mano en el hombro. —Tú no eres como él. Vivió algo terrible, pero ahí acaban vuestras similitudes. Él eligió un

camino distinto al tuyo, y ambos sabemos que esos caminos siempre acaban en fracaso. Vas a superar esto, Paul. Vamos a superar esto.

Riddick respiró hondo. Miró al cielo y luego negó con la cabeza. —Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. Marianne Perse no ganará.

—No es por eso. No por el artículo. Es otra cosa…

Recordó las palabras de Si en aquellos últimos momentos. *Ahora me la debes, ¿recuerdas? Te di justicia, así que tú puedes darme la mía.*

¿Deberle qué? ¿Qué justicia? Abrió la boca para preguntárselo, pero la volvió a cerrar de inmediato. No era el momento. Tenía que calmarlo, no alterarlo más.

—Hazte un favor, jefa, y aléjate de mí todo lo que puedas —continuó Riddick—. Me parezco a Si más de lo que crees.

Le sonó el móvil. Era O'Brien.

—¿Lucy?

—Lo siento, inspectora. Lo siento muchísimo. La he decepcionado. No puedo…

—Un momento, Lucy, más despacio. ¿Qué ha pasado?

—Rose ha desaparecido.

—¿Qué?

—Lo siento. Se la ha llevado su padre.

Gardner se apoyó en el techo del coche de Riddick para no caerse. Sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago y la hubiera dejado sin aire.

43

Gardner estaba demasiado alterada para conducir. Riddick se sobrepuso a sus propios demonios para llevarla a casa.

De camino, le sonsacó respuestas. Ella se las dio, contándole todo sobre Jack y sus sospechas de que el dinero que había encontrado era de Tia, así como su actuación poco ortodoxa en el campamento de nómadas de antes. —Me merezco que me cuelguen por esto.

Riddick la miró. —A nadie van a colgar. Ni siquiera sabemos si el dinero era de Tia. Y si lo fuera, seguiste tu instinto. Intentaste zanjar esta pista antes de que fuera a más y pudiera suponer una pérdida de tiempo y recursos.

—¡Pues vaya mierda de trabajo he hecho!

—Son cosas que pasan. Lo intentaste. Por encima de mi cadáver irán a por ti por esto. Eres lo mejor que le ha pasado a este sitio. Créeme, si te acuerdas, conozco bien a tu predecesor. Vuelve a meter ese dinero debajo de su cama y deja que lo encuentre yo ahora.

Se le quedó mirando. *Imprudente, como siempre.* —No vamos a tener esta conversación. Joder, Paul, como le haya pasado algo a Rose…

—Estará bien. Jack es su padre. La quiere, estoy seguro.

—No lo conoces como yo, Paul. Él no entiende el significado de la palabra *amor*.

Cuando vio la ambulancia aparcada frente a su casa, salió disparada del coche antes incluso de que Riddick lo hubiera detenido por completo.

Encontró a O'Brien junto a la ambulancia, sujetándose un trapo ensangrentado en la nuca y discutiendo con un sanitario.

—¿Lucy? —dijo Gardner—. Ay, Dios mío, esto es culpa mía, lo siento.

—Estoy bien, jefa, *de verdad*.

Gardner le puso las manos en los hombros a la joven agente. —Es culpa mía. Nunca…

—Jefa, en serio…

—Lo siento *muchísimo*.

—¿Por qué? Le he fallado *yo*. Su sobrina ha desaparecido.

—Bobadas. Cuénteme qué ha pasado, Lucy.

—Su hermano entró sin que me diera cuenta.

Porque tiene llave, pensó Gardner. *¿Cómo he podido ser tan estúpida?* Sacudió la cabeza, conteniendo las lágrimas de vergüenza.

—Me sorprendió en la cocina y me dio con una sartén. Cuando recuperé el conocimiento, Rose ya no estaba. Él es su padre. Estará bien, ¿verdad?

—Sí —dijo Gardner, sin estar segura de creerlo—. La quiere. —O, al menos, siente algo por ella en la medida en que sus limitadas capacidades se lo permiten.

—¿Perdone? —dijo el sanitario—. Necesito que haga entrar en razón a su compañera. Tiene que ir al hospital para que le hagan un chequeo.

—Estoy bien, ¿cuántas veces tengo que repetirlo? —O'Brien fulminó con la mirada al insistente sanitario.

—No —dijo Gardner—. Váyase al hospital. La llamaré en cuanto los hayamos encontrado.

Levantó la vista y vio a Riddick hablando con unos agentes delante de su casa. Entró, subió las escaleras y fue a la habitación de Jack para confirmar lo que ya sabía. Las bolsas habían desaparecido.

Fue a su propio cuarto y cogió el sobre escondido lleno de dinero, lo miró con lágrimas en los ojos y luego se puso en contacto

con Barnett.

—¡Jefa! —dijo Barnett—. Me acabo de enterar. ¿Está usted bien? Joder, ¿Paul está bien? ¡El tiroteo! No sé ni a dónde mirar.

—Máxima alerta por mi hermano y mi sobrina. *Tenemos* que encontrarlos, Ray. No habrán llegado muy lejos.

—Ya está en marcha, jefa. Marsh ha echado toda la carne en el asador.

Gardner suspiró. —Tengo que sincerarme sobre algo. ¿Tiene bolígrafo y papel a mano?

—Sí, jefa.

Gardner le contó lo del dinero que había encontrado esa mañana y su visita al campamento de nómadas, interrumpida por la explosión de la caseta. —Esa era la razón por la que Lucy estaba aquí en mi casa, Ray. Le dije que cuidara de Rose mientras yo iba a preguntarle a Aiden sobre este dinero.

Barnett no dijo nada durante un momento. Se preguntó si estaba demasiado atónito por su confesión o si solo estaba tomando notas.

—No he podido relacionarlo con Aiden ni con Tommy, pero *creo* que está relacionado, de verdad que lo creo.

—Vale… o sea que solo estaba intentando averiguar…

¡No empieces tú también! —No, Ray, no me está escuchando. No debería habérmelo callado. Debería haberlo notificado de inmediato, en lugar de ir por mi cuenta.

Barnett volvió a guardar silencio por un momento.

—¿Me está escuchando, Ray?

—Sí, jefa, pero la verdad es que no estoy seguro de qué quiere que le diga.

—Vaya a hablar con Marsh, dígale lo que le preocupa.

—No me preocupa nada.

—¡Ray!

—Vale, jefa, *joder*, lo que usted quiera.

—Entonces, ¿podría enviar a alguien para que venga a recoger el dinero? Deberíamos entregarlo a la Científica. Aunque ya sabemos que mi ADN estará en él.

Habló de varias otras pistas que Barnett estaba siguiendo antes de terminar rápidamente la llamada para correr al baño.

44

Tras vomitar dos veces y beberse dos vasos de agua para reponer los líquidos perdidos, se sentó en el sofá, temblorosa, mientras Riddick iba a poner a calentar el agua.

Vio el carlino de Rose sobre la mesa y se le encogió el corazón. Se estiró para cogerlo y lo apretó contra su pecho.

Lloró un momento, deteniéndose de vez en cuando para negar con la cabeza, arrepentida de su comportamiento temerario.

Riddick entró en la habitación con dos tazas de té. —Mira qué par estamos hechos. —Las dejó sobre la mesa. Le sonó el móvil; miró la pantalla y respondió—. Sí, señora... está aquí...

Riddick le pasó el teléfono, articulando «Marsh» sin emitir sonido.

Ahí estaba. La bronca del siglo. ¿Suspensión de empleo y sueldo?

Era lo mínimo que se merecía.

—Señora.

—Tranquila, Emma, los tenemos —dijo Marsh—. Rose está a salvo y Jack está detenido por agredir a Lucy.

Gardner sintió una indescriptible oleada de alivio, como nunca antes había experimentado. —¿Dónde está Rose?

—Con los servicios sociales.

Ya no está en mis manos, entonces. Pero está a salvo, al menos está a salvo.

—Quiero que se tome cinco minutos, Emma, y luego vuelva al Cuartel General.

—Por supuesto. ¿Supongo que Ray ha hablado con usted, señora?

—Así es.

—¿Y?

—Y Rose está a salvo, Lucy se pondrá bien, pero seguimos sin tener al asesino de Tia. Así que no tengo ninguna otra prioridad ahora mismo. ¿Ha oído? Ninguna otra prioridad ahora mismo.

Colgó y le contó a Riddick las noticias, que él ya había deducido por la conversación. Se bebió el té en silencio, bajo la atenta mirada de Riddick.

No ahora mismo.

Así que viviría para luchar un día más.

Pero no sería lo último que oyera al respecto. Ni de broma. Y con razón. Había sido negligente. Pero al reflexionar sobre ello, se dio cuenta de que no era su carrera lo que le preocupaba. Lo que más la aterrorizaba era el posible golpe a sus posibilidades de acoger a Rose.

Sonó el móvil de Riddick. Respondió. —Sí, Phil... sí, estoy con ella. Se está tomando unos minutos... —Se puso de pie—. Si quiere, puede hablar conmigo...

Gardner extendió la mano con tanta brusquedad que Riddick dio un respingo para evitar que le partiera el labio. —Dame el teléfono.

Riddick se lo dio.

—¿Phil?

—Jefa, tiene que oír esto.

Gardner se levantó. —Soy todo oídos.

—Estaba investigando las finanzas de Tia y algo me pareció extraño. Ha entrado mucho dinero en su cuenta procedente del White Bull. Y quiero decir *mucho*. Llamé al dueño, Bertie Thomas, para preguntarle. Me aseguró que eran horas extra, pero, ya sabe, a menos que trabajara veinticuatro horas al día, siete días a la semana, no me lo trago. Sobre todo porque tiene otro trabajo en Tesco, que le ocupa una buena parte de sus horas laborales. Así que le dije a Bertie que me enviara sus copias de las nóminas para cotejarlas con la cuenta bancaria de ella.

Gardner, que apenas unos minutos antes se había sentido sumida en la desesperación, de repente sintió que algo despertaba en su interior. —¿Y?

—El dinero de las nóminas que tiene Bertie no coincide con el dinero que entraba en la cuenta de Tia desde el White Bull. O bien él *me* ha endilgado unas nóminas falsas, o quienquiera que gestione los pagos le ha endilgado *a él* unas nóminas falsas.

Empezó a caminar de un lado a otro, con la expectación ardiéndole en el estómago.

—Así que, después de averiguar que Tia no cobraba el cuádruple, le pregunté a Bertie quién se encarga de organizar los pagos —continuó Rice—. Pues bien, no es una cervecera. El White Bull es propiedad privada de Bertie. Parece que Bertie emplea a Benjamin Murphy de Murphy Ltd para organizar sus finanzas. Y escuche esto, jefa: Benjamin Murphy también es el gestor financiero de Rhys Hunt.

Todo el cuerpo de Gardner empezó a hormiguear. —¿Y?

-Eso es todo hasta ahora.

Riddick miraba a Gardner con los ojos muy abiertos. Articuló sin voz: —¿Qué?

—Un trabajo fenomenal, Phil —dijo Gardner.

—Entonces, ¿puedo ir a ver a Benjamin Murphy y preguntarle por las nóminas falsas y el sueldo excesivo? Dudo que nos dé algo hasta que tenga un abogado, pero podemos intentarlo de todos modos.

Barnett sería normalmente su elección para un trabajo como este, porque, aunque Rice era estelar detrás de un escritorio, fuera de él, suponía un riesgo. Pero ¿cómo podía decirle que no después de que acabara de arrancar esa pepita de oro de la mina?

—De acuerdo. ¿Podría pedirle a Ray que investigue a Bertie entonces, por favor?

—No creo que esté implicado.

—Probablemente no, pero compruébelo de todos modos. De hecho, compruébelo tres veces.

—Sí, jefa. Gracias por liberarme del escritorio... creo que me he enamorado de usted.

—Como vuelva a decir eso, le quitaré esa libertad. *Para siempre*. —Levantó la vista hacia Riddick—. Paul y yo iremos a ver a Rhys otra

vez. Para averiguar si es su dinero el que ha llegado a la cuenta bancaria de Tia...

Y potencialmente a las manos embusteras de mi hermano.

45

La conversación entre Gardner y Riddick durante el trayecto a casa de Rhys Hunt transcurrió a una velocidad de vértigo, saltando de la investigación a la fuente de la filtración. Riddick sospechaba de Rice. ¿Y por qué no? Lo detestaba.

Durante su investigación anterior, la propia Gardner había sospechado que Rice filtraba información a la prensa. Pero ahora no estaba tan segura. Parecía demasiado ansioso por complacer. Buscaba el reconocimiento y, a pesar de esas actitudes horrendas de una época pasada, a veces era condenadamente eficaz. ¿De verdad pondría en peligro su creciente reputación?

—No hay nadie más en tu equipo que pudiera caer tan bajo, jefa. Nadie. Tienes que escucharme —dijo Riddick.

Gardner suspiró. —¡Lo hago! Bueno, sea quien sea, hoy ha costado la vida a dos hombres. En cuanto demos carpetazo a la Operación Día Radiante, tendremos que tapar la filtración, por muy difícil que sea.

Tras aparcar, se acercaron a pie a la impresionante casa de Rhys Hunt por el camino de entrada. De camino, Riddick detuvo a Gardner con una mano en el hombro. —¿Estás bien, Emma?

No solía llamarla por su nombre de pila. Ella se detuvo y le sonrió. —Estoy bien, Paul. Deja de preocuparte por mí.

Él asintió. —Tú te pasas el día preocupándote por mí; he pensado que te lo debía.

—Gracias… Y tú, Paul, ¿estás bien?

Él desvió la mirada. —Sí.

Mientes. La muerte innecesaria de Si… el artículo inminente… Estás hecho un verdadero desastre, ¿verdad? Y aquí estás, volcando tus energías en mí.

Sintió que el corazón se le enternecía. No había sentido una amistad así desde Michael Yorke, su inspector jefe en Salisbury.

—Vaya par estamos hechos —dijo Gardner.

Continuaron hasta la puerta. Esta vez, Riddick no montó un numerito por las mujeres desnudas talladas a mano en la aldaba, sino que la golpeó con insistencia contra la madera.

Lorraine Hunt abrió la puerta. Tenía los ojos vidriosos y el pelo revuelto. También tenía la cara roja y sudaba. Gardner y Riddick intercambiaron una mirada.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó Lorraine.

Gardner sonrió. —Siento molestarla de nuevo, señora Hunt…

—¿De nuevo? —Lorraine parecía confusa—. No recuerdo… Perdone, ¿quiénes son? No me encuentro muy bien, sabe.

Maldita sea —pensó Gardner—. *¿Qué tan fuerte es la medicación que le ha recetado el médico?*

—La inspectora jefa Emma Gardner y el inspector Paul Riddick —dijo Gardner, tratando de ayudar a su memoria.

—Ah, sí, creo recordar…

Gardner pudo ver en sus ojos que seguía sin tener ni idea.

—¿Está haciendo ejercicio, señora Hunt? —preguntó Riddick.

—¿Ejercicio? ¿Qué le hace decir eso?

—Parece usted sofocada —continuó Riddick.

Lorraine se tocó la frente húmeda y se miró el sudor en los dedos. —Ah… Solo estoy ordenando. Mi marido es un cerdo, sabe.

Gardner y Riddick intercambiaron otra mirada.

—¿Está su marido, Rhys, en casa? —preguntó Gardner.

—No. Ha salido.

—¿Sabe adónde exactamente? —preguntó Riddick.

—Al trabajo, supongo… Es lo habitual.

—¿Se encuentra bien, señora Hunt? —preguntó Gardner.

—Sí. Como he dicho…, solo estoy, ya sabe, cansada y yendo de un lado para otro por la casa. Últimamente no duermo muy bien.

Gardner asintió. Se inclinó para poder hablar más bajo. —¿Corre usted algún peligro, Lorraine?

Lorraine negó lentamente con la cabeza. —No, claro que no. ¿Por qué iba a correrlo? —Su rostro se iluminó momentáneamente—. Ahora me acuerdo de lo de ayer. Lo siento. Les enseñé aquellas fotos.

—Sí, así es —dijo Gardner con una sonrisa.

—Lo siento. Es que tomo medicación. Es fuerte. Me mantiene… calmada. Pero a veces todo se vuelve un poco confuso.

—Lo entiendo —dijo Gardner—. Hemos intentado llamar al número de su marido, pero no conseguimos localizarlo. Suponíamos que estaría aquí, al ser fin de semana…

—A Rhys eso le da igual —dijo Lorraine—. Se pasa la mayor parte del fin de semana en su despacho.

—De acuerdo, gracias. Lo buscaremos allí, entonces.

Y si no está allí, no nos quedará más remedio que localizarlo por el móvil.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarles? —preguntó Lorraine.

En mucho —pensó Gardner—, *pero me gustaría hablar primero con Rhys.*

Riddick le dio una tarjeta. —Si le llama y le dice dónde está, ¿puede contactar con nosotros?

—¿De qué se trata?

—De lo mismo de ayer —respondió Gardner.

Lorraine entornó los ojos. —Sí. Ahora que lo pienso, lo recuerdo. Ustedes pusieron a mi marido de los nervios. —Dio un paso atrás. Gardner se fijó en el gran tatuaje del águila en su tobillo que había visto el día anterior.

—Me encuentro bastante mal —dijo Lorraine. Se llevó la mano al cuello y cogió un colgante de un pájaro entre el pulgar y el índice. El pájaro tenía las alas largas y extendidas, y Gardner se preguntó brevemente si también sería un águila—. Creo que necesito tumbarme.

—Por supuesto —dijo Gardner—. Probaremos en su despacho y, a partir de ahí, ya veremos.

De vuelta al coche, Riddick dijo: —¿Es apropiado hoy en día decir que alguien es peculiar?

Gardner no respondió. Tenía pájaros y águilas en la cabeza.

Algo la estaba inquietando.

De vuelta en el coche, sonó su móvil. Era Rice.

—¿Phil?

—He hablado con nuestro sospechoso contable, Benjamin Murphy.

—¿Y?

—Se ha puesto pálido cuando le he enseñado una copia de las nóminas fraudulentas, pero hasta ahí hemos llegado. Pide un abogado. Lo único positivo es que ha aceptado venir a comisaría sin poner pegas.

—Lo dejo en tus buenas manos, Phil. Nos vamos al despacho de Rhys.

Después de colgar, le puso al corriente a Riddick y luego le preguntó:

—¿Ves el tatuaje que tiene Lorraine en el tobillo?

—El águila… sí. Atrevido, ¿eh?

—¿Por qué crees que se hizo un águila?

Riddick se encogió de hombros y arrancó el motor del coche.

—¿Le gustan las aves rapaces? ¿Quiere proyectar una imagen de mujer poderosa? Aunque no le está funcionando muy bien. Parece que su marido la ha machacado… la ha hundido del todo.

—Y llevaba un colgante. Estaba jugueteando con él. También parecía un águila.

Riddick miró por los retrovisores y sacó el coche a la carretera.

—No me he dado cuenta… lo siento.

—Bueno, ¿estas águilas te recuerdan a algo de los últimos días?

—A mí no, pero a ti por lo visto sí. Ya te vendrá a la cabeza cuando menos te lo esperes. Ya sabes cómo va esto. De momento, no pienses en ello. Dime, ¿crees que Rhys es culpable del asesinato?

—Creo que los resultados del ADN demostrarán que él la dejó embarazada. Es obvio que le está pagando por su silencio. Pagando

una buena vida para Tia y para un futuro hijo ilegítimo.

Riddick se encogió de hombros de nuevo.

—Tiene sentido. Darle dinero a Tia poco a poco es mucho más seguro que una gran suma de golpe que podría llamar la atención.

—Además, con este sistema, evita el contacto con ella. Para protegerse de Si Meadows y de la ira de su mujer.

—Sí. Lavándose las manos por completo. Entonces, ¿por qué matarla? Al matarla, se arriesga a que se descubran las nóminas, que de otro modo casi seguro que habrían pasado desapercibidas. No es como si no pudiera permitirse mantener el statu quo, ¿no? —preguntó Riddick.

—A no ser que Tia cambiara de opinión y amenazara con delatarlo. ¿Quizá Aiden y Tommy la presionaron más para que aumentara sus exigencias?

Riddick asintió mientras ponía el intermitente para girar a la derecha.

—Un móvil claro.

Sonó el teléfono de Gardner. Era Barnett esta vez.

—¿Ray?

—No soy adivino, pero estoy bastante convencido de que Bertie no tenía ni idea. Quizá quiera usted intentarlo de nuevo, jefa, pero yo creo que seguirá jugueteando con esa pajarita y sirviendo cerveza de mierda durante muchos años.

—Gracias.

Tras la llamada, Gardner miró por la ventanilla y observó una bandada de pájaros que dibujaba figuras en el cielo…

Y un recuerdo estalló en su mente.

Otro colgante con un pájaro entre un pulgar y un índice.

El pulgar y el índice de Aiden Poole.

—Para, Paul —dijo Gardner.

—¿Por qué?

—¡Hazlo!

Mientras él paraba, ella buscó a tientas su libreta en el bolsillo.

—Dime qué pasa —dijo Riddick desde el asiento del conductor.

—Puede que… sí… —Hojeó la libreta hasta que encontró el número de teléfono de Aiden—. Tengo que hacer una llamada, pero

necesito que tú también hagas una. Yo me bajo del coche, tú usa el manos libres.

—¿Qué es? ¡Me tienes en ascuas!

Se lo contó.

—Joder, si tienes razón…

—¡Ahora!

Saltó del coche a la acera y llamó a Aiden.

—¿Sí?

—Aiden, soy yo, la inspectora jefa Gardner.

Aiden suspiró.

—Se ha acabado. Me he enterado.

¡Acabado!

—Necesito hacerle una pregunta.

—¿Para qué? Nos vamos. Ustedes se han salido con la suya, como siempre. Nos han echado. Y como ya le he dicho, la historia que le contaron esos chavales no tiene nada que ver conmigo…

—Escuche. No tiene nada que ver con eso. Es por el colgante que lleva al cuello.

Un momento de silencio seguido de un bufido.

—¿Qué? ¿El águila?

—¡Sí! ¡Ese! Le vi jugando con él el otro día cuando hablé con usted por primera vez. ¿De dónde lo sacó?

Aiden hizo una pausa.

—Un momento… ¿me están tendiendo una trampa?

—¿La quería, Aiden? ¿Quiere saber la verdad? Porque la verdad es que Harvey Henfrey no le arrebató a Tia. Si quiere saberlo, dígame de dónde sacó el maldito colgante.

Una pausa.

—¡Ahora!

—De Tia, ¿vale? Me lo dio ella.

—Vale… vale… ¿Por qué?

—Fue un regalo. Bueno, supongo que fue una especie de regalo. Era suyo, pero ya no lo quería. Empecé a llevarlo para picarla. Luego, ya sabe, cuando pasó lo que pasó, no me apetecía quitármelo.

Gardner sintió de repente como si le recorrieran miles de voltios de electricidad. Se giró y se dio cuenta de que se había alejado bastante del coche.

—¿Quién se lo dio a ella, Aiden? —*Por favor, di que lo sabes… por favor, dime quién.*

—Nunca lo dijo.

Mierda. Sigue, Emma. Esto no acaba aquí.

—Vale… vale, simplemente se lo dio y le dijo que ya no lo quería. ¿Tiene que haber algo más? ¿Al menos le dijo por qué no lo quería?

—Sí, fue raro lo que dijo.

Gardner respiró hondo. *Por favor… Por favor…*

—Dijo que la persona que se lo había dado le había dicho: un águila espera… vigila… y se lanza solo cuando está lista. A mí me pareció que molaba, pero a ella no. De hecho, parecía ponerla nerviosa. No quiso decirme quién era, pero dijo que era alguien muy cercano a ella, alguien a quien le había hecho una jugarreta.

Gardner soltó el aire. Su instinto no le había fallado. Ahora lo veía todo. Claro como el agua.

—¿Alguien a quien le había hecho una jugarreta? ¿Y no se le ocurrió decírmelo? —dijo Gardner.

—Yo… yo… sinceramente, no caí. Ella no le dio tanta importancia.

Estuvo a punto de decirle a Aiden que él era una de las razones por las que un hombre inocente acababa de morir. En vez de eso, optó por colgar.

Corrió hacia el coche, abrió la puerta. Lo de Riddick era una posibilidad remota y no esperaba mucho de aquello, pero cuando vio sus ojos como platos, supo que su segunda corazonada también había dado en el clavo.

—Sí, Lorraine Hunt tiene su propio negocio, por internet, de hecho. Hace colgantes de acero inoxidable.

—Da la vuelta, Paul. *Ahora.*

46

Riddick no tenía ninguna intención de perder el tiempo pidiendo refuerzos.

Gardner no era tan estúpida. Contactó con el Cuartel General y luego se unió a Riddick en su marcha hacia la puerta principal. Se había quedado sin aliento cuando lo alcanzó.

Por sus ojos muy abiertos, vio que estaba cargado de adrenalina. Riddick disfrutaba de momentos como este.

Utilizó el llamador de la puerta, pero no hubo respuesta.

—Tenemos unos cinco minutos hasta que llegue la caballería —dijo Gardner.

Riddick no respondió. Volvió a llamar.

Seguía sin haber respuesta. —No voy a esperar —dijo Riddick.

Ella le miró los puños apretados. —¿Si yo no estuviera aquí, ya estarías dentro, verdad?

—Con dos motivos válidos. Primero, Lorraine Hunt parecía enferma. Ahora no abre la puerta, aunque sabemos que está dentro. ¿Corre peligro su vida?

—Válido. ¿Y el otro motivo?

—Bueno, si tienes razón, ya sabemos cuál es el otro motivo.

—Tengo razón. También es válido —dijo Gardner.

Él dio un paso atrás para derribar la puerta a patadas.

—Prueba al menos el picaporte primero —dijo Gardner.

Riddick se encogió de hombros y lo hizo. La puerta se abrió suavemente. —Se ve que tenía prisa por volver a lo que estuviera haciendo —susurró él.

—A no ser que lo hiciera a propósito. Ve con cuidado. —Gardner entró primero—. ¿Señora Hunt? —la llamó Gardner—. Hemos vuelto para hacerle unas cuantas preguntas.

Gardner se detuvo, esperando una respuesta. No la hubo.

—Hemos entrado en su casa para comprobar que se encuentra bien. Parecía usted indispuesta cuando la vimos antes.

Ninguna respuesta.

Gardner se volvió para mirar a Riddick, que estaba en el umbral.

Él se encogió de hombros y articuló sin sonido: —Vía libre. Vamos.

Entraron en el salón. Gardner echó un vistazo a la fotografía de una Lorraine musculosa sosteniendo el primer premio en una competición de culturismo. Miró el sofá y recordó las fotografías de los festivales. Los recuerdos más preciados de Lorraine. Gardner miró hacia el bar donde Rhys se había servido las copas. El día anterior había estado limpio y ordenado; hoy, había botellas esparcidas por todas partes.

Oyó las palabras de Lorraine en su cabeza. Su afirmación de que estaba ordenando. *Mi marido es un cerdo, ¿sabe?*

Miró a Riddick; se preguntó si su subordinado habría vuelto a beber. Sospechaba que sí.

—¿Señora Hunt? —llamó Gardner.

Se detuvieron. Seguía sin haber respuesta.

—Es una casa grande —dijo Riddick—. Pero ya nos habría oído. O se ha desmayado, o está lista para lanzarse en picado como esa maldita águila de su tobillo.

—Tienes razón —dijo Gardner. Miró su reloj—. Creo que deberíamos esperar a los refuerzos.

—Tú decides.

Gardner se detuvo para escuchar, pero no oyó nada en la casa.

Condujo a Riddick a través de un pasillo que salía del salón y corría paralelo a una impresionante escalera.

Intentó llamar de nuevo. Como era de esperar, nada.

Riddick señaló una puerta en la pared bajo las escaleras. —¿Quizá esté abajo en un búnker?

—Quizá —dijo Gardner—. Solo tenemos que esperar tres minutos y podremos averiguarlo.

Riddick se adelantó y abrió la puerta. —Abierta.

—¿Qué ha pasado con «tú decides»? —preguntó Gardner.

Riddick se volvió para mirarla y se encogió de hombros. —Echaré un vistazo rápido. Tú vigila las escaleras y espera a la caballería.

—¿Mientras tú te adentras en la oscuridad?

Encendió la luz. —¿Contenta?

—No —dijo ella, siguiéndolo escaleras abajo.

Las escaleras eran modernas y no crujieron al bajar, pero eso solo era un pequeño consuelo. El silencio era asfixiante y sintió que su temor se intensificaba. El frío en su pecho, donde el cuchillo la había apuñalado todos esos años atrás, se reavivó. Se detuvo cerca del final. —Esto es un error, Paul.

Riddick llegó al último escalón y entró en el sótano.

Se agarró el pecho y respiró hondo para intentar calmar el pánico creciente.

Escuchó por si oía los movimientos de Riddick, pero solo obtuvo un silencio abrumador. —¿Paul? —lo llamó.

Él no respondió.

Se giró y miró hacia las escaleras, a la puerta abierta, con la esperanza de ver ayuda, pero solo vio que seguían solos y vulnerables.

Se volvió, respirando rápidamente. —¡Paul! ¿Dónde diablos estás?

Nada.

—¡Paul!

Riddick asomó la cabeza y la miró. —Todo despejado. No hay nadie, pero tienes que ver esto, jefa.

Ella soltó un suspiro de alivio y bajó las escaleras, mientras la sensación que se había reavivado en su antigua herida remitía.

Gardner examinó el sótano, bien organizado. Desde luego, no tenía nada que ver con el sótano de su casa en Salisbury, que estaba abarrotado de latas de pintura a medio vaciar y trastos.

Este era un espacio de trabajo eficiente. Miró el equipo cuidadosamente dispuesto sobre las mesas. Se acercó a un Apple Mac que había en la esquina y miró las estanterías que había encima. Había cajas de cristal etiquetadas llenas de colgantes. Leyó un par de etiquetas: abejas; crucifijos; leopardos; gaviotas. Siguió las cajas hasta que llegó a halcones y águilas. Luego volvió a mirar el equipo. Se acercó a Riddick. Señaló las paredes—. Insonorizado.

Riddick asintió. —No es que importe, no está aquí...

—Espera —dijo Gardner—. Mira.

Fue a grandes zancadas hasta el final de la larga habitación, hasta la última estantería, que estaba cubierta de tarros y cajas etiquetadas. La estantería estaba a varios centímetros de la pared del fondo, pero pudo ver a través de un hueco entre dos cajas.

Señaló y se giró para mirar a Riddick. —Ahí hay una puerta. Se le ve el picaporte asomando por la insonorización.

Riddick se puso a su lado. —Bueno, ya que hemos llegado hasta aquí...

Gardner oyó algo y le puso la mano en el brazo. —Escucha, ¿oyes eso?

Riddick se puso a escuchar.

Gardner volvió a oírlo. Sonaba como un latigazo. A lo lejos. Le apretó el brazo a Riddick.

—Lo oigo —dijo él, apartándose y pasando sigilosamente junto a la estantería.

—¡Espera, Paul!

Abrió la puerta de un tirón.

Una vez roto el aislamiento acústico, el siguiente latigazo sonó cercano y brutal.

Luego se oyó un gemido ahogado.

Con el corazón desbocado, Gardner rodeó la estantería y entró corriendo en la habitación contigua detrás de Riddick. Justo en ese momento, se oyó otro espantoso latigazo, seguido de otro gemido de dolor.

Esta habitación insonorizada era mucho más pequeña que aquella de la que venían, y estaba casi completamente vacía. Al fondo de la habitación estaba Rhys Hunt: desnudo, de rodillas y

abrazado a una larga tubería. Tenía la espalda hecha un amasijo de sangre.

Lorraine, aún vestida con el camisón con el que les había abierto la puerta antes, estaba de espaldas a los dos agentes.

—Lorraine —dijo Riddick, acercándose a ella—. Suelte el cinturón.

Ella no se inmutó. Echó el cinturón hacia atrás y volvió a golpear a su marido.

Los sollozos y gemidos de Rhys seguían sonando ahogados; debía de estar amordazado. Gardner se estremeció al pensar en la cara sudorosa de Lorraine en la puerta de entrada. Aquella tortura llevaba mucho tiempo en marcha.

Sabiendo que el historial de culturismo de Lorraine la convertiría en una adversaria fuerte, Gardner se sintió aliviada cuando apenas opuso resistencia a Riddick. Riddick la rodeó con los brazos y ella se quedó lacia en su abrazo.

Gardner, mientras tanto, corrió hacia Rhys. Le miró la espalda. Un amasijo de verdugones y carne desgarrada. Estaba, como había sospechado, esposado a la barra. Le arrancó la cinta adhesiva de la boca a Rhys para que pudiera soltar sus gemidos y sollozos como es debido.

Alzó la vista y vio a Riddick leyéndole sus derechos a Lorraine mientras la sacaba de la pequeña habitación.

Gardner inspeccionó la habitación vacía. Sus ojos se posaron en la pila de ladrillos sueltos en la esquina. Pensó en la herida de la cabeza de Tia.

Rhys consiguió hablar. —No lo sabía… *De verdad* que no lo sabía.

—¿Cómo podía no saberlo, señor Hunt? ¡Esta es su casa!

—Nunca… —Hizo una mueca y tragó aire—. Nunca bajo… —Sollozó de agonía—. No oigo nada aquí abajo.

—Tia estaba embarazada de un hijo suyo, ¿verdad?

Rhys asintió; su rostro se contrajo. Las lágrimas le corrían por la cara.

—¿Usted le estaba dando dinero?

Continuó asintiendo.

—La quería. —Apretó los dientes, luchando claramente contra la agonía—. La quería.

—Eso me dice todo el mundo —dijo Gardner—. Y, sin embargo, nadie la ayudó. Nadie *la salvó*.

Rhys levantó la vista hacia Gardner, con la cara congestionada por el dolor y cubierta de lágrimas y mocos. —¿Cómo iba a saberlo? ¡Nunca se lo dije a Lorraine! ¡Nunca se lo dije!

Gardner oyó pisadas retumbando en las escaleras que bajaban al sótano contiguo; habían llegado los refuerzos.

—Pensé que había sido el bicho raro del lago, como todo el mundo. —Apoyó la cabeza en la barra y pareció que se iba a desmayar.

De repente, varios agentes y un paramédico la flanquearon.

Ella se echó hacia atrás para permitir que recibiera tratamiento.

Después de que se llevaran a Lorraine Hunt, Riddick y Gardner esperaron junto a la ambulancia hasta que hubieron liberado a Rhys.

Lo llevaron hacia la ambulancia en una camilla. Yacía de lado con una mascarilla puesta. Cuando pasó junto a Gardner, tenía los ojos abiertos.

Ella miró al paramédico. —Necesito hablar con él un momento.

—No creo que…

—Es importante. Dos minutos. ¿Está cómodo?

—Todo lo que puede estarlo. Le han dado una buena dosis de analgésicos. Puede que no diga cosas con mucho sentido.

Gardner se arrodilló para mirar directamente a la cara de Rhys.

—¿Ha dicho que no sabía que Lorraine lo sabía?

Rhys. se quitó la mascarilla. —No lo sabía. —Puso los ojos en blanco. Parecía aliviado de haberse librado de la agonía, pero mantenerse consciente seguía resultándole una carga. No tardaría mucho en perder el conocimiento—. Anoche me trajo una bebida y me dijo que Tia se lo había confesado. Hace más de una semana, de hecho. ¿Se lo puede creer? ¡Pobre chica! ¡Ay, esa pobre, dulce e

ingenua chica! El sentimiento de culpa era demasiado para ella, así que le pidió perdón a Lorraine.

—No lo obtuvo —dijo Riddick—. Lo que obtuvo fue un colgante y una advertencia.

Rhys cerró los ojos y Gardner se preguntó si eso era todo lo que iba a contar. Estaba a punto de suspirar cuando él los abrió.

—¿Le dijo entonces Lorraine lo que le había hecho a Tia? —preguntó Gardner.

—No exactamente. Me dijo que Tia vino aquí más tarde la noche en que la vi en el White Bull, la noche que murió. Al parecer, quería hablar conmigo, pero yo ya me había quedado frito en el sofá, borracho. Tia le dijo a Lorraine que había venido para decirme que no quería volver a verme… que ya no quería el dinero. Que se iba de Knaresborough con un chico feriante con el que se había liado. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Dios. ¿Por qué no fue suficiente eso para Lorraine? ¿Por qué tuvo que ir y hacer esto?

—Entonces, ¿lo admitió?

—Dijo que me enseñaría lo que le había pasado de verdad. Fue entonces cuando me di cuenta de que la bebida que me había dado estaba drogada. Cuando desperté estaba en el sótano… bueno, ya sabe el resto. —Cerró los ojos.

Gardner se puso de pie y miró a Riddick. Le hizo un gesto con la cabeza, indicando que con eso bastaría por ahora, y le dio las gracias al paramédico.

El paramédico llevó a Rhys en la camilla hasta la parte trasera de la ambulancia.

Los ojos de Rhys se abrieron y gritó: —¡Lorraine!

Riddick y Gardner intercambiaron una mirada. Estaba claro que ya deliraba. Empezaron a darse la vuelta.

—¡Lorraine! —repitió Rhys—. No es ella misma… no solía ser así. Solía ser dulce, alegre, con buen humor… y estaba muy en forma. Tenemos un gimnasio ahí detrás y el levantamiento de pesas… Me encantaba lo fuerte que era.

Gardner miró a Riddick y luego de nuevo a Rhys. Daba lástima.

—¿Cree que entiende del todo lo que ha hecho…, lo que estaba haciendo? ¿Hay alguna esperanza para ella? No podría vivir conmigo

mismo si yo he causado esto…

Gardner abrió la boca para responder, pero la cerró justo a tiempo.

El hombre estaba hecho un desastre en ese momento. Dejaría que sus palabras reposaran y esperaría un tiempo hasta estar segura de que él las asimilaría por completo. Así que, mientras la ambulancia se alejaba, le dio vueltas a esas palabras.

—La decisión sobre lo que le ocurra a Lorraine corresponderá a otra persona. Lo único que sé, ahora mismo, es que se han tomado malas decisiones. Demasiadas malas decisiones. Y, como consecuencia, ya han muerto tres personas. Una chica joven con toda la vida por delante. Un padre que quería a su hija más que nadie, en mi opinión. Y un hombre que ha sido torturado durante toda su vida por la sociedad que lo rodeaba... así que creo que es mejor que busque a otra persona que pueda darle esa tranquilidad que usted cree merecer.

47

En la sala de interrogatorios, Lorraine Hunt seguía en su silla, con la mirada perdida en algún punto de la pared, muy por encima de donde estaban sentados Gardner y Riddick.

Como una pregunta más tampoco obtuviera respuesta, Gardner se preguntó si Lorraine no estaría empezando a aislarse del mundo.

A Lorraine le habían proporcionado ropa para que se cambiara el camisón. La camiseta de manga larga que le habían dado le quedaba ajustada, y Gardner se fijó en cómo se le marcaban los músculos. Puede que los días de culturismo de Lorraine quedaran muy atrás, pero aún conservaba una complexión impresionante.

Suficiente fuerza como para no solo asestarle un golpe mortal a Tia en la cabeza, sino también para cargar a su víctima al hombro mientras trepaba aquella valla en Breary Flat Lane…

—¿Por qué Harvey? —preguntó Gardner—. ¿Por qué elegirlo a él?

La pared que miraba seguía siendo mucho más interesante para Lorraine. Si es que, en realidad, estaba *viendo* la pared y no se había retirado ya a los oscuros recovecos de su mente.

Gardner y Riddick intercambiaron una mirada. Sin duda, él estaría pensando lo mismo. ¿Conseguirían sacarle alguna vez a Lorraine la verdad sobre por qué lo había planeado de esa manera?

¿A menos que la verdad fuera sencillamente evidente?

¿Acaso no era Harvey el objetivo más fácil y asequible?

Era un plan sólido, la verdad, ¿a que sí, Lorraine? Bastaba con echarle la culpa al loco del pueblo. Fácil de quitarse de en medio. Nadie iba a malgastar recursos montando un escándalo por algo tan obvio.

En otra vida, con otro Director de investigación, Lorraine, podrías haberte salido con la tuya.

Enarcó una ceja hacia Lorraine. *¿A lo mejor no estás tan ida? ¿Es solo un farol?*

Cuando llegó el abogado, enviado por su marido, dio un puñetazo en la mesa y exigió una evaluación psicológica para su clienta.

Ya empezamos. Esto ya lo he visto antes. Responsabilidad disminuida.

—No necesitaremos una confesión, Lorraine —dijo Gardner—. Uno de esos ladrillos en la esquina de la habitación donde la encontramos tenía sangre. Si resulta ser de Tia, como sospecho que será, tenemos el arma del crimen.

Míreme, Lorraine. Míreme solo una vez. Déjeme ver que su locura es un farol.

—La azotó, Lorraine. Golpeó a una joven embarazada una y otra vez en la espalda. Solo puedo imaginar el dolor que sintió antes de que le quitara la vida.

Los ojos de Lorraine no se movieron.

—Una joven inocente.

¿Fue eso un parpadeo? ¿Había respondido a la palabra «inocente»?

Sintió una mano en el hombro. Miró a Riddick. Su asentimiento lo decía todo.

Ya estaba. Hora de irse.

Habían hecho su parte. Habían presentado a la culpable y las pruebas físicas. Ahora dependía del juez y del jurado determinar su culpabilidad y su destino.

Al salir de la sala de interrogatorios, echó un último vistazo a Lorraine Hunt.

—Simplemente no entiendo la brutalidad, Lorraine. Su rabia por el embarazo, sí. La amargura por el fin de su matrimonio, sí. Pero

matar a alguien con semejante furia… semejante agresividad… ¿De verdad creía que Tia merecía tanto dolor? ¿Tanta crueldad?

Nada.

Gardner suspiró, negó con la cabeza y empezó a darse la vuelta.

Se detuvo. ¿Acababa de ver el fantasma de una sonrisa cruzar el rostro de Lorraine?

Gardner esperó y, cuando pareció poco probable que Lorraine rompiera su silencio, finalmente se giró hacia la salida.

—¿Le preguntaría usted a un ave de presa por qué necesita ser tan brutal? —dijo Lorraine.

Gardner se volvió rápidamente. Lorraine seguía con la mirada perdida en la nada.

Gardner se acercó de nuevo a la mesa, decidida a obtener más respuestas. Lanzó más preguntas mientras golpeaba la mesa. Cinco minutos después, era evidente que Lorraine se había encerrado de nuevo en su caparazón. Aquel comentario era todo lo que iba a concederles.

¿Le preguntaría usted a un ave de presa por qué necesita ser tan brutal?

—No —dijo Gardner—. Porque ¿quién soy yo para cuestionar a la naturaleza? Pero no se engañe, Lorraine, pensando que lo que usted hizo fue natural. ¡Lo que hizo fue lo más antinatural que existe!

Gardner la estudió un momento más, hasta que Riddick, que ya sabía que era una causa perdida, la apartó de la sala de interrogatorios y de la investigación.

48

Gardner recibió una llamada de felicitación un tanto incómoda por parte de Marsh.

Al final de las alabanzas, Gardner preguntó:

—Y bien, ¿el otro asunto se va a tener ahora en consideración?

—¿La filtración?

—No... bueno, sí, *obviamente* la filtración. Pero me refería a mi negligencia.

—¿Negligencia? Acaba usted de cerrar la Operación Bright Day, Emma.

—Usted sabe a qué me refiero. El dinero. Ray se lo contó. Tomé la decisión equivocada. No fue profesional.

Y para colmo, sigo sin tener ni idea de cómo está conectado Jack.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Señora?

—Es usted una persona interesante, Emma.

—No la sigo.

—Pedir que se le exijan a una misma responsabilidades. He pasado la mayor parte de mi carrera con gente que intentaba desesperadamente eludirlas.

—Si no nos exigimos responsabilidades a nosotros mismos, ¿cómo podemos esperar exigírselas a los demás?

Más silencio.

—¿Señora?

—De acuerdo, Emma, le exigiré responsabilidades si eso es lo que de verdad quiere.

—Lo es.

Marsh suspiró.

—Felicidades de nuevo por el caso.

Y colgó.

Gardner le pidió a Riddick que celebrara una última reunión informativa con el equipo para delegar tareas y asegurarse de atar todos los cabos sueltos de la Operación Bright Day. También le pidió que estuviera muy atento a cualquier comportamiento sospechoso. La filtración había costado vidas. Alguien podría estar nervioso.

—Lo haré —dijo Riddick.

—Y no solo con Phil.

—Bueno, él no va a estar nervioso de todas formas. Ese hombre no tiene agallas.

Ella suspiró.

—Y discúlpese ante todos por mi ausencia.

—¿Está segura de que no quiere pasarse por el Cuartel General antes de hablar con él? No va a irse a ninguna parte.

—No. Tengo que hacerlo ahora. *Necesito* saberlo.

49

Jack alzó la vista hacia Gardner desde el otro lado del escritorio. Ella no habló de inmediato. En lugar de eso, intentó leerle la expresión, pero, como siempre había ocurrido con su hermano pequeño, no lo consiguió.

Había sido igual que el día que la golpeó con una piedra en el Laberinto de los Espejos de Malcolm.

Ahora, como entonces, Gardner no veía *nada*.

No el mismo tipo de vacuidad que había visto en el rostro de Lorraine Hunt. No. Jack estaba plenamente *allí*. Seguía conectado, de alguna manera, al mundo que lo rodeaba. Esta era una vacuidad completamente diferente. Más bien una ausencia de aquello que hace a la mayoría de los humanos, bueno, humanos.

Se sentó frente a él y, como él, intentó mantener su propia expresión impasible. Se preguntó brevemente si lo estaría consiguiendo, antes de decidir rápidamente que no. Nadie que hubiese estado en la montaña rusa de emociones en la que ella se había subido en las últimas veinticuatro horas podía mantener la compostura. A no ser que fueras un sociópata, claro.

A no ser que fueras Jack Moss.

—Te he decepcionado... otra vez —dijo Jack.

Gardner asintió brevemente.

—Lo siento.

Ella enarcó una ceja.

—¿Lo sientes de verdad?

Jack ladeó la cabeza, sopesando su respuesta.

—Sí.

—Sé sincero conmigo, Jack. Por una vez. No lo sientes, ¿verdad? En realidad no.

De nuevo, lo sopesó.

—No, Emma, creo que sí. Y, en cierto modo, siempre lo he sentido.

En cierto modo.

Genial.

—Hay cosas que necesito saber —dijo Gardner.

—Lo entiendo, herma-

—No me llames así. —Gardner lo señaló—. No vuelvas a llamarme así. *Jamás*.

—Pero es lo que nuestros padres habrían querido.

Se le quedó mirando un momento, intentando averiguar si de verdad lo decía en serio, si de verdad se lo *creía*. Pero en su rostro solo estaba la misma vacuidad de siempre.

—Nuestros padres lo entenderían.

Jack asintió.

—De acuerdo... como quieras.

Ella se le quedó mirando un rato. Él, claramente, estaba siguiendo sus directrices, pero en ese momento, a ella le costaba encontrar las palabras. Lo mejor que pudo articular fue: —¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué hiciste lo que hiciste?

—¿Pensaba que era obvio?

—¿Cuándo ha sido algo obvio contigo?

—Piénsalo, herma... *Emma*... Es por Rose. *Siempre* ha sido por Rose.

—¡Tonterías! ¡Si te importara Rose, no la habrías hecho pasar por lo que pasó! ¡La traumatizaste!

Por un momento, pareció genuinamente triste. Bajó la mirada.

La reacción dejó a Gardner atónita momentáneamente, pero luego se recompuso. Solo estaba jugando con ella, como siempre jugaba con ella y con todos los demás.

Él alzó la vista.

—No. Jamás le haría daño a Rose. *Jamás*.

—Vale... ¿y qué hay del resto? ¿Con nosotros todo vale?

—Tampoco te haría daño a ti, Emma.

Ella soltó una carcajada y se señaló la cicatriz de la cabeza.

—¿Te has olvidado de esto?

Jack suspiró.

—No, pero, en cierto modo, sí.

Gardner negó con la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Ese recuerdo es peculiar. Extraño de rememorar. Difuso. Fragmentado. Cuando lo recuerdo, parece diferente... *Yo* parezco diferente. Incluso ahora, veo niebla, confusión...

—¿Puedo interrumpirte, Jack? —dijo Gardner con la palma de la mano extendida—. No estoy aquí para hacer un viaje a tu psique. Ese maldito lugar es tu patio de recreo particular.

—Lo entiendo, pero escucha, Emma. Últimamente todo está más claro, inusualmente claro, y nunca os haría daño ni a ti ni a Rose. Jamás.

—En cambio, te arriesgaste a matar a una de mis agentes, lo que, indirectamente, me habría arruinado la vida por completo, pero da igual.

—Me pilló por sorpresa. No pretendía hacerle tanto daño.

Gardner volvió a alzar la palma de la mano.

—Como sea, dejemos eso aparcado por un momento. Quiero empezar con Tommy Byrne. ¿Qué conexión hay entre vosotros dos?

No habló durante un rato. Eso preocupó a Gardner. Estaba claro que no sabía cuánto revelar.

—Esto no se está grabando, Jack.

Jack se lo pensó un momento más y dijo:

—Vale. Como eres tú, Emma, te lo contaré. Para cualquier otro, la pregunta sería redundante. Conozco a esos feriantes, y ellos me conocen a mí. Estuvieron en Wiltshire hace varios años, andaban con otra gente que conocía. Sé de algunas cosas de las que fueron responsables. Así que, cuando me di cuenta de que estaban aquí, en Knaresborough, vi una oportunidad. Y la aproveché.

—¿Pediste dinero a cambio de tu silencio?

Jack asintió.

—El dinero que encontré.

Jack volvió a asentir.

Gardner se inclinó hacia delante.

—¿Qué tenías contra ellos? ¿De qué fueron responsables exactamente?

—No puedo decírtelo... si lo hago, puede que esta oportunidad no se vuelva a presentar.

—¿La oportunidad de extorsionar? Venga ya, Jack. ¿De verdad podrías hacerlo en la cárcel?

Jack se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no pienso quemar ese puente. Es irrelevante para ti, Emma. Tenías razón sobre nuestra conexión; con eso bastará.

—¿Cuánto dinero le pediste?

—Mucho. Más de lo que conseguí. Sabía que Tommy tenía acceso a dinero.

—¿De dónde?

—Estuve observando a los feriantes durante un tiempo en el club de rugby. Vi a esa chica, Tia, entrar muchas veces en la caravana de ese chico. Averigüé quién era su padre. Un hombre muy rico y, según algunos, peligroso.

—Lo era. Murió.

La expresión de Jack no cambió.

—Así que fuiste tú. ¿*Tú* hiciste que Tommy le sacara el dinero a Tia?

—Al final no fue realmente una extorsión. Dio el dinero voluntariamente. Aiden se inventó un cuento sobre unas deudas de juego que tenía que saldar antes de que alguien lo hundiera en el río. Y funcionó bien. Podrían haber seguido con ello hasta que yo hubiera conseguido las tres mil libras que esperaba de Tommy.

—Salvo que la pobre chica murió.

—Sí.

—¿Te decepcionó? —reprimió una mueca de desdén al hacer esta pregunta.

Se encogió de hombros.

—Nunca me decepciono, pero si mi interpretación de lo que pasó es correcta, yo no tuve la culpa de su muerte.

—Pero no facilitaste las cosas en lo que respecta a la investigación, ¿verdad?

—Supongo que no. Lo siento.

—¿Por qué dejaste a Tommy medio muerto a palos en el césped de mi casa?

—Vino a pedirme que rebajara mis exigencias. Decidí que no. Le dije que tenía dos semanas para encontrar el resto del dinero. Que tendría que poner a trabajar a algunos de los suyos si era lo que hacía falta. Entonces se puso un poco desagradable. Empezó a amenazarme. Me dijo que te contaría que le había echado el guante al dinero de Tia.

—¿Y en lugar de eso casi lo matas? ¿En qué estabas pensando? ¿Sustituir un delito menor por otro mucho más grave?

—No. No le hice daño por su amenaza. Se lo hice por su forma de tratar a mi hija.

Gardner frunció el ceño. —¿No te sigo?

—Rose abrió la puerta. Él estaba enfadado y frustrado. Decidió decirle a Rose que su padre era un psicópata con la mirada vacía. También le dijo que huyera para salvar la vida, lo cual también es una irresponsabilidad.

—¿Así que le hiciste eso delante de una niña?

—Claro que no. Primero la mandé a su cuarto. Hay un límite, Emma. Y él lo cruzó. ¿Te das cuenta?

Ella negó con la cabeza. —¡Estaba escondida debajo de su maldita cama! ¡Estaba aterrorizada!

Él se encogió de hombros. —No podía permitir que disgustara a Rose de ese modo.

—¿Sin importar las consecuencias?

Jack no respondió. ¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Cuándo se había preocupado él por las consecuencias?

—¿Y ahora qué? ¿Es así como te imaginas que acabará todo esto?

Él ladeó ligeramente la cabeza, pero no respondió.

—Tú en la cárcel, Rose desesperada por encontrar un nuevo hogar. —Se quedó helada. Y la golpeó como una bala de cañón. Giró la cabeza lentamente de un lado a otro. Abrió los ojos como platos.

Un nuevo hogar...

Tenía todo el sentido.

La policía había encontrado a Jack y Rose deambulando hacia la estación de tren de Knaresborough. Apenas se había escondido.

—Te imaginabas que esto pasaría, ¿verdad?

Jack enderezó la cabeza. A ella le pareció distinguir el atisbo de una sonrisa en su rostro.

—¡Cabrón! Querías que te atraparan. Me has utilizado.

Jack respiró hondo. —Puede que no piense ni sienta como tú, Emma, pero sigo entendiendo el mundo. Y entiendo lo inevitable. Más que la mayoría, quizá. Un hombre como yo no permanece libre mucho tiempo. Sencillamente, no está permitido. Y, aunque lograra esquivar lo inevitable, ¿entonces qué? Mi hija seguiría mis pasos. ¡Otra psicópata con la mirada vacía! No. Verás, me subestimas, Emma. Sí que tengo la capacidad de sentir cariño. Si no tuviera corazón, ¿cómo si no ha conseguido esa monada de niña derretírmelo?

Jack sonrió.

No era su sonrisa de siempre.

Esta *sí* que era genuina.

—Así que ahora yo estoy fuera de juego —dijo él.

—Y has conseguido que yo sienta la misma devoción por esa niña que tú.

De nuevo, esa sonrisa.

—Has manipulado la situación —dijo ella.

—He hecho lo correcto. A su madre no le queda mucho en este mundo de todos modos, y aun si sobrevive, Rose acabará en un centro de menores. No podía pedirte sin más hace tantos meses que fueras una madre para mi hija, Emma. Pero ahora sí puedo. Y ahora dirás que sí.

—No es tan sencillo.

—Eres inspectora jefa. Eres respetable. Estás casada. Sucederá.

—¡Casada! ¡Apenas!

—Harás que funcione, Emma, porque tú y yo nos parecemos más de lo que crees. Ambos hacemos que las cosas sucedan. Dale una buena vida.

Golpeó la mesa. La puerta se abrió y el guardia se asomó. —Quiero irme ya.

El guardia miró a Gardner, que asintió y suspiró.

Jack se levantó y se acercó al guardia. Justo antes de llegar a la puerta, se volvió.

—Y una cosa más. Ese dinero que le quité a Tommy. El dinero de Tia. Nunca fue para mí.

Gardner respiró hondo. —Era para Rose, ¿verdad?

—Todo ha sido siempre para Rose.

Y entonces Gardner vio algo que nunca pensó que vería.

Una lágrima corriendo por la mejilla de Jack Moss.

50

Ahora que Riddick ya no podía ver a su difunta esposa, solo le quedaban las fotografías. Pasaba las fotos en su móvil, una tras otra.

Rachel era guapísima. Y sonriente. Siempre sonriente. ¿Cómo podía alguien haber sido tan constantemente feliz en *su* presencia? ¡Menuda suerte había tenido!

Pasaba una y otra vez. Cuántas fotos repetidas.

Cuando Rachel vivía, se pasaba muchas tardes seleccionando las mejores imágenes y borrando las que estaban repetidas. Riddick, en cambio, siempre había estado demasiado ocupado para eso. Había sido una excusa. Hasta ahora, nunca le había visto el sentido a repasar fotografías, contento con vivir el presente, veinticuatro horas al día.

Por supuesto, las cosas habían cambiado. Ya no había satisfacción alguna en el aquí y ahora.

Un par de veces su dedo se detuvo sobre el icono de la papelera del móvil mientras sopesaba la idea de borrar una foto repetida, tal y como habría hecho su meticulosa esposa, pero en todas las ocasiones se echaba atrás y seguía pasando fotos.

Al final, desistió de intentar obligar a su dedo a pulsar el icono de la papelera. Nunca iba a pasar, ¿verdad? ¿Para qué borrar una sola imagen de Rachel, o de sus hijos, a pesar de la peor calidad de algunas?

Miró a su alrededor en la cocina. ¿Volvería a sonreír alguien en esa casa alguna vez?

Paula. Sí, ella había sonreído. Torció el gesto. Sonrisas falsas. Sonrisas utilizadas como arma. Sonrisas que lo llevarían a su destrucción final.

Gruñó.

¿Quizá Si Meadows tomó la decisión correcta, después de todo? ¿Qué pringado está aquí sentado, sintiéndose un desgraciado? Él no...

Sacudió la cabeza y suspiró, buscando en su conciencia algo de positividad.

Se había resistido a beber en todo el día. ¿Y su recompensa por hacerlo? El cierre de la Operación Bright Day. Puede que siguiera sintiéndose un desgraciado, pero eso era algo, ¿no?

Alzó la vista hacia el armario de la cocina. No había nada dentro. Había vaciado todas las botellas nada más volver. Quería estar sobrio cuando se enfrentara a la posible destrucción de su carrera y de su vida. ¿Quién sabe? Tal vez estar sobrio le diera la claridad que necesitaba para salvarse.

Se puso de pie y se estiró. Se apartó de la mesa, preparándose para irse a la cama.

Su teléfono móvil, todavía sobre la mesa, vibró.

¿Emma?

Se volvió rápidamente, casi con entusiasmo, ante un posible mensaje de su amiga. No sabría decir por qué exactamente, pero ella tenía esa forma de hacerle sentir, ya sabes, un poco más animado.

Pero no era Gardner, y sus ojos se abrieron como platos al ver de quién era.

Abrió el mensaje.

Lo siento, Paul, por el dolor que te he causado. Has pasado por tanto, y yo no he hecho más que añadir más. Lo hice por dinero, para ayudar a alguien cercano, pero eso no es excusa para mi comportamiento egoísta y nunca esperaré que me perdones. Fuiste un buen padre, un buen marido y eres un buen hombre. Le he dicho a Marianne que quiero que me saquen del artículo. Me dice que sin

mi consentimiento el artículo morirá. Espero que algún día encuentres en tu corazón la capacidad de perdonarme. Has luchado para salir de la desesperación y no seré yo quien te haga volver a caer en ella. Paula.

Riddick respiró hondo.

Se acabó «Corrupción: El regreso de entre los muertos».

Y yo acabo de pasar por un infierno en vida.

—Y lo peor es, Rachel —dijo—. que podría haber salvado a Si. —Miró hacia el asiento de ella, pero seguía vacío—. Y no me refiero a lo del río Nidd. Me refiero a lo de *antes*. Podría haberlo salvado *antes*. Podría haberle contado cosas que a mí me han ayudado con el tiempo. Cosas que me hicieron seguir adelante. Pero no lo hice. He sido demasiado egoísta. Regodeándome en mi propia miseria. Y al quitarle ese número… —Se le heló la sangre.

El número.

¿Qué he hecho? ¿Qué he puesto en marcha?

Sintió un dolor opresivo en el pecho. Se dobló por la mitad y se agarró al borde de la mesa.

Al quitarle el número a Si, aprobé lo que luego le hizo a Harvey.

Todo es culpa mía.

Y se va a poner peor...

Corrió hacia el cajón de la cocina, sacó un teléfono de prepago cargado y rebuscó en un montón de cartas junto a la panera.

—Mierda. ¿Dónde estás? ¿Dónde coño estás?

Incapaz de encontrar el número, tiró todas las cartas al suelo con rabia. *¡Joder!*

Dejó caer el teléfono sobre la mesa de la cocina y se llevó las manos a la cabeza. —Piensa... piensa... *piensa*.

Corrió al cubo de la basura y lo vació en el suelo.

Cayó de rodillas y escarbó entre casi una semana de comida en descomposición hasta que su mano dio con el posavasos de cerveza en el que Si había garabateado el número.

Tras ponerse en pie, volvió corriendo a la mesa, casi tropezando con unos envases de plástico de un solo uso. Extendió el posavasos y marcó el número de teléfono en el móvil de prepago.

—¿Diga?

—Soy yo… soy Paul Riddick. Hablamos antes… Le pagué… —No paraba de soltar palabras. Un torrente de conciencia. Debía de sonar como un maníaco. Un loco. Cuando terminó, estaba sin aliento.

El hombre al otro lado del teléfono guardó silencio.

Dios, que siga ahí. Por favor, que no me cuelgue. No soy un loco.

El hombre seguía ahí, y finalmente habló. —Es demasiado tarde.

Y entonces la llamada se cortó.

Riddick estrelló el teléfono contra la mesa una y otra vez hasta que se hizo pedazos. Se acercó al contenedor del vidrio y metió la mano dentro. Sacó la botella de tequila. La abrió y se la volcó en la boca. Un par de gotas se desprendieron y le quemaron la garganta. Lo intentó de nuevo con la botella de vodka. Esta vez tuvo más suerte. Consiguió un pequeño chorrito ardiente.

Lanzó la botella de vodka contra la pared. Se hizo añicos. Llovieron cristales.

Cayó de rodillas en medio de una semana de comida podrida.

51

Cuando Ronnie Haller abrió la puerta de su ducha, recibió la advertencia definitiva de que estaba a punto de morir.

La primera advertencia de que se enfrentaba a una muerte inminente le había llegado mucho antes. Un carcelero había ido a su celda para comunicarle que esa tarde se ducharía con el Grupo D en lugar del Grupo C, porque una de las cinco alcachofas de la ducha se había estropeado y, como el Grupo D se había quedado en tres hombres tras dos puestas en libertad esa semana, habían elegido a Ronnie para el cambio de momento.

Sin embargo, no fue hasta la segunda advertencia que Ronnie se percató de algo. Dos de los tres presos que acompañaban a Ronnie y al carcelero al módulo de las duchas se habían puesto a pelear. Otros dos carceleros ayudaron a sofocar la reyerta rápidamente. Se llevaron a los dos presos a aislamiento, dejando que Ronnie, un carcelero y el otro recluso, Lewis Caulfield, continuaran hacia el módulo de las duchas.

Lewis era un asesino condenado a cadena perpetua, sin esperanza de obtener la condicional y con una madre anciana a la que adoraba, cuyos gastos médicos estaban por las nubes. Así que ahí estaba la tercera advertencia de que Ronnie iba camino del otro barrio. En ese momento, Ronnie *debería* haber echado a correr. A dónde, era una incógnita, pues no había a dónde huir. Y, sin embargo, debería haberlo intentado. Montar un numerito podría

haber llamado la atención. Le habría dado una oportunidad para luchar. Pero Ronnie, un anciano con mala salud, se había demorado, y sus opciones se habían reducido a prácticamente ninguna.

Sintiéndose como un condenado a muerte, Ronnie se había duchado, y le habían cortado el agua, con la precisión de siempre, a los tres minutos. Tras secarse con la toalla, abrió la puerta de la ducha.

Y allí estaba su última advertencia.

El carcelero se había esfumado.

Hoy en día, los carceleros no eran unos incompetentes. Simplemente había demasiada formación, escrutinio y responsabilidad como para que eso ocurriera.

Pero eso no los convertía a todos en honrados.

Así que, si un carcelero te abandonaba, como este había hecho claramente, lo hacía porque le estaban untando la mano. El dinero que ganaban por dejarte vulnerable merecía claramente el riesgo para su profesión.

Sin arma alguna, Ronnie agarró la punta de la toalla, pensando en usarla como látigo, y salió desnudo.

A su derecha estaba Lewis, apoyado en la puerta de su propia ducha. Aún estaba completamente vestido. Tenía en la mano una especie de cuchillo rudimentario y artesanal.

Ronnie apretó con más fuerza la punta de la toalla. En sus años mozos, quizá ya se habría abalanzado sobre Lewis, pero la mala salud le estaba pasando factura y sus posibilidades de reducir a aquel preso alto y fuerte con poco que perder eran escasas o nulas.

—¿Te gusta mirar a viejos desnudos, Lewis? —preguntó Ronnie.

Lewis sonrió. —Solo para ver qué me espera cuando la gravedad haga de las suyas.

Ronnie sonrió. —No gran cosa, hijo. No gran cosa. Creía que teníamos un acuerdo.

Lewis se encogió de hombros. —Supongo que los acuerdos cambian. Mira, siempre te has portado bien conmigo, Ronnie, pero… bueno, ya sabes cómo va esto. Puede que tengamos alojamiento gratis, pero todos tenemos facturas que pagar.

—Aun así, si me matas, a ti tampoco te quedará mucho en este mundo.

—Bueno, verás, he pensado mucho en eso. Lo primero que pensé fue que nunca iba a salir y que la salud de mi madre es prioritaria, pero luego se me ocurrió otra cosa. Ya no eres tan popular como antes… Desde luego, no tienes tantos *amigos*. Ya sabes cómo es; cuanto más tiempo pasas encerrado, más débil es tu control sobre el mundo exterior. No creo que nadie venga a por mí.

—Te la estás jugando, Lewis.

—Llevo jugándomela toda la vida.

Ronnie enarcó una ceja. —Y mira dónde estás.

—Cierto, pero no lo veo así. Lo veo de esta manera: algún día me sonreirá la suerte.

—Eso es de necios.

Lewis asintió. —Probablemente. En fin, ¿nos ponemos a ello? ¿Vas a darme con el látigo? ¿A ver a dónde te lleva eso?

Ronnie suspiró y dejó caer la toalla. —¿No tiene sentido, verdad?

Lewis negó con la cabeza. —Llevas aquí más tiempo que yo. Ya sabes cómo acaba esto.

—Por lo menos, dime quién ha pagado por esto. La cabeza de un rey no habrá sido barata.

—Te sorprenderías, Ronnie. Te sorprenderías de lo poco que valemos. —Hizo una pausa para pensar—. Probablemente sea mejor que no te lo diga…, ¿sabes?

—¿Por qué no? ¿Qué más da? No puedo contárselo a nadie.

—Bueno, es que no sería profesional, ¿no crees?

—Me he ganado muchos enemigos, pero no estoy convencido de que ninguno sea lo bastante estúpido como para hacer esto, a menos que… —Hizo una pausa y lo pensó—. No… ¿Podría ser? ¿De verdad?

Lewis ya se había acercado, con la hoja lista en la mano, pero sin haber atacado todavía. Quizá sentía curiosidad por saber si Ronnie acertaría.

—¿Fue Paul Riddick?

Lewis sonrió.

—¡El policía, Paul Riddick! El hombre que me metió aquí dentro también me está sacando, solo que no de la forma que yo hubiera preferido.

—Usted mató a toda su familia —dijo Lewis.

Ronnie asintió. —Sí. Lo hice. Algunos pensarían que me lo tengo merecido.

—A todos nos llega la hora, Ronnie.

—Esa es la pura verdad, hijo. Paul Riddick. Maldita sea.

Lewis se acercó rápidamente, su mano entrando y saliendo a toda velocidad. Ronnie sintió como si le estuvieran dando puñetazos repetidamente. Se estaba quedando sin aire. Cuando Lewis se apartó y Ronnie se miró el pecho ensangrentado y perforado, se dio cuenta de que quedarse sin aire era la menor de sus preocupaciones.

Cayó de rodillas y, en lugar de mirar a su asesino, porque no era más que el arma y no tenía demasiada importancia, pensó en Paul Riddick y sonrió. —Bien hecho, muchacho.

Se desplomó hacia delante, contra el suelo, y se sumió en la oscuridad.

52

Las caravanas fueron remolcadas del antiguo campo de rugby mientras el sol comenzaba a salir.

Viendo pasar los vehículos, Aiden estaba sentado en una de las rocas que él y su gente habían arrastrado a un lado semanas antes para poder acceder al antiguo campo de rugby. Esperó hasta que su caravana se quedó sola, enganchada a su viejo y destartalado Ford. Luego, contempló el campo que iba a ser felizmente recuperado por los muchos paseadores de perros de Knaresborough. Para Aiden, sin embargo, siempre albergaría sus recuerdos más preciados.

Sintió una mano en el hombro. Levantó la vista y vio la cara magullada de Tommy mirándolo.

—Vámonos de una vez, chaval. Si nos vamos ya, no solo evitaremos el atasco, sino que nos perderemos a los del pueblo en la calle, aplaudiendo nuestra marcha.

Aiden asintió. Se miró la mano cerrada. Pensó en lo que sostenía. Aún no había decidido del todo qué quería hacer con ello.

—Solo un minuto más, Tommy.

—Vale..., vale... —dijo Tommy, pero Aiden pudo oír la frustración en su voz. Se dio la vuelta para marcharse.

Aiden siguió mirando, recordando la primera vez que Tia *por fin* accedió a entrar en su caravana y pasar unas horas con él.

—No quiero sonar frío —dijo Tommy. Obviamente, se había vuelto para desahogarse—. Pero ahora *ya* sabes la verdad, chaval.

Aiden frunció el ceño y lo miró.

—¿Y cuál es la verdad, Tommy?

Tommy se encogió de hombros.

—No culpes al mensajero. Solo intento que te sientas mejor. Te equivocabas con lo que tenías con ella, eso es todo. No era tan especial como te hizo creer. Nadie piensa mal de ti. Pero *necesitas* esto para ayudarte a pasar página. Úsalo. Sácale el lado bueno.

Aiden negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Tómate ese minuto que querías, chaval, y luego larguémonos de este sitio. Es lo mejor.

De nuevo, Tommy se dio la vuelta para marcharse.

Aiden se puso de pie. Sí, sabía que «lo mejor» era simplemente ignorar a ese cabrón irritante y dirigirse a su caravana. Sin embargo, estaba bastante harto de hacer lo que era «lo mejor».

De hecho, parte de lo que había sucedido podría haberse evitado si tan solo hubiera hecho algo que no fuera lo mejor. Como seguir a Tia hasta el capullo que la había dejado embarazada y acabar con él antes de que pudiera hacerle más daño.

Se volvió hacia el líder del campamento.

—¡Eh, Tommy!

Tommy siguió caminando.

—Escucha, estoy harto de hacer lo que es mejor.

Tommy negó con la cabeza y continuó andando.

—No me equivocaba con Tia.

Tommy levantó el dorso de la mano en el aire para despedirse.

—¡Date la vuelta y háblame, cabrón, o le digo a la pasma por qué a Jack Moss le fue tan fácil...!

Tommy se detuvo.

—Cuidado, chaval —se giró—. Cuidado.

Pero Aiden iba subido a una ola de adrenalina. Avanzó con decisión.

—¿O qué? No pareces en condiciones de hacer nada. Dame una excusa para terminar lo que Jack empezó.

Ahora sí que esto no era lo mejor.

¿Pero le importaba ya?

Ni un pelo.

Tommy le clavó la mirada. Dio unos pasos hacia Aiden y luego se detuvo con los puños apretados a los costados. Parecía que se estaba preparando para lanzarse.

Venga, pues. Estoy listo.

Tommy retrocedió.

—Veo que estás sufriendo, Aiden, así que lo dejaré pasar.

Aiden soltó una carcajada.

—Date prisa y...

—Nos queríamos. Total y absolutamente. Te equivocas.

Tommy resopló y negó con la cabeza. Miró a izquierda y derecha como si hubiera un público que pudiera reconocer lo ridículos que eran los comentarios de Aiden, pero estaban solos.

—Ese niño *no* era tuyo. Era de ese viejo trajeado con pasta. —Se frotó el pulgar y el índice—. Por eso hay que quedarse con los nuestros, chaval. Porque no somos *nada* para esta gente. No eras *nada* para Tia. Ella tenía a su viejo con pasta. Tú eras su aventura.

Aiden negó con la cabeza, con las mejillas sonrojadas.

—Me lo contó. Me habló de este hombre..., de este *Rhys*..., *antes*.

—¿Qué te contó?

—Que alguien cercano a ella, alguien a quien consideraba como un segundo padre, la estaba utilizando. Amenazándola con contarle a su verdadero padre lo que pasaba entre nosotros. La *obligó*.

—Te dijo esto... ¿y qué hiciste al respecto?

—Nada. ¡No quiso darme su nombre, maldita sea!

—Podrías haberlo averiguado...

—Sí, podría, pero me pidió que no lo hiciera. Solo intentaba mantenerme a salvo. Estaba convencida de que su padre me mataría. Dijo que si la quería, la dejaría que se encargara ella sola.

—Eso no fue sensato.

—Lo sé. ¿Crees que pasa un solo segundo sin que piense en eso? —Aiden tenía los ojos llorosos—. Ese hombre, ese Rhys Hunt, se aprovechó de ella, la utilizó. —Se dio un golpecito en el pecho—. Era a mí a quien quería. A *mí*. Debería haber sido mi hijo. No el de ese cabrón.

Tommy suspiró, negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Escucha, chaval. Esto no lleva a nada bueno. A nada bueno en absoluto. Ya se ha acabado. Tienes que pasar página... quédate con tu gente. No hay nadie en nuestro grupo que no se jugaría el pellejo por ayudarte. Aquí es donde perteneces.

—Pero ¿por qué no le conté a la pasma lo que me dijo?

—Sabes por qué. No querías levantar sospechas sobre ti. ¿Me equivoco?

Aiden asintió.

—Soy un cobarde. Nunca me dijo que estaba embarazada porque no era mío. Si le hubiera dicho a esa inspectora jefa que sabía que el niño no era mío, se me habría echado encima, acusándome de celoso y encasquetándome el asesinato. Así que se lo diré ahora, ¿vale? Me aseguraré de que ese cabrón de Rhys reciba lo que se merece.

—¡Ja! —dijo Tommy—. ¿Crees que van a fiarse de tu palabra antes que de la de uno de los suyos? No pierdas el tiempo. Aunque les darás un motivo. Una razón para hacerte picadillo. Siempre lo hacen. —Tommy le puso una mano en el hombro y suspiró—. Vale, chaval, me has convencido. Te creo. Ella te quería y tú la querías a ella. Quédate con eso. Pero ha llegado la hora, Aiden. De hecho, nunca ha habido un mejor…

Aiden se zafó de Tommy y echó a correr en dirección al lago.

—¡Aiden, chaval, maldito idiota!

AGARRÁNDOSE LAS RODILLAS, con el sudor chorreándole por la cara, Aiden estaba de pie al borde del lago.

Cuando echó a correr hacia aquí, no estaba seguro del porqué, pero en los últimos minutos, la razón se le había presentado con claridad.

Aunque no se encontraba físicamente donde ella había muerto, era más o menos aquí donde la habían abandonado, como si no fuera más que un trozo de carne, desechado y dejado para que se pudriera.

Era aquí donde haría su promesa. Su juramento.

Metió la mano en el bolsillo y agarró con fuerza el colgante del águila. Lo miró una vez, con asco, sin poder creer del todo que hubiera llevado un regalo del asesino de Tia al cuello durante los últimos días. Luego, lo arrojó lejos, al agua.

—Te prometo que nunca te olvidaré, Tia. —Se secó una lágrima y suspiró—. Y prometo volver algún día y hacerle una visita a Rhys Hunt en tu nombre y en el de tu hijo.

53

DOCE DÍAS DESPUÉS

Gardner se miró la cara recién maquillada en el espejo del tocador.

Hacía tanto tiempo que apenas se reconocía.

Negando con la cabeza, echó un poco de desmaquillante del frasco en un disco de algodón y se lo acercó a la cara; al hacerlo, su mirada se cruzó de nuevo con su reflejo.

Tanto, tanto tiempo.

Acercó un poco más el disco de algodón a su rostro.

No. Puedes ser esta persona..., puedes ser quien tú quieras...

Dejó caer el disco sobre el tocador y entonces dijo en voz alta las palabras que le había repetido a su hija, Anabelle, en tantas ocasiones: —Puedes ser quien tú quieras. *Cuando quieras.* No lo olvides nunca.

Sonrió, admirando sus labios pintados, y entonces sonó el timbre.

Se miró el reloj.

Joder, Hugo. Lo de llegar tarde con elegancia vale, pero ¿es que también se puede llegar pronto con elegancia?

Se levantó, mirándose en el espejo el vestido rojo escotado que llevaba.

¿Demasiado?

Se echó un poco de perfume.

¡Qué va!

Abrió la puerta de casa esperando ver al doctor Hugo Sands, recién aseado, de pie en el umbral con el pelo impecable, vestido con una camisa planchada, pantalones de sastre y unos zapatos que apestaban a betún, sosteniendo unas flores o quizá incluso una botella de vino.

En su lugar, estaba Paul Riddick, con el pelo alborotado, sobre todo por los lados, un traje desaliñado que pedía a gritos una tintorería y un par de zapatillas viejas y rozadas. Al menos, sostenía una botella de vino.

Aunque parecía casi vacía.

Riddick se encontraba en su segunda semana de baja médica tras la desagradable experiencia detrás de la cabaña de los scouts junto al río Nidd. Gardner se había interesado por él por teléfono, pero llevaba más de una semana sin verlo. Esta visita era inesperada. —¿Qué demonios, Paul?

Él sonrió.

Aquello confirmó sus peores temores. —¿Estás borracho, verdad?

La recorrió con la mirada de arriba abajo. Eso la incomodó. —Joder… —dijo—. Estás guapísima.

—¿Cuándo has vuelto a beber?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo guapísima que estás?

Sintió ganas de echarse a llorar. Era culpa suya. Debería haberlo vigilado más de cerca.

Gardner miró a izquierda y derecha para ver si algún vecino asomaba la nariz por allí. Por supuesto, no había nadie.

Aun así..., la paranoia era un intenso estímulo; lo hizo entrar rápidamente.

Al pasar, él dijo: —Y también hueles muy bien.

—Bueno, tú no. Y para. —Cerró la puerta y se volvió hacia él—. Parece que estás ligando. Me das repelús.

—Joder, gracias. ¿Tan horrible es la idea de que ligue contigo?

—Viendo tu estado…, ¡sí!

Riddick dejó su botella sobre una mesa en el recibidor, levantó los brazos y se miró. —¿Mi estado? ¡Tengo la bragueta subida! Pero sí, supongo que he tenido días mejores. Pero tú..., perdona..., *tú*... —Sonrió—. Perdona..., no diré ni una palabra más. —Hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

Ella suspiró. —Deberías haber hablado conmigo. Venir a verme… *antes* de que esto volviera a pasar.

—Tenías cosas más importantes de las que preocuparte. Acoger a esa sobrina tuya.

El comentario le dolió. Se estremeció. —Habría estado ahí para ti, Paul. De hecho, *estoy* aquí para ti.

—¿Cómo está esa sobrina tuya?

—Bien..., está en proceso, avanza lentamente.

—¿Y a qué viene esa ropa? —dijo, señalando el vestido.

—Ed Sheeran.

—Ah, sí. —Sonrió, pero ella no percibió más que infelicidad tras esa sonrisa—. ¿Con el formidable doctor Hugo Sands?

Gardner puso los ojos en blanco y miró la hora. —Sí..., y el formidable doctor Hugo Sands tiene que llegar en unos veinte minutos.

—¿Después de acabar de coser a alguien?

—Qué gracioso.

Riddick cogió la botella. La levantó. —Bueno, ¿veinte minutos dan para compartir una copa entonces?

—Hay dos problemas con eso, Paul.

—Adelante, jefa, soy todo oídos. —Puso una expresión demasiado seria.

—Primero, que sin duda tendríamos que *compartir* esa copa, porque en esa botella solo queda una.

Él asintió. —Cierto. ¿El segundo problema?

—Que eres alcohólico.

—Joder..., eres buena detective. ¿Qué te ha delatado?

—Si quieres mi compañía, Paul, tienes que darme esa botella para que la tire y te prepararé una taza de té.

Hizo una pantomima mirando alternativamente la botella y a Gardner varias veces.

Sin dejar de mirarla, dejó la botella de golpe sobre la mesa. —Té será, pues, jefa. ¿Te he dicho alguna vez que el rojo es mi color favorito?

Sabiendo que se refería a su vestido, se sonrojó. —Anda, ve a sentarte, gilipollas.

Desapareció en el salón cantando *Lady in Red* de Chris de Burgh.

Ella cogió la botella, fue a la cocina, la dejó sobre la mesa y negó con la cabeza.

¿Y ahora qué?

Se suponía que iba a tener una cita con Hugo en veinte minutos, y ahora uno de sus amigos íntimos estaba en la otra habitación.

Riendo, bromeando, sonriendo…

Mientras su vida se consumía entre las llamas.

Cuando volvió al salón, Riddick estaba inconsciente en el sofá.

Dejó las dos tazas de té sobre la mesa, se sentó y lo observó. Tenía la boca abierta y babeaba sobre el cuello de la camisa.

Qué hombre más ridículo. Pensé que ya habías superado esto..., que te habías liberado...

Suspiró y se frotó las sienes.

¿A quién quieres engañar, Emma?

¿Libre? ¿Cómo podría alguien ser libre después de una experiencia así?

Se recostó en el sofá y miró al techo. Había sido una estúpida al pensar que podría salvarlo. Que su amistad mantendría su sobriedad. Que su trabajo, como él defendía, lo ayudaba en el proceso de curación.

¿Cómo podría ese trabajo ayudar a nadie a curarse de nada?

Suspiró. Ahora no podía volver al trabajo, ¿verdad?

Necesitaba ayuda, ayuda *de verdad*, y ella no era la persona indicada para dársela, por mucho que le importara...

Sonó el timbre.

Desde luego, Hugo Sands sabía arreglarse.

También vino armado con flores.

Los cumplidos que le dedicó también fueron medidos —como sus análisis forenses— y mucho menos toscos que los de Riddick.

Sin embargo, aun así despidió al decepcionado médico con sus dos entradas para Ed Sheeran.

Su excusa fue que un buen amigo la necesitaba.

No era mentira.

Él pareció irritado y preguntó de quién se trataba. Ella se negó a decírselo.

En cuanto cerró la puerta, corrió a la cocina y se terminó el vino de Riddick directamente de la botella.

Luego, abrió su propia botella.

Cuando Gardner se despertó de madrugada, se dio cuenta de que no estaba sola en el sofá.

Tardó un par de segundos en recordar lo que había ocurrido esa tarde.

Miró a su lado, donde Riddick estaba sentado, con la mirada perdida en el vacío.

—Espero no haberte despertado —dijo él.

—No..., pero sí que me has arruinado la noche.

—Lo siento.

—No lo sientas. De todas formas, no me gusta Ed Sheeran.

—¿Y qué tal Hugo Sands?

Gardner sonrió.—Es un buen médico legista. Minucioso.

Riddick asintió. —Lo es.

—Bueno, voy a irme a la cama. Puedes dormir aquí abajo y mañana elaboraremos un plan de acción. Superarás esto, Paul, como la última vez. —Se levantó del sofá—. Y la próxima vez, nos aseguraremos de que tú...

Sintió que Riddick le cogía la mano, impidiéndole que se marchara. Lo miró. A pesar de la oscuridad, pudo verle las lágrimas en los ojos.

—¿Puedes quedarte? —preguntó él.

—¿No es mejor que durmamos un poco?

—¿Por favor? —Aún le sujetaba la mano.

Se sentó a su lado.

—Emma. Necesito contarte algo.

Sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

¿Qué era?

¿Sentía algo por ella?

A una gran parte de ella le encantaba la idea; otra gran parte se dio cuenta del lío que podría suponer.

—Escucha, Paul, estamos cansados. Me quedaré si prometes dormir.

—¿No puedo quitármelo de encima? Es demasiado..., una carga demasiado pesada.

Le apretó la mano con más fuerza. Sintió el impulso de pasarle el brazo por los hombros y estrecharlo contra ella.

Se resistió. *Sería un lío...*

—Por la mañana —dijo ella, dándole una palmada en la mano—. Te lo prometo.

Soltó la mano de él y cerró los ojos.

—No sé si tendré el valor de contártelo por la mañana.

Probablemente sea mejor así, pensó. Aunque su corazón, que se encogía, sin duda no estaría de acuerdo.

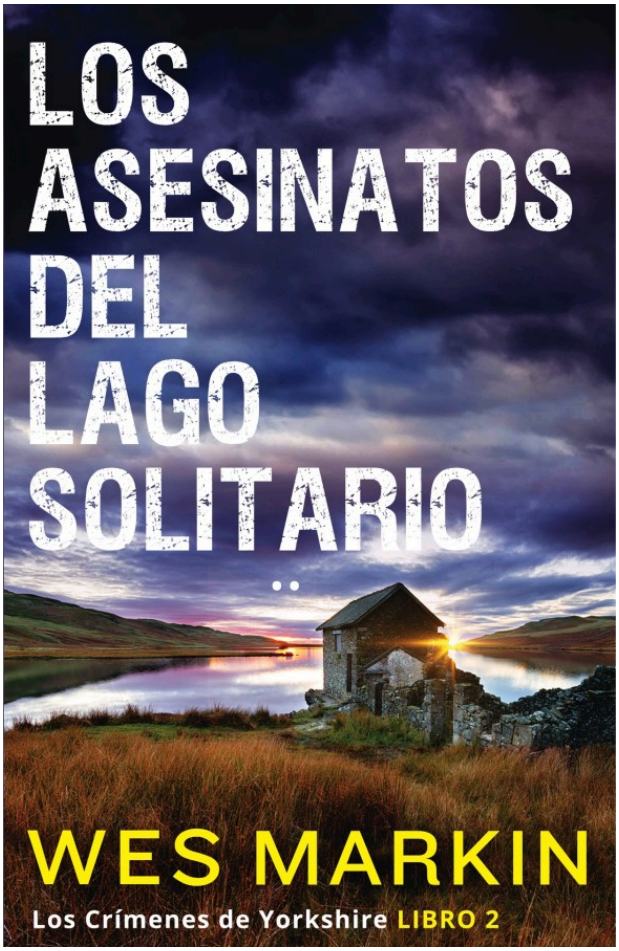
Un niño asesinado. Un caso del pasado. Un inspector de policía que no tiene nada que perder...

El inspector Paul Riddick es un hombre atormentado por sus propias acciones y decidido a enmendar los errores de su pasado a toda costa. Pero cuando su instinto le lleva a seguir a un niño que cree que está en peligro, Riddick se adentra en un terreno mucho más peligroso de lo que jamás habría imaginado… sobre todo cuando el niño aparece muerto.

La inspectora jefa Emma Gardner no cree que Riddick tenga las manos manchadas de sangre, pero lo aparta del caso hasta que pueda limpiar su nombre. Si es que puede limpiarlo. Porque Riddick parece empeñado en perseguir fantasmas que solo le acarrean más problemas.

Riddick está seguro de que no mató al niño de la cueva. Pero también recuerda otro caso, de hace veinte años, con similitudes espeluznantes… lo que significa que alguien está intentando tenderle una trampa.

¿Podrá Riddick descubrir la verdad o será este el caso que finalmente lo destruya de una vez por todas?



¡Haz clic AQUÍ para leer ahora!

Agradecimientos

Dar vida a la tumultuosa relación entre Gardner y Riddick con el pintoresco telón de fondo de North Yorkshire no es, ni mucho menos, una tarea sencilla.

Sin embargo, con Boldwood de mi parte y un maravilloso equipo de editoras como Emily Ruston, Candida Bradford y Susan Sugden, ¡puedo dar lo mejor de mí!

Un agradecimiento especial esta vez para mis hijos, que siempre saben cómo sacarme una sonrisa. Es un gran placer para mí dedicaros este libro, ¡aunque pasarán muchos años antes de que os permita leerlo!

Sin olvidar al resto de mi familia, incluida Jo, que me apoyan incondicionalmente y toleran al soñador que está en un rincón de la habitación.

De nuevo, mi agradecimiento a todos los blogueros y lectores de ARC, incluidas Donna y Sharon, que incluso asistieron a la reciente fiesta de presentación de *The Viaduct Killings*.

Estoy deseando volver a veros pronto, cuando Gardner y Riddick se vean envueltos en una investigación relacionada con las cuevas de Knaresborough...